M. J. MASSEY



BACANAL

Escritora de LAS SEIS PRUEBAS DE TRIBUTO

BACANAL 

M.J. MASSEY

+18

Cualquier parecido
con la realidad es pura
coincidencia. Esta historia
es totalmente ficticia.

Obra protegida por el derecho de autor.©

.



CAPÍTULO 1. ÉRASE UNA VEZ

Puedo ver la energía sexual de las personas.

Sé que es raro.

Sé que en la vida que todos conocemos mi habilidad no tiene cabida. Pero es tan cierto como el oxígeno que respiramos ahora mismo.

¡No te creas! No nací así. En realidad me desperté un día con una marca extrañísima en el omoplato que no tuve ni idea de qué era. Desde entonces, conocí un mundo oscuro y peligroso.

Decidí pensar que me había emborrachado y tatuado antes de caer inconsciente, unas horas después de descubrir lo que ÉL me había hecho. Sí, sí, porque hay un ÉL, culpable de todos mis males. Culpable de todo lo que me ocurrió.

Pero es una historia larga.

Siéntate, agarra un bol de palomitas, una cerveza, y respira hondo, ¡porque tienes para rato! Tres capítulos. Te pido sólo tres capítulos para empezar a conocerme.

Así pues: ¡acción!



CAPÍTULO 2. LA BIBLIOTECARIA RARITA.

¿Os imagináis a una bibliotecaria que va siempre vestida de negro y se hace tatuajes japoneses de los que sólo le gustan a unos pocos? No, ¿verdad? Cuando hablamos de una bibliotecaria, imaginamos a una mujer modosita, con gafas (vale, ¡lo reconozco! Yo también llevo gafas, aunque para salir de casa o fuera del trabajo utilizo lentillas), responsable, falda larga y rebeca. Media de edad: cincuenta años.

Reconocedlo: ¡he acertado! Pero yo no tengo nada que ver con esa imagen, ni ahora, ni antes, y, aun así, trabajo en una biblioteca.

Eso sí: soy tímida como la que más y me encanta resguardarme en mis libros. Me cuesta mil abrirme con la gente y, literalmente, no sé relacionarme. ¿Empezar una conversación? ¡¿Yo?! No, gracias. Me pasa algo extraño en estos casos, y es que el cerebro se me bloquea. Así, ¡PAF! Y no sé seguir.

Pues bien: esa era yo. Vestida de negro, tatuada, con gafitas, pelo rizado encrespadísimo, pero precioso, ojos azules y rostro serio. Ese día caminaba de un lado a otro ordenando libros y todo parecía estar normal. De hecho, ¡el día era muchísimo mejor que uno ordinario!

Me había casado hacía dos meses: había tenido una boda increíble con temática de Disney, y de Luna de Miel me había largado a Nueva York y a Orlando con ÉL. Habíamos ido al parque temático de Harry Potter. ¡El parque al que todo fan que se precie le encantaría ir! Y había sido un sueño.

Pero yo no tenía ni idea de que dentro de unas horas mi vida daría un vuelco. No sospechaba lo que ocurriría, cómo me cambiaría la vida y…, bueno, yo misma. Porque cuando algo tan gordo pasa, es inevitable cambiar.

Al fin y al cabo, las personas estamos hechas de nuestras experiencias, sobre todo de las que se quedan ahí clavadas y no puedes quitar ni yendo a terapia.

—Hola, guapísima.

Me interrumpió un chico de unos veintrés años, con el pelo cortito, castaño, y unos pectorales que ya me gustaría a mí que tuviese mi marido.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo?

Le dediqué una de mis mejores sonrisas, porque soy de las que opinan que una sonrisa hace que caigas bien a la gente de inmediato, y con mis dificultades para relacionarme ya había salido

de alguna que otra sólo sonriendo.

—Sí. Sé que quizás es un poco atrevido por mi parte, pero…, ¿te puedo invitar a tomar algo cuando salgas del trabajo?

¡Vaya cara de merluza se me quedó! A ver, no me malinterpretéis: siempre supe que era bastante bonita de cara. Mi pelo rizado, mis ojos azules, mis tatuajes coloridos y mi figura curvilínea solían llamar la atención. En parte, por eso vestía de negro con un toque agresivo: para que no se acercaran más de la cuenta a mí.

—¿Invitarme a tomar algo? Pero ¿quién eres?

El muchacho se retorció las manos, nerviosísimo, y contestó:

—Me llamo Enzo, y llevo viniendo a esta biblioteca años.

Me sonrojé, no porque me gustara el chico, sino porque lo dijo con retintín, como si yo tuviera la obligación de reconocerlo por el simple hecho de trabajar ahí. ¡Pero si yo vivía en mi mundo!

—Verás, Enzo, siento decirte que no. Estoy bastante ocupada.

Le enseñé los libros volviendo a dedicarle otra de mis adorables sonrisas.

—Por eso te he dicho que cuando acabes.

—Cuando acabe seguramente me largaré a casa con mi marido.

Me carcajeé.

Sacudí la mano delante de su cara para enseñarle el anillo bien brillante, de oro blanco y amarillo.

¡Mis votos los respetaría hasta la muerte! Prometí ser fiel en la salud y en la enfermedad, ¡y eso haría, hombre ya!

—Ah, ¡estás casada! Ay, ¡lo siento! De verdad. ¡No quería incomodarte!

Me puse de pie tras colocar el último libro.

—No te preocupes. Es normal que no te hayas fijado.

—No. No es normal. Hace meses que me fijé en ti. Te veo tan joven, así, con ese aire de… de…

Levanté una ceja.

—¿Aire de qué?

—De chica mala —soltó al instante, como aliviado.

Me pregunté qué era lo que había pasado por su cabeza en realidad. ¿El muchacho llevaba años creyendo que era una fresca por vestir de negro y llevar escotes? ¡Qué estúpido!

—Bueno, pues no lo soy. Siento decepcionarte. Ahora, si no te importa, voy a seguir.

Me di la vuelta de malas maneras y él desapareció. Y quien dice que desapareció, dice que ¡no volvió a esa biblioteca! Quizás fue el miedo, o la humillación.

Quizás solo iba allí para contemplarme. No lo sabré nunca, pero en ese instante tampoco me

importó. Lo único que quería era llegar a casa para acabar con el libro que tenía a medias, de fantasía urbana, como casi todos los de mi estantería.

Ahí es donde todo empezó a torcerse. El principio de un recuerdo que me perseguiría durante toda mi puta vida y me dejaría desecha, rota, quebrada. Una chica a la que le faltaría siempre algo. Algunos lo llaman seguridad, otros, confianza, hay quienes, directamente, nos llaman locas o paranoicas sin preguntarse siquiera qué nos ha pasado en la vida para que no seamos capaces de confiar. De volver a abrirnos jamás.

Quizás los haya también que piensan que exageré. Que no fue para tanto, pero… mejor dejo que juzguéis por vosotros mismos. El caso es que llegué a mi casita y mis dos perros me saludaron. Saltaron de un lado a otro moviendo sus colitas peludas. Me agaché a acariciarlos, ya riendo, y mi marido me observó con un amor poco disimulado pintado en la mirada.

Esa mirada… Me volvió loca desde el primer momento en que lo vi allí, en el autobús que cogíamos para ir a la facultad. ÉL, tan alto, tan pálido, de hombros anchos. Un chico misterioso hecho para mí. Porque, sí, ÉL era mi alma gemela, mi príncipe, mi roca, mi apoyo. Era mi todo.

—Buenas tardes, *amore*.

Me agarró de la cintura y me besó. Lo hizo de un modo casto, como lo eran la mayoría de nuestros saludos. Yo lo abracé. Sus brazos: hogar.

—*Holiiii*. ¿Qué tal el día?

A veces me ponía un poco cursi. Después de diez años juntos, decirle cosas con vocecita suave y diminutivos, eran pequeños detalles que expresaban cariño sin necesidad de escribirnos una carta kilométrica explicando lo mucho que nos amábamos.

—Aburrido. ¿Y el tuyo?

—Bueno: un chico de unos veintitrés años me ha pedido una cita.

—¡¿Cómo que te ha pedido una cita?! ¿Tengo que pegarle a alguien?

Me carcajeé con fuerza.

—¡No! Le he enseñado el anillo y se ha largado con el rabo entre las patas.

—¿Pero el muchacho te ha hecho tilín?

—Por favor —puse los ojos en blanco—, ¡que tengo ya una edad!

—¡Oh, sí! ¡Veintiséis años! ¡Qué vieja! Mañana mismo te mueres, hija de mi vida…

—Veintiséis y contando. Mira, ¡mira qué arruga me está saliendo aquí!

Me señalé junto al labio, dramática.

—¡Eso lo has tenido siempre! Además, eres guapísima.

—A tus ojos sí.

No respondió. De hecho, lo noté un poco tenso, lo cual era rarísimo, ya que ÉL era un experto en esconder sus emociones. Nunca estaba triste, nunca tenía problemas. Era hermético hasta decir basta. Con el paso de los años, lo había asociado a que era tan pasota que no dejaba que

nada le afectara.

La realidad estaba a punto de darme un fuerte golpe en mi nariz respingona.

—Estaba viendo una serie, ¿te apuntas?

Se lanzó al sofá, su lugar preferido de la casa desde que empecé a convivir con él. O desde siempre, pero yo no tenía ni idea hasta que lo comprobé por mí misma.

—¡Claro!

Y me refugié entre sus brazos, aspirando su olor, encajando a la perfección con su cuerpo.

Entre nosotros siempre había sido así: fácil, natural como el beber. Dos piezas que encajan tan perfectamente que da miedo. Nuestros amigos decían que éramos la pareja perfecta, y él siempre tenía palabras para consolarme en los malos momentos. Mi superhéroe personal.

La serie comenzó y contemplé unos minutos cómo los muñequitos de la pantalla luchaban los unos contra los otros. El anime no ere mi género favorito del Universo, pero esa serie en concreto fue capaz de ponerme la piel de gallina. En *Fairy Tail* los protagonistas son guapísimos, y sus sentimientos son tan potentes que, cuando la cosa se ponía fea, de pronto rememoraban su vida entera o se acordaban de las personas a las que querían, y eran capaces de destruir al mundo entero con su repentino poder.

Mi móvil vibró.

Lo que daría por no haberlo mirado nunca. Lo que daría por haberme mantenido ignorante de lo que estaba por descubrir… Pero la vida no es así: avanza. Y nosotros tenemos que avanzar con ella, adaptarnos y apechugar con nuestras decisiones.

Lo desbloqueé.

Una tal Delia me había mandado un mensaje a Facebook.

Fruncí el ceño. ¡¿A Facebook?! ¡¿Quién seguía usando Facebook?!

Curiosa, abrí el mensaje y vi:

Hola, eres Hannah, ¿verdad?
tengo algo para ti que
podría interesarte.

Respondí al instante, claramente.

Lo siento, pero no
te conozco. No voy
a abrir nada de lo que
me envíes.

Pero esto te interesa.

Es sobre tu marido.

Bufé.

—¿Qué pasa? —me preguntó ÉL.

ÉL, porque aún no soy capaz de decir su nombre.

—Nada. Creo que me quieren mandar un virus o algo, porque me está hablando una chica que no conozco diciendo que tiene algo para mí. Mira.

Le mostré la pantalla del móvil y se quedó muy serio.

—Bloquéala, seguro que es un virus o algo.

—Sí, eso haré.

Pero no lo hice. No lo hice porque, una vez ya en el pasado, cuando llevábamos un par de años juntos, encontré unas conversaciones raras de ÉL con otra chica. Y quien dice raras, dice guarras. Guarrísimas. Además, ÉL y ella se veían en persona de vez en cuando. Teniendo en cuenta esas conversaciones y que quedaban, no tuve que ser muy lista para sumar dos más dos.

¿Que por qué seguir con él? Os preguntaréis.

Porque se mostró arrepentido, y yo sabía que su mundo giraba, en parte, en torno a mí. Al menos, es lo que me hacía creer.

No sé quién eres.

Respondí.

Como contestación, una captura de pantalla con el nombre de mi marido y el de otra chica. Una chica de la cual ya sospechaba, porque hablaban mucho y porque, cuando él iba a mandar una imagen o algo por el estilo por whatsapp, aparecía en *recientes* pese a no tener jamás conversaciones con ella.

Las eliminaba, estaba claro. Y el que elimina conversaciones es culpable, quiera admitirlo o no. Ponga la excusa que ponga.

—Voy al baño —comenté intentando aparentar normalidad.

Su reacción fue la que me lo dijo todo, porque ya la conocía, porque ya lo había visto así una vez. Y no necesité abrir nada para saber lo que me iba a encontrar allí.

—Voy contigo —soltó.

¡Pero sería tonto!

—Ehmmm…, así que vienes conmigo al baño a mear —gruñí.

—No…, yo…, te espero.

Me levanté.

ÉL se levantó.

—Dime qué has hecho. Dime qué me voy a encontrar, porque voy a abrir las conversaciones.

¡Así, sin anestesia previa ni nada!

Ya no valía la pena seguir fingiendo que nada ocurría, porque lo hacía.

—No he hecho nada.

Incluso teniendo el móvil en las manos, siguió diciendo que no había hecho nada. Ahora que lo pienso, ni siquiera sé por qué le di la oportunidad de mentir un par de veces más antes de darle con la verdad en las narices.

—Dime lo que has hecho.

—Nada.

—Te doy una puta oportunidad más: qué has hecho.

—No he hecho nada, ¡de verdad!

Solté un suspiro de desesperación.

Es curioso, ¿verdad? En aquellos momentos fui incapaz de sentir nada que pareciera real. Lo estaba viviendo todo desde fuera, como si yo fuese la protagonista de una película de drama. Estaba pasando, sabía lo que me iba a encontrar, sabía qué vendría después, pero era incapaz de romperme, de llorar, de sentirme siquiera decepcionada. Quizás estaba en etapa de negación o aún no me había parado a pensar del todo en qué significaba.

No me había parado a pensar en que me casé apenas hacía dos meses; en que tendría que divorciarme, porque era la segunda vez que me lo hacía; en que dejaría de ver a su familia y de vivir aventuras con él; en que me quedaría sola, sin apoyo; en que no estaba preparada.

Sencillamente, no podía estar preparada para eso.

—Voy a abrir las conversaciones —sentencié.

Y de pronto, ÉL se arrodilló, llorando, y se abrazó a mis piernas. ¡SE ABRAZÓ A MIS PIERNAS COMO UN NIÑO PEQUEÑO QUE NO QUIERE QUE SU MADRE LO DEJE EN LA PUTA GUARDERÍA!

—¡No las abras, por favor! ¡Vas a pensar que no te quiero! ¡Vas a pensar que no te quiero!

Aún tengo que tragar fuerte y que respirar hondo cuando recuerdo este momento, porque tengo cada detalle grabado a fuego en mi cabeza. ¡Incluso la luz que entraba en la habitación!

—Las voy a abrir.

Y las abrí.

Y las leí.

Y no dejé escapar ni una sola lágrima mientras veía las palabras «te quiero», mientras veía frases como «quiero acariciarte en la cama hasta quedarnos los dos dormidos», o «¿cómo puede echarse de menos a alguien?», «hoy me he acordado de ti dormido», «si necesitas cama, ahora mismo hay sitio en la mía» (todo esto con iconitos de guiños y lengüitas, claramente), «no solo

eres una cara bonita y un cuerpo de miedo…, también tienes un cerebro de escándalo», «qué ganas de volver a pasar las vacaciones contigo», «hubiera sido una pasada llegar a casa y encontrarte a ti para mí», «te quiero para mí», «te quiero mucho, preciosa, no lo olvides nunca», «¿cómo se puede echar de menos tantísimo el abrazo de una persona?», «eres adictiva», «si yo fuera tu marido, no te dejaría salir de la cama sin darte todo el placer del mundo» (leéis bien: ella también estaba casada. ¡Y con una hija! Mala esposa, mala madre y buscando el segundo hijo. La chica lo tenía todo), «te odio por no poder sacarte de mi cabeza»…

Podría seguir, pero es que las palabras duelen incluso con el paso del tiempo. Son más afiladas que los puñales. Más dañinas que el fuego. ¿Y sabéis qué es lo peor? Que no sólo había palabras cariñosas hacia ella, sino faltas de respeto hacia mí. Cosas como decir que era una maruja por irme a andar por la ciudad para mantenerme en forma, que era poco cariñosa, que no follábamos todo lo que a él le gustaría, y detalles machistas como que me ayudaba a hacer mis tareas de la casa (lo cual, por cierto, también era una mentira como una casa de grande).

Quise pegarle. Cuando solté el móvil lo único que me apetecía era dejar mi mano marcada en su cara, por gilipollas. Pero no lo hice porque soy reacia a la violencia y porque sé que me habría sentido mal después. Así que me di la vuelta, me encerré en el baño y llamé a mi mejor amiga: Diana. Una chica despierta pero que llevaba dándome de lado un tiempo. Una chica a la que quería con mi vida y me ponía nerviosa a partes iguales.

Ahí fue cuando me derrumbé. Mi primera palabra ya fue llanto, y a la tercera apenas era capaz de hablar. Fue una conversación difícil, porque necesitaba salir de casa y pensar. Necesitaba un momento y saber qué hacer. Necesitaba… No sé lo que necesitaba. Otra vida, otras decisiones, volver al pasado a decirle a la Hannah de veintidós años que no lo perdonara, porque estaba metiéndose de lleno en una relación con un hombre hermético, manipulador, que lo conseguía todo bajo la apariencia de un hombre sabio que daba buenos consejos, bueno y con sentimientos, que nunca ha roto un plato en su puta vida. Un mentiroso patológico que utilizaría las formas de manipulación más sutiles para mantenerme a su lado y luego jugármela una, dos y mil veces. Un chico que me haría *gaslighting*, no en una, sino en cientos de ocasiones, y al que solo descubriría una vez bien abiertos estos ojitos que Dios me dio.

El problema de estar con una persona así es que, cuando intentas hacerte valer, cuando intentas abrir al resto de personas los ojos igual que lo hiciste tú en su momento, te dejan sola.

Siendo el bueno. Siendo tú la mala. Jugando con las letras, con la mente, con la mentira.

Hasta no dejar ni un trozo de tu corazón sano.

Artistas.

Artistas de la mente y del corazón.



CAPÍTULO 3. AL DÍA SIGUIENTE

Me desperté sola en la cama porque a él lo eché de casa en cuanto volví de tomar el aire. Y digo que me desperté por decir algo, ya que apenas había dormido unos minutos.

Tenía un dolor terrible en el corazón y en la boca del estómago. La ansiedad rondaba libre por mis intestinos. Las lágrimas al otro lado de mis ojos y la garganta ardiendo. Siendo consciente de que dependía tanto de ÉL emocionalmente que mi cuerpo me pedía que fuera él mismo el que viniera a consolarme.

Joder…, ¡vaya marrón! ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Había hecho de un hombre mi vida entera, y esa persona de los mensajes… No lo entendía. ¡Parecía tener doble cara! Además, me dijo antes de largarse que a partir de ahora sería sincero y que empezaba por decirme que llevaba mucho hablando con ella.

Años.

Incluso antes de casarnos hablaba con ella.

Me di media vuelta en la cama, ya llorando.

Por Dios…, se había casado conmigo mientras hablaba con otra, mientras le decía esas cosas a otra. Años y años de ignorancia, pensando que había aprendido del error que cometió ya una vez, cuando éramos más jóvenes. Pero, claro, quien es infiel no lo hace por error. No es que de pronto estés con el móvil en la mano y por accidente le escribas a alguien «me la pones como el cuello de un cantaor».

No.

Quien es infiel lo hace queriendo. Ni errores ni mierdas varias.

Decisiones.

Ser infiel es una decisión, y ÉL borraba las conversaciones porque era consciente de que lo que hacía estaba mal, de que a mí me dolería.

No le importaba una mierda. Por mucha temática de Disney que utilizamos en la boda, la vida real no es un cuento y los príncipes azules no existían, aunque quise que él lo fuera en su momento.

Otra vuelta en la cama.

Las sábanas se me enredaron alrededor de las piernas y me las quité de una patada. Hacía calor y estábamos en agosto. En once de agosto, de hecho.

Y me casé hace dos meses. ¡Dos meses! Ese tema hacía que todo doliera mucho más. Mi boda, que tan bonita fue, se convirtió en algo emponzoñado. En algo que serpenteaba sigiloso por debajo de mi piel para recordarlo cuando menos lo esperara como algo malo, y no como el día especial que en su momento fue.

¿Qué hacía ahora con mi vida?

Estaba perdida. Jamás me había sentido tan desorientada.

Repasé la conversación en mi cabeza, porque se había quedado almacenada en un lugar imborrable de mi cerebro.

Algunas de las cosas que dijo eran ciertas, pero había una razón detrás de ellas. Por ejemplo: se quejaba de que yo no quería follar con él, pero no decía que su única forma de vida era ver series y jugar videojuegos pegado al sofá mientras comía bollería industrial de Mercadona. Se quejaba de que no tenía deseo por él, cuando no se cuidaba lo más mínimo y le daba igual cómo se estaba estropeando la vida. Porque, seamos sinceros, cuando tu pareja estropea su vida y su físico a posta, también está faltándote el respeto a ti como pareja. Sobre todo si tiene problemas de salud que lo obligan a cuidarse.

Se hacía la víctima y, como siempre, yo, que miré por su bien real, quedaba como la mala malísima de la película. ¡Una villana que ni La Bruja Mala del Este, vamos!

Me levanté, porque un abismo oscuro dentro de mí amenazaba con tragarme enterita, y me miré al espejo.

Es entonces cuando lo noté: el dolor en mi omoplato.

Me giré y me levanté la camiseta del pijama. Ahí, en la piel, con un color negro tirando a plateado brillante, estaba la marca. Una especie de círculo con un símbolo serpenteante dentro. Me recordó a la Estrella de la Muerte de *Star Wars*.

—¿Y esto? —me pregunté.

No me atreví a rascarme. Tenía los suficientes tatuajes como para saber que, si ayer, de locura, me hice este, estaría en carne viva. Rascarse no era la mejor idea.

—No me lo puedo creer.

Me lamenté.

¡Nunca me había hecho un tatuaje borracha! Además, ¿en qué momento había salido yo de casa bebida? Si lo había hecho, estaba claro que tenía lagunas. Y grandísimas, al parecer.

—Mierda —volví a lloriquear.

Llamadme loca, pero me gusta estar sobria cuando elijo el diseño de mis tatuajes.

—En fin, Hannah, ahora vas y apechugas.

Sí. Tenía que apechugar con las consecuencias de mis actos.

Me vestí (aunque no me apetecía) y me fui a sacar a mis perritos. En media hora había quedado con Diana y Carlota, así que me daba tiempo de volver y maquillarme, si es que

merecía la pena hacerlo. Con lo rojos que tenía los ojos, ¡mejor ponerse gafas de sol!

Decidí que sí, que eso haría, así que volví a casa, le eché de comer a los peludos, que serían mis próximos compañeros de vida, y me peiné el pelo rizado como pude. Me vestí con una camiseta de hombros caídos de color negro y una falda también negra, con detalles en rojo. Me subí sobre unos tacones preciosos de infarto. Tenían ya sus años y era consciente de que dentro de poco me vería obligada a jubilarlos.

Anduve por las calles preciosas de Gijón. La ciudad que escogí y mi ciudad natal. Un lugar grande, lleno de vida, donde podías vivir sin preocupaciones, ir a la playa cuando te viniera en gana, montar a caballo por el bosque e ir a un restaurante a comerte un cachopo a tope de grasa. ¡Grasa! A lo mejor un buen cachopo me ayudaría a olvidar.

Apreté los párpados.

No, un cachopo no solucionaría mi vida. De hecho, el día que ÉL me pidió la mano, uno de mis perros aprovechó el despiste para comerse medio cachopo de la mesa que ocupábamos del restaurante. ¡Tuvo gracia! Porque el camarero grabó la pedida de mano y, de fondo, aparecía mi peludo lamiendo el empanado de mi filete.

Por cierto: le dije que no quería que me pidiera la mano en un restaurante.

—Cualquier cosa, menos pedirme la mano en un restaurante. Quiero algo distinto.

¿Me hizo caso?

No.

Me pidió la mano en un restaurante y luego me echó en cara no ser más conformista. Sus buenas intenciones eran lo que tenía que valorar.

¿Pero por qué nadie se paraba a pensar en cuál fue la razón de que me pidiera la mano justo como le dije que no lo hiciera?

Lo pasé por alto. Total…, ¡sólo habían sido unos minutos! ¿Que si se preparó un discurso? No. ¿Me puso el anillo? Tampoco. Me lo puse yo misma porque, según él, estaba muy nervioso.

Pestañeé con fuerza de nuevo.

¿Qué me pasaba hoy? Veía un halo extraño alrededor de las personas. Un halo que, no sé por qué, me olía a sexo, a feromona.

No entendía nada.

Mi vida se acababa de venir abajo, me desperté con un tatuaje misterioso, ¿y ahora olía las feromonas de la gente como si fuese una gata en celo?

Cero sentido, ¡de verdad os lo digo!

—Hola, Hannah. ¡Qué cara traes!

Diana me dio un beso y un abrazo efusivo. Puede que intentando animarme. Por su parte, Carlota me dio dos besos, como siempre.

Diana era una muchacha rubia, de ojos azules, como los míos, y nariz también pequeña, como

la mía. La diferencia entre nosotras era que yo tenía más pecho, ella, más culo. Yo estaba más rellena y tenía forma de guitarra acústica, ella era delgada. También le gustaban los tatuajes y Disney. De hecho, ¡de adolescentes siempre quedábamos para cantar las canciones de nuestras películas favoritas!

Por su parte, Carlota era una chica habladora, bajita, regordeta, un poco borde, pero también inteligente. Tenía alrededor un escudo que la hacía parecer despreocupada, como que nada le afectaba, pero en realidad estaba muy tocada mentalmente por la muerte de su madre. Estaba rota por dentro de por vida, y jamás sentí química con ella.

Como he dicho muchas veces, me costaba relacionarme, y si no sentía química con alguien, era aún peor.

Quizás por eso no llegué a ascenderla a la categoría de verdadera amiga, aunque en realidad jamás me hizo nada malo directamente (criticarme a las espaldas sí que se le daba bien, a la muy cabrona).

Supongo que en la vida hay personas con las que, directamente, no encajamos del todo aunque queramos.

—Sí. Es normal, teniendo en cuenta que mi marido lleva años jugándomela con otra persona.

Me alejé, incómoda. ¡Ellas también tenían ese halo alrededor con olor a feromona! Pero el femenino me causaba rechazo. Supongo que era una de las desventajas de no ser bisexual.

—De verdad, ¡no me puedo creer que haya hecho eso! Este chico se me ha caído del pedestal donde lo tenía subido —dijo Diana.

—A ti y a todas —comentó Carlota.

Echamos a andar hacia nuestra cafetería preferida. Una donde los pasteles de plátano y crema de cacahuete estaban que te morías por orgasmo bucal (si es que en algún universo paralelo podía existir eso del orgasmo bucal).

—Él es así —sentencié apretando mi bolso contra mi cuerpo.

—Yo creo que la ha cagado pero bien. —Diana.

—Y yo. ¿Qué vas a hacer?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Hace dos meses que me casé.

—Primero tienes que ver si está arrepentido —convino Diana.

—¡JA! —Una risa seca por mi parte—. Arrepentido, ¡ya te digo yo que está! Pero porque se va a quedar solo.

—No seas así, Hannah. Hablad, dejad que se enfríen las cosas…

—Eso hago: dejar que se enfríen las cosas. Y ya veré. Ya veré.

Comencé a contarles todo lo que me había pasado: desde las conversaciones, hasta cómo me levanté esa mañana, con el tatuaje del círculo incluido. Al llegar a esa parte, ambas estaban

flipando.

Nos sentamos en una de las mesas de la cafetería e hicimos una pausa para pedir. Yo, un café con leche y un pastel; Carlota, igual; Diana, un café con leche de soja. Siempre preocupada por su peso.

—¿Nos lo enseñas?

Les mostré el tatuaje, brillante con esa textura como a acero.

—GU-A-U. Está guapísimo —me felicitó Carlota.

—Borracha, pero siempre con buen gusto —se carcajeó Diana mientras colgaba su bolso en el respaldo de la silla.

—Siempre. Menos para los hombres, que no sé elegirlos…

—Venga, ¡si tu marido es un buen partido! Que ha cometido un error, sí, pero no es gilipollas.

—Diana, las infidelidades no son errores. Por favor, dejemos de normalizar y de victimizar a los que hacen lo que hacen a sabiendas de que está mal y hace daño.

Mi amiga levantó las manos como si un policía le estuviese apuntando con un arma después de atracar un banco.

—Lo sé, lo sé, pero a veces uno se siente solo, hay baches, pasan estas cosas… Lo digo porque yo tuve una aventura con un hombre casado y sé lo que es.

—¡Díana! —exclamé.

Ella sonrió, avergonzada.

—¿Qué? ¡Es verdad! Y también es verdad que él te quiere.

—Nunca he dicho que no me quiera, pero no me quiere bien, está claro. Como también está claro lo que ha hecho: está en las conversaciones.

—Pues no sé, tía —intervino Carlota.

El camarero llegó con el pedido y lo puso sobre la mesa. Nosotras lo repartimos como buenas samaritanas y ¡no tardamos mucho en hincarle el diente a nuestros pasteles!

Seamos sinceras: un capricho dulce hace al día un poco mejor.

—Lo que quiero decir es que —continuó Carlota, masticando con la boca abierta. A esa chica le encantaba comer mierdas— ayer hablé con ÉL y me dijo que no ha llegado a hacer nada físico con ella.

—A ver, a ver, a ver… —Sacudí las manos arriba y abajo. ¡No me podía creer lo que estaba oyendo!— ¿es que necesito una foto de los dos follando para que te creas que ha sido infiel? Es decir… ¿ÉL te dice que no es infiel y, a pesar de tener las conversaciones delante, vas y te lo crees?

—Me dijo que son sólo palabras, y las palabras no son infidelidad.

¡¿QUÉ?! No me lo pude creer. ¡De verdad que no podía! Ayer, después de una conversación entre ÉL y Carlota, mi ex me contó que ella le había dado la razón, pero, sinceramente, ¡pensé

que se lo estaba inventando!

—¿Pero qué cojones me estás contando, Carlota?

—Es verdad —soltó Diana de pronto—, las palabras no son infidelidad.

—Pero vamos a ver —mis nervios ya de punta—, ¿qué más necesito que esas conversaciones tan claras para saber que sí me ha sido infiel? ¡Si hasta quedaban para verse el día de la boda del primo de ella! Venga ya, Diana…

—Pero no llegaron a hacerlo, ¿no?

—¡Porque lo pillé antes!

Coloqué mis dedos en ambas sienes y apreté ahí. Un dolor persistente golpeaba más fuerte que Thor con su martillo. ¿Por qué parecía que, desde que nos encerraron por la pandemia, la gente se había vuelto gilipollas y la vida estaba del revés?

—Además —añadí—, aunque no hubiera hecho nada físico, como vosotras decís, esas conversaciones ya son ser infiel. ¿Borraba cosas? Sí. ¿Sabía que estaba mal? También. ¿Me estaba siendo leal a las espaldas? No. Y la definición de infidelidad es la falta de fidelidad a alguien o a algo, e implica falta de firmeza o constancia con sus obligaciones, ideas o compromisos. Yo lo veo clarísimo.

Ambas se dedicaron una mirada significativa y se callaron, señal de que entre ellas comentaban mi vida y lo que me había ocurrido. A ver, ¡no estoy diciendo que no se pueda comentar la vida de una amiga a sus espaldas! Pero hacerlo de ese modo, sobre algo tan delicado, guardando secretos y, encima (y con toda seguridad), criticando, sí está mal.

¿Qué por qué digo que también me criticaban? Pues porque hacía ya tiempo que, sin hacer yo literalmente nada, Diana se estaba alejando de mí y juntándose más con Carlota. Ya les había pillado un par de mentiras en alguna ocasión, y también quedaban en secreto a mis espaldas. Salidas a sesiones de fotos a las que yo siempre invitaba a las dos, pero que a mí ellas ni me proponían acompañarlas cuando les tocaba.

Mi mejor amiga, mi «hermana», me estaba dando de lado, hablaba de mí con ella a mis espaldas, y yo lo sabía. Lo sabía porque esas cosas se notan. Y, por mucho que yo le había llegado a preguntar, llorando, por mensaje, si le pasaba algo conmigo o si yo había hecho algo malo sin querer, ella siempre me respondía que no pasaba nada, que estábamos bien y que me quería.

Y ahora esto.

—Qué ha sido esa mirada –inquirí.

Le pegué un buen sorbo a mi café y casi me dejé los labios en carne viva. ¡Qué caliente estaba, por la Virgen del Pompillo!

—No ha sido nada. Simplemente, pensamos que es mejor que dejes que pase el tiempo para que veas las cosas con perspectiva. Quizás ÉL tenía razones para sentirse mal contigo, no sé…

—Diana, la muy cabrona.

—¿Qué razones? ¿Que le decía que tenía que cuidarse? ¿Que le lloraba para que hiciera otra cosa que no fuera quedarse sentado en el sofá todo el día? ¿Que, debido a todo eso, mi libido estaba por los suelos?

Se callaron. Lo hicieron porque yo ya estaba a la defensiva y porque sabían que no era lo mejor ponerse en mi contra estando con el corazón roto por completo.

—Bueno, la relación de cada uno, es de cada uno —sentenció Carlota.

Y yo, que estaba destruida, lo dejé pasar. Pero fui consciente, por primera vez, de que ÉL ya había empezado a hacer lo suyo y de que mis amigas, en realidad, ya no eran mías, sino suyas.

Lo confirmé aun más cuando, esa noche, lo vi a ÉL para hablar del divorcio, y me dijo que ellas le daban la razón en todo y que, además, les dijo que se había distanciado de ellas porque yo les tenía celos.

Era mentira. Nunca les tuve celos, jamás lo obligué a distanciarse de nadie. Lo hizo solito, y supe que en el futuro lo volvería a hacer.

Pero no se lo conté a Diana ni a Carlota, porque sé cuándo una causa es causa perdida, y todo lo que rodeaba a mi ex ya lo era.

Me había tenido en sus redes diez largos años, pensando que era la persona más madura, buena e inteligente que había conocido.

Y ahora me robaba hasta a mi mejor amiga.

Quizás debí plantearme en su momento que, el simple hecho de que ella me diera de lado y creyera a un manipulador antes que a su propia «hermana», ya era muestra suficiente de que de amiga siempre tuvo más bien poco. Quizás debí preguntarme por qué no me decía qué estaba mal para solucionar las cosas.

Me estaba haciendo lo mismo que le hizo a su anterior mejor amiga.

También la dejó de lado poco a poco.



CAPÍTULO 4. ¿SOY UN BICHO RARO?

Tras una semana seguía sin acostumbrarme a la ausencia que dejó mi exmarido en mi pecho. A lo que sí comenzaba a acostumbrarme, era a oler las feromonas de la gente y a ver ese halo a su alrededor. Pese a que busqué en Internet qué me estaba pasando, no logré nada.

¿Me había convertido en un bicho raro?

No lo sabía.

Quizás sí me había vuelto loca de verdad, y no me gustaba. ¿Qué necesidad tenía yo de oler sexo en todos lados? Además, desde que me pasaba, los hombres me miraban más, ¡incluso las mujeres lo hacían! Como si yo hubiese desarrollado una especie de campo magnético que atraía a ambos sexos.

Lo peor es que veía cómo su energía sexual aumentaba al mirarme, y eso me ponía los pelos de punta. Sí, suponía que lo que veía alrededor de la gente era su energía sexual, a juzgar por el olor y el comportamiento. ¿Pero, existía? ¿Era realmente una especie de energía del sexo lo que estaba viendo, o me estaba volviendo loca? Quizás era la famosa aura que en teoría todos los humanos con alma teníamos. No lo sabía, pero, mientras lo averiguaba, lo llamaría de ese modo.

Los libros se convirtieron en mis mejores amigos, y trabajar en esta biblioteca pequeñita se empezaba a transformar en una necesidad, ya que allí no iba mucha gente. Era una biblioteca con estanterías de madera, del extrarradio, y los libros de allí (la mayoría) eran antiquísimos. Solo con cogerlos notabas la historia. Los años que llevaban detrás como colección.

Cuando terminaba las tareas del día, en el tiempo que sobraba, buscaba entre las páginas algo que hablara de mi problema, pero no encontré nada.

Hasta ese día.

Abrí un libro llamado El Coleccionista. La portada era dura, marrón, como de piel, con letras doradas. Nada de dibujitos ni de detallitos para ensalzar su belleza. Un libro en el que nadie se fijaría, con olor a polvo y las hojas amarillentas.

Autor anónimo.

En cuanto lo toqué, un cosquilleo enorme subió por mi brazo provocándome ganas de soltarlo y gritar.

—Qué ha sido eso —susurré, más para mí misma.

De inmediato lo abrí (porque sí, soy así de curiosa y de inconsciente. Por muchos libros de

terror que he leído, no he aprendido que las páginas pueden ser peligrosas, tragarte y llevarte a otros mundo ¡o a saber qué!) y comencé a leer.

«22 de octubre de 1650.

Querido diario:

El Coleccionista es un ser peligroso.

Nadie sabe cómo ha llegado a este mundo, pero es el asesino con más poder que he conocido nunca.

La primera vez que lo vi, fue rodeado de una auténtica bacanal. Había sexo por todos lados. La gente gemía, se quejaba, y también había alcohol a manos llenas.

De la comida no voy ni a hablar, ¡porque creo que llegué a ver a un cerdo entero, con cabeza incluida, servido en un plato, con una manzana en la boca!

Mi primer impulso fue echar a correr, pero me quedé. Había algo ahí que no puedo explicar. Había ganas, olores, sonidos y atracción, y no pude escapar.

Mientras cerraba la puerta detrás de mí, lo único que acudía a mi cabeza era el significado de bacanal: viene de la palabra Bacchanalia, del latín, y se originó por las fiestas que hacían en honor al dios Baco, el dios romano del vino. ¡Y ya lo creo si ahí había vino! En todos lados y de todos los sabores.

Escogí uno afrutado, con fuerza, he de decir.

Nada más darle un sorbo, algo pasó dentro de mí y me sentí parte de esa deliciosa locura. El Coleccionista en esa ocasión solo me miró y sonrió.

Entonces perdí la cabeza.

Jamás me ha ocurrido eso de sentir el sexo sin tocar a nadie, pero lo hice. Estuve a punto de correrme de la excitación.

Sé que es difícil de creer, pero juraría que El Coleccionista tuvo algo que ver. ¿Es posible que alguien maneje la energía sexual de las personas? ¿Es posible que existan los demonios? Demonios que se alimentan del sexo, digo. Y no me refiero a los íncubos y a las súcubos, sino a algo que esté más allá. Algo que los haya creado.

¿Existe?»

Abrí los ojos como platos. El autor del libro había escrito las palabras «energía sexual», justo lo que yo pensaba que eran esos halos con olor a feromonas. ¿Había acertado? Parecía que sí. Lo más preocupante era cómo había sabido yo lo que era esa energía, como si algo dentro de mí, anciano y viejo, lo hubiese sabido desde el principio.

—Disculpe.

Di un respingo y el diario resbaló de entre mis dedos y cayó al suelo abierto por la mitad.

—¡Por Dios! —chillé.

Al momento me disculpé en voz baja con los que me rodeaban.

—Perdón, no quería asustarla. Parece que estaba muy enfrascada en su lectura. ¿Qué libro es?

Me quedé muda. Lo hice porque delante de mí estaba el chico más espectacular que jamás hube conocido en mis veintiséis años de vida. Y su energía era… era… ¡Joder! ¡Aplastante! Abrumadora. SOBRENATURAL. Una energía distinta a la del resto de personas con las que me cruzaba cada día. Tenía un olor más elegante, como más experimentado. Si el olor de la experiencia y de la divinidad existiera, estoy segura de que sería ese. Además, lucía un todo dorado muy agradable en su…, bueno, en su energía sexual.

En cuanto al físico, era lo que encajaba con mi concepto de hombre perfecto: alto (un metro noventa más o menos), fornido, de piel morena y ojos oscurísimos. Tanto que la pupila apenas se diferenciaba del iris. La camiseta gris se pegaba a sus brazos de un modo delicioso, y me sentí atraída por él de forma irremediable.

Carraspeé.

Ese semidiós me acababa de hacer una pregunta, ¡y yo ahí, parada! ¡Embobada! Iba a pensar que era gilipollas.

—Perdón, estaba concentrada. No tengo ni idea de qué libro es. No lo había visto nunca antes. Parece que es un diario de hace siglos. Por cierto, tutéeme. No soy tan vieja. —Sonreí cortés.

Se agachó para recogerlo del suelo. Reaccioné tarde. Sabía que si ojeaba el diario vería que estaba leyendo un extraño capítulo sobre sexo y bacanales. Ya notaba subir el rubor por mis mejillas.

¡Qué vergüenza! ¿Pensaría, igual que el chico de veintitrés años, que era una fresca cualquiera por vestir de negro y llevar escotes y tatuajes?

Al levantarse me sorprendió de nuevo su tamaño. ¡Y yo que pensaba que mi ex (aunque aún no estaban firmados los papeles del divorcio) era grande!

Levantó las cejas mientras leía la página.

—¿Lees lo que hay aquí escrito?

—Claro, ¿cómo no voy a leerlo? Está en castellano, escrito a mano.

No disimuló la sorpresa que se dibujó en su rostro entonces. A mí me extrañó muchísimo, aunque estaba tan embelesada por él que no quise darle demasiada importancia.

—Curioso. —Susurró para sí. Después:— Hace unas descripciones bastante precisas, ¿no crees?

—No lo sé. Sólo me he leído la primera página.

Pasó las hojas hasta llegar al principio. Yo me obligué a mí misma a no fijarme demasiado en sus manos. Tenía tendencia a hacerlo, porque me gustaban grandes, algo rasposas, como de

alguien que ha trabajado en el campo muchos años.

«¡¿Pero qué estás pensando, Hannah?!», me reproché.

Y es que llevaba sin sentir atracción más tiempo del que me gustaría reconocer. Cansada como estaba de sentirme obligada a follar para cumplir con mi deber. Cansada de llorar por ver a la persona a la que quería destruirse a sí misma. Cansada de sentirme culpable y superficial por pedir algo tan básico al hombre con el que compartía vida como lo era que tuviera un mínimo de preocupación por su físico, por su salud y por lo que me hacía sentir todo aquello.

—¡La primera página es aún peor! —exclamó el hombretón—. Qué cositas tan sucias lees, bibliotecaria. No te hacía yo de ese palo.

Rubor. Rubor. Rubor.

—Porque no lo soy. Sólo estaba ahí y… ¿quién se iba a imaginar que aquí dentro había testimonios sexuales?

Él se echó a reír con todas sus ganas. Y su sonrisa… Joder, ¡vaya sonrisa! Blanca, preciosa. La sonrisa más sincera que había visto en todos mis años de vida. Si existiera un concurso de sonrisas, él sería el vencedor.

—Tienes razón, parece viejo. ¿Por qué lo tenéis aquí?

Me lo tendió cogiéndolo de una esquina, como si no se atreviera a tocarlo mucho.

—No lo sé, la verdad. Es la primera vez que lo veo.

—Como si el libro te hubiera encontrado a ti.

—Algo así, sí. Supongo que, a veces, son los libros los que nos encuentran a nosotros.

Él pareció pensar una buena respuesta.

—Sí. Es la magia de las palabras.

Nos quedamos un rato callados, mirándonos. Yo sin entender muy bien qué estaba pasando, notando cómo su energía sexual se revolucionaba, envolviéndome como un puto huracán, tocándome y haciéndome fantasear. Él…, estaba claro que no eran pensamientos puros los que pasaban por su cabeza.

—¿Qué era lo que querías? —inquirí, disimulando mi propia excitación.

¡Ay, por todos los dioses! ¿Puede una energía tocarte? Porque juraría que la suya lo estaba haciendo. Tentáculos casi invisibles con toques de dorado serpenteando hacia mí.

—Ah, sí: necesito este libro.

Se sacó del bolsillo del pantalón un papelito arrugado, y me lo dio. Yo lo desdoblé y leí:

«*El pozo y el péndulo. Edgar Allan Poe.*»

—Escalofriante —reconocí con una sonrisa—. ¿Te gusta la literatura de terror?

—Ajá. ¿Piensas que este dará miedo?

—Muchísimo.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada sin previo aviso.

—¿A ti no te gusta la literatura de terror?

—Para nada. De hecho, soy bastante miedosa.

—Si yo fuese miedoso, habría muerto de un infarto hace años.

Se puso serio de repente. Recuerdo pensar en que era un chico extraño, con muchos secretos y rincones inaccesibles a los que quizás, de conocer mejor, me dejaría acceder.

—Bueno, pues está por aquí.

Solté el diario en la estantería de la que lo había cogido, y lo guié a través de los montones y montones de libros, todos perfectamente ordenados, hasta llegar a la novela que me pedía. Se la tendí, y él la agarró demorándose de más en el contacto con mi mano. Yo tragué, ardiendo por dentro, echándome en cara a mí misma no estar pensando en el verdadero problema de mi vida: un divorcio y unas amigas a las que estaba descubriendo como enemigas. Quizás no tanto como eso, pero algo parecido.

—Gracias.

—Ven. Tengo que registrarte en el programa de la biblioteca y todo eso.

Mientras tecleaba en el ordenador, supe que no dejó de mirarme ni un segundo, no solo con deseo, sino con curiosidad. Yo era, para él, como un unicornio al que acabara de cruzarse en pleno bosque. No sabía por qué. El caso es que, antes de irse, me pasó su número de teléfono.

Y yo lo acepté, claro, porque él también me había llamado la atención y porque, aunque no pensara volver a confiar en los hombres jamás, en algún momento tendría que volver al mercado.

Cuando salió de la biblioteca, sentí que el aire se volvía respirable de nuevo a mi alrededor, y decidí ir a por el extraño diario de tapa dura.

Mi sorpresa fue que no estaba.

El libro había desaparecido.

Si os parece raro todo esto que me estaba ocurriendo, sólo os diré una cosa: acababa de empezar.

Ese día se me hizo tarde en la biblioteca, porque mi jefa me obligó a repasar todos los préstamos registrados desde que empezó el verano.

«Quiero asegurarme de que no hay nada fuera de lo normal», dijo.

Y yo, como buena trabajadora que era, a pesar de estar destrozada por dentro, lo hice, porque, ¿tenía acaso algo mejor que hacer? Total, ¡en casa lo único que me quedaba era pensar en mi desgracia!

Así que salí cuando ya no había sol en el horizonte y las calles de Gijón estaban iluminadas por las farolas. Aunque Gijón sea un lugar seguro, era una mujer, y como mujer que era me

habían enseñado a tener miedo. Me habían enseñado a mirar a todos los hombres con desconfianza y a no irme con nadie, así que iba ya, de por sí, con todas las alertas encendidas. Quizás esa fue la razón de que escuchara el movimiento antes de que llegara a mí. Quizás de haber sido más rápida y menos miedica, podría haber huido.

Pero no lo hice. Supongo que la falta de sueño tuvo algo que ver.

Fue un placaje. Unas manos me agarraron con fuerza de la cabeza y de los hombros, y caí de espaldas al suelo con un enorme cuerpo masculino encima. Como pude, grité y lo empujé hacia atrás con mis piernas, pero el peso no cedió.

Abrí los ojos.

Encima tenía a un macho con una energía sexual fuera de lo normal, enloquecida, bullendo hacia todas las direcciones. Al observarme, rugió. Un rugido grave y peligroso, como de animal, que me puso los pelos de punta y el instinto en una línea roja. «¡Corre! ¡Huye!», parecía gritar.

¿Pero qué hacer cuando tienes encima a un puto armario?

—Dámelo. Dame el libro —ordenó.

Llevaba una capucha con capa que no le dejaba más que los labios al descubierto. Parecía uno de esos asesinos de mis libros.

—¿Libro? ¡¿Qué libro?! —chillé.

—Sabes de cuál hablo. Dámelo.

—¿Sabes qué estaría genial? Que te quitaras de encima, me dejaras respirar, y me aclararas qué libro quieres.

¡Olé, mis ovarios!

Pese a ello, él no se apartó.

—El diario, dámelo.

—¿El diario ese que habla de un tal Coleccionista?

Un rugido casi animal salió de su garganta.

—El mismo.

—Ha desaparecido. No lo tengo.

Silencio. Un silencio tenso en el cual él siguió ejerciendo fuerza sobre mí, pero yo detuve mis pataleos.

El encapuchado bajó el rostro hacia el hueco de mi cuello y ahí aspiró con ganas. Me olió, igual que un león huele a una gacela antes de hincarle el diente.

—No eres una humana normal —soltó—. Eres una de ELLAS.

—¿Una de qué?

Haciendo caso omiso a mi pregunta, continuó:

—¿Sabes lo valiosa que eres entre nosotros siquiera? Lo valiosa que serías para El Coleccionista. Oh, chica, ¡no tienes precio!

Aproveché el momento.

Le pegué una patada en los huevos, ¡que ríete tú de las patadas que pegaba Bruce Lee! Él se retorció en el asfalto y yo rodé cual croqueta que se cae al suelo, y corrí hacia una calle principal. Me alejé del callejón como alma que lleva el Diablo, pero él me alcanzó.

Fue visto y no visto, para qué os voy a engañar. Y después me mordió en el cuello…

¡ME MORDIÓ EN EL CUELLO!

Eché la cabeza hacia atrás, ya con la zona ardiendo y lágrimas en los ojos, y grité, preguntándome por qué nunca pasaba nadie por esta calle cuando se le necesitaba.

—¡Déjala en paz!

Noté un tirón de mi propio cuerpo y, luego, libertad.

¡Cuál fue mi sorpresa cuando vi al chico de la biblioteca entre el encapuchado y yo!

—Es una Neutralizadora.

Fue toda su explicación. Para mí fue como si hablaran en chino. Podría decir que me habría quedado igual si escuchara «*awichu wanchucho chao*», que viene a ser una frase ininteligible.

—Qué pasa, ¿tu señor tiene miedo?

—Tenemos órdenes de cazarlas a todas. Además, ella ha tocado el libro. —Olisqueó el aire —. Y tú también.

Le enseñó los dientes. De verle la cara, estoy segura de que habría tenido una expresión salvaje.

—Oh, ¡venga! ¿Es que vas a empezar a lloriquear?

—No estoy lloriqueando. ¡Decidme dónde está el puto libro!

—Ella no lo tiene, y yo tampoco.

—Mientes —siseó.

—No. No miento. Es sabido que el libro se mueve a su antojo. Nunca estará ahí donde quieras que esté.

El encapuchado enseñó de nuevo los dientes. ¿Era mi imaginación, o sus colmillos eran más afilados?

—Está bien, pero no me iré de aquí con las manos vacías.

Se giró de nuevo hacia mí.

Si la muerte fuera un ser vivo, estoy segura de que tendría el rostro del encapuchado. Por muy rápido que intenté apartarme, él era veloz. Al parecer, no tanto como al que en aquél momento descubrí como mi héroe nocturno.

El cuerpo de ambos se movió a la vez y salieron volando hacia el muro de mi derecha. Se escuchó un fuerte golpe y tiraron un contenedor en su recorrido. La basura salió rodando del cubo y yo me tapé la nariz, asqueada y sin saber si echar a correr o quedarme a ayudar al chico de la biblioteca.

Ayudarlo… ¡¿En serio pensaba que iba a poder ayudarlo, cuando estaba claro que ahí estaba pasando algo que escapaba a mi comprensión?!

No. Fuera lo que fuera esa cosa, no iba a poder hacer nada contra él. Además, he leído los libros suficientes como para saber que no era humano.

NO PODÍAN SER HUMANOS. Por cómo se movían, ni el encapuchado ni el chico de la biblioteca eran seres normales.

Me dieron ganas de reír. Sí, en un momento en el cual mi vida pendía de un hilo, sólo pude pensar en lo ridículo que estaba siendo la semana: descubría que mi ex me ponía los cuernos desde hacía años y debía seguir yendo al trabajo para despejarme; todo lo que conocía se venía abajo; no podía dejar de pensar en Diana, que era como mi hermana y que me dolía en el alma, pero que estaba claro que nunca me quiso y me valoró como yo a ella… o a lo que creía que era ella; encontraba un libro extraño que hablaba de una bacanal (¡así, como si hubiese bacanales todos los días!); conocía a un chico guapo de pelo negro y ojos del mismo color; me atacaba un encapuchado, ¡y aparecía el mismo chico guapo a salvarme!

Los dos se levantaron a una velocidad anormal y comenzaron una especie de danza de puñetazos y patadas que habría sido de lo más entretenida en una película de Kung-fu.

A mi padre le encantaban las películas de Kung-fu, no sólo porque era karateka, también porque aprendía y corregía sus errores de pequeños detalles.

De vez en cuando, alguno soltaba un alarido o un gruñido estrangulado, quizás algún taco para despistar al otro. Yo no pude hacer más que quedarme helada en el sitio, preguntándome por qué me pasaba esto y qué tenía que ver con mi reciente poder de ver la energía sexual de las personas. Además, ¡¿Qué cojones era eso de ser una Neutralizadora?! ¡¿Y eso de que mataban a todas las que existían?! ¿Qué tipo de peligro podía suponer yo para ese Coleccionista?

Preguntas, preguntas y más preguntas sin respuesta.

Al fin, tras lo que me pareció una eternidad, el encapuchado se alejó. El chico guapo lo persiguió durante unos segundos, dejándome a mí sola en el callejón oscuro. Una sensación fría caló hasta mis venas, se metió en mi riego sanguíneo y me bañó entera.

Detrás de mí estaba la biblioteca, ya cerrada. Me pareció espeluznante por primera vez desde que trabajaba allí.

—Lo siento.

Di un respingo.

—¡Ay, por la Virgen del Pompillo!

—¿La virgen de qué? —Levantó una ceja, divertido.

—Del Pompillo. ¡Yo que sé! ¿Qué coño era eso?

Retrocedí.

Lo cierto es que no entendía por qué el muchacho no me daba miedo pese a ser obvio que

había algo fuera de lo ordinario en él. Quizás fue porque me había salvado, quizás por lo guapísimo que estaba con el pelo revuelto, el labio partido y la camiseta sucia.

—Hmmm, supongo que tendrás muchas preguntas.

—NOOOOOO —alargué la última letra con sarcasmo.

—Es una larguísima historia. Dime, ¿qué sabes?

—¿Qué sé de qué?

—¿Desde cuándo eres Neutralizadora?

—¡Ni siquiera sé lo que es ser una Neutralizadora!

—¿Puedes ver la energía sexual de las personas?

Cerré la boca. De nuevo esas palabras: «energía sexual». Estaba claro. Estaba más que claro que estuve en lo cierto desde el principio. Él se tomó mi silencio como una afirmación.

—Valeeee. —Se rascó la frente y pasó su mano por sus ojos, como si tuviese que enfrentarse a algo realmente duro—. Creo que a partir de ahora tu vida va a dejar de ser normal.

¡Otra vez con ganas de reírme! ¿Pero qué cojones me pasaba? ¿Era mi situación, que me superaba? Podía afrontar un divorcio, un cambio gordo en mi vida, pero ¿dejar de ser normal? No, gracias. La normalidad está muy infravalorada, pero a mí me gustaba. Adoraba despertarme con los párpados pegados y empezar a ser persona con el primer café de la mañana; ir a trabajar las mañanas de primavera, con el buen tiempo y el canto de los pájaros como banda sonora; resguardarme entre los libros, aspirar su olor y saber que estaba en el lugar correcto; llegar a casa y abrazar a mis perros; ver mis series metida en una manta; cenar fuera, en un restaurante japonés; quedar con mis amigas; dormir sin preocupaciones.

Pero, claro, en realidad mi vida ya no era así, porque quizás mis amigas ya no eran mis amigas, y no había unos brazos masculinos en los que resguardarse por la noche.

Un destello de pena cruzó rápido y potente por el centro de mi pecho.

Supe que lo notó por el cambio en su expresión. En su rostro se dibujó la compasión. ¿Acaso podía notar los cambios en mi estado de ánimo?

—¿Te apetece ser mala?

Las cejas escalaron por mi frente.

—¿Ser mala?

—Sí —asintió—. No sé qué te pasa, pero es obvio que tu vida no está bien. Te ha pasado algo, lo sé.

—¿Cómo lo sabes? No me conoces. ¿Lees mentes?

Me crucé de brazos, a la defensiva.

Él negó. Al hacerlo, un mechón de su cabello corto, pero despeinado, cayó sobre su frente sudada por el esfuerzo.

—No leo mentes, pero también puedo ver tu energía.

Mi espalda se puso recta.

—¿Ves mi energía sexual?

—Sí, y cuando aprendes a verla puedes saber muchísimas cosas sobre una persona, incluido su estado de ánimo y si está pasando por una mala racha, y tú, bibliotecaria, estás pasando por uno de los peores momentos de tu vida. No voy a preguntarte por él, porque supongo que si quieres contarlo, lo harás, pero también veo una línea roja en tu energía sexual. Una que se refiere a la rabia, a las ganas de ser lo que nunca has sido capaz de ser.

»Quieres ser mala, jugar con los hombres y olvidarte de todo, porque alguien te ha destrozado de dentro afuera.

Me dejó ¡muda! MU-DA. Y es que ¡no tenía ni idea de que podía sacarse tanta información de una persona analizando su energía sexual! Ese chico había acertado en todo. ¡EN TODO! Incluido lo de ser mala, porque, seamos sinceras: cuando el amor de tu vida te es infiel, cuando demuestra una cara oculta que tú no puedes tolerar, hay una parte de nosotras que se enciende. Una sirena que quiere hacerse escuchar. Una parte salida de la venganza y el resentimiento, que nos obliga a sacar las uñas, a ser más fuertes, a superarnos a nosotras mismas. Algo que nos hace levantarnos de la cama, maquillarnos, decirnos «no, este hombre no podrá conmigo», cortarnos el pelo o cambiarlo de color, vestirnos con el vestido más corto de nuestro armario (el que nunca nos hemos atrevido a ponernos por ser demasiado provocativo) e ir al gimnasio para ser la mujer más buenorra que cada cual imagina que puede ser. Porque sí, porque las revistas, las redes, hacen daño y nos meten en la cabeza que el cuerpo perfecto es ese delgado y atlético, y que un buen culo sólo se logra mediante la cirugía o unas buenas dosis de gimnasio a base de pesas.

Si os soy sincera, aún estaba haciéndome a la idea de lo que estaba pasando…, de lo que había pasado. Me mantenía a mí misma en un estado de aceptación calmado, pero triste, que explotaría tarde o temprano.

—Di algo —comentó.

Me di cuenta de que llevaba callada un buen rato, mirándolo sin verlo realmente.

Tendió su mano en mi dirección.

—Ven conmigo y responderé a todas tus preguntas. Yo tengo lo que necesitas.

—¿Y si eres un secuestrador o un violador?

De nuevo esa expresión divertida: labios de medio lado, mirada misteriosa a la par que divertida, naricita pequeña y bonita. Sus manos, algo rasposas, como a mí me gustaban. Los nudillos llenos de heridas nuevas y otras cicatrizadas.

—No soy un secuestrador, tampoco soy un violador. Mira el callejón. —Lo hice. Estaba desierto—. No hay nadie. Si fuera una de esas dos cosas, ¿no crees que te habría dejado ya inconsciente para hacer contigo lo que me viniera en gana?

—Tienes razón —reconocí.

—Entonces déjate llevar. Deja de lado las preocupaciones y el dolor por un segundo, y confía en mí. Te llevaré a un lugar en el que podrás ser mala y descubrirás otra parte de ti misma. Te llevaré a un lugar donde beberemos y hablaremos sobre lo que te está pasando. Te explicaré qué significa ser una Neutralizadora y quién es El Coleccionista.

—Descubriré qué me está pasando.

—También.

Y, ¡oh, qué bien sonaba todo aquello! Descubrir qué me estaba pasando, qué era, y olvidarme de todo. Olvidar que mi vida acababa de fragmentarse en mil pedazos y que lo único estable era mi familia, mis perros y mi propia casa (en la que me había hipotecado yo solita gracias al trabajo de todos estos años).

El hilo rojo de furia que había en mi interior se tensó, se hizo más grande, y una emoción terrible serpenteó bajo mi piel. «Olvídate de todo», me decía. Hice una bola con mi sentido de la responsabilidad y lo tiré lejos, muy lejos, a un rincón escondido de mi cabeza.

—Trato hecho.

Y le di la mano al mismísimo diablo.



CAPÍTULO 5. LA NOCHE, UN UNIVERSO NUEVO

Los lugares por los que me guiaba podrían haber sido fácilmente escondites de mafias dedicadas a la trata de blancas. Eran callejones estrechos y escondidos. Callejones por los que de pequeña me dijeron que jamás pasara, porque podría no volver.

Y allí estaba, siguiendo a un chico de pelo y ojos negros del que aún no sabía ni el nombre, que podía ver mi energía sexual y hacer algo parecido al psicoanálisis gracias a ello.

—Ya estamos llegando.

No me había soltado la mano ni un momento, y yo no había preguntado dónde nos dirigíamos. Si había decidido vivir al máximo lo que él me estaba proponiendo, lo haría. Lo haría sin pensar en lo que la gente pensara o en las consecuencias de ello.

Quizás esa era una forma de enfrentar lo que me estaba pasando pero no era consciente de ello.

La puerta frente a la que nos paramos no tenía cartel y parecía la entrada a un edificio normal. Estaba alejado de la costa, no muy lejos de la biblioteca y más cerca del centro de la ciudad. Si anduviéramos unos metros más, llegaríamos a la zona de la marcha, donde los colores era más vivos de noche y la música se escapaba por las rendijas de las puertas de las discotecas.

—¿Estás preparada? —inquirió.

Me dedicó una sonrisa que fácilmente podría haber hecho desaparecer mis bragas por arte de magia.

—No lo sé, pero no me apetece preguntármelo.

—Adelante, entonces.

Y abrió.

De inmediato, estuve a puntito de perder el equilibrio por la oleada de energía sexual que me golpeó en la cabeza.

—Por cierto: intenta que nadie te huela por debajo de la oreja. Es ahí donde se concentra el olor de los Neutralizadores.

—¿Por eso el tipo encapuchado me ha olisqueado y mordido?

—Algo así, sí. No te separes de mí.

¡No pensaba hacerlo aunque no lo dijera!

Qué gracioso: ÉL jamás me habría metido en un sitio así. Con ÉL estaría viendo series en

casa, al lado de los perritos. ¿Gracioso por qué, dices? ¡Pues porque sin buscarlo estaba haciendo lo contrario a lo que habría hecho en un día normal!

Apretó más mi mano, y descubrí en el chico guapo una seguridad tremenda. Tuve ganas de no soltarme jamás, porque sentía que si lo hacía caería al abismo en el que se había convertido mi presente.

Lo primero que vi al entrar al local, fue luz tenue. MUY tenue. Me costaba ver ahí dentro, pero me sorprendí al comprobar que las energías brillaban. Casi iluminaban el lugar más que las propias luces, como si las personas fueran pequeños focos de luz. Ángeles caídos en medio de un pub cualquiera. El ambiente era difícil de respirar. Estaba espeso de tanta energía sexual descontrolada por doquier. ¡Incluso me dio la sensación de que me costaba avanzar! Y cuanto más lo hacía, cuantos más pasos daba, más contagiada me sentía por todo aquello.

—¿Qué es esto?

—Un lugar reservado para beber, comer y follar, bibliotecaria. Un lugar al que chicas como tú jamás entrarían.

Tenía razón.

Me escandalicé cuando empecé a fijarme en lo que hacía allí la gente: muchos estaban desnudos. Algunos tenían poca ropa. Se besaban, se tocaba, me pareció ver a alguna que otra pareja follando en una esquina.

Pero aparté la vista, sonrojada, por un instante preguntándome dónde cojones acababa de meterme. Qué tipo de depravación era aquella.

Cuando levanté la mirada, el chico guapo tenía una expresión más que divertida. ¡Parecía pasárselo pipa con mi reacción! No negaría que no sabía dónde meterme, porque mi energía hablaba por mí. Para él no había secretos.

—¿Qué pasa? ¿No sabes dónde meterte?

El contacto de su mano con la mía se hizo insoportable. ¿Era mi imaginación, o sentía cómo su energía y la mía se mezclaban, calentándome por dentro? No tenía ni idea, pero no quería separarme de él, sobre todo ahí dentro.

—Yo… —titubeé.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. ¡Dios mío, qué cuello! Me dieron ganas de morderlo al ver su nuez bajo su piel. Un impulso primitivo que llevaba años sin sentir. Tan visceral que me dejó descolocada.

—No te avergüences de lo que ves aquí. A partir de ahora será natural para ti, porque los Neutralizadores necesitáis este ambiente para manteneros fuertes.

—No sé qué cojones me estás contando. Para mí, es como si hablaras en chino.

—¿Desde cuando tienes la marca, si puede saberse?

—No sé —mentirosa. Sí que lo sabía—, desde hace una semana más o menos.

—¿Desde tan poco? —Se sorprendió.

—Ajá.

—¡Con razón estás perdida!

—¡Más perdida que un peo en un jacuzzi!

Otra carcajada sonora de su parte.

—¿Más perdida que un peo en un jacuzzi? Entre eso, y lo de la Virgen del Pompillo… Me sorprendes, bibliotecaria. Eres una chica graciosa. Cualquiera pensaría que, siendo bibliotecaria y tímida, serías una rancia.

—¿Cómo sabes que soy tímida?

—Mírate. —Me observó—. Te has sonrojado con sólo pisar este sitio y tengo que sacarte las palabras a cucharadas. Pero cuando tienes confianza con alguien te dejas ir, ¿estoy en lo cierto?

—Estás en lo cierto.

—Pues entonces me ganaré tu confianza. Dejemos que el alcohol nos ayude a soltarnos.

Estuve de acuerdo.

De camino a la barra, me fijé en los colores morados de las luces, en cómo estas acompañaban al ambiente sexual. De vez en cuando, por debajo de la música, escuchaba algún que otro gemido, algún grito de placer causado por un orgasmo. Como nueva Neutralizadora que era (fuera lo que fuera eso), olía el sexo en todas partes, libre. Si me paraba a analizarlo, tenía la sensación de poder distinguirlos y ubicarlos en una persona en concreto, como si fuese un perro de caza siguiendo un rastro.

Pero cuando me fijé mejor con la vista, no con el olfato…, los pelos se me pusieron de punta. Y es que no todos los allí presentes tenían una apariencia humana al completo.

El primero al que vi fue a un chico rubio rodeado de (no sólo su energía sexual) un halo de luz resplandeciente, como si fuese un ángel caído del cielo. La chica humana a la que estaba acariciando mientras bebían vino no tenía ojos para otro que no fuera él, y con cada caricia, con cada beso, ella se apagaba. Su energía…, no sé cómo, pero pasaba a la del muchacho y se fundía con la suya, haciéndola cada vez más grande. Rejuveneciéndolo.

De ahí mi vista pasó a dos chicos sentados en un sofá. Entre ellos, una mujer que parecía divertirse muchísimo. Parecía, de hecho, drogada por la energía de los dos machos. Besaba a uno, bebía, y luego besaba a otro. Y con cada beso robaba la energía de los varones, haciéndose más fuerte. Ellos, en vez de resistirse, estaban tirados, tocándole las piernas, arriba, un poquito más arriba… La mujer me miró y yo aparté la vista de ella, avergonzada.

—No te preocupes, aquí mirar es normal. Pero cuidado, ¡pueden ofrecerte que te unas!

—¿Qué les está haciendo? —pregunté después de carraspear.

—Está absorbiendo la energía sexual de los machos.

—No lo entiendo.

—No te preocupes: lo entenderás. Ah —levantó la mano hacia el camarero—, ¡yo quiero una copa de vino! Y ella…

—Otra, por favor —pedí.

Aunque en realidad el vino no era muy santo de mi devoción.

Empecé a rebuscar en el bolso el monedero, pero él colocó su mano sobre mi brazo para detenerme.

—Invito yo. Tú ya tienes suficiente hoy.

Asentí.

—Gracias.

Sí. Yo ya tenía suficiente con lo mío hoy.

El camarero llegó hasta nosotros con dos copas de vino tinto, las dejó sobre la barra y se llevó el dinero.

—Sentémonos allí —dijo el chico guapo.

Señaló un sofá libre junto a una mesa cuadrada. Decidí no empezar a pensar en la cantidad de fluidos que tendría ese sofá. Si allí se follaba en cualquier rincón, ¿qué no tendría el sofá impregnado en la tela?

Él se sentó de cara a la barra y yo lo hice de cara al resto del local. Desde allí el espectáculo era incluso más soez. A mi cabeza vino un recuerdo de un circo al que fui hacía un año. Al *Circo de los Horrores*, precisamente, a su espectáculo *Bacanal*. Allí todos los colores eran rojos y negros, había seres del infierno y criaturas con cuernos. El sexo, la comida y el vino formaban un conjunto perfecto para realizar perversiones. Para cumplir fantasías que ni nosotros sabemos que tenemos. Recordé haberme sentido contagiada por el ambiente. Haber pensado en lo guay que estaría llegar a casa y proponerle a mi ex (porque, aunque no estaban firmados los papeles de divorcio, para mí ya era mi ex) realizar juegos con luz tenue, velas y esposas. Pero a él le gustaba demasiado el sexo vainilla, y todo lo que se saliera de lo que él consideraba «normal», le parecía ridículo.

—Bridemos —dijo el chico guapo.

—Por nosotros —comenté yo, porque era lo que se solía decir en ese tipo de ocasiones.

—¿Por nosotros? ¡No seas aburrida! ¿Cómo se puede ser, al mismo tiempo, tan aburrida y tan divertida?

Me indigné.

—¡Pues di tú entonces por qué motivo quieres que brindemos!

—Por el sexo. Por explorar nuestros límites.

Y lo dijo con la mirada clavada en mí. Y cuando digo «clavada», me refiero a que entró en mi interior y picoteó mis deseos más profundos. Me revolvió las tripas, pero bien, como sólo puede revolverlas alguien con el que estás a punto de acostarte y lo deseas tanto que tienes las Cataratas

del Niágara entre las piernas.

Su mirada se derretía. Se fundía con mi energía y me hacía sonrojarme y sonrojarme. Hacía calor, y no era debido a los treinta y siete grados que hacía fuera.

—Por explorar nuestros límites –repetí con la boca pequeñita.

Las copas tintinearon al entrechocarlas. Bebí con ganas, y el frescor de la bebida calmó un pelín mis nervios. Me hizo estar menos desconcertada.

No era mi ambiente, pero algo dentro de mí me susurraba que quizás estaba equivocada. Que quizás este había sido siempre mi ambiente, pero yo no lo sabía, porque es imposible saber que te gusta algo que no has experimentado.

—Y bien, bibliotecaria, ¿me dices cómo te llamas?

—¿Por qué quieres saberlo? Un nombre es sólo un nombre, ¿no? Puedes llamarme bibliotecaria, si quieres.

—Pero bibliotecarias hay muchas, un nombre es parte de lo que somos. Parece insignificante, pero hay algo en él con lo que nos identificamos.

—Hannah. Me llamo Hannah, ¿y tú?

—Gabriel.

—Encantada, Gabriel.

—Encantado, Hannah.

Me cogió la mano y me besó los dedos sin dejar de mirarme, lo hizo lentamente, dedicándome una sonrisa antes de apartarse del todo.

En serio, ¡este hombre tenía la habilidad de derretir mis bragas! Aunque hoy las llevara blancas y grandes, como de abuela.

—Ahora que nos conocemos mejor —continuó—, tengo que reconocer que ha sido una casualidad muy agradable cruzarme contigo en la biblioteca.

—Jamás te había visto por allí.

—¿No? Quizás no te habías fijado. Fui una vez, y yo sí que te miré.

—¿Sí? —Me sorprendí.

—Sí. Que estés siempre en la Luna, pensando en tus cosas, es parte de tus encantos. Me gusta que no te fijaras en mí.

—Eres el tío más raro y menos egocéntrico que he conocido jamás. ¿Sabías que hace poco, un chico de veintitrés años se ofendió porque no me había fijado en él?

—Sería un niñito, entonces. Yo no soy ningún niñito. ¿Quieres que te lo demuestre?

Su tono de voz adquirió un tono peligroso y oscuro. Un tono que escaló por mi vientre y volvió a bajar haciéndome palpitar entera.

—No estoy yo ahora como para que nadie me demuestre nada.

—Lo sé. Tu energía sexual, como dije, me habla más de ti que tú misma.

—Hablando de energía sexual…, necesito respuestas. ¿Qué es este sitio? ¿Qué significa ser una Neutralizadora? ¿Quién era el chico de la capucha? ¿Qué significa ese libro y por qué es tan importante? ¿Por qué te mueves tan rápido? No eres humano del todo, eso es más que obvio.

Las comisuras de sus labios se estiraron.

—Vaya, sólo una bibliotecaria curiosa como tú podría hacer tantas preguntas en menos de treinta segundos. Tienes alma de aprendiz.

—Deja las frases de villano sabiondo salido de un libro, y contéstame, por favor. No sé si te has dado cuenta, pero estoy que no vivo con todo esto. Muchísimas preguntas sin respuesta, y en el momento de mi vida en el que estoy..., digamos que no quiero sumar más preocupaciones a mis preocupaciones.

—Pues siento muchísimo decepcionarte, Hannah, pero todo lo que voy a contarte te dará tanto que pensar que tus problemas parecerán una mierda.

»Bibliotecaria, estás a punto de conocer un mundo nuevo. Un mundo…

—¡Déjate de darle vueltas a la tortilla, por favor! Ve al grano.

De nuevo una sonrisa misteriosa.

De manera pausada, dio un trago largo a su copa. Yo hice lo mismo con la mía. Algo me decía que iba a necesitar fuerzas.

—Hannah, el mundo no es del todo como lo has conocido hasta ahora. En el mundo, existen seres que la mayoría de los humanos desconocen. Muchos os habéis cruzado y habéis tratado con algunos, pero no os habéis dado cuenta. Un claro ejemplo, son los vampiros emocionales. ¿Sabes lo que son los vampiros emocionales?

—Claro. Un vampiro emocional es una persona que te roba las buenas energías y los buenos sentimientos. Se nutren de ello y te secan. Después de unas horas tomando un café con un vampiro emocional, te sientes cansado o triste sin saber por qué. Normalmente, todo en su vida son desgracias y energía negativa.

—Más o menos, sí. La gente tiende a alejarse de ellos sin saberlo, y los que conviven con un vampiro emocional acaban depresivos, en un aire irrespirable de negatividad.

Asiento.

—Sí. ¿Pero qué tiene que ver eso con todo esto?

—Los vampiros emocionales son un ejemplo de esas criaturas humanas pero no del todo humanas, igual que lo soy yo. Algunos lo saben y otros no, pero lo son.

—Vale, así que vivimos en un mundo repleto de humanos y medio humanos.

—Ajá.

Por delante de nosotros caminó un hombre llevando a una mujer encadenada como un perro. Él aprovechó para señalarlos con la copa.

—Aquí todos somos mestizos con la capacidad de ver y absorber la energía sexual de las

personas, como ese chico. La muchacha que va a gatas detrás de él, es una humana yonqui de lo que le hacemos sentir, y está aquí por voluntad propia. A todos estos humanos les pone nuestra energía sexual. Les gusta correrse con nuestro roce y la sensación de quedar exhaustos después, a riesgo de apagarse para siempre.

—¿A riesgo de apagarse para siempre?

Abrí muchísimo los ojos.

—No volver a sentir excitación porque uno de nosotros se la robe entera, e incluso la muerte por ir más allá de sus propios límites.

Me quedé muda.

—¿Y yo me he convertido en una de vosotros?

Mi voz salió aguda de mi garganta. Me sentía un poco mareada por la información, por el ambiente, no por el vino.

—Te has convertido en una Neutralizadora. Eres, básicamente, nuestro enemigo natural. Los Neutralizadores pueden convertirnos en simples humanos, teniendo en cuenta que lo único que hemos heredado de nuestros ancestros sobrenaturales es la capacidad de alimentarnos de la energía sexual. Si tú quisieras, podrías acabar con la fiesta con un chasquido de tus dedos.

»Nos apagarías. Podrías matarnos de hambre. Dejarnos envejecer hasta morir, porque es la energía de otros la que nos mantiene inmortales.

Me dieron ganas de levantarme y de salir de allí corriendo. ¡¿Pero qué me estaba contando este hombre?! ¿Mestizos de humano y un ser sobrenatural? ¡¿Yo un peligro para todas estas amenazas?! Si lo que me contaba era cierto, ¿qué cojones estaba haciendo en medio de tanto bicho que no tendría reparos en matarme?

Solté la copa de vino en la mesa, pero él me sujetó la muñeca con firmeza y ordenó:

—Quieta, no te voy a hacer daño. Además, es casi imposible descubrir que una persona es un Neutralizador. Como he dicho antes, hay que oler detrás de su oreja.

—Todos estos quieren matarme. Tú quieres matarme. Eres como el encapuchado que me atacó al salir de la biblioteca.

—Sí, pero no. Por favor, déjame acabar.

Intenté relajarme, decirme a mí misma que si seguía viva era por algo, que podría haberme asesinado si hubiera querido hacía ya horas.

Volví a coger mi copa y me la bebí entera.

¡Esto era una puta locura!

—Necesito más vino —informé.

Él chasqueó los dedos y mi copa se llenó hasta el borde.

—Puedo llenar las copas de vino cuantas veces quiera.

—¿Sólo de vino?

—Sólo de vino. Nosotros, considerados en la antigüedad como creadores de sexo, tenemos esa capacidad.

—¿Creadores del sexo? Pero…, ¡¿de qué tipo de ser provenís?!

—De íncubos y súcubos, demonios que utilizaban el sexo para matar. Digamos que, en ocasiones, dejaban embarazadas y vivas a sus víctimas, y de ahí salimos nosotros. No tenemos nombre, no tenemos sitio, sólo… somos.

—Vale, vale.

Respiré profundamente y moví mi mano libre de arriba abajo. Di un pequeño sorbo a mi copa para que el líquido no se derramara. Continué:

—Dime por qué no me has matado todavía. Si soy un peligro para los que son como tú, ¿por qué sigo viva?

—Porque llevo detrás de El Coleccionista años. Porque lo quiero muerto, y para eso te necesito a ti. Eres la única Neutralizadora que he encontrado, y tenéis, no sólo la capacidad de destruirnos, también de encontrar el Diario de Abraham y destrozar a El Coleccionista. En ese libro está el único modo de matarlo, por eso el hombre de la capucha lo buscaba para destruirlo.

—¡¿El hombre de la capucha era El Coleccionista?!

—No. Era uno de sus esbirros. Un seguidor que apoya su forma de vida. Y es que El Coleccionista está a favor de matar siempre que se alimenta. Incluso tiene la capacidad de alimentarse de nosotros para hacerse más fuerte.

—Pero si podéis alimentaros sin matar, ¿por qué hacerlo?

—Porque la muerte es placer en sí mismo. La sensación que provoca absorber hasta matar es… —Cerró los ojos como recordando algo. Luego, un reflejo de dolor cruzó su rostro, como si ese recuerdo le hubiese clavado un puñal entre ceja y ceja—. Es brutal, además de que nos hace casi inmortales.

—Eso es terrible.

—Lo es. Muchísimo.

—Bien, así que soy una Neutralizadora porque puedo acabar con vuestros poderes y encontrar el Diario de Abraham, y tú no me has matado porque piensas que El Coleccionista debe morir y yo soy tu instrumento para llegar hasta él.

—No. No te veo como un instrumento, no digas eso.

—Es lo que has dado a entender —respondí, dolida.

Dolida porque nadie me valoraba por lo que era, porque, a pesar de dar siempre lo mejor de mí y luchar día a día por ser buena, siempre fui un instrumento. Para mi exmarido, para Diana, y ahora para él, fui algo pasajero de lo que aprovecharse mientras durase. Porque nadie se fijaba en mis sentimientos y en el daño que podían hacerme, como si fuese *pisoteable*. Como si, por el hecho de ser buena y empática, pudiesen hacer lo que fuera porque les perdonaría.

Una chica bonita que reía a carcajadas pese a estar mal, a la que no se le valoraba por lo que era. Una chica dentro de la que nadie miraba, quedándose en la fachada. Una muchacha con sueños a la que destrozárselos, porque sí, por maldad o vete tú a saber por qué.

Las lágrimas se acumularon al otro lado de mis ojos y amenazaron con estallar. Y es que me sentí aún más destrozada. Menos valorada.

¿De verdad la humanidad era así? ¿Era yo la que estaba idealizando a las personas que me rodeaban, y por eso después me llevaba estos golpes? ¿Por qué nadie podía querer de un modo puro y sincero como yo? De una forma sana, sin malas intenciones.

Si el mundo era así, entonces no quería relacionarme con nadie de este mundo.

Esta vez sí, me levanté, porque a él lo acababa de conocer y no tenía por qué ver mis lágrimas, porque él no era el culpable de todo lo que me había pasado y de que mi vida se viniera abajo, y porque no podía pedirle nada más allá a un desconocido, que es lo que era.

—Espera —volvió a ordenar.

Pero yo ya me estaba colando entre la gente, sin ver realmente a nadie, sin sentir la energía sexual picoteando mi piel.

Su voz se perdió, fundida con la canción… En realidad no sé qué canción era, pero sonaba elegante, rozando lo erótico. Era la típica canción que pondría si follara en una cama de diamantes mientras tomaba vino blanco.

Salí de allí y la humedad de Gijón se pegó a mi piel. Una humedad agradable. Algo real que siempre me daría la bienvenida a pesar de los contratiempos y los problemas.

—¡No me sigas! —chillé.

Y debió escuchar las lágrimas en mi voz quebrada, porque no se acercó a mí hasta llegar a casa.

Eso sí, me escoltó de lejos hasta meterme dentro.



CAPÍTULO 6. MI ÚNICO AMIGO REAL

Al día siguiente sentía una necesidad de sentirme normal fuera de lo común, así que llamé al único amigo en el que podía confiar en ese momento: Sam.

Sam era un chico con sangre británica que llamaba la atención por donde iba por su pelo largo y rubio. Era alto, pálido y, aunque no era del todo guapo, su sonrisa hacía estragos, igual que su carisma. Siempre me llamó la atención porque tenía a su alrededor un aura magnética, pero nada más.

No llegué a imaginarme nada con él porque yo estaba enamorada, recién casada, pensando que mi vida era espectacular y que en cualquier momento lloverían piruletas rosas del cielo.

A Diana no podía llamarla, pues no confiaba ya del todo en ella. Saber que ella y Carlota le daban la razón en todo a mi exmarido, que lo creían a pies juntillas y que pensaban (por culpa de mi ex) que yo había sido una celosa que las había alejado de ÉL, me hacía no poder abrirme. No poder hablar con libertad. Si a eso le sumabas que llevaba un año y medio dándome de lado y mintiéndome, criticándome con Carlota (porque yo tonta no era, y tenía una intuición que se cagaba la perra)… Digamos que me veía obligada a buscar apoyo en otras personas.

A buscar apoyo en Sam.

Mientras iba a la cafetería en la que habíamos quedado, un calambrazo de dolor me recorrió el pecho mientras recordaba algunos de los momentos más felices de mi relación con Diana: cuando nos conocimos y nos caímos bien al instante; cuando nos reencontramos años después y todo fue como si el tiempo no hubiese pasado; cuando ambas decidimos hacernos una runa *Parabatai* (de Cazadores de Sombras) como tatuaje conjunto, porque éramos hermanas, porque éramos MÁS, pero nunca llegamos a dar el paso; cuando a ella le rompían el corazón y yo iba rápidamente a comprarle una bolsa de *Chocobons*, porque con chocolate las rupturas son menos rupturas… Recuerdos y recuerdos arremolinándose en lo que un día fuimos.

¿Y sabéis que era lo peor de todo esto? Que yo siempre la quise y jamás la critiqué a sus espaldas. Aunque tenía otras amistades, nunca le mentí, ni le di de lado, ni la cambié. Siempre tuve claro lo que fue para mí.

Pero ella no hizo lo mismo conmigo.

Ella había sido mi medio limón, pero un limón que me daría una despedida ácida. Porque es difícil. Es difícil encontrar a una amiga a la que contarle todo sin ser juzgada; que siempre esté

ahí, dándote consejos pero sin enfadarse cuando no los sigues, porque te conoce; que con una mirada entienda lo que piensas y con una sonrisa, tus intenciones; una amiga con la que hables un lenguaje propio y con la que puedas estar en silencio sin sentirte incómoda; una amiga que te agarrará siempre en tu peor momento y que te creerá a ti por encima de a cualquiera.

Una amiga que, aunque me doliera, no estaba siendo Diana. Porque yo la necesitaba, y ella, en vez de estar, sencillamente no estaba.

Cuando llegué a la cafetería lo hice con la respiración agitada de tanto aguantar el aluvión de emociones que se me venía encima.

Sam no lo notó, por supuesto, porque era humano y no podía leer mi energía. Sin embargo, yo sí podía leer la suya.

Y me gustó.

Por primera vez, ese chico me llamó la atención. No por su pelo y su sonrisa, como siempre había ocurrido, sino por su autocontrol.

Su energía sexual era totalmente distinta a la de la mayoría de los hombres con los que me había cruzado desde que me salió la marca en el omóplato. Era controlada, fina y elegante.

Pero sobre todo eso: controlada. Si en ese momento hubiese sabido leer energía como hacía Gabriel, habría dicho que era un hombre de los que merecen la pena y no se encuentran. Un hombre que pensaba con la cabeza (la de arriba) en situaciones en las que cualquier hombre pensaría con la polla. Un chico capaz de decir que no y mantener su palabra, porque la lealtad manchaba cada rincón de su energía. La fidelidad y la lógica tiñendo cada mota del color azul del halo que lo rodeaba.

Pero era pronto para saber todo aquello, porque era inexperta y acababa de descubrir lo que significaba ser una Neutralizadora. Acababa de abrir los ojos a un mundo nuevo que daba un miedo que te cagas, donde las súcubos y los íncubos existían, y andaban entre nosotros sus hijos, mitad humanos. Vampiros que se alimentaban de la energía sexual de las personas y podían llegar a matar. Donde los que eran como yo eran exterminados, y existía un libro guardián del secreto para acabar con el villano más malo de la historia: El Coleccionista.

—¡Hannah! ¿Qué tal?

Se levantó y me dio dos besos. En ese momento, su energía sexual se entrelazó con la mía de un modo leve, pero efectivo. Ambas se quedaron ahí un rato, resistiéndose, intentando seguir unidas un segundo más.

Fruncí el ceño de forma imperceptible mientras me sentaba. Qué raro, ni siquiera eso me había pasado con Gabriel.

—*Pffff*, si yo te contara. Pero pidamos primero, que con un café las penas son menos penas, y los días menos nublados.

—A mí me encantan los días nublados —reconoció, también sentándose.

—Y a mí. Leer siempre es mejor con el sonido de la lluvia de fondo.

—¿Ya te vas a poner en plan bibliotecaria intelectual?

—¿Y tú? ¿Dónde te has dejado tus gafitas de opositor?

Una sonrisa traviesa.

—Las gafitas de opositor sólo cuando estudio. Es como otra personalidad: estudiando soy el Sam amargado, y cuando salgo también soy un amargado, pero con sonrisa.

Suelto una carcajada estruendosa.

Él era así. Tenía un sentido del humor negro, oscuro, a veces demasiado para mi gusto, pero siempre me reía con él. Además era ingenioso y adoraba meterse con sus amigos (de risas. Siempre de risas).

—¡Que exagerado!

Él se encogió de hombros.

—Ya sabes que un opositor lo es siempre, en realidad. A ver si consigo meter la cabeza y se acaban mis problemas.

—Lo lograrás, ya verás. Eres un tío muy válido.

—Pero no hemos venido aquí a hablar de oposiciones. Eso es un tema tabú ahora, o no desconectaré.

—¡Hecho!

Hice como que me cerraba la boca con cremallera y la tiraba bien lejos.

En ese momento llegó el camarero, bandeja en mano, y nos tomó nota. Los dos pedimos café con leche, aunque yo lo hice con sacarina.

—A mí me gusta fuerte —aclaró una vez se largó el camarero—, pero me bebo tantas tazas al día que, si no me las tomo con leche, acabaría hiperactivo perdido. ¡Sería hasta malo para el corazón!

—Sí. Dicen que la cafeína puede afectar al sistema nervioso.

—¿Ya me estás llamando loco? De verdad, Hannah, venir aquí a hacerme bullying…

Me reí fuerte.

—¡No vengo aquí a hacerte bullying! Vengo aquí a contarte mis penas.

—¿Tus penas? ¡¿Cómo se puede tener penas cuando tienes trabajo fijo, una casa propia y dos perros?!

Así que se lo conté. Le hablé y hablé durante horas sin detenerme nada más que para beber y escuchar sus «joder» y sus «ajá». Y cuanto menos lo esperé, ya habíamos acabado el café y pedimos otro, para continuar, porque aún iba por mitad de la historia. La voz se me hizo débil hablando de las palabras que ÉL le dedicó a ella en la madrugada, aprovechando que yo estaba dormida y ÉL se acostaba más tarde. También lo hizo cuando le hablé de la opinión de Diana y de mis sospechas. Cuando llegué a lo sola y perdida que me encontraba, apenas podía continuar

sin echarme a llorar.

—Así que me voy a tintar el pelo —concluí.

Sin duda, no se esperaba ese final.

—¿De qué color?

—De rojo. Voy a ponerme el pelo rojo como la sangre.

—El rojo te sentará bien. Pero, oye, Hannah, todo esto que me has contado es fortísimo.

—Lo sé.

Mi voz, apenas un susurro. De estar la música más alta, no se me habría escuchado.

Dejaron sobre la mesa nuestro segundo café.

—Una vez me dejaste caer que ÉL había hecho algo ya en el pasado, pero pensé que fue un desliz tonto porque era joven e inmaduro, pero esto…: te quería cambiar por la otra. Estaba allanando el terreno. Es lo que yo veo aquí.

Meneó el dedo arriba y abajo por la pantalla, releyendo las conversaciones que la misteriosa Delia (que sospechaba que era el marido de la otra) me había mandado.

—Sí, ¿verdad? ¿Y sabes qué dijo cuando le pregunté si pensaba cortar esa relación algún día?

—¿Qué?

—Que no lo sabía. Simplemente seguía, seguía y seguía sin pensar en mí, sabiendo que estaba haciéndolo mal, sabiendo que no le pondría fin. Si no, ¿por qué esa respuesta?

—Como he dicho, yo creo que estaba preparándose para irse con la otra. Sé que duele, pero esto de aquí —señaló el móvil—, no es sólo sexo. Son sentimientos. Son faltas de respeto hacia tu persona. Eso no se hace, sobre todo si es a una mujer buena, como tú.

Me encogí de hombros.

—No sé, Sam, quizás soy mala y no lo sé. Quizás, por mucho que me esfuerzo en hacerlo bien con la gente, lo hago mal sin querer. Quizás soy insoportable y por eso Diana me ha dado de lado y ÉL se quería ir con otra. Quizás…

—No. —Me detuvo, muy serio de repente—. Te conozco, y ese no es el caso. Tú eres buena, Hannah, una de las personas que todo el mundo querría tener al lado, porque estás ahí en las buenas y en las malas, y para ti se queda lejos eso de las malas intenciones. Debes saber que, al contrario, la mayoría de la gente sí es mala y no sabe valorar lo que tiene al lado.

—Nunca he crecido pensando que la gente es mala, sino que, si das, te devolverán lo que reciben.

Negó, todavía muy serio. Pensé que, a él en particular, la seriedad no le quedaba bien. Prefería su risa.

—Pues eso no es así. Has crecido muy protegida por tus padres, te has rodeado siempre de un entorno seguro, pero más allá de ese entorno está la realidad. Y la realidad es que la mayoría de personas que te rodean no merecen lo que eres capaz de dar.

—Eso es tristísimo. —Soplé a mi café, porque estaba ardiendo, y odiaba tomarme bebidas muy calientes—. Pensar que la gente no merece lo que soy capaz de dar.

—Porque sabes lo que eres capaz de ofrecer, ¿no?

Me quedé un rato parada, pensando.

—Sí. Soy capaz de dar lo mejor de mí a cada persona. Soy capaz de darlo todo por una amiga y por una pareja, y de priorizarlos por encima de un problema propio. Yo jamás abandonaría a alguien a quien quiero a su suerte. Cuando yo doy, lo doy todo.

—¿Y crees que te mereces lo que te han hecho? ¿Crees que ellos merecen lo que eres capaz de dar?

Sorprendentemente, la respuesta la tuve más que clara.

—No.

—Pues tú sola te estás respondiendo. Sabes lo que debes hacer.

Le eché la sacarina al nuevo café y lo moví en círculos y de arriba abajo para que le entrara el aire del ambiente. Al inclinarme hacia delante a la vez que Sam, nuestras energías hicieron por mezclarse otra vez como si la una quisiese quedarse a vivir en la otra.

Me eché hacia atrás con brusquedad y él me miró extrañado, así que dije:

—Joder, ¡está ardiendo!

—Quien se quema es impaciente o tonto, ¿qué eres tú?

—Tonta, soy tonta perdida por sufrir por gente que no merece lo que puedo dar.

Soltó una carcajada cantarina. Yo lo acompañé y luego pregunté:

—¿Y qué me dices de Diana?

—Diana siempre te ha tenido envidia. Lo sé yo, lo sabe mi hermano, y lo sabe cualquier persona que os haya visto juntas.

—¡¿Envidia?! —medio grité.

Me tapé la boca con la esperanza de no haber llamado demasiado la atención.

—Envidia. Ella se fijaba muchísimo en ti, y me daba la sensación de que a veces no te miraba bien. Te miraba como si quisiese tu vida.

—¡Anda ya! No seas exagerado.

—Yo sólo digo que no suelo equivocarme con las primeras impresiones. Tengo una intuición tremenda, y supe desde el principio que esa chica tiene el fondo podrido. Y a Carlota le falta poco para ser como ella.

Esta vez sí, alcé las cejas, impresionada.

—Pues fíjate, que a mí Carlota siempre me pareció peor que ella. No sé si porque es así o porque busca su aprobación porque no tiene muchas amigas. ¿Recuerdas que te conté que empecé a hacer sesiones de fotos por ella?

Sí, me contactó un fotógrafo a partir de conocerla a ella, porque la chica, aunque era

normalita en todos los aspectos, se movía por las redes que daba miedo.

—Sí. Le pediste permiso para hacer tu primera sesión incluso, creo recordar.

—Así es. Pues me enteré después de que iba diciendo por ahí que de qué iba yo haciéndome sesiones, que si fue ella la que me metió en ese mundo y se lo tenía que agradecer, que si no tenía ni idea de modelaje, etc.

—Sí, vamos, envidia pura. La típica chica que no quiere quedar mal delante de ti, pero que luego por la espalda te pone verde.

—Por eso digo que siempre vi a Carlota peor amiga que a Diana.

Él se quedó pensativo. Al hacerlo, se le formó una línea entre las dos cejas. Reparé en que, aunque no frunciera el ceño, la tenía marcada, señal de que solía adquirir esa expresión cuando reflexionaba, y de que lo hacía mucho.

—¿Alguna vez ha reconocido delante de ti que se siente inferior en físico?

—Sí.

—¡Pues ahí lo tienes! Ella siempre se sentirá inferior a ti, y por eso ambas te critican: para sentirse validadas entre ellas, y superiores. Nunca podrán llegar a lo que tú eres, porque, pregúntaselo a quien quieras si no me crees, eres muchísimo más guapa y sexy que ambas, y las fotos que te haces les dan mil patadas a las que hacen ellas. También por eso te contactan tantos fotógrafos, aunque los rechaces.

No imaginaba, antes de ir al café, lo fuerte que me sentiría saliendo de allí. Gracias a él, tenía las cosas claras, pero una duda más: ¿por qué nuestras energías querían quedarse a vivir juntas?

Gabriel no había vuelto a aparecer. No supe si se debía a que me estaba dando un tiempo para asimilarlo todo, o porque me había dado por un caso perdido. Para mi desgracia, estaba segura de que sería la primera opción.

Agradecí en silencio que tuviera ese mínimo de consideración. ¡No todos los días descubre una que es una Neutralizadora, que el mundo está lleno de seres mestizos, mitad demonio, mitad humano, que absorben la energía sexual de las personas, que quieren matarla y que, además, quieren utilizarla para asesinar al ser más poderoso de todos!

Ese día llevaba muchísima prisa, porque había quedado con Diana (sí, tan tonta era que aún tenía la esperanza de salvar nuestra relación) y con Carlota para ir a hacerme el cambio de look. Claro: ahora la una no venía sin la otra.

La conversación que mantuvimos al principio fue cortés y descuidada. Me preguntaron cómo estaba, y yo les prometí sincerarme cuando estuviera preparada (suponía que tendrían la madurez emocional necesaria para entender que estaba pasando por un momento duro, que necesitaba un tiempo para ordenar las ideas y ser capaz de hablar de ciertas cuestiones).

¿Espoiler?

No lo eran. Maduras, digo, porque tiempo después me enteré de que criticaron incluso eso de mí.

En la peluquería, tardaron cinco horas. CINCO HORAS, en decolorarme (y casi quemarme) el pelo y en peinarme. Ellas, obviamente, se fueron a mitad de la mañana para tomarse un café.

Diana me sorprendió trayéndome uno dos horas después, y la tonta de mí (la que aún mantenía la esperanza con ella), se alegró y se autoconvenció de que quizás no estaba perdido. De que quizás estaba exagerándolo todo y era una época que pasaría. Que volveríamos a ser felices, «hermanas», y que todo quedaría como parte de un mal sueño.

Ains…, inocente criatura.

Al salir, lo primero que dije fue:

—DECIDME.

Diana habló primero:

—Oye pues estás guapa.

Levanté tanto la ceja ¡que podría haber salido de mi cabeza saltando!

—NO.

—Sí. —Se acercó a mí y acarició mi cabello—. Tienes tu punto.

—PAREZCO UNA PUTA MUÑECA HINCHABLE.

Ellas se carcajearon.

—¡No exageres! Estás distinta, sólo eso —opinó Carlota.

—Anda, vamos… Tengo que arreglar las hondas raras estas que me ha hecho. Parezco un juez del renacimiento.

Volvieron a reírse.

—¡En eso no te quito la razón!

Yo también reí. Con todos los problemas que tenía en mi cabeza, ¡había que reírse de la vida y disfrutar el más mínimo momento!

Vive. Vive al cien por cien los pequeños detalles.

Cuando volví a casa, ya sola, agarré la plancha y alisé las hondas mal hechas de mi pelo destrozado. Después me maquillé a toda prisa y metí en la mochila la ropa para los cambios de vestuario.

Me puse unos pantalones de cuero y un corsé blanco con bordado, muy bonito, y salí de la casa después de darle a los peludos algo para entretenerse en mi ausencia.

Llegué a la casa del fotógrafo a la hora acordada. Cuando él me abrió la puerta, no tardamos en empezar con el trabajo, así que me olvidé de todo, y posé, posé, posé como a mí me gustaba hacer.

—Muy bien —decía él—. Ahora así, como de espaldas. Quiero que este foco te ilumine la cara desde aquí.

Hice caso. Seguí posando. Me lo pasé de muerte, igual que ocurría en las demás sesiones de fotos.

Eran, para mí, un chute de energía.

Después de esa ropa, usé una más ligera: una bata de seda con un pijama sexy debajo. A continuación, algo más metalero, con un collar de pinchos que compré en un festival.

Cuando utilizó el ventilador en mi cara y mi pelo se alborotó ¡me metí de lleno en el papel!

Tras una hora y media, la sesión terminó y me despedí del fotógrafo con entusiasmo.

Había sido un día genial, a excepción de esas hondas horribles en mi pelo, y de ese color rosa radiactivo que le habían dado al rojo que en realidad quería.

Lo último que hice al llegar a casa, fue mandar una foto de mi cabello a Sam, y él contestó:

Creo que los bidones de gasolina
están a unos cuarenta euros
y la caja de cerillas
no debe valer mucho más.
Yo le metería fuego a la peluquería
con el peluquero dentro mientras
me río como un psicópata.

Eso he querido yo
cuando me ha dado
el primer tijeretazo.

Quiero pensar que la luz
te lo aclara más, pero
sí, es un destrozo.

Lo peor es que me he puesto
en esta luz porque de día
se ve así.

Una tragedia. Pero ya
te digo, no te queda mal
ni mucho menos, así que
no te preocupes, nadie
se va a esconder de verte.

Suspiré antes de echarme a dormir.

Sabía que nadie se escondería al verme, pero también sabía que mañana me compraría en el supermercado más cercano un tinte con el rojo que había querido, y me encargaría yo misma de arreglar el destrozo, el cual, por cierto, me había costado cien Euros.



CAPÍTULO 7. ¿ME ECHABAS DE MENOS?

Días después, seguí sin responder las llamadas de ÉL. Se estaba poniendo insistente con hablar y con todo el tema del arrepentimiento, pero debía aceptar que los actos tenían consecuencias, y que yo para ÉL ya estaba fuera del alcance.

Me encontraba en la biblioteca, revisando los préstamos, vestida con una camiseta negra sencilla, unos vaqueros y unas sandalias de verano. No podía parar de mirar de soslayo mi pelo rojo (ya arreglado), en un pequeño espejito que tenía en el mostrador. Se me había quedado genial, aunque un poco seco por culpa del decolorante. Pero me hacía ser más yo que nunca, y recordar esa bacanal a la que Gabriel me había llevado. Bueno, en realidad no sé si lo que vi fue una bacanal, o una orgía, o si las dos cosas eran prácticamente lo mismo.

—Vaya, tu energía sexual se ha puesto al rojo vivo, como tu pelo. ¿En qué estás pensando?

Di un respingo sobre mi asiento.

—¡¿Cómo cojones has entrado?!

—Por la puerta —respondió con total naturalidad.

Gabriel seguía llevando esa sonrisa de canalla que tan bien le quedaba y que hacía que mi energía y mi sexo entero temblaran por la anticipación.

—JA, JA, QUÉ GRACIOSO —repliqué.

—Jo, ¿por qué me hablas así? ¿Aún estás enfadada conmigo?

—¿Por qué iba a estarlo? ¿Porque quieres utilizarme para encontrar un libro y matar a un loco? No sé, ¿tú que piensas?

No se ofendió. Es más, mi actitud parecía divertirle un montón.

—Pienso que no me dejaste aclararte nada, bibliotecaria. Pienso que, desde que te salvé en aquél callejón, no he podido dejar de pensar en ti. Tu energía es… adictiva, y extraña. ¿Tú no me has echado de menos?

—Déjate de rollos raros.

—No son «rollos raros». A partir de ahora será tu día a día.

Me crucé de brazos.

—Oye, ya tengo muchos problemas y no quiero que nadie me utilice, así que podrías salir por la misma puerta por la que entraste.

—No lo haré. Podrías estar en peligro.

—¡Ah, sí, se me olvidaba! Soy una Neutralizadora, así que todos los que son como tú quieren matarme.

—Ehmmm…, ¡sí!

—¿O es una excusa para tenerme cerca bien atada?

Por primera vez, vi cómo lo sacaba de sus casillas. Puso los ojos en blanco y cruzó los fornidos brazos por delante de su pecho. Y, joder, ¡qué *brazacos*! Brazos para amasar pan, para cogerme de las caderas mientras follábamos o para abrazarme por las noches, todas las opciones me parecían buenas.

—Te ataría, pero no como tú crees. Además, ¿qué acabas de pensar, que ha vuelto a ponerse tu energía al rojo vivo?

De repente, ¡Gabriel cruzó el mostrador con una velocidad sobrenatural y me estrechó entre él y el teclado del ordenador! Su cuerpo tan cerca del mío que noté su calor corporal. Su aliento golpeando mi nariz y su mirada negra clavada en la mía azul. De inmediato, toda yo me ericé de excitación y de placer. Sensaciones que, tras estar diez años con la misma pareja, se sentían más intensas, como si yo fuera una puta adolescente de quince años que acaba de descubrir lo que es el sexo.

—¿Te gustaría que te atara? ¿Que te tocara?

Rozó mi brazo con el dorso de la mano y yo lo aparté con brusquedad.

—¿Te gustaría que volviéramos al local y participar? ¿Sabes que hay seres como yo que tienen la capacidad de hacer que te corras con sólo tocarte, o de provocarte fantasías sexuales con sólo pensarlo? Dime, ¿lo sabías?

—No, como tantas otras cosas.

—¿Y te gustaría comprobarlo?

Otro roce.

Dejé escapar un gemido bajito, no sé si de debilidad o de deseo, y estuve a punto de dejarme llevar. Estaba derretida por el morbo de su voz, por las imágenes vividas que me hacía imaginar. Y el cabrón estaba bueno como sólo un ser de la noche nacido de un íncubo puede estarlo. Rostro y cuerpo de un humano, atractivo de un demonio del sexo.

Apreté los muslos y aproveché el movimiento para impulsarme con mi silla de escritorio con ruedas.

Nuestra distancia fue un pequeño respiro.

Gabriel soltó una carcajada.

—Ah, sí: se me olvidaba que eras una señorita tímida, pero ¿sabes que las tímidas son las peores?

—Gabriel, de verdad, tengo que trabajar. No tengo tiempo para el sexo.

—SIEMPRE se tiene tiempo para el sexo.

—Yo no.

Insistente, dijo:

—Quédate conmigo esta noche.

—¿Para que me tientes más? No, gracias.

—No. Hoy los esbirros de El Coleccionista saldrán a cazar, y él también.

Esa frase hizo que se me quitaran las ganas de batallar. Con unas cuantas palabras había dado a entender que mi vida corría muchísimo peligro, porque yo sería un objetivo de caza.

Muy bonito todo, vamos.

Sería un conejo blanco en mitad de un bosque, rodeado de lobos que, para colmo, me estarían buscando. Yo era una amenaza viviente para El Coleccionista y él lo sabía. No dudaba de que el seguidor que me atacó habría ido ya a contarle el cuento.

Un poco resignada, le lancé una mirada de pánico a Gabriel acompañada de una petición muda.

—No te preocupes, yo te protegeré, te lo prometo.

Y sé que hasta hacía unos minutos había estado superenfadada con él por lo de utilizarme, pero no me quedó más remedio que depositar todas mis posibilidades de vivir en él.

Deposité, por primera vez, mi confianza en otro hombre después de mi ruptura. Aunque la confianza tiene muchas facetas, ¿no creéis? Por ejemplo: no confiaba en mi exmarido en lo relativo a otras mujeres y a la fidelidad, pero sabía que no contaría mis secretos y que podría contarle cualquier cosa incluso estando separados, porque era guarro, pero no mala gente. Como amigo, estaba segura de que podía valer la pena. Con Gabriel, sin embargo, mi confianza se depositaba en la protección. Sabía que no dejaría que me ocurriera nada porque era valiosa para él.

Me pregunté por qué tenía tantas ganas de acabar con El Coleccionista. ¿Tendría una historia con él? ¿Le había hecho algo en el pasado?

—Entonces qué: ¿tenemos trato? ¿Pasarás la noche conmigo?

Me levanté de la silla de un salto. Noté que mis pechos rebotaron un poco al hacerlo, y su vista se dirigió hacia ellos.

—Un momento, un momento, un momento —susurré. No olvidaba que estaba en una biblioteca—. Dices que van a salir a cazar, pero ¿cuántos son?

—No lo sé. No todos irán a por ti. Supongo que quizás te buscarán tres o cuatro.

—¿Podrás con tres o cuatro si me encuentran?

Su sonrisa fue cínica mientras respondía:

—Los haré trizas.

¡No estaba yo tan segura!

—Está bien, me quedaré contigo.

—¡Genial! Iremos al local. Allí hay tantos olores que no lograrán seguir tu rastro.

—PERO —resalté— sólo beberemos y hablaremos hasta que amanezca. No quiero participar en todo eso del sexo con desconocidos.

Gabriel soltó un rugido supererótico para mi gusto.

—¿Qué tienes en contra de follar con quien quieras?

—¿Alguna vez te han hablado de las ETS?

El chico echó la cabeza hacia atrás y sonrió. Yo me ruboricé.

—Se me olvidó ese pequeño detalle: los seres de mi especie no sufrimos de ese tipo de enfermedades. De hecho, no enfermamos nunca.

—¿Y del embarazo? ¿Qué me cuentas?

—Ahí ya me callo, bibliotecaria. Pero te huelo, y sé que tomas pastillas anticonceptivas. ¿Por qué temes, entonces? ¿Es lo desconocido lo que te da miedo? ¿Es porque te han enseñado toda tu vida que eso no es correcto? Porque te diré una cosa, preciosa: nosotros somos los que decidimos qué es correcto. Sólo hay que destrozar nuestras barreras. Las que la sociedad nos ha construido en la cabeza.

Me quedé muda porque era tan cierto como que llevaba años sin ser virgen.

—Te he hecho pensar, ¿eh? —Sonrió, picarón.

Yo me crucé de brazos haciéndome la digna mientras volvía a sentarme.

—Bueno, reconozco que lo que dices es verdad: lo correcto lo impone la propia sociedad. Pero también te digo que las barreras mentales no se sortean de un día para otro.

—¿No? Es tan fácil como no pensar, como dejarse llevar. Sentir lo físico y nada más.

Un calor tremendo recorrió mi espina dorsal en dirección descendente.

—Ya veremos.

—¡JA! Lo dices porque una parte de ti quiere probarlo. El otro día quisiste ser mala, pero una vez allí te asustaste.

No podía negar que, en mi fuero interno, esas ganas de ser libre y de no preocuparme por nada seguían brillando con fuerza. Necesitaba despejar la cabeza, dejarla en blanco e irme a un mundo donde no existieran mis problemas. Un mundo de placer terrenal, donde nadie me conocía y los seres sobrenaturales podían hacer que te corrieras con el roce de una mano.

—Cállate. Ya te he dicho que esta noche iré contigo. ¿No tienes suficiente con eso?

Se acercó de nuevo a mi silla y la atrajo hacia él. La silla se deslizó sobre el suelo y me quedé ahí, atrapada, con su cuerpo casi encima del mío. Por mucho que me eché hacia atrás y pegué mi nuca en el reposacabezas, él se acercó hasta casi besarme. Bajó la voz muchísimo. La convirtió en uno de esos susurros que dichos al oído durante un buen polvo haría que me corriera al instante. Un susurro grave, grueso.

Ains, lo que conseguiría si dijese un par de palabras obscenas en el momento indicado…

El corazón tronó fuerte dentro de mi pecho.

—Por ahora me conformaré, Hannah, pero al final descubrirás que te estás reteniendo a ti misma.

Se alejó. Yo aproveché para tragar.

—En fin —siguió con la voz más alta—. Te espero fuera.

El resto del turno, no pude concentrarme.

Las horas se me hicieron eternas, sobre todo porque temía por mi vida. Por primera vez, no quería salir de la biblioteca. Tenía miedo: no quería cruzarme con el encapuchado de nuevo, ni sentirme impotente igual que lo hice ese día. También estaba nerviosa por volver al local.

Las cosas que había visto avergonzarían a cualquiera, pero sí había algo dentro de mí que tenía curiosidad. Además, por mucho que estuviera con el corazón roto, no era inmune a los poderes de esas criaturas sobrenaturales. Llevaba diez años acostándome con la misma persona, y la excitación que sentía con Gabriel parecía más potente. Si a eso le sumaba el ambiente del local…

Sería peligroso, pero, tal y como dijo Gabriel, ¿por qué incorrecto? Mientras yo estuviera de acuerdo y lo hiciera por voluntad propia, ¿por qué iba a ser malo? Porque me lo habían dicho mis padres y porque, si se supiera ahí fuera, me criticarían.

En especial Diana y Carlota. Utilizarían cada cosa que hiciera en mi contra, ¡cada vez estaba más segura!

Agarré la mochila y me la eché a la espalda.

Tragué.

Era la hora. Tenía que salir de ahí antes de que se hiciera de noche, o las cosas se pondrían feas.

Apagué la luz de la biblioteca, activé la alarma y eché la llave al salir.

—Pensaba que tendría que entrar a buscarte —comentó Gabriel—. Y relájate. Noto que estás tensa desde aquí.

—Al contrario que tú, que tienes la energía sexual a tope.

—¡¿Crees que esto es a tope?! —Levantó una ceja—. Bibliotecaria, si quisiera, podría estar muchísimo más excitado. Por poder, podría utilizar mi propia energía para contagiarte, y ponerte tan cachonda que me rogarías por un poquito de atención. Si me dejaras, claro. Eres una Neutralizadora, así que podrías apagarme en cualquier momento.

—Gabriel, no sé utilizar esos hipotéticos poderes que tengo.

Él se encogió de hombros mientras me tendía la mano.

—Aprenderás con el tiempo.

—¿Te puedo hacer una pregunta de camino al local?

—Claro.

Apreté un poco mis dedos mientras preguntaba:

—¿Por qué me salió la marca de la noche a la mañana? Antes no era Neutralizadora, pero un día me desperté con el omóplato tatuado. Desde entonces…

—Te equivocas: tú ya eras una Neutralizadora. Los Neutralizadores lo sois desde el nacimiento, igual que les ocurre a las brujas. La única diferencia es que tu naturaleza estaba reprimida o protegida por un hechizo. Algo te pasó, y el hechizo se rompió.

—¡¿Un hechizo?!

—Hablo sin saber, bibliotecaria. No sé si fue por estar reprimida o por un conjuro. No sé cuál es tu historia. Solo intento resolver tu pregunta. Si conociera mejor de dónde desciendes, podría darte una respuesta más concreta. Dime, ¿qué pasó la noche que apareció la marca?

El corazón me dio un vuelco.

Esa noche…, fue la peor noche de mi vida con diferencia. No la repetiría nunca. Estuve todo el rato queriendo desaparecer de la faz de la Tierra. ÉL me decía por teléfono que parara de llorar. Que parecía que me iba a morir.

Me sentía morir, en eso no se equivocó.

—Me rompieron.

—¿Un hombre?

—Mi exmarido.

Se quedó en silencio. Toda expresión de diversión se borró de su cara. Soltó:

—Nunca entenderé a los humanos que buscan a otras personas fuera de su relación habiéndose comprometido previamente. Si quieren sexo con otras, ¿por qué comprometerse? ¿Por qué hacerle daño a alguien que de verdad cree en lo que prometió? Si te metes en una relación seria, no busques fuera. Y si buscas fuera, déjala, porque lo que buscáis ya no es mutuo.

—Pero no, la mayoría no lo hacen porque lo quieren todo.

—El ser humano es una especie egoísta. Ni siquiera mi especie es así. Nosotros no nos comprometemos, y si lo hacemos, lo hacemos con todas sus consecuencias. Esa es la razón de que nos comprometamos tan pocas veces en nuestra vida.

»Estamos completamente seguros antes de hacerlo.

—Lo peor es que sigo sin entender del todo cómo pudo hacer eso. Él siempre se comportó como si yo fuera el centro de su vida, me apoyaba en todo, hacía todo por mí. ¡Una vez, incluso vino a recogerme a París para que no cogiera el avión sola!

—Seguramente te quiso, pero a su modo, y no lo suficiente como para guardarte la cara a las espaldas. O te quiso mucho, pero no correctamente. Hay muchas formas de querer y es dificilísimo encontrar a alguien que quiera igual que nosotros.

Me quedé mirándolo boquiabierta. El Sol ya se estaba ocultando y el tono naranja se reflejaba en su piel. Por primera vez me pregunté cuántos años tenía. Si al absorber la energía sexual de los humanos rejuvenecía, podría tener en realidad ochenta o noventa años, y un físico de treinta y pocos.

—Hablas del tema con mucha seguridad.

—Porque he visto de todo ya.

Carraspeé.

—Bueno, pues eso fue lo que me pasó.

—Entonces creo que fue más por bloqueo que otra cosa. Quizás se te acabaron las lágrimas y sentiste tan fuerte que algo en tu cabeza hizo *click*.

—Es posible.

Agaché la mirada. Él notó el cambio en mi humor y dijo:

—Venga, ¡alegra esa cara! Hoy toca beber, comer y olvidarse de que existe el amor y de que hay seres que se volverán locos por tu cabeza.

Puse los ojos como platos.

—¡Prefiero mil veces superar un desamor, aunque pensaba que era mi alma gemela!

Giramos hacia un callejón ya casi bañado por la penumbra.

Estábamos cerca.

—¿Tú crees que existen las almas gemelas?

—Sí, pero también creo que es casi imposible encontrarla y que también nos la pueden jugar. Quizás han sido educados con unos valores distintos a los nuestros, y la relación acaba rompiéndose por sí misma por muy almas gemelas que seáis.

—Eso es tristísimo.

—PERO, también creo que hay varias almas gemelas. Eso no quiere decir, claro, que nos volvamos locos buscándolas. Así lo único que logramos es ser infelices. Lo ideal es encontrar a alguien con nuestros valores y con los que seamos compatibles, y aprender a valorarlos como es debido.

—Gabriel, hoy me estás dejando alucinada. ¿Dónde está ese chico malo de mirada pícara?

De inmediato la travesura se hizo con su rostro.

—Sigue aquí, bibliotecaria. Pero tienes que saber que esta alma libre tiene mucha historia detrás y un mundo interior que te cagas de grande.

Consiguió hacerme soltar una carcajada. ¡Este hombre estaba lleno de sorpresas! Y había conseguido animarme. No sabía por qué, su visión de las cosas me hacía sentir más tranquila, quizás porque yo había idealizado demasiado la idea del amor. La figura de ÉL.

—Venga, pasa.

Di un respingo. ¡Ya habíamos llegado!

El camino se me había pasado rapidísimo.

Dentro, la música elegante estaba bien alta, para ahogar en la medida de lo posible los gritos de clímax. Para dar a los grupitos y a las parejas un mínimo de intimidad (por mucho que estuviesen ahí, ¡follando a plena vista!).

De nuevo me ocurrió como la primera vez que entré: me sentí ahogada por la energía sexual. También contagiada. Tuve que apretar los muslos mientras andaba agarrada a la mano de Gabriel en dirección a la barra.

En esta ocasión la luz era de un tono rojo intenso, y había también algún que otro foco anaranjado. Se notaba que aún era pronto, porque muchos de los presentes estaban cenando tranquilamente y bebiendo mientras charlaban. En la barra había algunos humanos solitarios paseando su vista por el gentío, deleitándose del aire que se respiraba, seleccionando al ser que les quitaría su energía esa noche, pero que los haría disfrutar como nadie en el proceso.

Durante un momento me planteé cuál sería ese ser que provocaba orgasmos con tocarte. ¡¿Qué coño?! ¡Tenía delante a Gabriel! ¡Podía hacerle cualquier pregunta!

—¿Cuál de estos mestizos es el que provoca orgasmos con el contacto?

Su expresión divertida no tardó en aparecer.

—Vaya, ¿ya no tienes tanto miedo? ¿Vas a sacar a la bibliotecaria curiosa a pasear?

—Puede…

CALOR.

Él se carcajeó.

—Los que tienen el halo blanco alrededor. Tienes que fijarte bien, pero cuando los conozcas sabrás identificarlos con más facilidad.

—¡Ah! Vi uno de esos el otro día. Parecía un ángel.

—¡Pues no lo es! Cada uno de nuestra especie tiene habilidades distintas según de la familia de súcubos e íncubos de la que provienen.

—Eso es interesante.

—Casi tanto como lo que escondes bajo la ropa.

Tonteó.

Yo disimulé lo que sus palabras acababan de despertar en mi entrepierna.

—Te decepcionaría.

—Si algún día me dejas comprobarlo, estoy seguro de que no sería una decepción para nada.

Paseó su vista de arriba abajo por todo mi cuerpo. Se tomó su tiempo, saboreando cada segundo, permitiéndome ver cómo su energía se hinchaba y se hacía cada vez más roja y caliente. La mía pareció reaccionar en respuesta.

—¿Qué ha sido eso?

—¿La reacción de nuestras energías?

—Sí. —Asentí con rapidez.

Por el rabillo del ojo, vi acercarse al camarero.

—Nuestras energías a veces son más sabias que nosotros mismos. Saben lo que quieren. Si las escuchas, sabrás lo que deseas sin necesidad de planteártelo siquiera. Según la reacción que tu energía ha tenido en respuesta a la mía, significa que mi excitación te excita. Te gusta que te mire, y eso se traduce en…

—¿Vas a decir que quiero acostarme contigo?

—Exacto. Te pongo cachonda, bibliotecaria.

—Llámame Hannah…

—Bibliotecaria Hannah.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, pues una cosa es lo que quiera mi cuerpo, y otra lo que yo vaya a hacer.

—Y lo respeto, preciosa. Dos no se acuestan si uno no quiere. En este local, es la regla número uno.

Y me pareció una regla preciosa, ¡qué queréis que os diga! De hecho, me dio la sensación de que los humanos eran seres todavía peores que los que frecuentaban ese sitio. Que sí, que eran hijos de demonios, pero no tenían mal corazón. No obligaban a nadie a nada y no asesinaban a los humanos como ocurría con el grupo de El Coleccionista. Sólo eran libres. Disfrutaban esa libertad al cien por cien sin hacer daño a nadie.

Aquello era sexo, pasión, placer y diversión. Sobre todo diversión.

En el momento en que lo entendí, recordé lo que había dicho Gabriel sobre las imposiciones de la sociedad y nuestros límites, y pensé: «¿Y por qué no dejarse llevar? La única que me lo impide soy yo misma».

No fue una revelación de esas que te cambian la vida… ¿o quizás sí? No me importaba. No lo hacía porque las energías sexuales me picoteaban la piel, tiraban de mi propia energía, y me descubrí a mí misma mojada sin necesidad de hacer nada más que observar el panorama.

Gabriel no dijo nada, pero me dedicó una sonrisa ladeada que dejaba claro que le gustaba el cambio que veía en mi energía.

Las energías sexuales… ¡qué mundo tan desconocido y tan maravilloso a la vez! Si lo hubiese descubierto antes, habría vivido la vida mucho más a tope.

—Toma, tu vino.

Gabriel puso entre mis dedos la copa fría de vino.

Pestañeé un par de veces.

—¿No deberías estar en tus plenas facultades por si vienen… ya sabes?

—Oh, pequeña bibliotecaria, si vienen aquí a buscarte no será por tu olor, sino por simple rutina. Y despistarlos sería tan sencillo como meterse en la habitación oscura.

—Eso suena horrible.

Él levantó una ceja, escéptico.

—No sabes de lo que hablas. ¿Quieres que entremos para que descubras lo que hay?

Levanté una mano.

—No, gracias. Primero tengo que hacerme al ambiente.

Me giré asombrada con lo que yo misma acababa de decir. ¡¿Cómo que «primero tengo que hacerme al ambiente»?! ¿Significaba eso que ya había decidido que volvería más veces? Es posible, teniendo en cuenta que la otra opción era quedarme en casa torturándome con mi propia vida.

Gabriel me guio hasta una mesa escondida desde la cual se veía la puerta.

—Siéntate ahí. No quiero que nadie se te acerque por detrás y te huela el cuello.

Asentí, llevándome la mano a la zona.

Todavía tenía las marcas que el encapuchado dejó en mí. Marcas de colmillos afilados, por cierto.

—Bebe —ordenó.

Llevé la copa a mis labios y bebí un largo trago del líquido rojo.

—Hoy está más fuerte.

—Lo sé. Este vino tiene más alcohol.

—Oye, puede que tú tengas un aguante que no te tumbaría ni un grupo de metaleros, pero yo…

—¿Te sube rápido?

—Como la fama a la cabeza de una adolescente de quince años en TikTok.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Tienes respuestas para todo!

—¿En serio te ha hecho gracia esa mierda?

—Sí.

—Joder. ¿Con quién te juntas?

—¿Quieres que te sea sincero? —Le dio un trago a su copa.

—Ajá.

—Con poca gente. No porque no quiera, sino porque no me apetece meter a nadie en mis problemas personales con El Coleccionista.

Fruncí el ceño. La arruga que se formó entre mis cejas me recordó a Sam. Hoy no había hablado con él porque no quería interrumpir su tiempo de estudio. Además, aún tenía que asimilar eso de que nuestras energías quisieran quedarse a vivir juntas.

—¿Tan grave es lo que te hizo?

—Es una larga historia que prefiero no hablar ahora —zanjó.

Noté cómo su energía se oscurecía y se contraía un poco. Se alejó de mí, como a la defensiva.

¡Empezaba a entender eso del lenguaje de las energías! Así relacionarse era mucho más fácil. A mí, con problemas para hacerlo, me venía de puta madre.

—Hablemos entonces del tiempo.

—En serio, Hannah. ¿Te acuerdas de que el otro día te dije que eras aburrida y divertida a la vez? Pues lo mantengo. —Dejó la copa sobre la mesa—. ¡¿El tiempo?! ¡¿En serio?!

—Tienes razón. ¡Pero es que mis habilidades sociales son nulas! Me cuesta mil, sacar temas de conversación…

Me calló colocando su manaza sobre mi rodilla. Ahí donde la puso, noté a mi piel arder. Todavía no estaba acostumbrada a que otro que no fuera ÉL me tocara.

—Mira a tu alrededor y dime qué te gustaría estar haciendo. Dime a qué grupo te unirías.

Aunque muchos de los humanos seguían escogiendo grupo y otros acababan de empezar a beber y a conocer a la otra especie, bastantes estaban ya metidos en faena.

—Me uniría a aquellos. —Señalé a un hombre que follaba en perrito a una humana.

Esta gemía sin parar. Estaba como en otro universo, con la lengua fuera y los ojos en blanco.

—Es demasiado tradicional para una Neutralizadora como tú, bibliotecaria. Sé sincera contigo misma, ¿quieres? Ábrete.

Su mirada me derritió de dentro fuera. Ahí dentro se veía más oscura de lo que ya era de por sí. Hacía un conjunto precioso con sus cejas espesas.

—Quizás…, quizás aquello estaría bien.

—Un trío. Bueno, ¡algo es algo!

—Pero da igual, porque no lo voy a hacer.

Me tensé de inmediato.

—No pasa nada. Tú mira. Al fin y al cabo, es otro modo de disfrutar.

¡Por la Virgen del Pompillo! Me sentía como en una película porno de lo más peculiar, en realidad virtual pero mejor, llevada al siguiente nivel. Durante unos segundos, los dos nos dedicamos a pasear nuestra vista por el local, en silencio.

—Perdonad.

Una chica de piel chocolate y pelo alocado rompió el silencio que acababa de instalarse entre nosotros.

Continuó:

—He visto que lleváis aquí un rato solos. ¿Queréis compañía?

Era humana. Una de las mujeres que estaban «evaluando la mercancía» desde la barra.

De la garganta de Gabriel salió un rugido grave.

—Ella es mía, humana. Sólo yo decido quién la toca.

La muchacha hizo una reverencia respetuosa y se alejó.

—¡Eh, ¿pero por qué has hecho eso?!

—¿Te gustaba?

—No, ¡pero no debes decidir por mí! ¿Y si hubiese sido un chico guapo y se me hubiese calentado la pepitilla?

—¡¿La pepitilla?!

Sus mofletes se hincharon como los de un hámster al aguantar la carcajada.

—Sí, la pepitilla. Y no pongas esa cara, que pareces Hamtaro.

—¡¿Hamtaro?!

—Sí, el hámster ese de los dibujos animados.

—Bibliotecaria, me desconciertas. Eres una caja llena de sorpresas.

—¡Por las sorpresas!

Brindé con él.

Los minutos pasaron.

Me bebí la primera copa. Luego vino la segunda, y la tercera, y, aunque sabía que era un vino de lo más ordinario, sentí que volaba. El alcohol, mezclado con todas las energías que había allí, con los gemidos, con los actos, consiguió relajarme y hacerme REÍR. ¡Reír de verdad!

No supe lo tensa que había estado durante esas semanas hasta que el alcohol y Gabriel ahuyentaron mis preocupaciones. Porque se me olvidaron. Olvidé el dolor, y la decepción, y la ansiedad, y por un momento fui la Hannah de siempre: la que iba de fiesta y bebía hasta reventar en su pub favorito, de esos oscuros con música rockera (o metalera, tanto da que da lo mismo, porque me gustaban los dos); la que reía con la boca abierta y hacía bromas que harían sonrojarse hasta al más guarro; la que paseaba en bragas por su casa en verano, y en sudadera en invierno; la que hacía ruidos raros cuando le daba un ataque de risa; la que abrazaba y besaba en la cama cuando no tenía que madrugar; la que bailaba con los perros a dos patas; la que agarraba las dos patitas delanteras de los peludos e imitaba lo que estarían diciendo en esta o en la otra situación, con voz aguda; la que se daba prisa en volver de la biblioteca los días impares porque quería tomarse el café de media tarde.

Todas esas cosas fui en ese momento. Sin miedos. Libre.

Hasta que Gabriel se quedó helado mirando hacia la puerta y me quitó la copa de entre las manos.

Solo entonces volví a la realidad.

—¿Qué pasa?

—Están aquí. El encapuchado del callejón y otros más.

El vino se revolvió dentro de mi estómago como si tuviera vida propia. Decidió ponerse unos guantes de boxeo y golpearme con ellos en dirección ascendente.

—No digas eso. ¡No digas eso!

Casi chillé.

Él no me dio tiempo a entrar en pánico. Me agarró de la muñeca y dejó nuestras copas de vino en la mesa (aunque ya casi las habíamos acabado, para qué voy a mentiros).

De fondo, escuché:

—¿Habéis visto a una Neutralizadora por aquí?

El camarero estaba negando con la cabeza. Otro, un cliente cualquiera que desnudaba a un hombre junto a la barra, dijo:

—Si hubiéramos visto a una Neutralizadora, la habríamos matado.

Fui plenamente consciente de que yo era algo así como el enemigo natural de toda aquella gente, porque podía neutralizar sus poderes para siempre y hacerlos envejecer o morir si me daba la real gana. Me había metido en este nido de víboras sin pensar en lo peligroso que era para mí.

Me intenté soltar del agarre de Gabriel.

—Hay que salir de aquí. Cualquiera podría olerme y…

—Hannah, Hannah, mírame. —Me agarró de la cabeza para que centrase mi atención en él al completo—. No podemos cruzar el local, o ese encapuchado te reconocerá, ¿de acuerdo? Y todo el mundo se te echará encima. Recuerda que ya te ha visto la cara una vez.

Asentí.

El corazón ya martilleando en mi pecho al ritmo de *Speed Metal*.

—Entra. Yo te protegeré.

Abrió la puerta de la habitación oscura y…

…entré.



CAPÍTULO 8. OSCURIDAD Y SEXO

No veía nada. Literalmente, al entrar el sonido de fuera desapareció. Supuse que la habitación estaba insonorizada. Sólo se escuchaban gemidos y ruegos, saliva y fricción. Golpeteos, chapoteos… Si me fijaba ponía intuir las energías moviéndose por la oscuridad como humo de colores.

Unas manos me agarraron de los hombros y yo di un respingo.

—Tranquila, soy yo. Protejo tu cuello. Ahora relájate y déjate tocar. Estás aquí voluntariamente, ¿entendido?

No hizo falta que dijera nada: le hice caso. Parece increíble, pero logré respirar hondo y

relajarme un mínimo. Gabriel me había dicho que no me iba a ocurrir nada con él allí, que la habitación oscura era un lugar seguro, y yo le creía.

Lo desconocido daba miedo, pero él me estaba sujetando los hombros y respiraba en mi cuello. Dejaba claro que, me tocase quien me tocase, sería para hacerme disfrutar y nada más, porque mi cuello era suyo.

Dejé caer mi peso un momento sobre su pecho.

—Así, muy bien —me felicitó—. ¿Notas el efecto del vino?

—Lo noto.

Entre nosotros eran todo susurros bajitos.

—Pues deja que te envuelva. Deja que tu piel sienta. Derriba tus barreras, como si ahí fuera no estuviese ocurriendo nada. Confía en mí.

Otra respiración honda.

En esta ocasión, una mano que no era de Gabriel rozó mi muslo. Aunque mi primer impulso fue apartarme, me obligué a dejarme llevar, y funcionó.

QUISE que esa mano me volviese a tocar.

—Bien. Muy bien. ¿Te gusta, Hannah?

Un gemido involuntario escapó de mi garganta.

—Me…, me gusta.

Fue como si esas palabras hubiesen dado permiso a las manos para volver a palpar mis muslos. Los dedos eran largos y consistentes. Recorrieron mi piel con suavidad en dirección ascendente, hacia mi entrepierna, donde se toparon con mis pantalones cortos y mi ropa interior.

—Quiero probarla.

Una voz desde abajo. El que me estaba tocando era macho, y fue una petición para Gabriel. No sé si pensaron que era de su propiedad o qué, pero Gabriel no contestó.

Entendí que estaba esperando mi permiso.

—Sí. —Mi voz, trémula.

Temblaba por la anticipación y las ganas.

—Que así sea, pero su cuello es mío.

Las manos me desabrocharon los pantalones y los bajó con cuidado por mis piernas, hasta caer al suelo. Por su parte, Gabriel me sacó la camiseta por encima, pero siguió sin tocarme directamente más allá de los hombros.

Me estaba respetando. Antes había dicho que no haría nada conmigo hasta que yo quisiera, y lo estaba cumpliendo.

Sería interesante ver hasta dónde llegaba aguantando su tentación por respetarme a mí.

Una lengua me hizo levantar los brazos y agarrarme a las muñecas de Gabriel. Solté un gemido en su oreja.

Otro lametón.

—Hmmmm, bibliotecaria, que hagas eso no ayuda nada.

Otro.

—Ahhh, me muero.

—Para…

Otro, otro, otro, otro. Un dedo entró en mí mientras el macho continuaba lamiéndome sin descanso, con la lengua plana y blanda, derritiéndome poquito a poco (y a una velocidad impresionante, he de decir).

—Tócame, Gabriel —pedí.

Llevé sus palmas hasta mis pechos y allí lo obligué a apretar. Lo hizo con cuidado, como amasando mi piel. Un gemido golpeó mi oído y su energía se fundió con la mía como si fuese chocolate en leche, azúcar en agua caliente.

—Así, así —rogué al desconocido.

A esa lengua. A esas manos que cada vez me tocaban y me comían con más avidez, como si quisiesen extraer toda la vida de mi cuerpo (aunque no podía porque yo no era humana del todo, claro. A no ser que me olieran debajo de la oreja, no me diferenciarían de ellos mismos).

—Me voy a correr —informé.

Un lametón más fuerte de la cuenta lo desencadenó. Temblé, temblé y temblé como nunca antes lo había hecho en la boca de ese desconocido, con Gabriel acariciando mis pezones y pegándome a él con mucha fuerza. Restregándose desesperado contra mi trasero, deseando que a él también le diera luz verde.

Pero no se la di.

En cuando las manos se largaron, satisfechas, otras más comenzaron a tocarme las piernas y el vientre.

Entre la neblina y los espasmos del orgasmo, notaba cómo el resto de criaturas acudían atraídas por mi clímax. Cómo me transmitían su propia energía para encenderme de nuevo otra vez. Cómo ellos también querían ser los responsables de mi placer.

Manos, y manos, y manos calientes acariciando mi piel y volviendo a sofocarme como si llevase sin correrme meses.

Solté un gemido, drogada, enloquecida por lo que estaba sucediendo ahí dentro. Mis piernas fallaron, pero Gabriel me sostuvo en todo momento.

Apenas puedo describir qué se siente estando a oscuras, a merced de manos y lenguas calientes tocándote cada rincón. Ni siquiera en mis fantasías más perversas ocurrían cosas como aquella: pero allí estaba.

—Bibliotecaria, por favor. No sabes lo que me estás haciendo.

Hablé un poco ahogada, pues todavía estaba recuperando el resuello.

—Me estoy volviendo loca, Gabriel —palabras en forma de gemido, de nuevo en su oreja.

Se apretó más contra mí. Me mordió en la oreja, en el cuello.

—Quiero que también te vuelvas loca conmigo.

—Contigo no, Gabriel.

—¿Sabes siquiera lo que podría hacerte? ¿Sabes…?

—Sujétame. Tú no dejes de sujetarme.

Me apretó entre sus brazos. Alguien me estaba lamiendo el pezón. Una boca. No: dos bocas. Ambos pezones estaban ocupados por lenguas, y caricias y manos. Y yo… Joder, ¡yo estaba que estallaba de nuevo! Escuchaba de lejos un chapoteo que venía de mí misma y de todas esas manos que se turnaban para jugar conmigo. No sé cómo, acabé abierta de piernas, rodeada de gente, con Gabriel durísimo, gimiendo del morbo mientras protegía mi cuello.

—Voy a correrme otra vez —me arqueé.

Otros dedos distintos me tocaron y una energía extraña, condensada, salió de ellos y provocó palpitaciones en mi clítoris y en mi vagina al completo haciéndome estallar en el orgasmo más exagerado que había tenido en la vida. ¡Incluso más que el anterior!

Estaba drogada de los sonidos, de los olores, de la atención de todos aquellos seres sexuales sobre mí. Drogada de caricias y de energía. Y…, saciada. Era una especie de saciedad que nunca antes había sentido, resultado de haber compartido un pelín de energía sexual de todos aquellos seres. Una saciedad que me hacía sentir joven, fuerte, veloz, con más ganas de vivir que nunca.

El mestizo que acababa de tocarme era uno de esos que provocaban orgasmos con su contacto. ¡Y vaya orgasmo! Algo caliente y espeso salió de mí más abundante que nunca. Me recorrió los muslos temblorosos en dirección descendente.

—Eso sí que ha sido un orgasmo, Hannah. Dime, ¿alguna vez te habías corrido así?

La voz morbosa de Gabriel.

—No. Jamás.

—Pues bienvenida a mi mundo, pequeña bibliotecaria. Espero que, a partir de ahora, sí quieras repetir.

Cuando salí de allí, los esbirros de El Coleccionista se habían ido.

Lo peor es que mi vida seguía siendo mi vida, y al día siguiente, tras unas veinte horas encerrada en casa sin hacer nada (estaba de descanso), quería tirarme de los pelos.

Tenía sentimientos encontrados sobre lo acontecido en el local con Gabriel y esas manos desconocidas. No podía negar que lo había disfrutado y que me había olvidado de lo demás. Me había dejado llevar y las cosas habían terminado bien, eso era innegable, pero ¿yo era así realmente? No. O sí. Tampoco estaba segura, porque jamás había pasado por una etapa de mi vida como la de ahora.

También estaba claro que yo no era humana del todo. Era una Neutralizadora y mi vida corría peligro. Podía encontrar al libro (¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí, el Diario de Abraham!), lo cual me convertía en una amenaza con patas para el ser más poderoso de todos los tiempos: El Coleccionista.

Al salir del local, Gabriel me había pedido que me pensara lo de ayudarle, porque acababa de ver por mí misma que debía hacer algo al respecto, o acabaría muerta. Seguía siendo su instrumento, pero ya no sólo tenía que luchar por él, sino por mí. Si acababa con El Coleccionista, podría volver a tener una vida relativamente normal.

Una vida normal… ¡Qué extraño, ¿verdad?! Parecía tener doble rutina: la que siempre tuve, yendo a la biblioteca, sacando a mis perros y quedando con mis amigos, y la nueva, llena de peligros y sexo.

¡Ni que fuera Spiderman!

Le di vueltas al móvil en la mano. Tenía un mensaje de Diana y de Carlota en el grupo de las tres.

Abrí el chat:

Diana:

¿Cómo os va?

Carlota:

¡Muy bien! Yo aquí
comiéndome unos churros
rellenos de chocolate como
buena gordi que soy. ¡Estas
carnes no se alimentan solas!

Diana puso varios iconos de babas antes de responder:

Diana:

Yo harta de la gente
del Máster. ¿Os podéis
creer que me he enterado
de que comentan cosas
a mis espaldas?

Puse los ojos en blanco. En realidad, el primer pensamiento que acudió a mi cabeza fue que era normal que la criticaran a las espaldas, y que se lo tenía merecido por hacer ella lo mismo

conmigo.

Hannah:
Vaya. Tú pasa de
ellas y ya está. Si critican
es porque no tienen
nada mejor que hacer.
Seguramente, sus vidas
estarán vacías.

Las dos comenzaron a hablar sobre gente y a cotorrear como las cotorras que eran. ¡Ya me las imaginaba en la puerta de un pueblo, sentadas en sillas tomando el fresco, cotilleando sobre todo el que pasaba por delante! Eran ese tipo de mujeres.

Al menos por dentro.

Y a pesar de todo, tenía la esperanza de que las cosas volvieran a ser como antes con Diana.

Me sorprendió que, paralelamente, me abriera una conversación privada.

¿Cómo llevas las
cosas?

Me hizo sonreír.

No muy bien, la
verdad. Pero bueno, es
lo que hay. No creo que
vuelva con él.

Pues él está fatal, ¿eh?
Lo he visto.

Pues que se lo hubiera
pensado antes.

Ya. La ha cagado.
¿No tienes nada más
que contarme?

«¿Para qué? ¿Para que lo comentes con Carlota o le vayas con el cuento a ÉL? No gracias», prefería hablar de cosas más superficiales hasta que fuera capaz de comentar todo lo que estaba ocurriendo. Hasta que yo misma ordenara un poco mi vida y pudiese volver a tener con ella una relación de amistad de verdad. Una amistad que no creo que pudiera conseguir estando ahí Carlota, como un grano en el puto culo. Yo no quería ser la tercera de un grupo de tres. La tercera, repudiada, criticada, con la que no cuentan para nada y que solo sirve para entretener a las otras dos.

No.

Tal y como dijo Sam, dos personas así no merecerían lo que era capaz de dar como amiga. No merecían unos sentimientos puros de verdad, como los que yo tenía hacia Diana.

Así que eso hice: no le conté nada relacionado con mis sentimientos, ni con Sam. No le conté nada de las putadas varias a las que había estado sometida de parte de ÉL durante años, ni tampoco cómo me manipulaba. No le conté cómo hacía *gaslighting* ni cuál era su *modus operandi*, fino, disfrazado de buen chico, de buen amigo y de hombre maduro. De hombre que hace de sus brazos un hogar para refugiarse. No le pedí que, por favor, se fijara en pequeños detalles como el creerse que tenía toda la razón cuando hablaba de cualquier cosa, o que era capaz de llevar una mentira hasta el final hasta hacerte dudar de tu propia cordura, de tu propia realidad, y de que utilizaba las pequeñas mentiras para todo, incluso cuando no tenía ganas de quedar. No le pedí que se fijara en lo hermético que era, y en que siempre iba de tipo duro.

Me lo guardé para mí porque, pese a todo, yo había querido a ese hombre y me daba pena. Y porque todo lo que dijera, ella se lo tomaría como una pataleta. Como un modo de hacer que ella se pusiera en contra de ÉL.

No hice nada.

Y quizás ese fue uno de mis errores.

Esa noche llamé a Sam y le pedí que viniera a casa a cenar. No quería estar sola y necesitaba a alguien con quien hablar de mis problemas. Él era gracioso y buen consejero, así que lo hice.

Y vino.

En cuanto lo vi en la puerta, me sonrojé. Es la primera vez que estaba con él a solas y soltera, y su energía cobró vida propia en cuanto me vio.

¿Sería él consciente de ello? ¿Lo notaría?

Lo dudaba.

Iba muy guapo, con su pelo largo cayendo sobre los hombros, la barba un poco larga, y su blanca y cuidada sonrisa. Levantó la mano enseñándome una bolsa.

—Comida japonesa, como a ti te gusta.

—¡Gracias! Ya me has alegrado la noche —reconocí.

Mi estómago rugió. Me costaba bastante comer con todo este tema de la ansiedad. Mi vida estaba cambiando tanto que comenzaba a despersonalizarme de vez en cuando.

Daba miedo.

—Sí que eres fácil de contentar.

Le hice un gesto para que pasara. En cuanto lo hizo, mis dos peludos fueron a olerlo. Él se quedó parado diciéndoles ñoñerías.

Le gustaban los perros, y eso me encantaba en un hombre. En cualquier persona, realmente.

—Perdona que te haya llamado.

—Lo necesitas, ¿no? Pues aquí estoy. Para mí no es un esfuerzo.

—Ya, pero…

—¡Pero nada! ¿Por qué no cenamos? También he traído cerveza.

De la bolsa sacó un pack de cervezas con el nombre *La Trappe*.

—*La Trappe*. —Leí.

—Con dos de estas, te quedarás K.O.

—¿Tiene mucho alcohol?

—Bastante.

Soltó una sonrisilla traviesa.

En serio, ¡ese chico tenía los dientes más bonitos que jamás hube visto!

Entre los dos pusimos la mesa y nos sentamos en el sofá. Comenzamos a sacar la comida de las cajas y a repartirla. ¡Me metí un poco con él porque, en vez de comer con palillos, me pidió un tenedor!

—Los he usado sólo dos veces en mi vida.

Yo me reí, porque era muy tierno de su parte traer comida japonesa para animarme cuando, en realidad, no solía comerla.

Vi que había comprado un par de piezas de sushi, un plato de jakisoba, uno de pollo frito y rollitos de primavera.

—¿Sólo dos piezas de sushi?

—Yo no lo consumo. Eso del pescado crudo… —Sacó la lengua con cara de asco—. Se lo dejo mejor a los gatos.

—¡Pero si está buenísimo! ¿Lo has probado con salsa de soja?

—No, ni ganas. El pescado y yo no nos llevamos bien. No sé por qué, me hace llorar.

—¡Pero cómo va a hacerte llorar!

Me carcajeé, manoteando en el aire.

—¡Es cierto! Es como una reacción alérgica: se me caen las lágrimas. ¡Yo que sé! Como cuando pelas cebollas. Y hablando de cebolla…, un día de estos te haré una buena pizza casera.

O unas lentejas, lo que tú prefieras.

—¿Eres buen cocinero? —Lo miré, impresionada.

—Dejaré que lo juzgues por ti misma —concluyó con mirada juguetona.

Durante la cena hablamos de muchas cosas y de nada, en realidad, porque hicimos más bromas que otra cosa. Con él me lo pasaba bien y me hacía sentir mejor. ¿Por qué? Pues porque parecía valorarme por lo que yo era. Nada de utilizarme contra El Coleccionista, nada de meterme en cuartos oscuros, y nada de minimizar las putadas que me habían hecho las otras personas.

No.

Él hablaba de consecuencias, de valores y de ser merecedores de las personas que teníamos al lado.

Él no me juzgaba. Me veía por lo que yo era, y por mi bondad. Todo eso que había querido transmitir toda mi vida, él lo veía. Me hacía sentir… llena.

—¿Y qué me cuentas de Diana y de Carlota?

—Ya te he dicho lo que creo sobre ellas, pero no voy a decirte qué espero que hagas ni qué haría yo. No quiero meterme en eso, porque no quiero influir en tus decisiones. Tú sola te darás cuenta de las cosas.

Después de bebernos la cerveza, yo me sentía algo mareada. ¡Y sólo me había tomado una! Estuvimos jugando a Tekken, videojuego al cual le tenía un vicio impresionante. Le derroté una vez, dos, tres. Él, orgulloso como era, escogió un personaje y no se rindió hasta que me ganó una sola vez.

Nos pegábamos puñetazos pequeños en el brazo, juguetones, como dos adolescentes que se conocen de toda la vida.

Llevábamos unas doce partidas cuando me quedé muy seria y le dije:

—Después de esta noche, tengo que preguntarte algo muy serio.

Su sonrisa ¡se borró de su cara de un plumazo! *Ains*…, ¡pobre!

—¿Qué?

Dejé pasar unos segundos de silencio.

—¿No te cansas de perder?

Estallé en risas, y él me observó divertido, con mirada somnolienta por el alcohol.

—Sí, sí…, tú ríete, pero que sepas que esto no quedará así. Soy muy orgulloso, de esos que si le dices «no hay huevos de…» lo hacen.

—¡¿En serio?!

—Totalmente. Una vez me bebí una cerveza ¡con yogurt!

—¡Qué asco! Y qué modo más fácil de manipularte.

—Prefiero que pienses que soy fácil de manipular…

—No hay huevos de…

—¿Qué vas a decir?

—…Besarme.

Los dos nos quedamos muy callados un instante. Fueron solo un par de segundos, lo sé, pero en ellos me pregunté qué estaba haciendo: ¿por qué le pedía que me besara? ¿No estaba viendo que, con esa actitud, podía estropear nuestra amistad? Valoraba lo suficiente a ese chico como para no cagarla, pero también me hacía sentir cosas bonitas. Me hacía querer entregarle cosas buenas, porque yo las recibía de él.

De repente, salvó el espacio entre nosotros y posó sus labios sobre los míos. Nuestras energías se mezclaron, ¡pero no como lo hacía con Gabriel! Sino con más ganas, con más fuerza. Era más atracción sentimental que sexual. Algo que venía del corazón, de los valores, de los sentimientos bonitos, no de la pepitilla.

En algún momento me pregunté si eso significaba que ya había superado a mi ex, pero era obvio que no. Seguía dolida y confundida, pero los besos de Sam me sanaban.

Me curaban.

Eran un río de agua en plena montaña. Una cascada de las que te quedas mirando embobada.

Ni siquiera con Gabriel me salió pedirle un beso, porque él era sexo puro y duro.

Sus labios (los de Sam), eran suaves, y besaba bien… Demasiado bien. Nos movíamos al mismo tiempo, como si llevásemos años besándonos. Como si la sensación de los labios del uno en los del otro fuera más costumbre que primeras veces. Sacó la lengua un pelín y me rozó con ella el labio. Su barba me hacía unas cosquillas agradables.

En algún momento me agarró la cara con sus manos.

Estaban calientes y eran suaves. Manos de un chico opositor. Llenas de tinta, pero sin durezas. Se separó con los ojos repletos de hambre. También de ternura.

Me sonrojé.

—Vergonzosa… —Se metió conmigo.

—¡No me mires! —chillé.

Agarré el primer cojín que vi a mi lado, y ¡se lo estampé en la cara! Él lo cazó al vuelo un tanto desconcertado antes de echarse a reír.

—¡Me has tirado un cojín!

—Sí.

—¿Tanta vergüenza te doy?

—Un…, un poco —titubeé—. ¿Te he molestado?

—Por Dios, ¿cómo vas a molestarme?

Y volvió a besarme.

¿Estaba loca?

Sí, quizás un poco. Quizás me había dejado la cordura en ese cuarto oscuro, o necesitaba con desesperación que alguien me ayudara a salir del pozo oscuro en el que me sumía en la soledad de mi cama.

Pronto descubriría qué era lo que mi corazón me estaba diciendo, pero antes… Antes mi vida se pondría aún más patas arriba.

A la mañana siguiente, Sam se largó y yo me quedé pensando en cómo habíamos dormido: abrazados, sin ser capaces de despegarnos porque nos gustaba demasiado el contacto del otro. Él tenía el cuerpo caliente y yo…, *pfffff*, me quedé dormida al instante de lo agotada que estaba.

Llevaba detrás falta de sueño, era consciente de ello.

Cuando me desperté, él me estaba observando con una mezcla de adoración y ternura, así que volvimos a besarnos. No hubo sexo. Todo fue tan puro y tan bonito que dio miedo, porque historias así sólo ocurrían en las películas.

Durante el día noté una sensación de esperanza naciendo en mi pecho, por mucho que hubieran pasado sólo unas tres semanas desde que me separé, SENTÍA. Y tres semanas es bastante cuando estás pasándolo como el culo.

Las mujeres, cuando tenemos un desamor, sangramos por dentro. El tiempo se convierte en nuestro enemigo, porque sabemos que lo cura todo, pero ¡qué perezoso es el *jodío* cuando quiere!

Fue por la noche, limpiando los armarios de casa, cuando ocurrió: El Diario de Abraham.

Lo vi al fondo de uno de ellos, como esperando. Riéndose de mí desde ese rinconcito. Por un momento lo noté latir como lo haría un corazón humano. Fue leve, pero real, y yo supe que el libro me estaba buscando a caso hecho. ¿Por qué? ¿Qué tenía yo de especial aparte de ser una Neutralizadora? ¿Me estaba buscando? Si Gabriel decía que yo podía encontrar el libro, tendría sus razones. ¡Pero en ningún momento lo había buscado! Era él el que parecía insistir, con esa cubierta marrón de piel y las hojas amarillentas.

No lo toqué, porque la última vez que lo hice un encapuchado vino a matarme y me preguntó dónde estaba el diario. Notó que yo lo había tocado. No sé cómo, pero lo hizo.

—Qué hago —susurré para mí.

Agarré una camiseta vieja y cogí el libro con ella, sin llegar a hacer contacto directo. A continuación, agarré mi bolso, mis llaves, y salí de allí pitando hacia un pub alejado de mi casa. Un pub en el que nadie me conociera, pero en el que tuviera facilidad de salida por si necesitaba echar a correr.

Cuando entré en él nadie me prestó más atención de la necesaria. Fui, y me senté en una mesa alta apartada.

Lo abrí.

No perdí tiempo en leer.

«*5 de enero de 1651.*

Querido diario:

Hoy he visto a El Coleccionista.

No sé qué le ocurre conmigo, pero parece que ha empezado a seguirme. Desde que fui a esa bacanal y él me vio, desde que me tocó y yo exploté de placer, tengo la sensación de que me observa. En realidad, no estoy seguro de si es parte de mi locura o es real. A lo mejor me dejó una marca de la que no podré deshacerme jamás.

Porque nunca he disfrutado como ese día.

Antes, ni siquiera sabía lo que era una bacanal, ni sabía de la existencia de las energías sexuales. Ahora sí, y este mundo es más peligroso de lo que aparenta.

Hay demonios, mestizos de demonio, que se alimentan de los humanos. Ese día vi… vi… Me cuesta incluso escribirlo, así que haré un esfuerzo: vi a El Coleccionista quitar la vida a un joven de diecinueve años con el roce de su mano. Y cuando digo que le quitó la vida, me refiero a que le robó la juventud. El muchacho envejeció en cuestión de horas hasta morir.

¿Sabéis que fue lo más impresionante? Que lo hizo con una sonrisa.

Escalofriante, ¿no?

Querido diario mío, como te estaba diciendo: lo he vuelto a ver, y no sé si es porque me ha estado siguiendo.

Que yo sepa, no era especial hasta que él me dio la capacidad de serlo. Quizás por eso me vigila: soy una creación. Algo que no debería existir, pero lo hace.

Me he cruzado con él en la fiesta benéfica de los Spencer, así que he salido al jardín para que se explique.

Ese hombre me da miedo. ¿Por qué, por mucho miedo que me da, mi corazón se acelera teniéndolo cerca? ¿Es mi piel, que lo reconoce? No lo sé. Yo estoy casado y amo a mi mujer. Entonces, ¿qué me pasa?

Me avergüenza lo que siento. Me avergüenzo de mí mismo.

Él se acercó con ese aire de superioridad suyo, como si fuese el rey del mundo, y yo me hice pequeño a su lado. Nunca he visto a un hombre tan atractivo, pero ¿a base de qué? No envejece porque se alimenta de juventud.

Me preguntó mi nombre, y yo se lo dije. Él no me reveló el suyo.

¿Tendrá familia, como yo? Él me dijo que no, pero creo que mentía.

Al final de nuestra conversación, me acarició el pelo y me susurró al oído que era precioso. ¡Precioso! Jamás me han llamado así. Pero como todo lo que le rodea, me gustó. Me besó en la

mejilla.

Un beso que todavía me arde.

Desapareció sin dejar rastro, y yo me pregunté, ya no quién es, sino QUÉ es. Y ¿por qué vino a hacerme esa visita? ¿Sólo para conocerme un poco mejor? ¿Tendrá otras intenciones conmigo?

No lo sé.

No lo sé.

Todo esto es un misterio.

¿QUÉ eres, hombre? ¿De dónde vienes?»

Al parecer, el tal Abraham sólo escribía cuando se cruzaba con El Coleccionista. No era un diario cualquiera, en el que escribir lo que nos pasa en el día a día.

Qué interesante, ¿Abraham era un amante de El Coleccionista? ¡Modo intriga activado!

Me sentí enganchada al diario de inmediato, como toda lectora aplicada con un buen libro. ¡Aquello prometía! Una historia homosexual en una época donde la homosexualidad era pecado.

¡Qué *salseo* tan tremendo!

Me froté las manos y pasé de página. Ahí me detuve, pensando en si estaba cometiendo una temeridad.

Quizás debería cambiar de sitio para despistar a los seguidores de El Coleccionista.

Eso haría.

Salí de allí y me moví por las calles de alrededor hasta que vi un pub que nunca me llamó la atención. Tenía fama de antihigiénico.

Me pedí una jarra de cerveza fría para acompañar a la lectura.

«15 *de abril de 1651.*

Querido diario:

Mi mujer está embarazada. Los meses son olas enormes de olvido que me trago con los brazos abiertos. No, no quiero decir que haya olvidado a El Coleccionista, pero reconozco que ya no ocupa tanto espacio en mi cabeza, y eso es un alivio tremendo, porque deseo que mi familia crezca unida y sea feliz.

¿Será esta la última vez que escriba en las páginas?»

Nada más. La página estaba prácticamente vacía.

—¿Y ya está? —me indigné—. Venga, precioso, ¡dame un poco más de vida!

Pasé las páginas con los dedos húmedos de cerveza. Me regañé a mí misma, los limpié en una

servilleta y seguí leyendo tras dar un largo trago.

«5 *de junio de 1651.*

Querido diario:

Estoy indignado. ¡El Coleccionista ha vuelto a aparecer en mi vida! Aunque no sé si soy yo el que me meto en su territorio, o es él el que me busca.

Al igual que la primera vez, entré a una bacanal.

¡Juro que no lo hice a posta! Y, además, ¿cómo es posible que ocurra cuando estoy solo, ¡y sin quererlo!?

No lo entiendo. Es como si apareciese ahí de repente, delante de mis narices. Abro la puerta, y ya no me puedo ir.

Esta vez ha sido peor, porque ahora veo las energías sexuales de los seres mestizos de la noche.

Dan miedo. Los humanos allí son esclavos. Trabajan para ellos, les sirven, les dan su vida. Cuando no pueden más, mueren. No creo que nadie salga de allí vivo.

El Coleccionista sonrió cuando me vio. Me dio la sensación de que me estaba esperando. Estiró su mano, y yo… (¡que Dios me perdone!) la apreté. Caí en la tentación con ese hombre.

Dicen que cuando caes en la tentación es porque el Diablo te ha hablado directamente al oído. ¿Será él el mismísimo Diablo?

Si te soy sincero, en ese momento no me importó, porque estaba obnubilado por las cosas que me hacía.

Sus caricias llegaban hasta el fondo de mi alma. Mi piel ardía ahí por donde pasaba. ¡Estaba enajenado por él! Fue una delicia…»

La puerta del pub se abrió de golpe y un hombre encapuchado entró hasta la barra con decisión, sin fijarse en mí. Pasó por mi lado con tanta fuerza que ni siquiera me vio.

Yo cerré el libro, me escabullí por la puerta y dejé allí la cerveza a medio beber.

Recé por que el encapuchado no me siguiera, por que no se hubiese dado cuenta de que me había escapado por la retaguardia. De que, en realidad, la persona a la que estaba buscando se encontraba a apenas unos metros.

«¿Por qué me meto en estos líos?», me regañé.

Metí el Diario de Abraham en una papelera (total, ¡acabaría encontrándome igualmente!) y eché a correr por el callejón a toda velocidad.

Por desgracia, el encapuchado sí me olió. Quizás olió antes al libro que a mí, no lo sé, el caso es que reparé en que lo tenía detrás, corriendo mucho más que yo.

Un grito ascendió por mi garganta y me llenó de pánico a su paso. Miré a los lados, pero no estaba Gabriel. Ni Gabriel, ni Sam, ni mi exmarido, ni Diana.

Estaba sola.

Sola ante el peligro.



CAPÍTULO 9. RATÓN, QUE TE PILLA EL GATO

Me metí en otro pub. Uno bastante concurrido, donde el encapuchado no podría actuar sin llamar la atención. Pese a ello, a él no pareció importarle.

En cuanto entró, el mundo se paralizó a mi alrededor. Y cuando digo que se paralizó, ¡me refiero a que lo hizo de forma literal! El camarero, en ese momento vertiendo una cerveza en una jarra, se quedó helado. ¡Incluso el líquido que salía del barril se quedó helado!

—Ratón, ratón, que te pilla el gato —siseó.

Me moví de un lado a otro, descolocada. Sujeté el brazo de una chica que estaba a mi derecha y la sacudí, pero ella no se movió. ¡Parecían estatuas de cera! Un espectáculo macabro y extraño.

—Qué has hecho.

La voz salió de mi cuerpo en forma de chillido patético.

Él se rio, divertido.

—Lo que mejor se me da: parar el tiempo. ¿De verdad creías que ibas a escapar de mí eternamente? —Chistó con la lengua—. No, Neutralizadora. Soy uno de los mejores rastreadores de El Coleccionista, y ya sabes cuál es mi misión: extinguiros. Encontrar el libro.

»Lo que más gracia me hace, es que pensaras que podrías escapar de mí.

Avanzó un paso y yo retrocedí.

—Déjame en paz. Si me haces algo, mi amigo te encontrará y…, y…

—¿Amigo? ¿Te refieres a ese mestizo de pelo negro que iba contigo el otro día? ¿A Gabriel?

—Sí —comenté, orgullosa.

Lo que no esperaba, eran sus carcajadas.

—¡Pero si Gabriel es peor que todos nosotros juntos! Ese mestizo vive para el sexo. Su vida es sexo, manipulación y hambre. En cuanto se canse de ti, te matará.

—No es cierto. Gabriel es mi amigo.

Más risas. Un paso en mi dirección.

—¿Es lo que te ha hecho creer?

—Yo lo sé.

—Suerte, entonces. Bueno —pareció pensar—, suerte no te hará falta de aquí en adelante, porque te voy a matar. Yo no puedo alimentarme de ti, pero El Coleccionista lo hará por todos. Me pagará una fortuna, sí. Una auténtica fortuna por tu energía…

Eché a correr con la respiración acelerada y el pánico cantando al son de una marcha fúnebre en mis venas.

Iba a morir, ¡joder! ¡Iba a morir! Ahora que empezaba a sentir algo más allá del dolor, que pensaba que podría volver a ser la Hannah alegre, me iban a matar y a entregar mi energía a El Coleccionista.

Pero no lo harían por las buenas. Había leído los suficientes libros como para creerme más fuerte de lo que en realidad era, como para plantar cara a un ser sobrenatural, pensando que los milagros existían y había posibilidades de sobrevivir.

El encapuchado me agarró del pelo al pasar por su lado y me tiró al suelo. Yo aproveché mi posición bocarriba para patearle las espinillas y él se apartó con un bufido de fastidio, como si yo fuera un mosquito zumbando en una noche de verano.

Giré y estuve a punto de alcanzar la puerta. Él me pegó una patada en las costillas que dolió.

Dolió mucho.

Me quedé sin respiración, pero yo era chica criada por un padre karateka, así que, con rapidez, agarré un vaso de tubo de una mesa y se lo lancé a la cabeza.

Acerté.

Un hilillo de sangre muy fino recorrió el rostro del encapuchado. Goteó en el suelo cuando llegó a su barbilla.

Agarré otro y repetí el proceso. Y otro. Y otro. Y otro.

Perdí la cuenta mientras me deslizaba entre las mesas y le lanzaba todo lo que pillaba, y él se protegió sin dejar de avanzar, ¡como si el capullo no sangrara y estuviera hecho de hierro! Pero sangraba, y tarde o temprano tendría que darse por vencido.

Él, igual que Gabriel, era medio humano. Por muchos poderes que hubiese heredado de su familia de demonios, era mortal.

—Rata molesta y asquerosa.

Pasé de sus insultos. Me moví, porque sentía que si me detenía no habría marcha atrás. Cuando no hubo más vasos a la vista, salté por encima de la barra para agarrar las botellas de licor.

Esta vez él fue más rápido: saltó casi a mi vez y, mientras yo levantaba la mano, él me sujetó la muñeca y me empujó contra la barra.

Grité, pero no me rendí. Apunté a los testículos y habría acertado si él no hubiera golpeado mi cabeza con fuerza contra la pared.

Caí al suelo con un estruendo y la botella salió volando de mi mano.

—Ahhhh —me quejé.

Alargué la mano para agarrarla, sin embargo, él la apartó de una patada.

—*Tsssssss*. Eres mucho peor de lo que pensaba. Sin duda, no puedo dejar que descubras

cómo utilizar tu poder. Morirás siendo insignificante.

«Morirás siendo insignificante.»

Insignificante para mi ex, insignificante para Diana, insignificante para Gabriel, pero no para mí misma. Como decía Sam, sólo yo era capaz de saber lo que valía. Yo era la única que decidía lo que valía con mis acciones, con mis intenciones.

Y entonces sucedió.

Me enfadé y mi energía sexual se encendió al rojo vivo. Me…, me calenté, como si estuviese en plena bacanal.

—YO NO SOY INSIGNIFICANTE.

Lancé mi energía hacia él sintiendo como si el fuego abrasara mis venas, y la suya se hizo pequeña al paso de la mía. En vez de mezclarse ambas energías, la mía le ganó terreno. Podríamos decir que se la comió o que la evaporó, no lo sé. De lo único de lo que estaba segura en ese momento, era de que necesitaba ser más fuerte que él para vivir. Para ser yo.

El encapuchado gritó, y ¡mira por dónde, el miedo plagaba su voz, no la mía!

Me crecí.

Me crecí como lo hace un lobo Alfa con su manada, como lo hace el chungo del barrio en compañía de sus amigos o como lo hace nuestra alma de guerreras cuando nos rompen el corazón.

Y lo destruí, porque nadie podía decirme lo que valía o dejaba de valer y porque estaba cansada. Cansada de ser la tercera en discordia, de ser la chica buena, de ser la tímida bibliotecaria a la que todos ven débil. Me cansé de desplantes, de malas energías y de los problemas de esas tres últimas semanas.

Lo vertí todo en mi energía, en mi fuerza, y seguí empujando.

Cuando me quise dar cuenta, al encapuchado se le cayó la capucha dándome la oportunidad de ver cómo su bello rostro envejecía a toda velocidad. Abrió la boca en un grito sordo, se arrugó, su piel se resquebrajó y…

…polvo.

Antes de que el tiempo se descongelara y la gente entrara en pánico, salí de allí.

Llegué sudada a casa, cansada y con las manos temblándome por la adrenalina.

Acababa de matar a un mestizo. La Neutralizadora acababa de neutralizar a su primer enemigo. Bueno, quien dice neutralizar, ¡dice convertir en polvo!

No sabía que podía hacer eso. Además, ¿dónde cojones se metía Gabriel cuando se le necesitaba? ¿No decía que no dejaría que me pasara nada?

Relajé los hombros. En realidad, no podía pretender que un hombre me hiciera de canguro. Debía controlar mejor mis poderes para ser capaz de protegerme a mí misma de todo lo que

viniera.

Debería escribirle para contarle lo que había pasado. Hacía unas semanas me dio un papelito con su número de teléfono.

Salí de la ducha, me sequé el cuerpo, el pelo, y me dirigí al armario. Escogí un pijama de verano de la casa *Stark*, de *Juego de Tronos*.

«PIIIIII», sonó el timbre.

Los perros echaron a correr hacia el pasillo, ya nerviosos, meneando sus rabos a un lado y a otro.

Pulsé en el botón del interfono.

—¿Quién es?

—Soy yo.

Era ÉL.

Mi corazón se retorció dentro de mi pecho. Mi estómago se quejó.

Era ÉL. Era ÉL. Era ÉL. Lo había evitado todo este tiempo, o bien respondido en exclusiva para decirle que era un cerdo que me había arruinado la vida, y que ya nos veríamos cuando firmáramos.

Pero ahora estaba ahí.

Abrí, porque tenía cero sentido dejarlo esperando en la puerta a sabiendas de que tendría que venir tarde o temprano a recoger sus cosas de mi casa.

—Hola —me dijo ya delante de la puerta.

—Hola.

Pasó.

En su paso hacia el salón, me fijé en lo desmejorado que estaba, no por la ruptura, sino por cómo se había dejado en sus años de convivencia conmigo. Por mucho que intentaba que comiera sano por su enfermedad, o que hiciera deporte, él compraba bollería a escondidas y el sofá era su forma de vida. Iba a trabajar, volvía a las dos y se quedaba dormido hasta las siete de la tarde. Yo me acostaba a las diez, pero, claro, él había dormido tanto (cual morsa varada) que no venía a la cama conmigo. Se acostaba sobre las tres de la madrugada. Para colmo, me despertaba al meterse en la cama.

—Qué tal —preguntó.

—Aquí estoy. No te voy a decir que esté perfectamente bien.

—Ya.

—Siéntate. ¿Quieres agua?

—No. Sólo venía a hablar.

El vello de mi nuca se erizó igual que lo haría un gato enfadado.

—Adelante, entonces.

Agarré el móvil mientras lo decía y le mandé un mensaje a Sam diciéndole.

Está aquí. Ha venido
a hablar.

Como respuesta un:

Avísame con lo que
sea. No me fío. ¿Y si
se vuelve loco o algo?

¡No me seas cenizo!

—Tú dirás —le solté.

Una sonrisa cínica se dibujó en su cara.

—¡¿Te crees que me ha sido fácil asumir que vieron a Sam salir de tu casa el otro día?!

Un momento, un momento, ¡un momento! ¡¿Pero qué cojones me estaba contando este hombre?! O sea, me ponía los cuernos durante años, me arruinaba la vida, me hacía perder mi juventud y, para colmo, ¡¿iba y me echaba en cara haber pasado el día con un amigo?!

Un amigo… ¿Era Sam un simple amigo? ¿Se puede ser amigo de alguien después de un beso y una noche abrazados?

—¡¿Me vigilas?!

—Te vigilo, ¡porque alguien me dijo que hablabas con él!

—¡Pues claro que hablo con él! Hablaré con quién yo quiera, porque es mi vida, ¡y tú ya no estás en ella! La has estropeado y yo tengo que rehacerla.

Apoyó los codos sobre la mesa.

Los perros (pobres de ellos) jugueteaban a su alrededor porque lo habían echado de menos. Me dolió pensar que uno de esos perros era suyo y que, tarde o temprano, tendríamos que separarlos. Cuando ÉL se asentara por su lado, se llevaría a uno y yo tendría que buscarle un nuevo amigo al otro.

—Por Dios, Hannah, ¡han pasado tres semanas! ¿Tú sabes cómo estoy? No me has guardado un mínimo de luto, un mínimo de respeto…

Sus ojos marrones chocolate se veían dolidos, furiosos. Dos sentimientos que, a la vez, casaban bastante bien.

—¿Luto? ¿Acaso has muerto, o has sido tú el que ha matado a la relación? ¿Respeto? ¿Como el que me tuviste tú a mí? Dime, ¿pensabas en mí siquiera cuando tenías las conversaciones?

—Te he dicho mil veces que fue un error. No sabía lo que hacía. Cuando tenía esas conversaciones no era yo…

—¡Cállate! —exploté—. No se te ocurra volver a ponerme esas excusas. ¡¿Es que eres gilipollas, o qué te pasa?! ¡¿Qué te piensas que soy?!

Apreté los puños.

Nunca me había fijado en la energía sexual de ÉL, no porque no quisiera, sino porque no me lo había cruzado desde que apareció el tatuaje en mi omóplato. Era una energía muy potente, como siempre lo fue ÉL. Con ÉL nunca hice el amor. Siempre follábamos, guarro, fuerte, porque era su forma de hacerlo. Era un toro en la cama. Cuando el placer lo poseía, se entregaba por completo. Disfruté muchísimo con mi ex a lo largo de mi vida.

Su energía era potente, de color rojo y granate. Rondaba por la habitación y la llenaba. Quizás esta era la razón de que fuese incapaz de ser fiel. Quizás su cabeza por dentro era puro descontrol y egoísmo, porque lo quiso todo. Me quiso a mí, la quiso a ella. A ninguna de los dos lo suficiente como para no acabar la historia con la otra.

—Es la verdad —continuó, muy seguro de lo que decía—. No era yo. No sabía lo que hacía.

—De verdad…

—Puedes creerme, o no, pero yo siempre te quise a ti. Siempre has sido la primera en mi vida, ¡¿y ahora me entero de que hablas con Sam?! Desde cuando te gusta, ¿eh?

¡Estaba flipando en colores!

—A veces me pregunto si te crees tus propias mentiras. Si haces de ellas una verdad para ti.

—Es que es LA VERDAD. Es como si el cielo es azul y tú me dices que es verde, pero en realidad es azul.

Tremendo estúpido, de verdad os lo digo.

—Mira, di lo que quieras, yo no te creo. Lo único verídico que hay aquí son las conversaciones, y en ellas queda claro lo que pasó.

—Eran solo palabras, nunca pasó nada. Jamás te sería infiel.

Sus ojos fijos en los míos. Rostro calmado, como si poseyera la verdad del universo.

—En primer lugar, es obvio que pasó algo físico, porque ese nivel de conversación no se consigue así como así. En segundo lugar, esas palabras ya eran infidelidad, porque las escondías y porque sabías que me dolería y estaba mal. Porque había intenciones.

—Jamás me habría acostado con otra, Hannah. Tú siempre has sido la mujer de mi vida.

Puse los ojos en blanco. Con cada palabra que decía, con cada mentira, mis venas ardían por la rabia. Era como darme cabezazos contra un muro, y lo peor de todo es que no tenía modo de hacer ver a Diana cómo era. No podía hablarle con sinceridad a mi mejor amiga porque sabía que no me creería, porque en realidad ella ya me había abandonado y me criticaba con Carlota, que empezaba a ser como un cáncer para mí. La odiaba, porque en cierto modo sentía que por su

culpa Diana me estaba dejando de lado.

Es curioso cómo las personas intentamos justificar a la gente a la que queremos.

—Díselo a otra, porque yo ya no te creo.

—Puedes preguntárselo a quien quieras. A Diana, a Carlota.

—Claro, ¿porque ellas te apoyan, no? Y te dan la razón en todo.

—Porque la tengo. No fueron cuernos, ellas también lo creen.

Me dieron ganas de llorar.

Ese hombre me lo estaba robando todo. No contento con hacerlo con mi vida, me quitaba a mi otro gran apoyo. A mi medio limón. Me sentía impotente, encerrada, encadenada. Consciente de que debía echar de mi vida a Diana y de que tendría que seguir adelante.

—Sin embargo —continuó—, lo que tú has hecho sí han sido cuernos.

Tragué.

Era impresionante cómo le daba el chico la vuelta a la situación. Cómo jugaba con las palabras.

—¡¿Qué?!

—Durmió aquí. Dime, ¿te lo follaste?

—Nos besamos, y nos abrazamos.

—Entonces lo tuyo es mucho peor que lo mío.

—No, porque nosotros ya no estamos juntos. Yo jamás te fui infiel.

—Te equivocas. Recuerda que seguimos casados. Mientras tenga el anillo en mi dedo, eres mi mujer y todo lo que hagas es infidelidad.

¡¿Cómooooooo?! ¡¿Quéeeeeee?! ¡Pero qué cantidad de sandeces estaba oyendo, por la Virgen del Pompillo! ¡Impresionante!

Abrí muchísimo los ojos y me levanté.

—¡VETE! —grité.

—No me iré. Hay que hablar del divorcio todavía, ¿no?

—Eres un ser despreciable.

—No menos que tú.

Solté una carcajada seca.

Impresionante. Esto era impresionante.

Inverosímil.

—Hablé con mi abogada el otro día —gruñí desde la puerta, ya al límite de mi paciencia—, me dijo que por notario las cosas son más rápidas.

—A mí, mi abogada me dijo que por juez es mucho más rápido y más barato.

—Mi abogada me ASEGURÓ que por juzgado el divorcio puede tardar incluso un año, por mucho que sea más barato, y yo no quiero tener nada que ver contigo. Cuanto antes mejor.

—Te equivocas de nuevo, como es costumbre. Mira, voy a escribir a mi abogada.

Sacó el móvil y tecleó algo en la pantalla táctil. Esperó, y a los dos minutos ya tenía la respuesta.

La abogada decía que, en efecto, por juzgado era más rápido y económico.

Yo fruncí el ceño.

¡Me daba a mí que ahí había gato encerrado!

—Mira, si quieres lo hacemos con tu abogada, pero por notario. Mitad para ti y mitad para mí.

Me observó pensativo, como si le hubiese sorprendido que no hubiera cedido del todo.

—Pero si así es más lento.

—No —corté, tajante—, sé muy bien cómo es más rápido, así que lo hacemos por notario.

Asintió. Supongo que notó que me estaba llevando al límite y decidió ceder.

—Y ahora vete. No tenemos nada más que hablar.

—Pero, Hannah, yo te quiero. Te amo. Podremos solucionar esto. Prometo cambiar y ser sincero siempre. ¿Sabes que me siento liberado?

—¿Qué? —Levanté la ceja.

—Me siento liberado, como si me hubiesen quitado un peso de encima. Que me hayas pillado es bueno, porque, si no, seguiría metido en ese bucle. Ahora puedo ser transparente contigo. A partir de ahora, seremos mejores, nos haremos más fuertes. Ya sabes: *Always and Forever*.

Nuestra frase. La misma que dibujamos en nuestra tarta de boda de *La Bella y la Bestia*.

Always and Forever.

Apreté los párpados.

Era un golpe bajo. Traer aquí las cosas bonitas, consciente de lo débil que me sentía…

Pero yo me había hecho más fuerte. ¡Si no había podido conmigo un asesino encapuchado, no lo haría mi exmarido!

—A veces las cosas se rompen para siempre. Cuando la confianza sufre este tipo de daños, ya no hay marcha atrás. Ya sabes lo que dicen: es difícil recuperarla. Para mí, imposible, puesto que es la segunda vez que te pillo guarreando con otra. Ya no hay más oportunidades.

—¡Te equivocas! —De nuevo esas dos palabras que él tanto adoraba—. Mi madre dice que las relaciones son como una vasija: una vasija rota se puede soldar con oro, y quedará más bonita. Más resistente.

—Vaya gilipollez.

—Pero es verdad. Será una experiencia para hacernos mejores. Nuestra relación la uniremos con oro, igual que la vasija.

ÉL también estaba destrozado por dentro, y yo era tan empática que sentía compasión. Por mucho que había hecho, por mucho que me dolía y era consciente de que nada de eso estaría

ocurriendo de no ser por ÉL, me dio pena. El amor, a veces, nos hace estúpidos. Los recuerdos, más todavía. Y con ÉL tenía recuerdos a manos llenas, como ese primer viaje a Toledo, donde visitamos el centro histórico, plagado de elementos de la Edad Media; ese hotel en el que nos quedamos, y el día de spa tuvimos que ir a comprar unas chanclas porque ÉL (siempre desastre) se las había dejado en su casa (las únicas chanclas que había eran dos tallas menor que la suya y tuvo que ir al spa con medio pie fuera); esa visita al parque temático *Mini Hollywood*, donde lo pasamos de muerte y me sentí como en una película del Lejano Oeste; cuando llegaba a casa y no me apetecía lo que había de almorzar, así que lo llamaba para ir a comer a nuestra hamburguesería preferida (y ÉL venía, claro, porque siempre que lo llamaba venía. Siempre estaba ahí para mí); cuando me recogió en Francia; nuestro viaje a Granada cuando adoptamos a nuestro primer perro; las risas; los años en la facultad, juntos, sin más preocupación que querernos y aprobar las asignaturas…

Y lo había echado todo a perder. Podíamos haber sido felices, quizás haber solucionado nuestras diferencias, pero en vez de eso había tomado el mal camino.

Coloqué la mano en el pomo de la puerta y la abrí.

—Lo siento, pero no. No me merezco lo que me has hecho.

«No me merezco lo que me has hecho.»

Gracias a Sam aprendí que valía. No podía permitir que nadie me hiciera sentir una mierda, que nadie me hiciera pensar que yo no tenía valor o que nadie me valoraba como yo creía que merecía.

La vida no era así. No podía regalar lo mejor de mí a todo el mundo. Además, si le daba otra oportunidad, lo repetiría. Ya lo había hecho dos veces (¡una de ellas durante años, e incluso dándome el «sí quiero» en el altar!), ¿quién le impedía hacerlo una tercera?

—Yo tampoco me merezco lo que me has hecho.

Levanté una ceja.

—No merece la pena discutir contigo. Para ti, soy la mala, y harás creer a todo el mundo que te rodea que lo soy, para minimizar tu culpa. Para ser tú el bueno de la historia.

—Es objetivo que…

—Que o te vas, o llamo a la policía, tú eliges.

Así que se fue, resignado y dejando claro que me dejaría como a la mala de la historia delante de su familia, de sus amigos, de mis amigos. Dejando claro que él era un santo supermaduro de la muerte, y yo una furcia sin corazón. Y lo peor de todo seguía siendo que sentía que no podía defenderme delante de Diana, porque no me creía a mí, sino a mi ex.

En cuanto estuve sola, le hablé a Sam:

Ya se ha ido.

¿Cómo ha ido la
cosa? Ha estado mucho
tiempo ahí. Estaba
preocupado.

Se lo conté todo, incluido el detalle del anillo y el intento de alargar el divorcio con lo de la abogada.

Ese tío es gilipollas y
hará lo que sea por quedar
él como el bueno y
dejarte a ti como la
mala. Es triste pero
en su entorno tú habrás
sido más infiel de lo que
fue él contigo, cuando en
realidad, tú no has hecho nada
malo. Le has guardado las
espaldas siempre. Siempre.
Ten la conciencia
tranquila.

Muchas gracias, Sam.
No sé qué estaría haciendo
sin ti. Eres mi gran apoyo
en todo esto. Eres el único
al que le puedo contar las
cosas tal y como son. Sin miedo
a que me critiquen, a que
se vayan de la lengua o a
que me juzguen.
Gracias.

No me las des.
Vales mucho y

no mereces lo que
estás pasando.

Ay, si tú supieras…

Apareció en la pantalla una conversación emergente de Diana. ¿Diana hablándome por privado? Lo abrí y me encontré lo siguiente:

Me parece fatal que no
me estés contando nada
de lo que te está pasando.
Me has mentido, porque me
dijiste que no tenías nada
con Sam, y me entero de
que te has quedado a dormir
con él y de que os habéis
liado. Eres una mentirosa
y lo que has hecho es terrible.
Además, ¿por qué te apoyas
en otras personas? Soy tu amiga,
pero en vez de apoyarte en mí,
buscas a otras personas para
contarles tus cosas.

Le contesté al instante, claramente:

En primer lugar, ¿desde
cuándo hay que contarle
a nuestras amistades
cada beso que damos?
Es mi vida privada, y
no recuerdo haber firmado
un contrato contigo donde
te cuento cada detalle.
Además, ¡claro que le
cuento mis cosas a otras
personas! Porque necesito

tiempo para contártelas a ti y porque ÉL os está manipulando, pero todavía no lo podéis entender. Necesito tiempo, repito.

¿Tiempo? ¿Tiempo cuando llevamos siendo amigas desde hace dieciséis años?

Tiempo para asimilar, para, simplemente, ser capaz y alejarme de todo esto. Cada uno tiene su ritmo. ¿No lo entiendes?

Si eso fuera así, ¿por qué apoyarte en otra gente en vez de en mí? ¿Por qué mentirme?

Porque sé que me criticas con Carlota, y lo que te cuente, se lo cuentas a ella y lo usarás para atacarme.

¡Pero qué dices!

Lo que oyes, no soy tonta y estoy harta de sentirme apartada de las tres. De que habléis a mis espaldas y no me

aviséis para nada cuando
yo os aviso para TODO.

Tenemos que quedar las
tres para hablar de esto,
para solucionar esto.

¿Para que me hagáis
una encerrona y me pongáis
verde?

No va a ser una encerrona.

¿Y qué es cuando dos
personas se ponen de acuerdo
entre ellas para echar en
cara cosas a la tercera en
discordia?

Te estás equivocando.
Hay que quedar las tres
y hablar.

Estoy en una etapa de mi
vida en la que necesito
que me ayuden, en la que
necesito que estés, porque
todo se está viniendo abajo.
No necesito que me pongáis
baches en el camino o me echéis
cosas en cara. Necesito tener a
mi amiga.

Yo no te estoy echando en cara
nada. Pero entiende que
me has mentido y me siento

sustituida por tus otros amigos.

Bueno, ya veremos lo
que hacemos.

«¡Bienvenida a mi vida desde hace un año!», me encantaría decirle. ¿Mintiéndole? ¿Dándole de lado? En primer lugar, una amiga me apoyaría, me intentaría entender y no confabularía con el enemigo, como ella estaba haciendo. Una amiga no me pondría baches en el camino y respetaría espacios.

¿Cuánto más me haría falta para saber que ella no era mi amiga?

La conversación de Sam apareció en pantalla de nuevo, así que cambié de ventanilla.

Mira, he estado investigando.
Me has dicho que viste el
nombre de la abogada en
su móvil, así que he unido
cabos y… están emparentados,
Hannah. Seguramente todo
está planeado para alargar
el divorcio e intentar
recuperarte, o a saber.

Varias capturas de pantalla donde estaba clarísimo que la abogada estaba relacionada con la familia de ÉL.

Sería capullo…



CAPÍTULO 10. LLAMANDO A LOS PROBLEMAS

—Buenas tardes, bibliotecaria.

—¡Joder! —chillé.

Los papeles salieron volando de mis manos para luego descender con parsimonia hacia el suelo.

—¡¿Podrías hacer ruido antes de saludar?! Yo que sé, ¡para que no me dé un infarto!

—Vaya, vaya…, ¡cómo está la cosa hoy! ¿Qué ha pasado? ¿Problemas en el Paraíso?

—Bastantes, y no necesito más.

»Has estado desaparecido.

—Lo sé, y lo siento. Estaba siguiendo la pista del libro.

—La habrías encontrado si te hubieses quedado cerca de mí.

—¿Por qué lo dices? —Levantó las cejas.

—Porque se me apareció en el fondo del armario, así que me dispuse a leer todo lo que pudiera antes de que me encontraran los seguidores de El Coleccionista.

—Pero…, ¡¿cómo haces esa locura sin mí?!

Me encogí de hombros, me agaché y comencé a recoger los papeles. Gabriel me ayudó en el proceso.

—¿Se supone que debo bailar a tu son? —Hice que se notara el retintín en mi voz.

—No, pero para esto sí. Hannah…, podrías haber muerto.

—¡No me digas!

—Sí. De hecho, ¿cómo sigues aquí?

Me tendió los papeles y yo los ordené entre mis dedos. Nos levantamos.

—Lo maté. Me pilló en un pub, paralizó el tiempo, así que le tiré todo lo que encontré a mi paso. No fue suficiente.

—Te voy a pedir que vayas al grano, bibliotecaria. ¿Cómo lo mataste?

—No estoy segura de cómo lo hice. Dijo algo que me enfadó, y yo…, exterminé su energía o algo así. Supongo que debería haber muerto hace Siglos, porque conforme borré su energía, envejeció hasta convertirse en polvo.

Por primera vez, Gabriel dejó entrever un pelín de miedo, no en su cara, sino en su piel. El vello se le puso de punta, lo cual me hizo sentir orgullosa de mi propio poder.

Me reí.

—¿Qué pasa? ¿El lobo tiene miedo de la oveja?

Gabriel se dio cuenta de que había dejado ver parte de su preocupación, por lo que ladeó su sonrisa y adquirió esa expresión traviesa derrite-bragas modo DIOS.

—Cuando te des cuenta de que no eres ninguna oveja, sí me darás miedo.

Su respuesta me gustó.

—Bueno, Gabriel. ¿Qué quieres? Siempre que me buscas es por algo. ¿Van a salir a cazar esta noche?

—No, pero hay que avanzar. Me he enterado de que El Coleccionista ha organizado una bacanal aquí mismo, en Gijón. Una de las suyas.

—Y quieres matarlo ahí.

—Ajá. Tenemos que encontrar el libro y terminar con él. Sería el momento perfecto.

—Sabes que te ayudo para que me dejéis en paz, ¿verdad?

—Si tú lo dices…

Anduvimos entre los libros. De vez en cuando, me paraba y agarraba uno desordenado.

—Lo digo. Además, no debería importarte. Ese encapuchado te conocía, y dejó bien clarito antes de morir que eres un adicto al sexo y que no te importo una mierda.

Gabriel me agarró de la cintura de golpe y me hizo girar hacia uno de los pasillos desérticos. Me pegó a los libros, y se puso muy cerca de mí. Su nariz rozaba la mía. Si avanzase un poco más, lo transformaría en beso.

—¿Y te lo crees?

—Claro que sí. Al fin y al cabo, no te conozco.

—Soy adicto al sexo porque es mi forma de vida, Hannah, pero me importas.

—Como instrumento.

—No. Me caes bien, bibliotecaria. Y tu energía sexual tiene algo adictivo. Tú notas, tanto como yo, la química que hay entre nosotros.

—La química no define una relación.

—Pero es una parte importante. Entre nosotros, ardemos.

Mi maldita energía sexual se fundió con la suya, dándole la razón. ¡Traidora!

Ambas se enroscaron, se acariciaron. Eran como gatitos restregándose contra la pierna de su dueño.

Un calor agradable se instaló entre mis piernas obligándome a juntar los muslos. Levanté la cabeza un pelín, tensando más la situación, y lo observé.

—Si tú y yo tuviéramos algo el día de mañana, sería sólo sexo.

—Así que te parezco sexy.

—¿A quién no se lo pareces?

Una sonrisilla de suficiencia por su parte que me molestó, porque odiaba la prepotencia.

Meneé mi cabello. Al hacerlo, él olisqueó el aire.

—Quieta.

Me agarró de la mandíbula, echó mi cabeza hacia atrás y me olió con fuerza el cuello. La mezcla entre tenerlo delante de mí, bien pegado, su mano en mi mandíbula y su respiración en mi cuello, casi me hizo derretirme ahí mismo. Tuve el impulso de rodear sus caderas con mis piernas.

—Hueles a otro chico.

—Será a mi exmarido, que vino el otro día a tocarme la moral.

—¿Follásteis?

—No.

—Entonces no es de él.

—Pues será de mi amigo Sam.

—¿Te lo tiraste?

—¡¿Qué?! ¡NO! He dicho que es mi amigo.

—Este olor no es de ser sólo un amigo. Hay aquí algo más fuerte. Os besasteis.

—¿Es una pregunta?

—Es una afirmación. —Por fin, se alejó un palmo—. Vaya, vaya, pequeña, ¿ahora te vas a convertir en una adicta al sexo tú también?

—Te he dicho que no hubo sexo, sólo besos y abrazos.

—Y algo de sentimiento. Las energías no mienten, y en la tuya hay un pequeño hilo de otra energía distinta. Es raro, porque esto sólo sucede cuando ambas energías se sienten tan cómodas entre ellas que no quieren separarse.

—No me apetece pensar en el tema, si quieres que te diga la verdad.

—¿Por qué?

—Porque es mi amigo y no quiero estropear la amistad.

Hizo una pausa donde su expresión se tornó más y más divertida. Con un dedo, apreté contra su pecho y lo alejé más. Echamos a andar de nuevo entre las estanterías.

—No te mientas, bibliotecaria, la amistad verdadera se acaba cuando hay un beso.

—No es cierto.

—Sí lo es, pero tienes miedo de asumirlo. Para él ya eres más, y tú tendrás que enfrentarte a ello.

En ese momento odié a Gabriel por hacerme ver algo que llevaba unos días ignorando. Pero tenía razón: tenía que aclarar qué estaba pasando ahí.

—Lo haré cuando lo tenga claro —respondí.

—Dime, ¿qué te hace no tenerlo claro? ¿Soy yo?

Puse los ojos en blanco.

—Pff…, ¡egocéntrico! Hoy me caes fatal, ¿sabes?

—Porque el culpable soy yo, ¿verdad? Te atraigo. Soy la parte sexual de tu vida, y él es la sentimental.

—Lo dicho: me caes mal.

Pese a mis intentos por zanjar la conversación, él siguió:

—¿Pues sabes qué te digo? Que te haré ver que no soy sólo sexo, bibliotecaria. Te quiero para mí en todas tus facetas.

—Claro, ahora va a resultar que te has enamorado…

—No, pero podría. Me desconciertas, Hannah, y me gusta cómo eres cuando te dejas llevar en el local. Te entregas. El otro día…, fue increíble. Desde entonces no puedo sacarte de aquí.

Se señaló la sien derecha.

—Oye —me crucé de brazos—, tengo que ir al abogado para comenzar con los trámites del divorcio cuando salga de aquí. Estoy nerviosa, con muchas cosas en la cabeza. Lo último que quiero es pensar que me estoy metiendo en un triángulo amoroso un mes después de separarme del que consideraba el amor de mi vida.

—¿Necesitas tiempo?

—¡Pues claro!

—Ah, vale: lo siento. Tú tómate el tiempo que necesites en ese sentido. Mientras tanto, investiguemos lo del libro. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

—Entonces, tenemos trato.

—Tenemos trato.

Nos estrechamos la mano y él se largó muy feliz. Me dejó entre libros, pensando en todo lo que acababa de pasar. Sentía que me estaba precipitando con Sam, pero tampoco podía negar el lenguaje de nuestras energías. Y luego estaba Gabriel, tan ardiente, tan irresistible. Me confundía, porque lo veía como un hombre libre de los que cuentan el número de mujeres a las que se follan, pero ¡luego iba y me decía que podía llegar a enamorarse de mí y que mi energía era algo similar a una adicción para él!

Por otro lado estaba todo lo que acarreaba: desconfianza hacia el género masculino, decepción y sufrimiento. Algo que, junto, me hacía imposible entregarme plenamente a una persona.

Estaba claro que, si quería decidirme como Dios manda y no cagarla en el proceso, debía darme tiempo.

Tenía que ser clara con Sam a riesgo de que me diera la espalda.

Esperaba que no fuera demasiado tarde.

—Espero no estar llamando a los problemas —reconocí.

Al día siguiente, al salir de la biblioteca, Gabriel me invitó a una pizza de queso y jamón, y juntos nos fuimos a un parque a las afueras de la ciudad. Un parque al que no iba mucha gente porque el barrio estaba un poco dejado de la mano de Dios.

—Tú concéntrate. ¿No escuchas al libro llamándote?

Cerré los ojos y agudicé el oído, pero sólo alcancé a oír el sonido del tráfico a los lejos.

—No. Ya te he dicho que en las dos ocasiones anteriores se me apareció él donde menos lo esperaba.

—Lo sospechaba: es él el que elige dónde y cuándo. Si lo buscamos, no lo encontraremos.

—¡¿Entonces qué demonios hacemos aquí?!

—Buscar. Al fin y al cabo, en las ocasiones anteriores estabas haciendo cosas, ¿no? Ya sabes: ordenando libros, organizando el armario.

—Así es.

—Se me ocurrió que, quizás, si lo repites mientras yo pronuncio este hechizo…

Sacó de su bolsillo un papelito arrugado.

—¿Brujería? ¿Nadie te ha dicho que la magia tiene un precio?

—Es sólo un hechizo para encontrar el objeto que se desea.

—¿Quién te lo ha dado? ¿Conoces a algún brujo?

Me paré delante de las ruedas apiladas de un camión. Allí se usaban como columpio. Él se colocó enfrente de mí.

—Conozco a un brujo. A una bruja que controla el sexo también.

Su mirada se tornó depredadora. Al instante mi energía sexual reaccionó y se inflamó, como si le hubiesen echado gasolina a una hoguera. La suya hizo lo mismo. Ambas subieron, se tocaron, se enlazaron. Calambres placenteros de placer me recorrieron el cuerpo entero y me regañé a mí misma por sentir eso. Gabriel surtía una atracción sexual sobre mí que escapaba a mi comprensión. Por mucho que me resistía, no paraba de recordar esa noche en el cuarto oscuro, con él agarrándome, protegiéndome el cuello, tocándome los pechos mientras me corría.

Tragué de forma sonora.

—¡JA! Una bruja del sexo, dices. No te lo crees ni tú.

Él levantó una ceja.

—¿Por qué no? ¿Acaso no ves lo que provocas en mí cuando estás cerca?

Puse los ojos en blanco.

—Tienes una energía sexual muy potente, pero no es por mí. Eres mestizo. Naciste de un íncubo, así que es normal que tu energía sexual sea más ardiente que la de un humano.

Un paso en mi dirección. Al hacerlo una oleada de energía se hundió más profundo en la mía.

Apreté las piernas para controlar esa locura palpitante entre ellas. Joder…, ¡odiaba la reacción de mi cuerpo delante del suyo! Y también me gustaba, para qué voy a mentiros. Porque saber que un hombre como él, guapísimo hasta la locura, alto y musculoso, sexy como él solo, se estaba fijando en mí, era un chute de autoestima enorme. Y la mía estaba destrozada después de la infidelidad.

—Te estás equivocando, Hannah. Mi energía no es más intensa que la del resto. Es cierto que nacer de un íncubo me ha dado poderes especiales, y que esos poderes me permiten ver las energías, alimentarme de ellas y encenderme como un humano no podrá hacerlo jamás, pero, por regla general, es una energía como otra cualquiera.

—¿Quieres decir que, mientras no te alimentas, eres como un mortal normal?

—No del todo, ya que ver las energías me permite saber cuándo le gusto a alguien y eso me inflama, pero casi. ¿A ti no te pasa?

—¿El qué?

Se acercó más.

—Desde que ves la energía sexual, la tuya es más potente. Tu libido siempre está encendida, como si fueses un adolescente que acaba de descubrir las pajas y el porno.

Pegué mi espalda a las ruedas de los camiones mientras él seguía con su avance.

—No voy a mentirte: sí. No ayuda haber estado años en una relación que me satisfacía y que, al empezar a vivir juntos, descubrí muerta.

Se detuvo. No sé si fue por mis palabras o porque estaba ya tan cerca de mi cuerpo que podía notar su calor corporal.

—¿Por qué estaba muerta?

—Porque él se dejó por completo. No se esforzaba nada por él mismo, y eso repercutió en mí.

—Se dejó.

—Y por mucho que yo intentaba que hiciera algo por cuidarse, no lo hacía y además me lo echaba en cara.

Agarré su muñeca cuando esta subió hacia mi cara. Lo hice a medio camino, a la altura de mi cuello. Él ladeó la cabeza, curioso.

—Sólo quería mostrarte mi apoyo, bibliotecaria.

—Lo…, lo siento.

—¿Por qué tienes esa aversión a que te toque? Tu energía me dice lo contrario… Me confundes. Sé que te gusto, pero te muestras inaccesible.

—Ya te dije que estoy empezando algo con alguien. Alguien con una energía controlada y elegante.

—Un chico aburrido.

Le solté la mano y él la bajó, pero no se alejó.

—No es nada aburrido. Me da la sensación de que es sincero de verdad. Y leal, de los que ya no quedan.

—Y te gusta.

—Me gusta, y no quiero meterme en más problemas de los que tengo. Por Dios…, ¡acabo de separarme! Me he liado con un amigo, me he transformado en una Neutralizadora. Si empiezo algo contigo, me meteré en más problemas. Mi cerebro explotará.

Hice un gesto exagerado con las manos a ambos lados de mi cabeza.

Pese a ello, él no se enfadó. Me observó con esa sonrisa ladeada suya, divertida, que desintegraría mis bragas si fuese posible. Mi energía volvió a inflamarse junto a la suya.

¡Era increíble cómo reaccionaban juntas! Nada de ternura, sólo sexo puro y duro. Sucio, arrollador. Follar con él sería la hostia.

—Ya. Tienes demasiado encima, pero en una cosa estás equivocada: yo no te daría problemas. No quiero que me veas así. Yo sería tu vía de escape, con el que no tienes que pensar: sólo sentir.

—Me preocuparía igualmente, porque follar contigo significaría que ya tendría el corazón dividido entre tres personas: mi ex, Sam y tú.

—Ese es el problema: asocias follar con sentimientos, pero no deberías hacerlo. Asócialo con dejarte llevar, con placer, con disfrute, con piel, carne, besos, igual que hiciste en la habitación oscura. ¿O acaso sientes algo por cada una de las manos que hicieron que te corrieras?

—No. Fue genial, pero no hay sentimientos porque no los conozco.

—Pues en esta cabecita tuya —clavó su dedo en mi sien—, debes dejarte llevar. Escucha a tu cuerpo, dale el gusto y, después, vive tu vida.

Más cerca. Más cerca. Más cerca.

Era lo que pedía mi cuerpo. Quería que él pegara sus labios a los míos, su entrepierna a la mía. Quería que se restregara ahí hasta hacerme poner los ojos en blanco y gritar su nombre. Quería que me llamara guarradas mientras se corría y que me agarrara del pelo mientras me follaba contra las ruedas.

Me sonrojé, y él lo notó.

Su rostro se quedó tan cerca del mío que ya fui incapaz de escuchar nada a mi alrededor aparte de los latidos de mi corazón. Mi sangre bullía, hervía con su presencia. La suya también, y me ahogaba. Me contagiaba.

¿Era ese el poder que tenía sobre él? Saberlo por su energía me excitaba. Ser la protagonista de sus deseo, la que lo inflamaba hasta estos límites.

—No sé qué estás pensando, bibliotecaria —la voz, bajita y oscura—, pero me vas a hacer correrme de la excitación. Joder…, voy a estallar y ni siquiera me has tocado físicamente. ¡No tienes ni idea de lo fuerte que es tu energía!

—¿Cómo es? —susurré, ya casi pegada a sus labios.

—Es gigantesca y lo consume todo a su paso. Atrae a la mía, como si tuviese su propio campo magnético. No tengo ni idea de si la causa es que seas una Neutralizadora. No lo sé, pero eres tan sexy… ¿Alguna vez te han dicho que tienes los ojos más impresionantes que he visto?

—¿Eso es lo que te gusta de mí? ¿Mis ojos, mi energía?

—Me gusta el conjunto. Tu cuerpo, tus pechos, tus labios, tu nariz, tu pelo rojo. El rojo te queda de puta madre.

—Porque es pasión.

—Eres tú.

Agarré sus brazos con mis dedos. Ahí clavé las uñas, intentando controlarme a mí misma. Él se estremeció y me pegó a su cuerpo dando un tirón de mi cintura.

—Déjame besarte, Hannah.

Acaricié con mi dedo índice su hombro, su cuello. Lo paré en sus labios.

—Soy mucho más que tentación. Soy mucho más que energía. No te besaré porque sería caer en la tentación, igual que hizo mi ex durante años.

»Sería débil, como él.

—Entonces soy un reto, es eso.

Su energía se desinfló como por arte de magia. Se desligó de la mía dejando frío a su paso. Un jarro de agua helada que me vació el pecho y me llenó de pena.

—No eres un reto, Gabriel. Pero no quiero sentirme frágil y utilizada. Sé que estoy aquí para ayudarte a derrotar a El Coleccionista y nada más. Tú mismo me lo dijiste en su momento. No me valoras: te excito. Son dos cosas diferentes. Si algún día me valoras por lo que soy por dentro, no por lo que valgo en tu plan, me lo pensaré.

Se alejó más. Un paso. Dos.

—Te conozco mucho mejor de lo que crees. Tu energía dice muchas cosas sobre ti.

—Entonces te dirá que tengo los muros del corazón bien altos y llenos de espinas por la traición.

—Sí me lo dice, sí. Pero también hay una luz brillante al otro lado. Una luz llena de esperanza.

—Vamos a buscar el libro. —Cambié de tema.

Me giré y comencé a buscar por el descampado.

Por primera vez, hubo silencio entre ambos.



CAPÍTULO 11. HORA DE SINCERARSE

No encontramos el libro. Ni con hechizo, ni sin él. Me lo esperaba, porque era sabido que el Diario de Abraham se aparecía cuando quería delante de quien no lo deseaba.

Delante de mí.

Era obvio que no valdría de nada buscarlo a posta. Gabriel se entristeció y se despidió con un extraño halo negro a su alrededor.

¿Le había dolido lo que le había dicho?

Lo sospechaba. Pero ¿qué iba a hacerle? Debía ser sincera con él, y mi historia no era fácil, precisamente. Tenía mierdas mentales que sólo una persona calmaba y comprendía: Sam.

Tenía que hablar con él, no sólo para contarle que había comenzado ya con los trámites del divorcio, también para dejarle claro que era importante para mí y que no quería precipitarme con él.

Era especial, no podía negarlo, porque con él sí me surgían sentimientos de dentro. Por muy arrebatador que fuera, Gabriel era eso: sexo. Mientras que Sam era seguridad, lealtad, fidelidad. Todo lo que yo había perdido. Todo lo que buscaba. Y una cosa importantísima: me valoraba por lo que era.

Aquí estaba ahora: en su casa, esperando a que me recibiera y pensando en la carita que ponían mis perros cuando me veían salir por la puerta.

¡Eran unos chantajistas! Por muchas chuches perrunas que les daba, ellos me hacían ojitos para que me quedara.

—Buenos días.

Sam me recibió con su preciosa sonrisa y su energía sexual controlada, elegante, con resquicios oscuros, señal de que había tenido una infancia muy dura.

Me quedé descolocada un momento. ¿Acababa de leer su energía? ¿Desde cuándo sabía yo que esos resquicios de oscuridad estaban relacionados con una vida difícil?

—¿Qué pasa? ¿Te has dejado una neurona en la almohada? —bromeó él.

Se carcajeó.

Yo reaccioné y parpadeé con fuerza.

—¡Oh, cariño, yo SIEMPRE me dejo una neurona en la almohada!

—Ya decía yo que esos despistes no eran normales. ¡Se nace siendo un desastre, y se muere

siendo un desastre!

En esa ocasión fui yo la que reí.

—¡Y que lo digas! Pero suficiente que estoy viva. Ya sabes que fui prematura de seis meses y que estuve a punto de estirar la pata varias veces.

—Sí, lo sé. Anda, pasa, que vamos a echar a arder.

Al pasar junto a él, mi energía hizo eso que tanto me desconcertaba: enlazarse con la suya de un modo suave, como si quisiese quedarse ahí a vivir. Incluso sin tocarlo físicamente, se resistió a desligarse.

—Tu «casa» es preciosa —hice el símbolo de comillas con los dedos.

Y lo hice porque, en realidad, estaba de alquiler en el bajo de una casa, habilitado para vivir.

—Si es que puede llamarse casa. Es más bien mi zulo personal.

—No estoy de acuerdo: es bonita, grande y tiene ventanas. Tu cocina es moderna, tienes dos habitaciones, un baño enorme y patio. ¿Qué más quieres?

—Te sabes mi casa de memoria, ¿eh? Acosadora…

—Te vigilo por las noches mientras duermes.

—¿Con tus gafitas de bibliotecaria?

—Tú lo has dicho. Para verte mejor.

Imité al Lobo Feroz de Caperucita Roja.

Lo que decía era cierto: su casa era preciosa. Nada más entrar, a la derecha, había una pequeña habitación para guardar trastos. De inmediato, encontrabas el salón, amplio, abierto a una cocina, con unos ventanales bonitos a la derecha sobre el sofá. El sofá, por cierto, era moderno, blanco, tipo *Chaise Longue*. Una de las paredes continuaba hacia la cocina en color rojo. Hacía juego con la encimera, de ese mismo color. Si andabas hacia la izquierda por el hueco que había junto a la cocina, encontrabas dos habitaciones. Una la utilizaba como estudio. La otra, como dormitorio. La cama era de un metro cincuenta, lo cual me agradaba. Ya habíamos dormido juntos una vez, ¡no había que ser un lince para saber que volveríamos a hacerlo! La última puerta daba a un baño enorme con un plato de ducha donde cabrían tres personas adultas. Lo que más me gustaba de ahí era el toallero, ¡porque calentaba las toallas!

Me invitó a sentarme en el sofá, junto a la mesa de cristal.

—Huele bien —dije.

—Estoy haciendo rollitos de lomo rellenos de queso.

—Uf…, eso suena…

—¿Genial? ¿Exquisito? ¿Apoteósico?

—Calórico —solté.

—Sí, eso también. Dime, ¿qué quieres de beber?

—Agua, por favor.

Se largó a rebuscar su bebida y la mía en el frigorífico, y yo aproveché para mirar las redes sociales. No había ni rastro de Diana, Carlota o de ÉL.

—¿Qué te cuentas? —preguntó Sam, colocando sobre la mesa las bebidas.

Hoy estaba con el guapo subido, el muy cabrón. Él pelo largo lo llevaba brillante, espeso, y la luz hacía que el rubio se intuyese más intenso. La barba la llevaba algo despeinada, pero ¡qué bien le sentaba! Y el gris… Uf, ¡el gris! Cuando lo vestía estaba a la altura del atractivo de Gabriel.

—Poca cosa —mentira—. Hace dos días estuve con la abogada y…, hemos quedado ya para firmar los papeles.

—¡¿Ya?! Va todo muy rápido, ¿no?

—Sí —reconocí—. Gracias a ti.

Él se señaló.

—¡¿A mí?!

—Ajá. Me dijiste que sonaba sospechoso y que la abogada parecía ser familia. Se lo dije y ÉL tuvo que callar, apechugar, y preguntarle por los papeles que hacían falta para el divorcio. Me envió una lista al correo y hemos quedado ya para firmar.

—Creía que lo alargaría más.

—Él nunca ha sido de mal corazón. Es decir…, no era un hombre de malas ideas.

—Si tú lo dices…

Se largó a por los rollitos. Como la cocina y el salón estaban conectados, seguimos hablando. Lo vi trastear en unos cajones y sacar unas manoplas de horno. Al abrir la puertecita del electrodoméstico, el olor se intensificó.

—Por lo demás, Diana no ha dado señales de vida desde nuestra discusión.

Como si me hubiese escuchado a kilómetros de distancia, mi móvil se iluminó con su nombre.

—¡Anda, mira! Hablando del rey de Roma…

—…Por la puerta asoma —completó él, ya colocando los rollitos en los platos—. ¿Qué dice?

Leí en voz alta:

¿Estás en tu casa o
estás en casa de Sam?

—Quiere saber si eres sincera —comentó, muy seguro.

—¿Por qué?

—No le contaste que has empezado a hablar conmigo y que pasamos la noche juntos en tu casa, y ahora te está poniendo a prueba.

—Me lo imaginaba. Me quiere hacer una encerrona.

—¿Qué le vas a responder?

Pasé mi dedo por encima de la pantalla.

—Le voy a ser sincera, obviamente. No tengo nada que ocultar.

—Haces bien. Pero también te digo que no tiene razones reales para enfadarse contigo. Eso de echarte en cara que no le hayas contado que has dormido con un hombre, como si tu vida fuera pública… Y luego está lo de echarte en cara el apoyarte en otras personas…

—Lo sé. Es una inmadura.

—Sí. No está siendo tu amiga para nada. Ella debería estar respetando tus tiempos, pero sólo exige y te pone baches.

—¡Justamente eso pensé yo el otro día!

—Porque es la verdad. Y dime, ¿tú, como amiga, qué harías si alguien se estuviera divorciando?

—La apoyaría en todo lo que pudiera. La intentaría entender.

—No la criticarías por las espaldas, ni le harías encerronas, ni creerías todo lo que dice el ex, ¿verdad?

—Ajá.

—Pero ella te ha demostrado tantas cosas malas, que ni siquiera puedes contarle la verdad. No puedes contarle cómo actúa tu ex, ni lo que te hizo, ni lo que te está contando sobre ellas, porque sabes que se pondría en tu contra todavía más.

—Me has leído la mente.

Sí, ese chico estaba verbalizando todo lo que yo había pensado antes. Me ayudaba porque eso quería decir que no estaba loca. Que no estaba perdiendo la cabeza y que las cosas que pensaba eran coherentes.

—Eso haré entonces: ser sincera.

Le respondí que estaba en casa de Sam. Lo que yo no sabía entonces, era que ÉL y Diana pasaban por la puerta de mi casa para ver si mi coche estaba allí, y ella me preguntaba si estaba con Sam para pillarme una mentira que no pillaría, obviamente, porque no iba a mentir. También me enteraría más delante de que ÉL y ella daban vueltas por las noches por casa de Sam para corroborar si mi coche estaba allí o no (y luego me preguntarían si estaba en casa, repitiendo el proceso).

Tampoco le mentiría.

¿Que cómo me enteraría de esto? Me lo contaría ÉL, por supuesto. Igual que me contó que les había dicho a ellas que se había distanciado por mis celos, o que lo apoyaban en todo y le daban la razón como si fueran loros.

Estoy en casa
de Sam.

¿Te has acostado
con él?

Alcé las cejas. Sam estaba ya poniendo los cubiertos sobre la mesa, junto a los platos de lomo y queso.

No. Ya sabes que
no soy de acostarme con
nadie pronto.

Y sí, eso también lo preguntó para chivarle mi respuesta a ÉL.

Puse el móvil en silencio. Quería centrarme en Sam, en su comida y en las buenas intenciones que tenía conmigo. En estos instantes me dolía el pecho por los mensajes de Diana. Ella había sido la persona más importante para mí. Sólo una mujer que hace de una amiga su familia, puede entender lo que yo sentía en esos instantes. Era una sensación de desamparo, frustración, tristeza y rabia. Una voz interna me decía que debía ponerle fin a esa amistad, que ella no volvería a ser lo que fue, que ya estaba todo perdido. Me decía que debía dejar de sufrir, porque me estaban machacando, y yo ya tenía suficiente con lo mío. Me pedía a gritos que asimilara, cuanto antes mejor, que ella no era mi amiga. No era el tipo de persona que creía, y debía empezar a aceptarlo.

Debía hacerme valer.

—¡No te pongas tan seria! Con lo guapa que estás sonriendo.

Me palmeó el brazo y yo le sonreí.

—¿Es que seria estoy fea?

—No. De las dos formas estás guapa, porque lo eres. La que es guapa, es guapa, niña.

—Pues gracias. —Me sonrojé.

—Venga, come, ¡y no pienses más en las penas! Que la vida es muy corta, y tú mereces vivirla con mayúsculas.

Le hice caso.

Comencé a comer y… ¡joder! ¡El lomo estaba de muerte!

—¡Por la Virgen del Pompillo! ¡Unos bailarines de flamenco están bailando unas sevillanas en mi boca! ¡Qué bueno, por favor! Pero, ¿dónde tenías todo esto escondido?

—¡No lo tenía escondido! Pero tengo que usar mis habilidades para conquistarte.

—¡Pues ya me has conquistado! ¿Sabes hacer también tortilla de patatas y pollo empanado?

—¡Claro que sí! De hecho —lanzó al aire una sonrisa *pillina*— el pollo empanado es una de mis especialidades. Mi hermano a veces me invita a casa para que le cocine eso en concreto.

—Como sea verdad me casaré contigo, ¿me oyes? ¡Me caso!

—Acuérdate de tus palabras, niña.

Me observó con más intensidad de la normal. No sé qué estaría pasando por esa cabecita suya, pero su energía vibró. No sabría con qué comparar su movimiento, porque fue algo parecido a una estrella que revienta y luego se contrae. Sí. ¡Algo de ese estilo fue! Se expandió y se contrajo, como si él mismo tuviese tal control sobre sus emociones que podía controlar incluso su energía sexual. Y eso era rarísimo en un humano, porque sólo los Neutralizadores, los mestizos y El Coleccionista podíamos hacerlo.

—Claro que me acordaré, ¿qué te crees?

Le enseñé la lengua. Para mi sorpresa, ¡él hizo la pinza con los dedos, y la agarró!

—¡Ahhhh! —Manoteé en el aire.

Él comenzó a reírse muchísimo. ¡Pero muchísimo! Sacudió su cabeza hacia delante y hacia atrás, mostrando sin piedad la sonrisa blanca.

—¡Cabrón! —Le golpeé el brazo, juguetona—. ¡Qué asco!

—Venga ya, ¡si ya hemos probado la saliva del otro!

Calor, calor, calor…

—No me lo creoooooo. ¿Te estás poniendo roja?

—¿Yo? —Me señalé—. No…

—¡Estás roja!

—Cállate.

—¿Te doy vergüenza?

—¿Otra vez vas a empezar con ese temita?

—Te doy vergüenzaaaaaa.

—¡Que te calles!

Amenacé con clavarle el tenedor. Él volvió a carcajearse a pleno pulmón.

—Me gustas mucho, Hannah.

Comentó, ya secándose las lágrimas de la risa. Yo me quedé sorprendida por su sinceridad.

—¿Sabes qué me gusta a mí? Tu comida. ¡Déjame comer!

Pero durante la comida no dejé de pensar en sus palabras.

«Me gustas mucho, Hannah». Una frase sencilla pero que en su boca significaba muchas cosas.

Es curioso cómo influye la persona en las palabras que pronuncia. Según quien las diga, pueden significarlo todo, o nada.

Hablamos de su vida, porque de la mía ya estaba a la última. Me contó que creció con un

padre duro de más, y que como niño nunca le prestaron la atención que necesitaba. Una atención llamada Amor. Para sus padres, lo importante era el trabajo y la limpieza de casa, y él creció prácticamente solo.

—Por eso soy tan independiente —dijo.

Y a mí me dio pena, porque él jamás aprendió el significado de amor incondicional, de apoyo, cuando yo crecí rodeada de él. Pero eso lo hacía ser más realista con la vida, no como yo, que la tenía idealizada y luego me llevaba unos golpes ¡que no eran normales!

Me sorprendí de haber acertado con la lectura de su energía sexual.

—Por todo esto tengo miedo de ser mal padre. Nunca he tenido un ejemplo a seguir.

Posé mi mano sobre la suya.

—Has tenido un ejemplo de lo que no hay que hacer, así que creo que sí serás buen padre. Eres un hombre crítico, reflexivo, fiel, leal, que está deseando dar su cariño a alguien. Lo que me sorprende es que seas tan cariñoso y tengas sentimientos tan bonitos teniendo en cuenta de dónde vienes.

—Siempre los he tenido. Mi madre me cuenta que, de pequeño, cuando íbamos al campo, recogía flores para dárselas. Soy un hombre de detalles bonitos.

—Tu corazón en sí es bonito, por mucho que hayan intentado apagarlo.

Mi frase hizo que su energía volviese a vibrar, pero no de deseo, sino de algo más. La sensación que tuve fue de acariciar un cachorro abandonado que ha hecho de ti su nueva casa. Él necesitaba escuchar eso. De no haber podido leer las energías sexuales, no habría sabido la importancia que dio a mis palabras.

—Es una mierda que estés pasando por todo esto, Hannah. Cuanto más te conozco, más me doy cuenta de que mereces todo lo bonito que te pase.

Sacudí la mano para quitarle importancia. Él continuó:

—Te mereces que te amen con todo.

—No me hables de amor, por favor. Ya no creo en el amor. Antes pensaba que existía el amor verdadero, de cuento de hadas, pero he pasado por tanto que esa palabra que empieza por A me da ansiedad.

—Que no te la dé. Yo haré que vuelvas a creer.

Si yo había dicho algo que lo tocaba hondo, ¡él acababa de hacer lo mismo! El ambiente cambió para convertirse en uno más íntimo, plagado de sentimiento. Qué bonito es cuando dos almas dañadas se encuentran para comprenderse, para acompañarse. Dos almas heridas que se curan mutuamente, que por fin sienten que delante tienen a una persona que las querrán como merecen.

Qué bonito, y qué miedo. Sí, porque cuando algo bonito empieza, da pánico estropearlo. Da pánico pensar que te puedan hacer daño de nuevo y que las cosas no son como aparentan. Algo

se encogió en lo más profundo de mi corazón obligándome a aguantar la respiración. Era el miedo ahogando a la esperanza. Era la esperanza escapando irremediablemente de sus garras, llenándome de ilusiones de esas que temes que acaben en nada.

Qué ganas tenía de que lo que decía se cumpliera, y qué terror de que las intenciones cayeran en saco roto.

Apoyé la cabeza sobre su hombro, cerré los ojos y allí respiré.

Sam olía mejor que cualquier otro hombre que hube conocido. No sabía cómo se llamaba su colonia, pero dejaba a la altura de la mierda a todas aquellas colonias de marca de los anuncios. Y su piel estaba caliente. Su barba me hacía cosquillas en la frente.

Él pasó su mano por encima de mis hombros y me estrechó. Alcé la vista. Ambas coincidieron y nos acercamos sin darnos cuenta. Nuestras energías, acomodadas la una a la otra. Bebiendo la una de la otra, como si tuviesen necesidad mutua.

Avanzó para juntar sus labios con los míos. Ocurrió lo mismo que la primera vez: besarnos era natural. Era algo que habíamos nacido para hacer. Se me encogió el pecho de la emoción al pensar que podría darme ese beso y muchísimos más. Mis manos se engancharon a su cuello al momento y él pasó sus dedos por mi pierna cruzada. Un calor tremendo me recorrió el punto donde se unían los muslos con el torso. Él, ignorante a lo que estaba sintiendo, continuó acariciando, subiendo y bajando. Y yo me pegué más a su cuerpo.

Mi corazón latió fuerte, fuerte, cada vez más fuerte, y la sangre se acumuló ahí abajo.

—Hmmmm —gemí.

Él se alejó de mí.

Me gustó cómo me miró.

—Sabes muy bien.

—Tú también. Pero antes de seguir tengo que decirte una cosita.

—Dime.

No nos alejamos. Nos quedamos ahí, apoyados en el respaldo del sofá, con los platos vacíos delante.

—No quiero estropear esto que está creciendo entre nosotros. Sé que es repentino, que ninguno de los dos lo esperábamos, pero, ahora que está surgiendo, quiero hacerlo bien.

—Yo también quiero hacerlo bien. Tengo ganas de dar lo mejor de mí.

—Y yo, así que déjame pasar por el proceso del divorcio antes de definir… —hice gestos con las manos señalándolo a él y a mí misma— esto. Tengo que cerrar puertas.

—Explícate mejor.

—Tengo que cerrar la historia con ÉL, ser más estable emocionalmente, y así poder darte lo mejor. No nos precipitemos, porque me gusta lo que hay aquí. Si lo estropeara no me lo perdonaría nunca. Te valoro demasiado.

«También tengo que acabar con El Coleccionista para despedirme de Gabriel y de todo lo que tenga que ver con el mundo sobrenatural», me gustaría decirle.

Su mirada se enterneció. Yo respiré tranquila porque temía que se lo tomara a mal.

—Lo entiendo, y que me lo digas es muy maduro y sincero de tu parte.

—¿Lo entiendes?

Asintió.

—Sí. Te acabas de separar de una persona con la que llevabas diez años y que era tu vida entera, has descubierto la infidelidad, estás perdiendo a tus amistades. Literalmente, tu vida se está viniendo abajo.

Me quedé ¡boquiabierta!

—Ni yo misma lo habría dicho mejor.

—Así que sí, me parece bien. Yo también noto lo que hay aquí y no quiero que nos hagamos daño con tu situación. No quiero que lo estropeemos. Es demasiado bonito.

—Y una cosa muy importante es que me negaba a confiar en ningún hombre. Pensaba que jamás volvería hacerlo, pero me he sorprendido a mí misma confiando en TI.

Sonrió de medio lado.

—¿Por qué?

—Porque eres un tío consecuente con sus actos, que piensa, lógico, con un gran control sobre sí mismo y que, además, sabe lo que me ha pasado y estás viviendo mi sufrimiento conmigo. Si me fueses infiel sabiendo todo esto, serías escoria.

—Tú lo has dicho, niña. —Pasó su dedo por mi mandíbula—. Ni yo mismo me soportaría. ¿Qué diría de mí como hombre putearte de ese modo?

—Me gusta eso que acabas de decir.

Levantó una ceja.

—¿Qué?

—«Qué diría de mí como hombre putearte de ese modo». Dejas claro que ser leal a tu pareja te hace más hombre.

—¡Claro! Es lo que pienso. Si no controlara mis impulsos, sería un animal.

Sacó pecho. Al hacerlo, lo acaricié por acto reflejo y su energía sexual se inflamó muchísimo. Y cuando digo que lo hizo muchísimo, me refiero ¡a que lo hizo tanto como la de Gabriel! Fue un instante pequeño controlado rápidamente, pero lo suficiente para comprobar el efecto que tenía en él.

Sin pensarlo dos veces, dije:

—¿Quieres que duerma hoy contigo?

—Te lo iba a pedir, de hecho… —Negó con la cabeza después de pensar algo—. Mejor te lo enseño. Sígueme.

Se levantó y me guio a través del salón hacia el dormitorio. Este era sencillo, con una butaca cómoda en la esquina izquierda, una ventana que daba al patio, dos mesitas de noche blancas junto a la cama, y un vestidor a la derecha. Abrió el vestidor.

—Mira. Este perchero es para mí, y este lo he despejado para que puedas poner aquí tus cosas.

Mi estómago subió y bajó. ¡Casi me derritÍ allí mismo! ¡Por la Virgen del Pompillo! ¡Sam era uno de esos hombres que ya estaban extintos en la sociedad! Me tomaba en serio. Una vez más, me acababa de demostrar que me tenía en cuenta. Que me valoraba.

—¡¿Para mí?!

Asintió, orgulloso.

—Sé que has dicho que quieres ir lento, y me parece bien, pero quiero que sepas que aquí tendrás tu rincón para cuando estés preparada.

Por primera vez en varios días, se me llenaron los ojos de lágrimas por la emoción.

—Ay, no. ¡¿He dicho algo malo?! ¿Te ha molestado?

Dio una zancada hacia mí con cara de circunstancias. Yo me tapé el rostro, porque siempre me dio vergüenza que me vieran llorar.

—No. No es eso. Es que me ha parecido muy bonito. Es como…, como… No sé. Haces estas cosas y veo lo en serio que me tomas, joder. Llevaba mucho sin sentir esto.

Sus brazos me envolvieron. Yo hundí la nariz en su pecho y allí hipé un poquito.

—Pues llora. Llora, porque las lágrimas buenas son las únicas que quiero ver en tus mejillas.

Así que eso hice: llorar. Lloré porque por fin sentía que al mundo me había mandado a alguien que mereciera lo que era capaz de dar, a alguien con mis valores y que quería bonito y sincero, como yo. Y esa noche, al dormirnos, nos abrazamos.

Quizás no habría pasado nada si yo hubiese sido una chica normal. Quizás me habría dormido arrullada por el sonido de su respiración y habría despertado con el pijama puesto y a su lado a la mañana siguiente.

Pero ya no era una chica normal. Era una Neutralizadora que podía ver las energías, sentirlas, y la suya… estaba completamente fundida con la mía, y ardiendo. Controlada, sí, pero notaba un latido en el interior, y muchas ganas de expresar lo que tenía dentro mediante las caricias y los besos.

Me giré en la cama a su lado.

Él dormía sin camiseta, con unos pantalones anchos, y yo llevaba puesta la camiseta y las braguitas, ya que quedarme allí a dormir fue improvisado.

«La próxima vez traeré pijama», pensé.

—Me gusta cómo me abrazas. —Solté.

Él no sacó el brazo de debajo de mi cabeza.

—Lo llaman *Cucharita* de toda la vida, niña. Creía que lo sabías.

Una carcajada cantarina escapó de mis labios.

—¡Claro que lo sabía, estúpido!

—¿Otra vez me estás haciendo bullying? De verdad…, te dejo un perchero entero para ti, te hago de comer, ¿y así me lo pagas?

—Soy malísima. Deberías juntarte con otras personas.

—Sí, eso debería hacer, sí…

Puse los ojos en blanco haciéndome la ofendida.

—Ya te vale. No me dirijas la palabra desde ahora. En serio, no quiero que hables.

Él me observó con diversión, me dedicó una sonrisa pícara que empezaba a conocer, y cerró la boca.

—¡No! No hagas eso —ordené—. ¡Era una broma!

Nada. Se mantuvo callado con una sonrisilla traviesa en el rostro.

—¡Háblame!

Silencio.

—Joooooo —me quejé.

Sin deshacer el abrazo, se estiró y agarró su móvil. Tecleó y pulsó la pantalla.

—*No pienso hablarte nunca más* —dijo la voz robótica del móvil.

Eché la cabeza hacia atrás y solté una carcajada.

—¡No me puedo creer que vayas a hablarme a través del móvil!

Tecleó de nuevo.

—*Claro que sí, puta mala.*

Otra carcajada por mi parte. ¿Por qué la palabra «puta» sonaba tan graciosa?

—¡Deja de hacer eso!

¡Me estaba partiendo de risa!

—*No. Primero me tienes que pedir perdón.*

Le hice cosquillas en la zona de las costillas. Al fin, soltó el aire y comenzó a reírse.

—¡Ajá! Así que tienes cosquillas.

—Sí, las tengo —reconoció agarrándome de las muñecas tras adivinar mis intenciones—, así que controla esas zarpas.

Me quedé parada mientras mi energía sexual se disparaba. No supe en qué momento mis piernas se habían enrollado con las suyas, estábamos completamente pegados, su cara delante de la mía y las respiraciones fundidas. Al notar mi cambio, él también se detuvo.

Las risas cesaron.

No estoy segura de si fue él o fui yo la que avanzó primero, pero el caso es que de pronto nos estábamos besando. Él se apoyó sobre un codo para estar más arriba, y nuestros labios danzaban,

bailaban, hablaban su propio lenguaje.

Nuestras energías parecieron volverse locas entre las sábanas, porque también se enredaron hasta casi fundirse en una sola. Y la sensación que eso me transmitía… era BRUTAL. Era como si, en cuestión de segundos, nuestros corazones hubiesen cambiado de ritmo y latieran al mismo tiempo.

Él pasó sus manos por encima del dobladillo de mis braguitas. Yo jugueteé con el pelo escaso de su pecho.

Joder, si fuese un fénix, entraría en combustión y me transformaría en ceniza a la voz de YA.

—Sam, tienes unos dedos un poco juguetones.

Me arqueé buscándolos.

—Eso no es nada. Tocar la guitarra me ha dado unas habilidades especiales.

Solté un gimoteo cargado de deseo.

En la penumbra del dormitorio, vi cómo su energía crecía y crecía tanto como su…, bueno, ¡como su aparato íntimo! Y se gastaba una buena talla, por lo que notaba.

—Muéstrame esas habilidades, pues.

Él no se hizo de rogar. Hundió sus dedos por mis braguitas buscando mi raja, y allí se detuvo antes de comenzar el mejor trabajo manual que me habían hecho en mi vida.

Comenzó lento, delicioso. Me derritió con paciencia, acariciando arriba y abajo, haciendo pequeños círculos. Me sentía *mojadísima*, y cuanto mejor lo notaba deslizarse, más caliente me ponía.

Eché la cabeza hacia atrás en la almohada.

—Ay, Sam. Por Dios…

Eligió ese momento para introducir dos dedos. Me arqueé, notando cómo unas estrellas pequeñitas se dibujaban en la oscuridad. Lo curioso fue que lo que más me excitaba no era el trabajo manual en sí, sino su expresión de entrega total y cómo su boca se entreabría mientras me miraba a la cara.

Me mordí el labio.

—Si sigues así voy a estallar.

—Eso es lo que quiero.

Fue un susurro de los que te desarman entera. Morboso, pausado, como lo que me estaba haciendo. Estaba lleno de paciencia y de cariño. No era salvaje y explosivo como pasaba con mi ex, no era incontrolable como ocurría con Gabriel: era mejor. ¿Por qué? Os preguntaréis. ¡Pues por el sentimiento! Y es que no sustituiría por nada lo que se masticaba ahí dentro.

Agachó la cabeza y jugueteó con mis pechos. Torció la lengua alrededor de uno de mis pezones con muchísimo cuidado. Yo me arqueé, me entregué. Parecía que, además de ser bueno con los dedos, lo era con los pezones. ¡Por la Virgen del Pompillo! Nadie me había lamido las

tetas tan bien. Parecía una tontería, pero hasta ese momento, jamás me gustó que me excitaran los pezones. Mi ex tenía la manía de hacer daño. A veces, mordía como si eso fuera la tetina de silicona de un biberón. Durante años creí que no me agradaba el contacto en los pechos, hasta hoy. Sam lo hacía con dulzura. Me hacía sentir que yo era un tesoro en sus manos.

Apreté su cabeza contra mi pecho. Otro giro con la lengua me hizo soltar un gruñido de satisfacción.

—Quiero que entres en mí —reconocí.

—No sé si tengo…

Coloqué mi dedo en sus labios.

—Píldora. Tomo la píldora, así que no te preocupes.

No esperó. Se sacó el pene de los pantalones y yo tuve un anticipatorio calambre de placer. Joder…, estaba húmedo por su propia excitación. Cuando me vio mirarlo, recorrió su miembro con la mano y lo guio hasta mi entrada.

—¿Segura?

—Segurísima.

Apreté mis piernas a su alrededor y él ocultó su nariz en mi pelo.

Entró poco a poco, resoplando, lanzando pequeños gemidos con cada centímetro que entraba.

Un gruñido, un mordisco de mi parte en su oreja. Por fin, me sentí llena de él.

—Me pones muy cachondo, Hannah.

¿No os había dicho que su voz bajita había sido una locura? Pues lo retiro. ¡Esa misma voz en mi oreja sí que lo era!

—Pues házmelo. Házmelo como lo sientes.

Se separó un poco de mí. Las emociones desbordando sus ojos. A continuación, agarró mis manos por encima de la cabeza. Unió sus dedos con los míos y comenzó a moverse dentro, lento, con amor. CON AMOR.

¿Y sabéis qué? Que en ese instante descubrí que no había hecho el amor jamás. Nunca había sentido amor mientras follaba. Para mí el sexo iba unido a los sentimientos, sí, pero cuando me ponía en faena me entregaba de lleno al placer duro. Con ÉL siempre fue así. Pero con Sam… Con Sam era superior, porque el placer, unido al sentimiento, me estaba ahogando en el buen sentido.

Me ahogaba de felicidad, de intensidad, de él.

Nuestras energías sexuales hicieron entonces algo curioso: se unieron. Se acoplaron la una a la otra con una facilidad pasmosa, como si ambas fuesen piezas de un puzzle hecho a medida. Unidas, crecieron juntas, sintieron juntas, ardieron juntas, y nos llevaron alto, alto, más alto.

—Me voy a correr —informé.

Su piel continuó entrando, saliendo, rozando con delicadeza pero con firmeza.

—Me pones tanto… —repitió él a mi oído.

Las estrellas se hicieron más grandes y luminosas cuando cerré los ojos y, por fin, exploté con él besándome los labios. Él lo hizo casi al instante sin dejar de agarrarme la mano.

El postsexo fue casi mejor que el sexo, porque sentí una calma plena por primera vez desde hacía semanas.



CAPÍTULO 12. EL DIARIO DE ABRAHAM

Ya en casa, saqué el móvil del bolso y encontré algo que no esperaba debajo: el Diario de Abraham.

Me quedé helada al verlo, igual que en las ocasiones anteriores. Mi primer impulso fue cogerlo.

«Quieta», me ordené a mí misma.

En parte, me enfadaba el hecho de que ese libro acudiera a mí una y otra vez, como si estuviese destinada a ser yo la que pusiera fin a la vida de El Coleccionista. Puesto que Gabriel y yo habíamos estado buscándolo, lo llamé.

—Vaya, bibliotecaria, ¡qué sorpresa! ¿Es que hoy no trabajas?

—Estoy de descanso.

—Bueno, ¿y a qué debo semejante honor?

Me gustó cómo sonaba su risa a través de la línea.

—Me ha encontrado.

—¿Quién?

—Quién no: qué. El libro. Cuando he llegado a casa estaba en mi bolso.

Un silencio. Después:

—No sé si me sorprende más que hayas pasado la noche fuera de casa o que el Diario de Abraham te haya encontrado por tercera vez.

—Lo que sea. ¿Vienes? Yo sólo tengo que sacar a pasear a mis perros y estaré lista.

—¿Me vas a decir dónde está tu casa?

—No te hagas el tonto: ya lo sabes. Te recuerdo que me acompañaste a la puerta una vez.

—Cierto. Voy para allá.

—Espera. No cuelgues.

—¿Qué pasa, bibliotecaria? ¿Tienes ganas de escuchar mi voz?

Puse los ojos en blanco. A veces Gabriel era insufrible.

—Cuando vengas a casa, nos largaremos a otro sitio. No me apetece que ningún seguidor de El Coleccionista sepa dónde vivo.

—Vamos, que voy a recogerte, básicamente.

—Ajá.

—Está biennnn. En quince minutos estoy ahí. Ponte sexy para mí, ¿eh?

Le colgué.

Algo me decía que hoy estaría especialmente irritante.

Me puse una falda negra por encima de la rodilla, con vuelo, y un body del mismo color que dejaba los hombros y mis tatuajes al aire. Al pelo no le hice más que mojarlo. Me miré en el espejo: me gustaba el look de hoy. Además, con todo esto que estaba pasando, había adelgazado y ahora la falda me quedaba mejor. Se me veía un culo bonito, una tripa casi plana y los pechos bien puestos bajo la tela negra. Mis ojos los resalté con delineador negro y pinté mis labios de rojo. Para los pies, unas sandalias cómodas con las que podía correr en casos de emergencia.

Me resultó rarísimo que Gabriel tocara al timbre. De inmediato, mis peludos corrieron y comenzaron a ladrar.

—¡Voy! —avisé.

Bajé las escaleras a trompicones y abrí la puerta. Gabriel estaba apoyado al otro lado de la cancela con actitud pasota (o chulesca, no sabría decirlo).

—Estoy lista en dos segundos.

—¿Vas a hacerme esperar aquí fuera?

—Veo que lo entiendes.

Me di la vuelta dispuesta a agarrar el bolso y las chucherías para los peludos. Mientras tanto, mis dos cositas bajaron a olisquearlo. Él se carcajeó bajito. ¿Qué estaría pensando?

—Ya estoy. Venga, preciosos, ¡tomad!

Lancé las dos chucherías hacia el salón y ellos corrieron a cazarlas.

Cerré la puerta a mis espaldas.

Gabriel silbó.

—¡Pero qué guapa estás hoy, bibliotecaria!

Me revisó de arriba abajo. Me desnudó con su intensidad.

—Gracias. Hoy me siento bien.

En cuanto estuve a su lado y echamos a andar, olió a mi alrededor para después fruncir su naricita.

—Hueles a sexo, Hannah. Hoy sí que sí. ¿Quién ha sido el afortunado?

—¿Tanto se me nota?

—Sí. Ese hombre te ha marcado bien.

—¿Marcado? ¿Qué te crees que soy? ¿Ganado?

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada cantarina.

—¡No! Si te comparara con un animal, lo haría con una loba negra.

—Hmmm…, sí, me gusta. A partir de ahora, soy una loba negra.

—No te vayas del tema, bibliotecaria. ¿Contra quién tengo que competir por tu amor?

Lo observé.

Sin duda, Gabriel no estaría acostumbrado a recibir un no por respuesta. Ese día iba guapísimo, con sus pantalones vaqueros y su camiseta blanca, bien pegada a los músculos del torso. Llevaba el pelo algo despeinado, una barba de cuatro días y unas zapatillas deportivas. Su mirada oscura estaba fija en mí, así que volví a fijarme en que era tan negra que no se diferenciaba el iris de la pupila.

—No hay que competir por nadie, Gabriel.

—Sí: por ti.

—Mi corazón no está disponible.

—No seas mentirosa. Es obvio que ese chico ha llegado a lugares inaccesibles para la mayoría.

De repente, me agarró de la cintura, dimos media vuelta juntos. Cuando menos lo esperé ¡me tenía entre su cuerpo y la pared!

Continuó:

—Pero no me rendiré: yo también llegaré ahí.

Me señaló el pecho sin llegar a tocarme. Por muy sexual que era este chico, me gustaba cómo me respetaba. Jamás me había tocado de más sin mi permiso.

—Tú no llegarás ahí jamás, porque estoy harta de malotes adictos al sexo.

—¿Sigues viéndome como un malote adicto al sexo?

Me quedé calla, respirando los dos muy cerca. ¿Lo seguía viendo como un malote adicto al sexo, como me aseguró que era el seguidor de El Coleccionista? No lo sabía. Gabriel me había demostrado ser un hombre hecho y derecho.

—Hmmm…, nunca pensé que me gustaría tanto tu silencio —gruñó a mi oído, divertido—. Me gusta saber que te dejo sin palabras y que empiezas a mirarme en serio.

Apoyé las palmas de mis manos extendidas en su pecho para alejarlo de mí.

—Bueno, ¿a qué has venido? ¿A olisquearme como un gato en celo y a restregarme el cipote, o a leer el Diario de Abraham?

Sus cejas escalaron por su frente.

Joder, ¡qué brazos de semidiós!

—¿Restregarte el qué? Bibliotecaria, ¿acabas de referirte a mi polla como «cipote»?

—Cipote, polla, *cimbrel*, verga, pito, pene…, ¿qué más da?

—Tienes razón, ¿qué más da? Todas sirven para dar placer.

—Mentira. También sirven para mear.

Bajé los brazos y eché a andar, muy digna yo. Él me siguió mientras se carcajeaba por mis ocurrencias.

Así estuvimos todo el camino: bromeando y hablando de pollas. Al fin, llegamos a un parque bastante alejado de todo, con varias calles serpenteantes a nuestras espaldas. Había que tener en cuenta que quizás necesitaríamos escapar de los seguidores de El Coleccionista.

—Sácalo —ordenó.

Se puso muy serio de pronto. Yo obedecí. El Diario de Abraham pareció latir entre mis manos, como si cobrara vida. Como si dentro de esa cubierta marrón hubiera un corazón latiendo.

Sacudí una mano mientras ponía cara de asco.

—Parece que está vivo. ¡Qué mal rollo!

—En parte, lo está. Un hechizo es el que lo hace cobrar vida.

—¿Un hechizo?

Asintió.

—Abraham lanzó un hechizo al libro para que este encontrara al verdugo de El Coleccionista. Las letras que hay aquí dentro sólo puede leerlas un mestizo, un demonio, un Neutralizador, o El Coleccionista.

—¿Por eso me miraste raro cuando nos conocimos en la biblioteca?

—Sí. ¡Cuando te vi con este libro entre los dedos, no me lo podía creer! Tuve que acercarme a ti para corroborar que lo que estaba viendo era cierto. Luego te sonrojaste cuando se te cayó de las manos, me dejaste claro que veías lo que había escrito, y yo supe que eras una Neutralizadora. No quedaba otra, porque no olías a mestiza ni a demonio.

—¿A qué huelen los demonios?

—A azufre. —Arrugó la nariz.

—Qué asco.

—Sí. Un mestizo huele igual, pero más leve y agradable, y tú hueles a rosas y a Neutralizadora.

Me llevé la mano al cuello, ahí donde se concentraba el olor de los Neutralizadores.

—¿Y a qué se parece el olor de un Neutralizador?

Él tendió su mano para que le diera el libro. Yo lo hice: no me gustaba su tacto.

—A acero.

—Es difícil oler el acero.

—Por eso hay que acercarse al cuello, a la oreja. Pero no hablemos de eso ahora: tenemos que leer el libro antes de que lleguen los seguidores de El Coleccionista. Antes, he preparado algo para que no vuelva a escapar de nosotros.

Abrí mucho los ojos.

—¿Estás loco? Si nos lo quedamos, no podremos ni descansar. Lo seguidores de El Coleccionista nos seguirán sin descanso.

—Con este hechizo no. —Sacó de su bolsillo una bolsita con algo dentro—. Sirve para anular los poderes de otro hechizo.

—Vuelvo a preguntar: ¿conoces a algún brujo?

Aunque la primera vez lo eludió, se quedó callado.

—¿Doy por hecho que sí? —insté.

—No sabía si contarte esto, pero sí: mi madre era bruja. No una bruja de nacimiento, sino de las que aprendieron hechizos con el paso de los años. Aprendió a escuchar las energías de la naturaleza y a utilizarlas para cosas sencillas como hacer curas, encontrar objetos perdidos, deshacer maldiciones…

—¡Sabía que me estabas ocultando algo!

—No te lo estaba ocultando: lo estaba omitiendo.

—¿Y por qué omitirlo?

Otro silencio. Del Gabriel bromista y picarón no había nada. Por la cara que estaba poniendo, se notaba que estaba tocando una fibra sensible. ¿Debería cerrar mi boquita y quedarme con la curiosidad?

—Porque El Coleccionista la mató.

Lo soltó así, ¡sin anestesia! Yo me quedé helada en el sitio.

—Pero, ¿por qué?

«Por Dios, Hannah, cállate ya. No te metas en sus asuntos.»

Sin embargo, contestó:

—Porque era una humana poderosa. En su momento, el Diario de Abraham la escogió a ella, así que El Coleccionista acabó con la amenaza. Cuando ocurrió yo tenía veinte años. Había aprendido los hechizos de mi madre, y era lo suficientemente mayor para comprender qué estaba pasando.

Me llevé las manos a los labios. Tenía dentro dos sentimientos: tristeza y sorpresa. Tristeza porque tuvo que ser una experiencia horrible. Sorpresa porque no imaginaba que fuera hijo de una bruja, ni que tuviera una razón de peso para asesinar a El Coleccionista.

De pronto, Gabriel me pareció más humano que nunca. Sus sentimientos, más profundos, guardados en un corazón de piedra.

Tuve el impulso de abrazarlo.

—¡Es horrible! Es…

—No lo olvidaré jamás —me interrumpió. Apretó la cubierta del libro—. Y tampoco permitiré que mate a otra chica inocente como ocurrió con mi madre. A ella la escogió el Diario de Abraham en su momento, y a ti te ha escogido ahora. A ella no pude protegerla, pero a ti… no dejaré que te ocurra nada.

La determinación brillaba en su mirada. Su promesa de protección me llegó hondo, muy

hondo, porque en parte me gustaba que hubiera alguien que velaba por mi seguridad. Quizás esa era la razón por la cual siempre me sentí segura con él en ese sentido, incluso dentro de la habitación oscura.

No aguanté más: me acerqué a él y agarré su mano libre. Al notar mis dedos entre los suyos, alzó la vista. Encontré unos ojos torturados, perdidos en los recuerdos de su pasado.

Le sonreí.

—Gracias, Gabriel. Y lo siento: no sabía que tuvieras esa historia detrás.

—No te compadezcas de mí, bibliotecaria. Soy un tipo duro de roer.

Carraspeé.

—Lo sé, eres un cabezón. Pero quería que lo supieras.

Nos dedicamos una sonrisa cómplice.

Últimamente me daba la sensación de que estaba muy equivocada con Gabriel, de que dentro de su pecho fornido había muchísimo más de lo que expresaba y de que, quizás, el sexo era un modo de esconder sus verdaderos miedos.

—Bueno, dejemos de hablar de mi vida —comentó, soltando mi mano—. Hay que hacer el hechizo.

Retrocedí un par de pasos para darle espacio. Él sacó una especie de tierra con reflejos verdes de la bolsita, y la tiró al aire pronunciando unas palabras en un idioma desconocido para mí. La tierra cayó en el libro, que había colocado en el suelo previamente, pero este no hizo nada. No se iluminó, como ocurriría en uno de mis libros de magia. No vibró, ni produjo un efecto extraño en las energías del ambiente.

Seguía dándome la sensación de que estaba vivo.

—¿Ya? —inquirí alzando una ceja.

—¿Qué más quieres?

Guardó la bolsita en su bolsillo mientras se agachaba para agarrar el libro.

—No sé. Un poco de espectáculo. Unas luces, el viento soplando con más fuerza… ¡Algo!

Gabriel echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Qué peliculera eres!

—¡No lo soy! Es magia, ¿no? Debería ocurrir algo.

—Bibliotecaria, este tipo de hechizos funcionan sin necesidad de hacer espectáculo. Es magia simple. Nada de magia negra, de controlar a la naturaleza ni ninguna de esas historias que lees en tus libros.

—Qué decepción.

Más carcajadas de su parte.

—Venga. Tenemos que hacer esto pronto.

Gabriel saltó a las enormes ruedas del camión. Yo lo imité, aunque tuve que escalar por la

goma para llegar hasta él.

—Debilucha —soltó.

Le di un golpe en el brazo.

—Cállate, salido.

—Salido y en buena forma, no como tú.

Sus comisuras se estiraron en una sonrisa pícara. Su energía sexual lanzó destellos, golpeó la mía, y la mía pareció ruborizarse, estirarse como lo haría un gatito que acaba de despertarse de la siesta y busca el contacto de su dueño.

—Odio que hagas eso.

—¿Meterme contigo, o desearte?

—Lo segundo. Tu energía ataca a la mía.

—Y a la tuya le gusta. Lo sé, porque noto cómo se enciende. Cómo responde. A mí no puedes ocultarme nada, bibliotecaria.

Mientras lo dijo, me recorrió con la mirada de arriba abajo. Me sentí desnuda sin estarlo.

—Lo que sea. ¡Leamos!

Le arranqué el Diario de Abraham de las manos, carraspeé, y comencé a leer:

«15 *de julio de 1651.*

Querido diario:

Estoy perdido.

Ya no hay marcha atrás, ahora lo sé. Ese hombre me ha hecho algo.

Cada noche, antes de irme a dormir, pienso en él y en lo que fue capaz de hacerme sentir. Cada noche, cuando acaricio a mi esposa, es en él en quien pienso.

Me doy asco.

No me gusta mi situación. No me gusta ser quien soy. Me siento preso de un demonio del sexo, pero obligado a llevar una vida normal, donde soy buen esposo y un futuro buen padre.

Es muy difícil, porque vivo rodeado de engaño. Preguntándome cada día cuándo será la próxima vez que volveré a verlo.

Así que he empezado a investigar. He oído hablar del dios Baco y de las bacanales que se hacían en su honor.

Baco: dios del vino y de la danza. Suele representarse en compañía de una copa de vino y un racimo de uvas. Fruto de una aventura entre Zeus y la humana Semele, hija de un rey de Grecia. Era considerado por su atractivo y por tener como objetivo liberar a los humanos de sus preocupaciones mediante el desenfreno.

¡Qué curioso! Baco, el dios de la perversión, salido de la infidelidad.

¿Será El Coleccionista el mismísimo Baco? Y lo más importante, ¿se puede matar al hijo de un dios tan importante como Zeus?

¿Quiero matarlo? ¿Quiero recuperar mi vida, y ese es el único modo de hacerlo?

No lo sé. Supongo que tendré que seguir investigando. Es eso, u olvidarme de él con el paso de los años.

Lo malo es que él no quiere que yo lo olvide. Me transformó en su punto débil sin quererlo, y ahora no puede perderme de vista. »

—Lo transformó en su punto débil —dijo Gabriel.

Había colocado una de sus manos en la barbilla. Allí acariciaba con expresión pensativa.

—Lo convirtió en un arma contra él mismo, pero, ¿por qué?

—En las páginas anteriores dice que ha empezado a ver las energías sexuales, y que antes no podía hacerlo… No sé, bibliotecaria, ¿no te suena?

Abrí muchísimo los ojos.

¡Pues claro! ¿Cómo no caí antes?

—Él…, ¿él era un Neutralizador?

—El primer Neutralizador. En nuestras manos tenemos el diario del primer Neutralizador del mundo, seguramente el más poderoso.

—Eso significa que…

—Tienes su sangre —terminó él la frase—. Provienes de Abraham, Hannah.

Solté el libro como si quemara. Gabriel estaba ahí, preparado para no dejarlo caer al suelo. Lo cazó al aire.

—Oye, el libro no volverá a desaparecer, pero tampoco hace falta que lo trates así —bromeó.

Pero yo ya no lo escuchaba. Bueno, sí lo hacía, aunque de lejos.

Yo era la descendiente de Abraham. ¡Yo, una muchacha amante de los libros que hasta hacía apenas dos meses tenía una vida normal! En realidad, nunca me pregunté por mi historia más allá de mis abuelos maternos y paternos. Por lo que sabía, descendía de familias tranquilas. Familias normales y trabajadoras que habían trabajado siempre en puestos bien remunerados. Mis abuelos y mis bisabuelos eran gente acomodada, igual que mis padres. Fue una de las razones de que tuviese una infancia plena y feliz.

—No me lo puedo creer…

—Aún no estamos seguros. Sigamos leyendo —recomendó Gabriel.

Me pareció tierno que agarrara con su mano libre uno de mis brazos por si perdía el equilibrio por la confusión.

«17 *de septiembre de 1651.*

Querido diario:

Hoy me he sentido observado todo el día.

Sé que parece una locura, pero intento mantener a mi mujer alejada de mí en público.

No sé lo que El Coleccionista siente por mí. En realidad, no sé nada, así que protejo a lo que más amo en este mundo: mi futuro hijo.

Ella no se da cuenta, porque en nuestra intimidad la colmo de atenciones. Mirabelle es la mejor persona que he conocido nunca. Es buena, de corazón puro. Es preciosa.

Por mucho que El Coleccionista tiene mi pasión entre sus garras, ella tiene mi corazón, y eso no lo podrá cambiar nadie.

Intento hacerlo bien.

Con ella lo hice bien desde que la conocí en mi viaje a París.

La vi ahí, tan fina, tan elegante, y con esos ojos azules gigantescos… No pude evitar que mi estómago cosquilleara por la emoción.

Supe que ella sería la madre de mis hijos en cuanto la vi, no puedo olvidarlo. »

—Parece que Abraham seguía resistiéndose.

—Tenía el corazón dividido —murmuré.

No pude evitar encontrar ciertas semejanzas entre él y yo. Lo malo es que mi situación era incluso peor, porque mi corazón se dividía entre ÉL, Gabriel y Sam.

«No. No incluyas a Gabriel. Él es sexo. Él es todo lo que no quieres, mientras que Sam es lo contrario», me repetí.

En cuanto a mi ex, no podía evitar que siguiera ahí, porque había formado parte de mi vida demasiados años. Porque había sido mi apoyo, me había tratado como una puta reina, y servido en bandeja todo lo que yo pedía. Él me regaló la mejor juventud del mundo, por eso el golpe luego fue peor.

Por eso aún me costaba aceptar que lo nuestro se había acabado y que ya no habría un «*always and forever*». Mi alma gemela me había fallado. El que pensaba que era el amor de mi vida, no lo era.

Me di cuenta de que Gabriel se había quedado mirándome con el ceño fruncido.

Pestañeé.

—Sigue leyendo.

Gabriel me dedicó una caricia leve de apoyo en el codo.

—Hay varias páginas en las que no ocurre nada.

—A ver.

Me tendió el libro. Yo pasé las hojas. Al tacto estaban secas. Daba la sensación de que se quebrarían, de tan viejas que eran.

—Es verdad. Durante meses, cuenta cómo se sintió sin tener novedades de El Coleccionista.

—Por lo que veo, se fue olvidando de él poco a poco conforme el embarazo avanzaba.

—El tiempo lo cura todo.

Las palabras me quemaron la lengua, porque sabía que eran ciertas, pero, mientras el tiempo pasaba, la vida dolía.

«24 *de octubre de 1651.*

Querido diario:

Parecía que mi vida volvía a ser normal. Ignorar las energías sexuales de los que te rodean es fácil cuando no utilizas los poderes que te han regalado (impuesto, en mi caso), así que me acostumbré a que estuviesen ahí. Lo malo es que El Coleccionista ha vuelto a mí.

Lo ha hecho cuando pensaba que ya era libre. Cuando por fin he vuelto a dormir sin pesadillas, sin sueños.

En esta ocasión fue distinto.

No me colé en una bacanal por accidente, ni me lo crucé en una fiesta.

No.

Él vino a mí.

Estaba en el jardín, dando mi paseo nocturno, disfrutando de las estrellas, cuando lo vi.

Al principio me asusté, porque sólo vi una figura masculina en la penumbra. Fue su energía sexual la que despertó a la mía sin necesidad de reconocerlo. La que me estrujó las entrañas y me calentó el vientre.

Ahora que estoy más acostumbrado a las energías, sé que él las maneja de alguna forma. El resto de seres que he conocido no lo puede hacer. Se alimentan de las energías de los humanos, sí, pero no tienen control sobre ellas. No las pueden modificar o aumentar a placer.

Él…, con las energías de los humanos hace maravillas, y con las de los mestizos también. Es lo que me hace sospechar que es el mismísimo Baco: se alimenta de las energías de los mestizos. Está por encima de todos, y es más bello que ningún ser que haya conocido.

Se acercó a mí caminando con lentitud, como alguien que sabe que es el rey del mundo, que nadie puede hacerle daño. Mi energía sexual se dislocó en su dirección. Me dio la sensación de que quería alcanzarlo, de que estaba tan desesperada por su contacto como yo.

—Por fin nos encontramos —me dijo.

¡Como si fuese una casualidad!

Acarició mi mejilla con el dedo índice. ¡Querido diario, parecía que su yema quemaba por donde pasaba! ¿Es posible que un roce en el rostro envíe calambres de placer por toda mi columna?

—Sigo preguntándome quién eres. Qué soy. En qué me has convertido. Necesito respuestas, Demonio.

Le llamo Demonio, porque es el demonio de mis ojos. A él le encantó ese mote. Le hacía gracia, me dijo.

—Me llamas Demonio. Eso quiere decir que no me has olvidado.

¿Fue esperanza lo que vi en sus ojos?

—Sería imposible hacerlo. Dime, ¿por qué soy peligroso para ti?

Otro roce de su dedo en mi mejilla. Más placer. Más calor.

—Te creé sin querer. Ni siquiera yo estoy seguro de cómo pasó. Creo que lo hice porque me estaba dejando llevar por mis sentimientos, Abraham. Eres mi debilidad.

—Pero, ¿por qué?

Se encogió de hombros.

Madre mía, ¿cómo un gesto tan simple se veía tan endiabladamente sexy en él?

—Por tu olor, por tus ojos, por tu energía, por el conjunto de todo ello. Serías capaz de neutralizar mis poderes. De convertirme en polvo, porque tengo miles de años. Soy tan viejo que a veces hasta me cuesta recordar de dónde vengo.

Dirigí mi mano a la suya y la agarré con suavidad. Su mirada se hizo entonces depredadora. Fue una mirada que ya había visto antes en las bacanales. Una mirada que podía llevarme hasta las estrellas y traerme de vuelta en cuestión de minutos. Un viaje astral lleno de colores y sensaciones.

—¿Soy tu neutralizador?

—Neutralizador. Ese nombre me pone los pelos de punta.

Negué con la cabeza. ¡Él estaba tan cerca de mí, querido diario! No sé cómo podía soportar su proximidad sin derrumbarme.

—Pero no lo entiendo, ¿cómo podría alguien como yo neutralizar los poderes de un dios?

—¿Un dios? —Levantó las cejas, divertido—. Abraham, yo no soy un dios.

—Entonces, ¿no eres Baco?

Su espalda se puso recta. Lo supe porque la tensión le llegó hasta los dedos. Sus labios se estiraron en una línea al apretarlos.

—No me gusta que los humanos hablen de mi padre.

—¿Tu padre? ¿Baco era tu padre? Y yo…, ¿sigo siendo humano?

—Sí. Él era mi padre. Él ES mi padre —resaltó—, y tú sigues siendo humano, aunque

modificado. Eres un mortal con poderes, Abraham. Un mortal irresistible.

No sé si lo hizo porque quería zanjar el tema o porque notaba cómo nuestras energías comenzaban a cantar la misma canción. Quizás estaba tan ardiendo como yo. Un ardor que me hacía querer morir de desesperación y resucitar de nuevo entre sus brazos. El caso es que me atrajo con dulzura hacia su cara y me besó. Y, ¡oh, diario! Con ese beso olvidé a mi esposa, mis obligaciones, incluso a mi propio hijo. Con ese beso volví a ser el Abraham preocupado de hace meses, débil a sus encantos. Un trapo entre sus manos, abierto de par en par a sus palabras y a sus intenciones.

Su olor me envolvió al completo. Nuestras energías se hicieron una. Si pudiesen desprender calor, habría abrasado mi jardín entero y mi propia casa con mi mujer y mi hijo dentro de ella.

—Eres mi perdición, hombre. Algún día tendré que matarte. —susurró en mis labios.

Y aunque supe que lo decía en serio, no me importó.»

—Vaya, con El Coleccionista —silbé—. El mismísimo hijo de Baco.

—No te lo tomes a broma, bibliotecaria, eso es grave.

Me crucé de brazos.

—¿En serio? ¿Quién te crees que soy, Gabriel? Sé que es grave. Sé que los hijos de los dioses son casi inmortales.

—Exacto. Los hijos de los dioses sólo tienen un punto débil.

—Un punto débil que, por lo que hemos leído, era un Neutralizador. Pero seguimos sin saber qué tienes que hacer para matarlo.

—Neutralizarlo.

—Ya, pero, ¿cómo?

Nos miramos unos segundos, ambos serios, pensando. Un momento en el que mis problemas cotidianos dejaron de existir.

—Sigamos leyendo —comentó.

—¿No deberíamos largarnos? Van a llegar sus seguidores…

—Lo sé, pero debemos aprovechar.

—El libro no volverá a desaparecer gracias a tu hechizo.

—En teoría —recalcó—. Es la primera vez que lo llevo a cabo. ¿Quién me dice a mí que ha funcionado? ¿Y si lo soltamos y no vuelve a aparecer?

—Me encontrará una y mil veces —me lamenté.

Quería volver a mi vida tranquila.

—Sí, pero no sabemos cuándo, y la bacanal de El Coleccionista está a punto de celebrarse.

Me estremecí. Esa palabra me provocaba un cosquilleo de temor en la tripa. Si las bacanales del local me intimidaban y me gustaban (en secreto) por igual, ¿qué pasaría en una celebrada por

el mismísimo hijo de Baco? Quizás perdería el juicio. Quizás mi instinto animal me dominaría, igual que le ocurría a Abraham. El sexo sería lo único que me importara y me convertiría en una especie de esclava de las energías con el propósito de follar como único en la vida.

—Eh, ¿qué le está pasando a tu energía? ¿He dicho algo que te ha… puesto cachonda?

Carraspeé. ¡Estuve a punto de atragantarme!

—No. ¿Qué ocurre? —me hice la tonta.

¡¿A quién quería engañar?!

—Tu energía sexual está ardiendo y llena de miedo. Es una mezcla extraña. ¿Ha sido por lo que he dicho sobre la bacanal de El Coleccionista?

Titubeé antes de responder:

—En parte. Abraham siempre cuenta que cuando entraba era como otra persona. ¿Qué ocurrirá conmigo? ¿Me contagiaré del ambiente? ¿Me convertiré en un animal?

Creo que Gabriel me imaginó trasformada en una gata en celo, porque su energía bulló, roja, en mi dirección. ¿Qué pasaría por esa cabecita llena de pelo negro? ¿Por esos ojos negrísimos repletos de seducción?

—Sé que suena fatal, pero ojalá verte convertida en una bestia, Hannah. Porque estoy seguro de que lo eres cuando te dejas llevar.

—Ya me has visto dejándome llevar.

—En la habitación oscura, sí. Pero ese día te dejaste hacer. Me pregunto cómo serás cuando tomas la iniciativa. Tienes la misma energía que una amazona de dieciséis años cabalgando por el valle.

—Nunca lo sabrás, Gabriel.

—¿Tocarte las tetas y olerte el cuello es lo máximo que me darás?

—Sí. Ya tengo la cabeza confusa y dividida. No quiero más preocupaciones, te lo tengo dicho.

En vez de cabrearse, sonrió. Supe que acababa de ponerse un reto.

—Tiempo al tiempo, bibliotecaria. Tiempo al tiempo.

No me detuve en pensar en lo tentadora que me parecía esa promesa. En preguntarme cómo sería tenerlo encima de mí, empujando entre mis piernas, susurrando a mi oído palabras calientes. Cómo me sentiría con su lengua presionando en mi hendidura hasta derretirme. Hasta que me temblaran las piernas y le rogara que siguiera.

Leí:

«6 *de enero de 1652.*

Querido diario:

Si pensaba que El Coleccionista se había adueñado de mi corazón, estaba equivocado: también lo ha hecho de mis fantasías. A veces, por la noche, aparece en mis sueños y no logro mantenerme sereno. Me corro entre las sábanas imaginando que estoy con él. Me despierto penetrando a Mirabelle, gruñéndole en la oreja. A ella le encanta, porque piensa que su olor y su contacto son los culpables de mis reacciones, pero no es así.

Por suerte, últimamente mi hijo no me deja pegar ojo. Me mantiene muy ocupado y… no me importa. No me importa porque, por mucho poder que El Coleccionista tiene sobre mí, jamás superará al amor que siento por esta criaturita.

Ismael, así lo hemos llamado.

Es un chico con energía, con ganas de vivir y con la sonrisa más impresionante que he contemplado jamás. Cuando me mira, sólo veo inocencia, amor y dependencia de mí.

Se ha transformado en mi razón para vivir. En mi razón para seguir adelante y olvidar a ese hijo de Baco que me trae loco. Mi hijo es luz, esperanza, vida.

Mi hijo lo es todo.»

—¿Te has puesto cachonda cuando has leído eso de «me despierto penetrando a Mirabelle, gruñéndole a la oreja»?

—¿Yo? —Me señalé a mí misma, impresionada—. ¡No!

—Sí que lo has hecho… ¿Te gusta el sexo de madrugada? ¿Te gustaría que te despertara con mis dedos acariciando dentro de ti? ¿Te gustaría sentir cómo mi polla se cuela en ti y se desliza con firmeza? Te gruñiría a la oreja, te mordería, te lamería el cuello, y tú sabrías que yo estoy dormido, pero enloquecido en sueños por tenerte a mi lado.

Mi corazón se aceleró con la imagen. En esta ocasión no pude negarlo. Estaba segura de que mi energía sexual se movía roja y frenética a mi alrededor. Consiguió que me humedeciera con pocas palabras. Las imágenes mentales fueron contundentes, casi reales.

—No te lo tomes muy en serio, Gabriel. Son fantasías.

—¿Fantasías? ¿Acaso no te gustaría? No tienes ataduras, Hannah. Podríamos hacerlo si quisiéramos.

—Mira que eres insistente… —me carcajeé.

—Y seguiré siéndolo hasta lograrlo. Mira mi mano, ¿te gusta?

Asentí.

Se me secó la boca cuando la colocó sobre mi muslo y acarició en dirección ascendente, hacia la ingle.

—Entonces por qué no disfrutarla.

Apreté las piernas y sujeté su muñeca con mis dedos.

Una parte de mí no quería caer en lo que me ofrecía. La otra…, digamos que me imploraba de rodillas que me entregase a él.

—No me apartes, bibliotecaria —dijo a mi oído. Mi vello se puso de punta. Su aliento en mi piel era una locura—. Ábrete para mí.

—Sigamos leyendo, Gabriel.

«12 *de febrero de 1652.*

Querido diario:

Hoy ha ocurrido algo terrible.

El Coleccionista ha acudido a mí de nuevo, en mi jardín, y he podido rechazarlo.

Lo he decidido: ahora que tengo a mi hijo, nada podrá pararme. Siempre he sido un hombre de cumplir con mis promesas, leal, de palabra, y la tentación que supone El Coleccionista no me ganará.

Me ha acariciado la cara, susurrado promesas de sexo, de perdición, y yo lo he mirado y le he dicho que no, que ya no habrá una próxima vez, que tengo una familia que sacar adelante, buena, a la que no quiero hacer daño, y que no quiero hacer daño a Mirabelle.

Al mencionarla se ha vuelto loco de celos. Me ha echado en cara que he jugado con él, que le he dado esperanzas vacías, y me ha dicho que soy suyo.

Mi cuerpo, mi corazón, es suyo por mucho que yo quiera resistirme. Lo ha dejado claro y no me ha creído por mucho que lo he negado.

Ha dicho que me daré cuenta, me ha besado, me ha mordido los labios y se ha largado.

Tengo un mal presentimiento.»

El viento sopló sacudiéndome el cabello rizado.

—Ya vienen —informó Gabriel, cerrando el libro—, y son varios. Toma, guarda el diario en tu mochila.

Lo noté caliente entre mis manos, vivo, pero no me importó.

Lo guardé.

El sonido de la cremallera me sonó más fuerte de lo normal. Los nervios, supongo.

Al instante, Gabriel ya estaba tirando de mí hacia la calle asfaltada. Mi vista recorría las calles a los lados, pero no había nadie. No estaban los seguidores de El Coleccionista, escondidos debajo de sus capuchas.

—Por aquí —instó.

Anduvo precipitadamente. Yo le seguí el ritmo.

—¿Cómo los sientes?

—Tengo muchos años de experiencia con esto de las energías. Con el tiempo te ocurrirá igual y podrás notarlas a metros de distancia. Sobre todo cuando son energías plagadas de malas intenciones.

—Moriré antes de vieja.

Gabriel me contempló por encima del hombro. El viento le revolvía el pelo mientras caminaba, dándole un aire juvenil, pero serio.

—Tú también puedes alimentarte de energías de mestizos, igual que El Coleccionista. ¿No lo sabías?

—Ehmmm…, ¡pues no!

—Ya va siendo hora, entonces. No solo neutralizas: también te alimentas. Los Neutralizadores sois asesinos peligrosos.

—¿Me estás diciendo que, si me alimento de energías sexuales eternamente, viviré para siempre?

—Ajá. A no ser que te maten, claro. Y se acercan unos cuatro seguidores de El Coleccionista.

Abrí muchísimo los ojos. ¡Casi tropiezo con una piedra!

—¿¡Cuatro!?

—Ajá. Se acercan. Son muy rápidos.

En efecto, al girar una esquina, dos cuerpos encapuchados se colocaron delante de nosotros. Mi corazón se aceleró ipso facto y sentí el mismo miedo que había sentido en el pub, cuando el encapuchado paralizó el tiempo y pensé que iba a morir.

Retrocedí.

Detrás, otros dos seguidores de El Coleccionista nos bloquearon la salida.

Unas risas rasgadas cruzaron el aire hasta clavarse en nuestros oídos.

—Por fin: la Neutralizadora y Gabriel. Qué contento se pondrá nuestro señor cuando les llevemos estos dos premios agonizantes a sus pies.

Gabriel me agarró del hombro, y supe que ya no serviría escapar.

Tendríamos que luchar…, y éramos dos contra cuatro.



CAPÍTULO 13. CUATRO CONTRA DOS

Gabriel no dejó a los seguidores continuar con su verborrea. Se lanzó a por ellos a una velocidad de vértigo, y a ellos apenas les dio tiempo de reaccionar. A uno lo agarró del pelo y lo lanzó hacia la pared más cercana. No sé cómo no le partió el cuello.

—¡Corre! —gritó en mi dirección.

Mi mente dijo «¡obedece, él conoce este mundo mejor que tú!», pero no me moví. En esta ocasión no fue el miedo lo que me mantuvo paralizada en mi sitio, sino la lógica: quería aprender a utilizar esos poderes de Neutralizadora de los que tanto se hablaba. Una vez, Gabriel me dijo que yo podría neutralizar los poderes de un local lleno de mestizos con chasquear los dedos. En aquellos entonces no lo creí, ¿pero y si era cierto? Si queríamos vencer a El Coleccionista, tarde o temprano tendría que enfrentarme cara a cara con los peligros de mi nueva normalidad.

Uno de los seguidores se abalanzó sobre mí acompañado de un grito de mujer. Gracias a los reflejos que me había dado mi padre enseñándome artes marciales de pequeña, pude esquivarlo. Por poco, eso sí, porque ellos eran mucho más rápidos que yo.

«O quizás no. Quizás yo también puedo ser más veloz si utilizo a mi propia energía.»

¿Pero cómo utilizar algo que nunca antes has usado y sin nadie que te enseñe a hacerlo?

Le lancé a la chica una patada a la cara. Ella agarró mi tobillo y tiró con fuerza haciéndome caer al suelo de espaldas. Mi cabeza rebotó con el asfalto provocándome dolor en la nuca y en la coronilla.

—Ah…

Desde abajo vi mejor la forma de sus pechos bajo las vestimentas.

—Así que tú eres la que mató a Ramsi —soltó, siseando.

—¿Ramsi?

—No te hagas la tonta. ¡Sabes muy bien quién era!

—Ah, sí. —Le sonreí. Traté de darle un aire chulesco a mi expresión—. El muchacho que paralizó el tiempo. Me infravaloró.

—Él era una buena persona, ¿sabes? Pero era un hombre, por eso te vio como a una rival débil. Yo no cometeré el mismo error.

De un gesto rápido, sacó un machete de debajo de su capa y me atacó con él. Yo hice la croqueta hacia la derecha. Noté cómo el arma se clavaba donde segundos antes había estado mi

cabeza. Pataleé hacia arriba y logré acertarle en la tripa. Ella se torció sobre sí misma, pero se recuperó y saltó de nuevo sobre mí.

De reojo, vi cómo Gabriel se preparaba para un placaje, cómo golpeó el cuerpo de la chica antes de que esta me acertara, y cómo ambos rodaron hacia otro de los muros.

No me dio tiempo a más: otro súbdito de El Coleccionista, me agarró del pelo y me levantó del suelo cual cachorro de gato. Me llevé las manos a la base del cabello mientras pataleaba en su dirección. Noté cómo mis pies colgaban.

Abrí los ojos.

Al muchacho se le había caído la capucha. Tenía un labio partido y los ojos azules, plagados de sed de venganza. En aquél momento sólo vi falta de vida ahí dentro. Estaba vacío. Su energía revoloteaba, oscura, dejando claro que no era más que un hombre amargado con mucha rabia interior.

—¿Alguna vez te han dicho que tu energía sexual está podrida? Me jugaría lo que sea a que ni se te levanta.

Él frunció el ceño. Me gustó comprobar cómo mi comentario lo sacaba de quicio conforme lo escuchaba.

—Al menos seguiré vivo, pero tú… Lo que te hará nuestro señor cuando estés con él, ni te lo imaginas. Mi misión es sólo dejarte inconsciente, ¿sabes? No me puedo alimentar de ti, pero él… Hmmmm —gimió. Su energía sexual parpadeó—, le resultarás deliciosa.

Le acerté en el pecho, pero no se movió.

—Mucho hablar, pero poco actuar —lo reté.

Necesitaba que hiciera algún movimiento para tener una oportunidad. Ahí colgada me sentí inservible.

—Me gusta dejar a mis víctimas inconscientes después de una pequeña tortura, y tú te la mereces, ¿no crees? Mataste a Ramsi. Nosotros mataremos a Gabriel para ti.

Me giró hacia la izquierda. Allí, con las piernas de la hembra alrededor de su cuerpo, inmovilizado, estaba Gabriel. Se sacudía como un león enjaulado, pero la muchacha lo retenía fuerte con sus piernas. Los hombros, casi inmovilizados por las manazas del otro macho. El cuarto yacía tirado en el suelo, sin vida. Lo supe porque no había energía a su alrededor. No había… nada.

Fue escalofriante.

—¡Dejadlo! —grité con fuerza.

Un nudo atenazó mi corazón. Lo apretó, igual que el puño de un titán apretaría a un frágil humano.

—¿Le tienes cariño a ese adicto al sexo? Triste. Muy triste —susurró el que me retenía.

Lo hizo casi en mi oído. Ahí se detuvo a olisquear. A continuación, su risa oscura, grave.

—Él no os ha hecho nada. ¡Él es uno de vosotros!

La hembra empezó a reír antes de decir:

—¿De nosotros? Neutralizadora, este chico es escoria, ¿no lo entiendes? Es el hijo mimado de una bruja, fruto de una infidelidad y, además, un traidor. Uniéndose al enemigo y poniéndose en contra de su raza, de El Coleccionista. No. No se merece misericordia.

Apretó con los brazos alrededor de su cuello. Gabriel hizo unos gorgoteos que me pusieron los pelos de punta. Parecía que se estaba ahogando, que había caído en un río y el aire no le llegaba a los pulmones. Su energía sexual estaba apagada. Su color dorado relampagueaba y se apagaba repetidamente.

—Parad, ¡parad!

Me moví tanto que a mi captor le costó mantenerme en el aire.

Dios…, ¡me estaba muriendo! No quería que le pasara nada a Gabriel. Él, al que comenzaba a descubrir con un corazón sincero debajo de capas y capas de sufrimiento, de historia; él, que escondía sus miedos debajo del sexo y de su sentido del humor; él, que lograba que me olvidara de mi divorcio, de Diana, de todo excepto de Sam; él, que me explicó qué era y me enseñó que yo podría vivir sin preocuparme por nada.

No podía dejar que sus buenas intenciones cayeran en saco roto.

—Matadlo —comentó uno de los tres.

No supe cuál fue, porque yo ya estaba a punto de explotar, con las lágrimas acudiendo a mis ojos.

Entonces grité. Lo hice fuerte, tanto que sentí que mi garganta se desgarraba. Me concentré en mi energía, y la descubrí hambrienta. Un hambre que nunca antes había sentido. Un hambre de poder, de juventud, de sexo, de otras energías.

De SUS energías.

Así que la dejé salir. Fue como si le quitara el candado que la encerraba, y adquirí control absoluto de ella. La manejé igual que un niño de Primaria maneja la plastilina: con facilidad, con un poco de diversión. La hice girar por el aire.

La primera a la que alcanzó fue a la mujer que estaba a punto de romperle el cuello. Mi energía chocó contra la suya y comenzó a devorarla. Bocados y bocados que me recordaron a los gusanos de seda que tenía de pequeña comiendo hojas de un árbol morera. Lo primero que hizo la fémina fue tensarse. Después, se bajó de un salto de los hombros de Gabriel y comenzó a gritar en el suelo. Intentó proteger su propia energía sin conseguirlo.

—¡Déjala!

Mi captor me lanzó con fuerza hacia una pared, claramente intentando dejarme inconsciente con el golpe. Durante un momento lo consiguió, pero me repuse rápido, tomé de nuevo el control sobre mi energía y la volví a lanzar al aire, en esta ocasión hacia él.

Hambre, hambre, hambre… Mi energía mordió su energía, se enrolló a su alrededor como haría una boa constrictor. Con cada trozo de energía que consumía, la mía se hinchaba, se hacía grande, me sentía poderosa, joven, indestructible, diosa. Sobre todo eso último: diosa.

—Te voy a engullir entero. —Reí mientras me dejaba llevar por esa sensación de saciedad, de placer.

Era brutal. Algo que me calentaba por dentro, que excitaba sexualmente. Sí, estaba excitada, casi tanto como en la habitación oscura. Casi podía ver mi propia energía bullendo, roja, llenándose. Por su parte, Gabriel no perdió el tiempo. Aprovechó el despiste para agarrar al cuarto seguidor de las manos y se lo quitó de encima. Ambos forcejearon, lucharon, se arañaron. El malvado sacó un machete como el que la hembra usó conmigo, pero Gabriel agarró su muñeca y se la retorció en un ángulo imposible.

Oí gritos, crujidos. Luego: nada.

Un silencio escalofriante se hizo con el callejón. Sólo se escucharon la respiración de Gabriel y la mía, rápidas, a destiempo.

El cuerpo de la mujer y mi captor descansaban en el suelo, envejecidos, consumidos, casi hechos polvo. Les había devorado enteros. Sin su energía el peso de los años les cayó encima, convirtiéndolos en los cadáveres que deberían ser en el presente si hubiesen sido mortales. Las cuencas de los ojos estaban vacías, las bocas, abiertas, deshidratadas y grisáceas.

Daba miedo. Era una escena de terror en su pleno esplendor.

Pero me dio igual, porque me sentía drogada de energía, poder y juventud. Saciada de todas las cosas buenas de la vida.

Respiré hondo. ¿Era así como ellos se sentían al alimentarse de la energía sexual de un humano hasta matarlo? Si era así, entendía la adicción de El Coleccionista y sus seguidores, lo cual no hacía que estuviera bien. No los convertía en buenos.

—¿Estás bien? —inquirió Gabriel.

Me observaba con preocupación bajo sus cejas negras. Cuando lo miré, lo hice en modo Neutralizadora. Y digo que lo hice en modo Neutralizadora porque por primera vez lo vi como si fuese comida, como si fuese un ser inferior del que podía alimentarme. Por primera vez, supe que no podría hacer nada en mi contra por muy rápido y sexy que fuera, porque yo estaba por encima. Él era mi enemigo natural, en su momento me tuvo respeto y ahora entendía la razón.

Algo notó, porque dio un paso atrás.

—¿Hannah?

Lo preguntó como si estuviese buscándome, como si quisiera corroborar que seguía ahí, que no me había poseído nada raro.

Avancé hacia él.

—¿Bibliotecaria? Has estado impresionante. ¿Cómo te sientes?

Me detuve.

Dios…, qué buena pinta tenía su energía sexual. Me ponía a tope. ¿Cómo me haría sentir su energía dorada? Era puro oro. Involuntariamente, mi energía avanzó en su dirección con lentitud, tanteando el terreno, curiosa.

—Me siento bien. Muy bien.

Mi sonrisa fue lobuna.

—¿Más joven?

—Más joven, más fuerte, llena de vida. Llena de sus vidas. —Señalé los cadáveres.

Lo vi tragar. Pese a ello, no se amilanó. No retrocedió.

—¿Sigues teniendo hambre?

Me analicé.

—No. Estoy saciada y ardiendo.

Me sonrojé. ¡¿Qué le iba a hacer?! ¡Seguía siendo tímida!

—¿Ardiendo? —Su ceja se levantó y sus comisuras se estiraron.

—El corazón me late muy rápido.

De una zancada, lo alcancé, agarré su mano y la coloqué sobre mi pecho.

—Hannah, no hagas eso.

Fue más rugido animal que palabras. Su tono me encendió como nunca antes lo había hecho. Estaba extasiada, drogada, húmeda, y él estaba a tope. El callejón, solitario. La adrenalina al cien por cien.

—¿Por qué? —lo reté.

No me pregunté lo que estaba haciendo. Todo eso de las preocupaciones, de no añadir más problemas a mi vida, de no caer en la tentación, habían sido sepultadas debajo del poder de mi propia energía, de lo que comerme otras me hacía sentir.

—No estás cuerda. Alimentarte de las energías sexuales te ha transformado en… en…

—En lo que soy.

—¿Y qué eres?

—Una Neutralizadora. Un ser que podría comerse al mundo entero. Soy poderosa, Gabriel. Jamás había sentido esto. Noto cómo el poder vibra en mis venas, en mi piel. ¿Será así como se sienten los superhéroes de los libros?

—Te equivocas, bibliotecaria, esta no eres del todo tú. Estás borracha de sexo, de excitación.

—¿No te gusta que esté borracha de excitación?

No reconocí mi voz. Era morbosa, más grave de lo normal. Era el ronroneo de una tigresa.

—Joder, ¡me encanta! —Por su cara cruzaron varias emociones antes de exclamar:— ¡A la mierda! Me estás volviendo loco.

De un tirón, me agarró de la cintura y me atrajo hacia su cuerpo. Lo hizo sin miramientos,

provocando que mi cabello rojo rizado se sacudiera. Pegó sus labios a los míos con dureza, pero ¡qué bien me supieron! Gabriel me estaba dando justo lo que necesitaba: pasión. Era extraño, como si mi energía sexual estuviera inflamada y necesitara liberarme de alguna forma, como si no pudiera soportar tanta excitación. Iba a reventar. Mi corazón latía fortísimo, mis venas casi hervían en mi interior y estaba sensible. Mi piel notaba cada roce multiplicado por cuatro, por cinco.

Pasó sus dedos por mis hombros. Yo lo agarré del pelo de la nuca tras coger una bocanada de aire.

—Ahora te haré todo lo que he soñado con hacerte, bibliotecaria. Quiero derretirte, quiero probarte, quiero sentirte a mi alrededor.

Un alarido desesperado salió de mí. ¡DE MÍ!

—Tú bésame. Tócame —ordené.

Envolví sus caderas con mis largas piernas y él estampó mi espalda contra la pared más cercana. Los dos lanzamos gruñidos a los labios del otro. Éramos salvajes. Primitivos que acababan de descubrir el sexo y ahora les resultaba imposible parar.

—Qué ganas te tengo, preciosa.

Eché la cabeza hacia atrás. Él me lamió el cuello con lentitud, como si quisiera torturarme, hacerme esperar.

—No pares —pedí.

—Déjame saborearte. No me metas prisa.

Le clavé las uñas en respuesta.

¡Lo quería dentro!

Mordí sus labios. Su lengua se metió en mi boca, saboreó la mía, bailó con la mía mientras yo comenzaba a restregarme contra él. A través del pantalón lo notaba grande, muy duro, listo para hundirse en mi carne. Mi energía enrolló a la suya con furia. Noté que la suya se estremecía, intentaba sobreponerse, ponerse a la altura de la mía, así que la mía hizo algo curioso: encendió la suya. Compartió parte de esa excitación y, ahora sí, Gabriel rugió y perdió la cordura. Encontrar el equilibrio fue como una puta explosión.

Él me arrancó la ropa. Yo lo hice con la suya. La vergüenza no existía entre nosotros. Nos habíamos visto pocas veces, pero habíamos logrado un nivel de compañerismo y de confianza que espantaba cualquier tipo de pudor. Lo había tenido a mis espaldas, sujetándome los pechos mientras me corría, y ahora lo tenía restregando entre mis piernas, con las yemas de los dedos hundidas en la piel de mi espalda.

Sus manos descendieron hasta llegar a mi trasero y me acomodaron mejor contra la pared, fría y rugosa.

Apenas lo noté.

—Te quiero dentro ya, Gabriel. Fóllame, por favor.

—Ni hablar. Quiero cumplir mis fantasías.

Uno de sus dedos se coló entre mis piernas y comenzó a apretar en mi botón del placer. De nuevo eché la cabeza hacia atrás y él me lamió mientras me penetraba con los dedos.

—Uf…, estás tan mojada… ¿Cómo puedes estar tan mojada?

Me restregué contra sus manos, desesperada.

¡Por la Virgen del Pompillo! Me estaba volviendo loca. El placer palpitaba en mi vientre, entre mis piernas, y sus dedos me llevaban arriba, más arriba, hasta las estrellas.

—Dame más, por favor.

Una sonrisa de su parte.

—Tus ruegos harán que me corra sin necesidad de tocarme, bibliotecaria. No me lo pongas más difícil.

—No puedo… No puedo.

Dejé escapar todo el aire.

—Joder…, si supieras cómo me pones, Hannah, si supieras lo mucho que me gustas y lo que sería capaz de hacerte, me tendrías miedo.

Lo besé con vehemencia. La cordura había cogido la puerta de mi cerebro y se había largado dando un portazo.

—Déjame tocarte.

No esperé permiso: agarré su miembro duro, venoso y grande entre mis dedos, y comencé a moverlos arriba y abajo acompasándome al ritmo que él marcaba. Tenía la punta húmeda por la excitación.

—Dios… —musitó. La barbilla apretada—, cómo lo haces.

Resultaba evidente que Gabriel y yo compartíamos una de esas conexiones, una de esas químicas capaces de causar terremotos, poco habitual y majestuoso. Una química de las que hacen primeras veces memorables.

—Sigue. Me voy a correr —informé.

Lo hice al instante, con tantas ganas, con tanta fuerza, que pensé que la noche en el local, en la habitación oscura, se quedaba corta comparada con esta (aunque en realidad no lo hizo, pero en ese momento me lo pareció). Me agarré a sus brazos, porque las piernas me temblaban y sentía que no me sostendrían durante mucho tiempo. Él me sujeto.

—Así me gusta, bibliotecaria —murmuró a mi oído.

—Déjame agacharme.

Doble las rodillas y me coloqué delante de su precioso pene. Me esperaba ansioso, latiendo levemente. Al lamerlo, Gabriel se apoyó en la pared echando la cabeza hacia atrás. Entreabrió los labios mientras soltaba un gemido.

—Ni hablar, Gabriel. Mírame.

Le gustó que se lo pidiera, y a mí me gustó que no perdiera detalle y que me agarrara del pelo con suavidad mientras lo hacía entrar y salir, volviéndolo loco con el movimiento de mi lengua. A fuerza de lamerlo, de llevarlo hasta el fondo, frotarlo con las manos, labios y el interior de mis mejillas, puso los ojos en blanco como si estuviera en un viaje astral. El momento estaba siendo loco, desvergonzado, guarro, guiado por nuestros impulsos. Los tendones se le marcaron en el cuello antes de correrse, y me resultó tan sensual que sólo pensé en dominarlo, en hacerlo mío. Quise que fuese de mi propiedad, por muy tóxico que suene.

—Así, bibliotecaria. Sí. Mírame tú también.

Alcé mi mirada azul hacia la suya negra y él gimió con fuerza. Se dejó ir con empellones pausados, fuertes, dentro de mi boca, agarrándome todavía el pelo rizado. Noté cómo su semilla se depositaba en mi lengua y me la tragué sin pensarlo, poseída como estaba por haberme alimentado de las energías. Mamé de él. Para mi sorpresa, esto último también me proporcionó una pequeña descarga de adrenalina.

Habría mamado de él mucho más, hasta dejarlo seco, pero él presionó mis hombros para que me levantara.

Cuando lo hice, las piernas todavía no me sujetaban del todo y mis ansias de sexo no habían desaparecido al completo.

—Quiero más.

—Viciosa… —Me observó con diversión.

Me restregué contra su miembro mojado.

—Sigo queriendo más de ti, Gabriel.

Sus manos recorrieron mis brazos con suavidad. Se me puso el vello de punta a su paso.

—Bibliotecaria, yo también quiero más de ti. Lo quiero todo, pero no aquí. No en mitad de la calle donde cualquier gilipollas podría estropearlo.

De repente, fui plenamente consciente de que estábamos en la vía pública y de que si alguien nos veía formaríamos un escándalo. Yo tampoco quería transformar esto en un mal recuerdo, por mucho que me sintiera drogada de libido.

—Tienes razón. Además, debemos seguir leyendo el diario.

—¿Lo tienes? —Su voz se tensó.

Yo rebusqué en mi mochila hasta notar la tapa caliente del Diario de Abraham.

—Aquí está. —Lo saqué.

—Bien, eso quiere decir que el hechizo ha funcionado. Ahora El Coleccionista no debería notar que alguien lo toca, y no mandará a nadie.

—Eso es algo que no entiendo.

—¿El qué?

Levanté el libro.

—¿Cómo me encuentra? ¿Cómo El Coleccionista nota que alguien lo tiene, y dónde está?

—Los dos forman parte del mismo hechizo, supongo. Es obvio que el tal Abraham hizo algo con el diario. Él quería que el libro encontrara a alguien capaz de acabar con su trabajo, pero, como su magia estaba ligada a su creador, El Coleccionista, este es capaz de seguirle la pista cuando actúa.

—¿Cómo sabes todo esto?

Se encogió de hombros. Se agachó para recoger su ropa y ponérsela. Yo hice igual con la mía.

—No lo sé, lo supongo. De todos modos, algo me dice que lo descubriremos pronto. Abraham ha rechazado a El Coleccionista. Es obvio que él hizo algo al respecto. Si no, ¿por qué esforzarse tanto por matarlo? ¿Por qué hechizar su propio diario?

Contemplé la obra. Su tono marrón y sus letras doradas comenzaban a resultarme familiares.

—Tienes razón, pero sigamos mañana, ¿vale? Necesito ir a casa y darme una ducha fría.

Y lo decía en serio: tenía que pensar en lo que acababa de pasar. Ahora me sentía más lúcida, menos eufórica, y era plenamente consciente de que había estado a punto de follar con Gabriel en mitad de la calle en plena tarde.

¿Podía meterme en más líos?

El divorcio, Diana, Sam, y ahora Gabriel.

Mi corazón estaba hecho un lío. Además, me sentía culpable, porque el único factor estable, bonito y tranquilo era Sam, y yo acaba de perder la cabeza por otro hombre. En parte, me consoló haber hablado con él sobre lo de no estar preparada e ir lento. No había nada formal entre nosotros.

Entonces, ¿por qué tenía esa presión en el pecho?



CAPÍTULO 14. EL DIVORCIO

Tranquila, estarás bien.

Lo sé. Lo sé.
No cambiaré de opinión.

Estaba a punto de firmar el divorcio. Era algo que nunca antes había hecho.

Cuando te casas, lo haces porque tienes claro que esa persona es el amor de tu vida. No lo haces pensando que dentro de unos meses acabarás divorciada, si no, ¿para qué casarse? No. Hace medio año no tenía ni idea de que mi relación terminaría así, de que ÉL no era quien decía ser o… bueno, en realidad sí que lo era, pero yo no lo sabía. No era un mal hombre, era uno con la autoestima baja que necesitaba validar su hombría con la aprobación de otras mujeres, incluso tirando por tierra a la que de verdad lo daría todo por él. Cuando te casas, ves una casa, hijos, felicidad. Ves a un hombre con el que afrontar lo que te queda de vida, con el que envejecer juntos y con el que charlarás mientras bebes té con hielo en el porche de la casa de la playa en verano, de cara al mar. Cuando te casas, no tienes ni idea de que tu amor está hablando con otra, de que te hará sufrir y de que los años que le diste de vida no servirán para nada.

No.

No me casé para hacer dinero, ni para llamar la atención, ni por capricho, ni por inercia, como muchos pensaban. Tampoco me divorciaba para irme con otro o porque me rendí demasiado rápido. Lo hacía porque yo merecía más que dos infidelidades. Merecía a alguien que creyera en los finales felices, como yo. Alguien leal, que supiera querer bonito y estar ahí en lo bueno y en lo malo. A alguien que me guardara la cara a las espaldas, igual que yo haría con mi futura pareja.

Mi futura pareja… Una parte de mí sabía que el chico de mis sueños era Sam, con sus valores, su lealtad y su energía sexual elegante y controlada, pero capaz de ser más salvaje que un león. Otra parte, seguía echando de menos cómo me trataba mi ex (como una reina, porque jamás me dijo que no a nada. No sé si se debía a que así me tenía bien atada y pensaba que podría hacer lo que fuera porque yo lo perdonaría). Por último, estaba la recién descubierta Hannah, la que había estado a nada de follar con Gabriel en un callejón desierto después de

matar a dos mestizos. La salvaje, enloquecida, que no pensaba en nada más que en satisfacer sus deseos.

¿Qué pasaba con esa? ¿Y qué pasaba con Gabriel? ¿Sentía algo?

Cerré los ojos.

No. No estaba enamorada, de eso estaba segura, porque mi cabeza estaba tan confusa que me era imposible decidir nada.

Caminé por las calles de Gijón en dirección al notario mientras dejaba al viento húmedo proveniente del mar azotarme el cabello. Adoraba cómo olía mi ciudad. Adoraba cómo olía toda Asturias, en realidad. Para mí, un paraíso perfecto.

Guardé el móvil.

Acababa de hablar con Sam. Estaba preocupado por mí e intentaba animarme. Me prometí llamarlo al terminar.

El camino en ascensor se me hizo eterno. En el rellano del edificio (por cierto, era normalito), estaba ÉL, con una camiseta negra, sin estampado, y unos vaqueros algo rotos, azules. En los pies, unas zapatillas deportivas del cuarenta y seis del mismo color que la camiseta.

Al verme, me sonrió. Sus ojos estaban plagados de tristeza, pero también de alegría por encontrarse conmigo. Tenía más ojeras de las que recordaba, había adelgazado y alguna que otra cana salpicaba su pelo. Las preocupaciones y el arrepentimiento lo estaban consumiendo. Tuve el impulso de acariciar su cara y de decirle que no se preocupara, que pasaría y que, a pesar de todo, aún lo quería. Quise darle las gracias por darme una juventud perfecta, por hacer siempre todo lo que hizo por mí y por acompañarme en cada locura que se me ocurría. ÉL fue mi compañero, mi apoyo, el niño de mis ojos en su momento. Con ÉL jamás estuve sola, y nunca me dio una mala respuesta. Cuando le pedía algo, ahí estaba, aunque fuera una tontería. Conducía por mí, me recogía, me llevaba donde fuera y siempre me invitaba a restaurantes y a cervezas. Con ÉL, el aburrimiento no existía. Con ÉL, siempre estaba bien.

Hasta que me la jugó. Hasta que abrí los ojos y vi que siempre había jugado con mi realidad.

A pesar de todo, fui feliz. Muy feliz.

—Hannah, ¿qué tal?

Le di un abrazo, porque dar dos besos era tan impersonal… Y ÉL no era un desconocido. Seamos sinceras, los exmaridos son otra parte importante de nosotras, no sólo porque nos han enseñado lo que queremos y lo que no queremos en las relaciones, también porque son una nueva categoría en nuestras vidas. Se les odia y se les quiere al mismo tiempo. Están ahí si ocurre una catástrofe y necesitas a alguien, pero también te sacan de quicio como ningún otro. Son hielo y fuego, y recorrieron con nosotras años de nuestras vidas. Tienen parte de nuestra inocencia, de nuestra historia. Conocieron a una mujer más joven a la que vieron evolucionar, reír y llorar.

Para mí, ÉL seguiría siendo importante hasta el fin de mis días.

—No muy bien, ¿y tú?

Resopló.

—Igual. No es un día bonito.

—Lo sé.

Al mirar a la derecha, me vi reflejada en un espejo. Tenía los ojos abiertos y la cara plagada de pánico. Hoy se acababa una etapa. Hoy, no me uniría nada a ÉL más que el recuerdo.

—No te vayas a echar a llorar —me golpeó con el codo, cariñoso.

Pestañeé. Era cierto, notaba que estaba a punto de echarme a llorar por lo que significaba estar ahí, preparada para firmar nuestro final formalmente, con el carnet de identidad en la mano.

—No lloraré.

—Te conozco, *amore*.

Sí que me conocía. Por muy bien que ocultara mis sentimientos, él siempre sabría lo que pasaba por mi cabeza, por mi corazón. Siempre fue así, no me hacía falta verbalizar que estaba mal para que él me abrazara y me deshiciera en lágrimas sobre su pecho.

Tragué.

—Mira, hoy te he hecho esto en la clase de Plástica con los niños.

Él era maestro de Primaria.

Me tendió una manualidad pequeña hecha de papel, azul. Por fuera se leían las palabras «I LOVE YOU». Al abrirlo, un «ALWAYS AND FOREVER», y, aparte «TE QUIERO, TE AMO, TE AMORO» en rojo.

Me tapé la cara y noté cómo las lágrimas se me escapaban de los ojos. Durante un instante, no pude evitar sentir culpabilidad y preguntarme si podría haber luchado por él, si la culpa había sido mía, por no hacer todo lo posible por perdonarlo.

«No. Yo no he tenido la culpa de que me ponga los cuernos por segunda vez. Yo jamás le falté el respeto a las espaldas. Jamás tonteé siquiera con otro, y ÉL…»

Me sequé las lágrimas con rapidez. No podía caer de ese modo, en mitad de un recibidor, esperando a que el notario nos llamara para firmar los papeles. No podía ser débil ahora, pero las mujeres somos así. Tendemos a culparnos de cosas de las que no tenemos la culpa. Tendemos a valorarnos menos de lo que realmente valemos.

Triste, pero cierto. Somos criaturas de emociones.

Él me sepultó en sus brazos. Me resultaron tan refugio, tan familiares, que me permití apretar mi nariz contra su camiseta. No por mucho tiempo, sólo lo justo para recordarme cómo era, cómo de bien se sentía y el olor de su colonia.

—Ya está. Estoy bien.

—No lo estás, *amore*.

—Sí, lo estoy.

Mentira. Me estaba haciendo la dura cuando en mi corazón se abría un abismo oscuro. Luchaba contra las ganas de darme la vuelta, salir corriendo y retirar todo el tema del divorcio. Quería que todo volviera a ser como antes, cuando creía que mis amigas eran mis amigas, que ÉL era el amor de mi vida y que lo tenía absolutamente todo. Sin embargo, era consciente de que la vida avanzaba y de que tendría que pasar por esto tarde o temprano.

El notario nos recibió con una sonrisa. Cuando vio mis ojos enrojecidos, soltó un «son momentos difíciles» compasivo.

Me dio un pelín de vergüenza.

El proceso fue serio, frío, pero pasó rápido. Estar allí me hacía vivir la situación como si no fuera yo la que estaba sentada en la silla, firmando al lado del que consideré el hombre de mi vida. Estar allí me despersonalizó de una manera impresionante, y me hizo preguntarme qué cojones estaba haciendo con mi vida, que ya no parecía mía. Gabriel no formaba parte de mi vida, ni el sexo desenfrenado, ni los corazones divididos, ni Sam como algo más allá que un amigo. En mi vida, me levantaba, iba a la biblioteca, trabajaba, almorzaba con ÉL en mi bar preferido y luego seguía rodeada de libros hasta las seis de la tarde. En mi vida, cuando llegaba, veía mis series favoritas con ÉL rodeándome con sus brazos, tapados en el sofá con una manta de Mickey Mouse. No existían las energías, ni las preocupaciones, ni el sentirme sola, desamparada, con un futuro incierto y oscuro. Actualmente, mi futuro era cambiante y humo. Nunca sabía cómo acabaría y no tenía nada claro.

«Acepta tu nueva vida», me ordené.

¡Qué fácil era decirlo! Pero ahora sí que sentía que me dejaba llevar por las circunstancias, que no tenía fuerza para controlar lo que ocurría a mi alrededor.

—Ya está —sentenció el notario—. Espero que todo vaya bien.

Nos despedimos, y salí con ÉL del edificio. Una vez fuera, nos quedamos mirándonos uno delante del otro. Yo no tenía ni idea de qué decir, porque me daba la sensación de que me desharía en lágrimas en cuanto abriera la boca.

Qué doloroso, gente. Qué doloroso. Y qué contradictorio sentir que no quieres irte de donde te hicieron daño.

—¿Quieres que nos tomemos un café?

Señaló a la plaza de enfrente, donde había una cafetería muy popular.

—Claro.

Nos sentamos en una mesa íntima, yo pegada a la pared, y pedimos dos cafés con leche a la camarera. De inmediato, clavó su profunda mirada castaña en la mía azul.

—¿Estás mejor?

—Te he dicho que estoy bien.

—Mentirosa, es obvio que no.

—Igual que es obvio que tú tampoco lo estás. Deja de esconder tus sentimientos.

Silencio. Me dedicó una sonrisa ladeada.

Siempre me gustó esa sonrisa.

—Siempre me he preocupado más por los tuyos, ya lo sabes.

—Esta vez eres tú el que miente. Si me hubieras tenido en cuenta, no habrías hecho lo que hiciste.

—Si tú supieras perdonar, no estaríamos en esta situación.

—Si te perdonara por segunda vez, me estaría pisoteando a mí misma y sería como darte carta blanca para que lo hicieras de nuevo. Tienes que saber que me has llevado a mi límite. Ya está, ¿vale? Además, ¿qué más quieres? Al fin y al cabo, te has vengado, ¿no? Me has quitado a mis amigos.

—Tus amigos se alejaron de ti porque te apoyaste en otras personas.

—Quizás no me habría apoyado en otras personas si ellas no te dieran la razón en todo, como a los tontos, si no me criticaran a las espaldas y si no intentaran tenderme embocadas.

—¿Tenderte emboscadas? ¿Qué te crees que es esto, una película de acción?

—No. Es la vida real, donde mi antigua mejor amiga me criticaba a mis espaldas mientras mi exmarido me podía los cuernos. Donde Diana y Carlota intentan quedar conmigo para hundirme en la mierda entre las dos, porque es obvio que son dos contra una y que creen que conocen mi vida, o un poco de lo que estoy sintiendo estas semanas.

Se quedó callado, sin argumentos.

—Si tú…

—Cállate, por favor. No discutamos más esto. Después de hoy, a saber cuándo volveremos a vernos.

La realidad de esas palabras cayó en mí como una losa de cien kilos. Me salvó de las lágrimas la camarera trayendo los cafés. Tintinearon al deslizarse por el platito al colocarlos en la mesa.

—Gracias —susurré.

Le eché la sacarina a mi café.

—Prométeme que me llamarás si me necesitas —dijo.

Su tono había cambiado. Ahora era más humano.

Me detuve unos segundos en analizar su energía sexual: estaba apagada. Los bordes, desdibujados, como si alejarse de mí le robara la vida poco a poco.

—No te prometo nada. Ahora no puedo acudir a ti como hacía antes. No quiero sentir que me aprovecho de ti. Lo que deseo es que lo superes, que seas feliz y aprendas de lo que has hecho. Que seas capaz de darle a tu futura novia lo que no fuiste capaz de darme a mí. Con respecto a lo demás, fuiste el mejor novio que pude tener… Antes de convivir.

Apretó su puño alrededor de la taza de café.

—Yo también quiero que seas feliz, Hannah, pero no quiero que desaparezcamos el uno para el otro. Has estado diez años en mi vida. Cortar el contacto es… demasiado.

—Es lo que se hace cuando una relación se termina.

—Ya, pero nosotros siempre hemos sido distintos, y siempre nos ha dado igual lo que pensara la gente.

—Tienes razón. Déjame pensarlo un par de meses, ¿vale? Tampoco quiero darte unas esperanzas que no existen.

—Está bien —aceptó.

Me resultó rarísimo que aceptara, porque tendía a imponer su opinión, sus pensamientos. ÉL siempre pensaba que tenía la verdad absoluta de las cosas.

Pasé mi mano por encima de la mesa y le agarré el brazo.

—No hemos podido tener nuestro final feliz, pero es otro tipo de final.

—No digas que es el final —se indignó—, para nosotros no hay un final. Seguimos juntos, aunque de otra forma. Pero siempre seré tu exmarido. Ese puesto no me lo quitará nadie. Y la historia que hemos vivido juntos, tampoco.

—Tienes razón.

—También quería hablar de Diana y de Carlota.

Fruncí el ceño. No quería que me hablara de ellas, porque Diana en concreto me dolía demasiado.

—No quiero hablar del tema. No quiero saber las cosas que dicen de mí.

—Habla con Diana, solucionad las cosas.

—Que me arrastre como si nunca me hubiera puteado, vamos.

—Tú tampoco eres perfecta, Hannah.

—Jamás he dicho que sea perfecta, pero si alguna vez hice algo (sin querer) que la molestara, ¿no crees que debería habérmelo contado en su momento? ¿A qué viene ahora criticarme, ponerse de tu lado, y ponerme baches en el peor momento de mi vida? No —negué con la cabeza —. Me ha demostrado muchas cosas estos meses. Tú sabes mejor que nadie que, por mucho que le preguntaba qué le pasaba conmigo, siempre decía que todo estaba genial. Tú sabes que he estado sufriendo por ella y por darme de lado, sabes que lo está haciendo mal.

—Ella también piensa que eres mala. Las dos pensáis igual la una de la otra. Sois como dos gotas de agua.

Me bebí el café de sopetón, con los ojos cerrados.

¡No me podía creer lo que oía!

Lo solté sobre la mesa con un golpe.

—Así que piensa lo mismo de mí, ¿eh? Pues dime, ¡¿qué cojones le he hecho

personalmente?! Si tan mala soy, dime: según ella, ¿cómo la he puteado? ¿Apoyándome en otros amigos porque todo lo que le cuento, se lo suelta a Carlota? ¿Esa es la gran putada que le he hecho? ¡¿Te das cuenta siquiera de lo patético que suena?!

—Algo le habrás hecho. Tú habla con ella.

—Algo le habré hecho, dices. ¿Entonces por qué no me lo cuentas? —Saqué el monedero de manera precipitada del bolso—. Siempre haces lo mismo: te pregunto qué tenéis en mi contra, qué he hecho, y nunca dais respuestas concretas. No tenéis nada que echarme en cara, aunque estoy segura de que lo buscaréis, ¿verdad? A ti te ha venido genial enterarte de que estuve con Sam, para convertirme en la mala de la película.

—Es que lo que hiciste estuvo peor que lo que yo hice, porque lo mío eran sólo palabras. Lo tuyo fueron actos.

—Sí, besos con un chico cuando ya no estaba contigo. CUANDO YA NO ESTABA CONTIGO. Tú sí estabas conmigo.

—Te dije que hasta que no nos divorciáramos seguíamos estando juntos.

Me dieron ganas de reírme. ¡Esto era inverosímil! ¿En serio íbamos a volver a lo mismo? Hoy quería mantener el hacha de guerra enterrada, pero estaba claro que no podía ser.

—Mira, piensa lo que quieras, ¿vale? Yo sé que te dejé en el momento en que descubrí lo que hiciste, y que te quede claro que nada de esto estaría pasando si no me hubieras sido infiel. Has sido un cabrón conmigo, eso no lo cambiará nada. Dile a la gente lo que quieras: que soy una infiel, que soy malísima por no perdonarte, que no tuve suficiente paciencia… Haz lo que te salga de la polla. Para mí, hoy se ha acabado una etapa. Hasta nunca, Sebastián.

Puse unas monedas delante de él, y me largué.

Sebastián… Decir su nombre en voz alta no significaba que lo hubiera superado, pero sí que cerraba una etapa. A partir de hoy, sólo quedaba mirar hacia delante.

Volviendo a casa no le escribí a Sam, ni a mi madre, ni a mi padre.

No.

Abrí el móvil y decidí hacer un último intento. Una última «bajada de bragas», porque sí, porque la quería, y seguía siendo mi «hermana» y seguía resignándome a pensar que todo lo que Sebastián me contaba era cierto. No quería ver lo que me estaba haciendo. Rectifico: lo veía, pero no quería creerlo. No quería perderla. Quería borrar todo lo malo, empezar de cero y que ella estuviera ahí, como antes lo estábamos la una para la otra. Necesitaba eliminar lo tóxico en mi vida, y eso comenzaba con un mensaje que abriría las puertas a firmar un tratado de paz (no literal) entre ambas.

Le di un par de vueltas al teléfono antes de comenzar a escribir. Al fin, lo hice:

Medio Limón:

Sé que no estamos bien y que tenemos mucho veneno dentro, pero creo que merecemos la pena. Yo te sigo queriendo, para mí sigues siendo mi hermana y mi mejor amiga. ¿Qué te parece si lo dejamos todo de lado y empezamos de cero? ¿Qué te parece si nos vemos fuera de ese grupo de tres? A Carlota nunca la he visto como a ti, y sé que ella es más amiga de Sebastián que de mí. Yo me quiero alejar de todo esto para ser feliz, que seas la madrina de mis futuros hijos y pasar muchos años más contigo. Por todo esto: ¿volvemos a ser lo que fuimos fuera de esta historia? Sin Carlota, sin Sebastián, como si acabáramos de conocernos. Entre nosotras, digo. No te estoy pidiendo que te alejes de nadie porque tú puedes tener a quien quieras en tu vida, pero sí que nuestra amistad vaya aparte.

Lo envié antes de arrepentirme. Por un lado sentí asco de mí misma porque, a pesar de las putadas hacia mi persona, yo iba y me arrastraba como un puto gusano. Pero estaba segura de que, si quedaba algo de Diana ahí dentro, me respondería como las amigas que siempre fuimos. Como esas que eran prioridad en la vida de la otra.

Cuando llegué a casa, todavía no me había respondido.

Los perros me saludaron con efusividad. A uno de ellos, el macho grande y negro, lo abracé con el corazón en un puño.

—Te voy a echar mucho de menos.

Olí su pelaje y me retiré para no agobiarlo, pues el animal no entendía de sentimientos de personas.

Él se iría a vivir con Sebastián.

Mi móvil vibró. Era Diana.

Tengo que pensármelo.

Está claro que no has hecho las cosas bien y tengo que pensar muy bien en qué hacer, porque estoy muy enfadada y dolida. No tardaré en darte noticias.

¡¿Cómo?!

Abrí muchísimo los ojos. ¡¿En serio?! Acababa de bajarme las putas bragas, ¡¿y ella me respondía eso?! ¡Como si yo fuera un ser terrible que le había hecho la vida imposible!

—¡AHHHHHH! —grité, rabiosa.

Me dirigí al sofá y tiré en él el móvil. Después, lo seguí.

Allí, entre los cojines, al fin me di cuenta de que ella no me quería, no me valoraba. Jamás lo hizo, igual que Sebastián. En realidad, una parte de mí llevaba tiempo diciéndome que todo estaba perdido, que la Diana que yo creía que había ahí dentro, ya no estaba. Que le había hecho

a su anterior mejor amiga lo mismo que me hizo a mí. Que Diana era más egoísta y egocéntrica de lo que pensaba. Y que quizás sí que me tenía envidia, como me comentaron en alguna ocasión.

¡¿Qué cojones hacía haciéndose la digna, cuando en realidad era ella la que me estaba puteando a manos llenas?!

Prometo que no entendía nada.

En mi interior sólo había frustración, tristeza, impotencia, y un sentimiento de pérdida abismal.

Sin duda, hoy era el peor día de mi vida: había terminado una historia y acababa de perder definitivamente las esperanzas con mi «hermana».

Parece que las relaciones con los amigos son una tontería, que no pueden dolerte tanto como las sentimentales, pero no es así. Para mí, Diana dolía muchísimo, porque había tenido un sentimiento sincero hacia ella, y todo el mundo sabía que yo daba mis sentimientos a poquísimas personas, no porque yo lo eligiera, sino porque me costaba. Crear relaciones de amistad profundas, me era difícil por mi falta de habilidades sociales y porque necesitaba mucho roce para sentirme en confianza con alguien.

No era algo que pudiera evitar, porque era parte de mi personalidad.

Perder a una amiga que ha sido «hermana», hace que el corazón te sangre por dentro. Deja a su paso un vacío enorme que jamás se vuelve a llenar. Un vacío que provoca el llanto una noche, y otra, y otra, igual que me lo provocaría a mí.

Una amiga es familia. La que nosotros elegimos, pero familia al fin y al cabo.

Acababa de perder a un miembro de mi familia.

Agarré el móvil. Lo sentí frío entre los dedos. Lo desbloqueé, salí de la conversación con Diana y abrí *Instagram*. Arriba, a la izquierda, aún tenía el perfil de Sebastián abierto. No había tenido hasta hoy el valor suficiente para abrirlo y cotillear, porque sabía que estaba mal. Él y yo ya no éramos nada. No debería revisar las conversaciones. Pasé arriba y abajo en mi perfil, metiéndome en esta o aquella foto de distintas sesiones. Intentaba distraerme, dejar de lado la tentación de abrir su perfil y mirar sus mensajes...

…No lo logré.

Abrí su *Instagram* y me metí en los mensajes privados, directamente en la conversación con Diana.

Ella le había enviado una de mis *stories* de hacía unas semanas. En concreto, una sobre la importancia de respetar los tiempos de una persona. Recordé haberla puesto cuando Sebastián me dijo que Carlota y Diana se habían ofendido porque yo les había pedido tiempo para hablar con ellas con sinceridad. Ya dije en su momento que ellas no tendrían la madurez suficiente para entender que una persona necesite sus tiempos, sobre todo si eres consciente de que eres criticada

entre ambas y van a contarle tus cosas al enemigo.

Sin embargo, la historia la subí porque estaba relacionada con mi propia experiencia personal, no como indirecta hacia ellas. ¿Por qué me extrañaba de que se lo tomaran a modo personal, si Diana pensaba que el mundo giraba en torno a ella?

La conversación ya empezaba en mi contra, así que una nueva estaca invisible se insertó en mi corazón, haciéndolo de nuevo sangrar. Seguía queriendo a esa chica. Pese a todo, me negaba a pensar que mi «hermana» estaba en mi contra. Pero yo misma vi cómo reaccionó cuando me «bajé las putas bragas» para intentar hacer las paces, para intentar desligarme de todo lo tóxico y llevar con ella (aparte) una relación de amistad sana.

Creo que la voy a mandar a la mierda, de verdad te lo digo.
¿De qué va?

¿Por qué dices lo de mandarla a la mierda? Además de lo obvio…

Mi puto ex. ¿Y yo estaba aquí medio llorando por él?

Por egoísta, por irrespetuosa, por un poco de los dos.

Explícate.

Su historia, ¡mírala!

Rubia, te juro que ella no ha sido así nunca… Seguro que alguien le está comiendo la cabeza. No tiene sentido.

«¿Que no he sido así nunca? Claro, me tenías engañada, cabrón. Y no es mi culpa que Diana se tome una historia que es para mí y sobre mi experiencia, como si fuese para ella.»

Según su historia, dice que hay
que respetar sus tiempos, ¿no?
Al resto ¡que nos den por
culo! Estoy ahora mismo
que echo humo por las orejas.

Me quedé parada. ¿Cómo que «al resto que nos den por culo»? ¿Acaso ella me había pedido tiempo a mí para algo? ¿Acaso ella estaba en la situación más difícil de su vida? Un desgarrado sollozo me destrozó la garganta a su paso.

¡No podía creer lo que estaba leyendo! ¿Por qué pensaba esas cosas de mí? ¿Qué se habían inventado entre ellos? ¿Qué cojones les había dicho mi exmarido? No tenía sentido… ¡No tenía puto sentido! Era yo la que estaba hundiéndome en el pozo, desesperada por levantar la mano y encontrar la suya para ayudarme. No lo entendía.

Os juro que no lo entendía.

¿Había vuelto a hacer algo mal y no me daba cuenta? ¿Era cosa de mi carácter? ¿De mi dificultad para abrirme a la gente? Ella siempre me había dicho que aceptaba esa faceta de mí. Que aceptaba que mi cerebro funcionara de un modo distinto en ese aspecto. ¿Había sido también mentira, porque a ella nunca le había repercutido?

Pestañeé con fuerza.

Todo lo que hacía esa chica me mataba por dentro.

A ver, rubia, no te
sulfures. Tú piensa que
lo que está escrito, queda
escrito. Y lo que está subido,
no se puede borrar.

Pero es que…
¡mfnckssjdjvn! Ya
ni atino a escribir.

Podemos usar eso contra ella. De
hecho, sería facilísimo usar
esto en su contra.

Ahora explícate tú.

Se le enseña
esta misma fotografía, y se
le dice. Si de verdad piensa eso,
es lo que hay. Además, debe
existir respeto por ambas partes.
Si eso no es así, igual que dices
tú, ¡a tomar viento fresco!

¡¿Usarlo contra mí?!

Me mató.

Sabía que hablaban a mis espaldas, que habían montado historias entre ellos sin preguntarme mi opinión o mi versión antes. Sabía que me criticaban y que querían hacerme encerronas. Que intentaban pillarme con mentiras, y mil cosas más. Pero verlo claramente, ahí, como escupido a la cara…

«Podemos usar eso contra ella», «podemos usar eso contra ella», «podemos usar eso contra ella». ¿Por qué Diana no veía que esas palabras encerraban muchísimo más de lo que Sebastián nunca reconocería? Eran palabras que hablaban de rencor, de venganza, de competición. Era tan obvio lo que estaba haciendo con Diana…, ¿cómo es posible que ella no se parara a pensar en la mierda que le estaban metiendo en la cabeza?

«Porque ella también está en tu contra. Allí donde tú no buscas joder a nadie, ahí donde sólo quieres salir adelante, ellos sí te quieren ver destrozada, arrodillada y llorando. Ella habla con Carlota, entre las dos alimentan su odio hacia ti. Sebastián lo utiliza, se aprovecha, echa más leña al fuego». Lo pensé sin querer, pero la verdad me golpeó en el pecho como si me hubiesen dado con un mazo.

Qué harta estoy de
gilipolleces. Te lo
juro.

Y yo.

Al final la dejo
de seguir en redes
y ¡va que chuta!

¿Qué gilipolleces? ¡Si yo sólo quería salir adelante!

Cerré los ojos. Quizás las historias con frases que publicaba de vez en cuando les repercutía demasiado, por mucho que fueran para mí.

Yo también estoy ya harto
de sus indirectas en redes.
pero como la dejes
de seguir… ¡la matas!
Te convertirías en su
archienemiga, como
ella decía.

Seguido de risas, como si disfrutara pensando en mi dolor.

¡Me quedé pasmada! ¿En serio pensaba Sebastián que me iba a importar lo más mínimo perder un seguidor en redes sociales? ¡Casi me reí yo misma por la estupidez! Diana hablaba de un unfollow como si para mí fuera importantísimo, pero no lo era. ¿Por qué me veían de ese modo? ¿Qué cojones de Hannah creían conocer? ¿O habían hablado tanto de mí a mis espaldas, que habían deformado mi imagen?

Me dieron ganas de coger mi móvil y soltarle que se fuera a la mierda y que, ya de paso, la dejaría de seguir yo a ella para que viera lo mucho que me importaba tenerla o no en Instagram.

Qué soberana gilipollez de niña de dieciséis años…

«No te dejes engañar. De nuevo ha sido él el que la ha incitado para que se ponga en tu contra. Él sabe que ella está que trina. Decirle que dejándote de seguir te mataría, es una forma de impulsarla a ello y distanciaros aún más.»

Otra vez esa vocecita propia. La voz de la razón en su pleno esplendor.

Y sí: cuando alguien me puteaba le echaba la cruz. ¡Perdón por no dejarme pisotear tanto como ellos querrían!

Pues si para ella
importa menos tener una
amistad sana que seguirla
en Instagram… no renta
tenerla como amiga.

Más risitas.

A pesar de las lágrimas que ya casi no me dejaban ver la pantalla, puse los ojos en blanco. ¡Pero si era yo la que había lanzado un último zarpazo desesperado para tener una amistad sana! Además, ¿desde cuándo en una amistad sana se critica a la otra amiga a las espaldas? No. Ella estaba engañada. No tenía ni la más remota idea de lo que era tener una amistad sana.

Tener una amistad sana era estar ahí en lo bueno y en lo malo, escuchar antes de ponerte verde con nadie, empatizar. Todo lo contrario a lo que ella estaba haciendo conmigo. Como bien le dije a Sam en su momento, si yo fuera ella me habría tendido la mano en el peor momento de mi vida. Si yo fuera ella, para empezar, no me habría dejado de lado durante tanto tiempo. Habría sido clara, porque, a veces, para mantener una amistad sana son necesarias conversaciones incómodas, discusiones.

Diana no tenía ni puta idea de lo que significaba. Con esa frase lo vi más claro que nunca.

Con respecto a lo de que pensara que para mí era más importante *Instagram* que una amistad, lo único que dejaba clarísimo era que me había criticado tanto que había olvidado cómo era yo en realidad. Me había demonizado de tal modo durante tanto tiempo, con el apoyo de Carlota, que ya no recordaba quién era yo, qué éramos nosotras.

Yo quiero pensar que no lo es…

No sé yo…

Eso sí, ¡a ella no le digas que tiene algo malo o que ha hecho algo mal! Porque eso de aceptarlo y tragar con reproches… no va con ella. Nunca ha ido con ella.

Qué fuerte.

¡Y sí que te renta tenerla como amiga! Cualquier día de estos abrirá los ojos, ya verás. Será como una revelación.

¡Pues como siga esperando
me van a salir arrugas,
canas y a saber qué más!

Ya verás como no… Cuando
me haya superado, irá a recuperaros.

Nos dijo que necesitaba
meses para abrirse.

No sé… Recuerda que
me dejó y al mes ya estaba
con otro.

Me atraganté. ¡Había demasiadas cosas que analizar aquí!

Lo primero: ¡¿cómo que no aceptaba reproches?! ¡Estaba flipando! ¡Si yo siempre había mostrado una actitud abierta! De hecho, cuando le pregunté a Diana qué le pasaba conmigo, si se estaba distanciando porque yo había hecho algo mal y no me estaba dando cuenta, ¡ella me aseguraba que todo estaba bien! ¡¿Cómo podía decir eso Sebastián cuando sabía que yo era la primera preocupada en solucionar cualquier problema?!

No. Ese párrafo era pura estrategia, como todos los anteriores. Ese párrafo era un «mira que malísima es, pero me conviene que creas que la quiero». Manipulación pura y dura, muy a su estilo. ÉL me convertía en un demonio, y al final se dejaba a sí mismo como el bueno, intentando que nosotras hiciéramos las paces.

Estaba harta de esa actitud.

¡HARTA! Lo peor es que era tan sutil, el cabrón… No podía culpar a Diana de que me tuviera demonizada de ese modo, porque en esta conversación tenía a Sebastián actuando a todo trapo. Que sí, que estaba claro que no era mi amiga, porque una no lo habría escuchado, pero también era obvio que estaba demasiado influenciada por factores externos.

Estaba claro que la había perdido.

Y luego está lo de que al mes yo ya estaba con otro…

Pegué la frente a la palma de mi mano. ¿Desde cuándo darme un beso con un amigo después de haberlo dejado, era ser novia de alguien? ¿Y por qué me condenaba por un beso cuando él había estado engañándome años?

Fácil: de nuevo él quedaba como el bueno y yo como la mala. Era lo que había estado haciendo en toda la puta conversación. Cuando dijo de utilizar la fotografía en mi contra; con lo

de las redes sociales; con lo de decir que no aceptaba mis propios defectos…

Yo ya le tenía la medida cogida, pero, de nuevo, no tenía forma de hacérselo ver a Diana.

¡Necesitaría escribir un libro entero para contárselo!

Eso de que al mes esté con
otro, no es típico de ella.
no puede jugar con las personas
como si fuesen fichas de un
puto ajedrez. Yo no se
lo permitiría, desde luego.

Ella pensaba que yo estaba con otro, porque Sebastián se lo había hecho creer y, claro, ¿a mí quién me iba a creer? ¡Claro que pensaba que no era típico en mí! ¡Si era una mentira como una catedral!

Impotencia, impotencia, impotencia… ¡DIOS! Ojalá poder contárselo todo. Ojalá volver a ese punto en el que podíamos confiar la una en la otra, porque nos sentíamos un alma en distintos cuerpos.

¿A qué punto habían llegado entre ellos, que pensaban que yo jugaba con las personas? ¿Y mis razones? ¡¿Y mi puto corazón?!

Claro que no. Un amigo
de verdad no se
dejaría hacer eso
jamás. Tampoco una
persona con dos dedos
de frente, ya sabes.

Más manipulación encubierta.

«Joder, Diana. ¡¿Es que no ves que te está incitando a ser dura conmigo?! ¡¿Es que no ves que te está condicionando a darme una patada en el culo?! ¡Te lleva a ser cruel diciéndote que, si no lo eres, es porque no tienes dos dedos de frente!».

Dejé escapar un par de lágrimas más.

No quería sufrir más. Si estar en la vida de Diana iba a servir de poco, si estar en su vida iba a ocasionar que me odiara cada vez más, hasta el punto de que no podría recordarla con cariño, entonces….

…entonces no podía seguir en su vida.

Por lo que fuimos. Por no emponzoñarnos más.

El timbre sonó. Me levanté del sofá y me dirigí a la puerta arrastrando los pies. Me sentía un alma en pena.

—¿Sí?

—Hannah, soy Sam.

Ni siquiera logré que el corazón se me encogiera, zambullida en la pena como estaba.

—Adelante.

Los perros lo recibieron con entusiasmo. Él subió las escaleras con firmeza. Llevaba una camiseta azul y unos pantalones vaqueros azul oscuro. Las deportivas, negras, de baloncesto. El pelo rubio aleonado.

Estaba muy guapo. Lo habría disfrutado si no estuviera muerta por dentro.

—¿Cómo estás? —inquirió.

Se colocó delante de mí, en el pasillo. Yo cerré la puerta.

—Ya me ves.

—No tienes buena cara.

—No ha sido fácil. Además, mira.

Le mostré el mensaje de Diana debajo del mío. Él intentó esconder lo que cruzaba por su rostro, pero no lo consiguió. Vi frustración, rabia.

—Hannah…, eres demasiado buena. Todo esto me da mucha pena, de verdad.

Me abrazó.

Sus abrazos eran distintos a los de Sebastián. Con Sam me sentía consolada, sí, y eran muy calientes por su temperatura corporal, pero todavía no estaba del todo acostumbrada a ellos. No eran los gigantescos abrazos de Sebastián, más ancho de espalda.

—Qué bien hueles, *jodío*.

Era cierto: jamás conocí a nadie que oliera tan bien como Sam. Su colonia y el champú que usaba eran una puta locura. Lo noté sonreír, soltó una risita suave.

Me encantaba ese sonido. Era consciente de que podía hacerme adicta en el futuro.

—¿Estás hecha trizas, y me hablas de olores?

—Es que con este olor, las penas son menos.

—YAAAA, CLARO —soltó con sarcasmo—, y los unicornios cagan arcoíris, ¿no?

—Ainss…, mi pesimista personal.

—No soy pesimista.

—Sam, eres una de las personas más pesimistas que he conocido.

—¡Pero si tengo muy buen sentido del humor!

—Ya, pero cuando te pones dramático, te pones dramático…

—¡Apenas me he puesto dramático delante de ti!

—Lo sé, pero algo me dice que puedes llegar a ser un poco intenso.

Me observó, serio, como sopesando qué hacer conmigo. Yo me encogí de hombros. Era plenamente consciente de que estaba pagando con él los platos rotos.

—Yo… —dije tras un leve silencio—, lo siento, ¿vale? Estoy… Estoy fatal, sí, para qué voy a mentirte. No eres un dramático. No sé qué cojones estoy haciendo.

Pareció compadecerse con mi actitud, así que me rodeó los hombros con su brazo, exclamó «¡ay!» y me guio hacia mi propio sofá.

—Muchas gracias por venir —seguí yo a modo de disculpa—. Seguro que me acabarás animando.

—No me des las gracias. Estaba preocupado. Llevabas horas sin hablarme, sabía que estabas firmando el divorcio, y estar desaparecida así como así no es propio de ti.

—Lo sé. Eso de hacer *gosthing* no me va.

—Por eso. ¿Es que ha sido muy duro? ¿Aún lo quieres?

Seguía serio. Algo me hizo sospechar que si decía una palabra que pudiera malinterpretarse, podría tomárselo a mal. Quizás tuviera la sensación de que lo estaba utilizando, cuando en realidad no era así.

—Sí ha sido muy duro, porque ha formado parte de mi vida mucho tiempo y porque no he podido evitar tener pena por lo que fuimos.

—Entonces, ¿lo quieres?

No aparté su brazo sobre mis hombros. Al contrario, me refugié más en él y en su exquisito olor.

—Lo quiero como se quiere a alguien que lleva diez años contigo, pero por el que ya no sientes amor de pareja.

—No lo entiendo.

«Claro», supe, «él jamás ha tenido ese tipo de amor.»

Porque una persona que ha crecido abandonado por sus padres, no sabe lo que significa apoyo incondicional. ¿Tendría que enseñárselo yo? De ser así, iba a ser una tarea difícil y sufrida.

—Sé que las cosas del corazón son difíciles de comprender. Lo que quiero decir, es que lo quiero como puede quererse a un mejor amigo que te ha traicionado. Lo que siento por él ahora mismo, es parecido a lo que siento por Diana.

—Así que estás fatal.

Asentí lentamente. Sus ojos castaños no se apartaban de los míos azules.

—Ajá. Las tres personas más importantes de mi vida, después de mi familia, acaban de desaparecer de mi vida. Y hablando de Diana… ¡Mira lo que he encontrado!

Le enseñé también la conversación que mantuvieron ella y mi exmarido (ahora sí) por

Instagram. Cuando mi mano rozó las suya, su calor me reconfortó y mi energía se enganchó a la suya. Me sorprendí del control que comenzaba a tener sobre ella cuando tiré y me obedeció. Si quisiera, también podría alimentarme de la energía sexual de Sam. De cualquiera, al igual que El Coleccionista.

Sam frunció el ceño, haciendo aparecer esas dos arruguitas entre sus cejas.

—Joder, Hannah… Joder.

No me hizo falta más: las lágrimas comenzaron a rodar por mis ojos, propulsadas por la pena.

—Esto es… Es… Ese hombre es un experto, pero para mal. Y ella…

—Por favor. —La voz apenas me salió del cuerpo—. No me hables de ella. Ya sé lo que siente por mí, y eso me destroza por dentro. Que me vea así, me destroza por dentro, porque no entiendo en qué momento le demostré las cosas que vienen aquí. No sé en qué momento dejó de hablar conmigo, de intentar entenderme. No sé…

Me atraganté.

Sam estaba claramente molesto con la conversación entre Diana y Sebastián.

—No te mereces esto. De verdad que no. No eres lo que dicen aquí. La Hannah que me has demostrado ser, la que yo conozco, no tiene nada que ver con esa pécora sin corazón que describen.

—Lo sé. Lo sé.

Más lágrimas.

—Y Sebastián es un manipulador encubierto, y lo hace muy bien. Sabe cómo quedar como el bueno con cada frase que dice, poniéndote a ti como lo más rastrero. ¿Cómo has podido estar con él tanto tiempo?

—Porque no veía estas cosas. Yo…, no veía estas cosas.

Más hipidos.

—Normal que no las vieras.

—Y a ella la tiene manipulada. Está cegada por el odio, por todo lo que dice su entorno.

—Si hubiese sido tu amiga en todo momento, si no te hubiera hecho todo lo que ha hecho… Pero ahora no veo marcha atrás —reconoció.

Me aparté un pelín de él para mirarlo a los ojos.

—Yo tampoco. Creo que debo romper con mi vida anterior. Debo romper con todo. Empezar desde cero. Al principio será difícil, pero si continúo en esta situación, me volveré loca y Diana jamás abrirá los ojos.

—¿Sigues con la esperanza de que los abra?

Asentí.

Me avergoncé al instante de tener esperanzas con esta Diana cruel.

—En el futuro, quizás pueda escribir un libro para contarle la verdad, quién sabe. Y quizás, si

lo lee desde la empatía, me entenderá.

Sam negó con la cabeza.

—Yo no lo haría. Pienso que ella se lo tomaría como un ataque. Además, yo soy distinto: me cuesta muy poco echar a la gente de mi vida.

De nuevo una frase que demostraba todo lo que había sufrido en su vida. Le costaba incluso más que a mí establecer vínculos fuertes, y cuando lo hacía no permitía apenas errores. Era consciente de que ese sería un factor en nuestra contra si continuábamos con nuestra historia. Si algún día nos formalizábamos.

—No quiero pensar más, ¿vale? Abrázame. Necesito fuerzas para lo que estoy a punto de hacer.

Me prestó su hombro, y lloré, lloré, lloré. Os juro que siempre fui una chica dura, de sentir en contadas ocasiones, intenso, y de quedarse las penas para ella.

En esa ocasión no pude.



CAPÍTULO 15. DESPEDIDA

Me estaba despidiendo de la Hannah inocente. Me dolía en el alma verme en la televisión vestida de blanco, con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos llenos de amor. Promesas de una felicidad que no existiría.

Le di a *play*.

En cuanto la canción *A thousand years* de *Christina Perri* empezó a sonar, no reprimí la primera lágrima.

Allí estaba yo, vestida como una princesa, con un vestido que Diana me ayudó a escoger en su momento, antes de que nuestra relación comenzara a deteriorarse. Ella fue mi dama de honor, porque era la mujer más importante en mi vida después de mi madre y de mi hermana de sangre.

Yo habría sido la suya cuando a ella le tocara, pero me había lanzado a su papelera con la ayuda de mi exmarido y de Carlota. Si los tenía a ellos dos, ¿para qué me necesitaba a mí si era tan mala?

Recordé el esfuerzo que le puse a cada detalle para que la boda estuviera llena de la magia que yo sentía: un pallet de madera pintado de blanco con fotos de Sebastián y mías en orden cronológico, contando nuestra historia, nuestros momentos; la mesa de las firmas llena de sellos y con carteles de Timón y Pumba, con su frase «¡*Hakuna Matata* y…, estampa aquí tu firma!»; el menú escrito, con el dibujo de *La Bella y la Bestia* en su primera cena juntos; los libros que creé como centros de mesa, donde la página central era el nombre de cada mesa con una imagen enorme de su correspondiente película Disney (*El Rey León*, por ejemplo), y el resto, relatos reales de nuestra historia de amor y frases de esa película en concreto; la decoración con temática de *La Bella y la Bestia* de la mesa de los novios (donde se podía ver a Ding Dong, Chip, la señora Pop o Lumière); el *photocall* de Disney; nuestro primer baile, donde hicimos una mezcla de *Nothing Else Matters* y una de las canciones de *La Bella y la Bestia*, y utilizamos espadas láser de las buenas… ¡Entre muchísimas otras fantasías!

Para cuando el vídeo acabó, yo ya estaba moqueando el pelaje de mi perro, al cual me abrazaba. ¡Pobre! También me despedía de la Hannah de la pantalla, que tenía esperanzas, sentía bonito y veía luz ahí donde miraba. La que daba las gracias a Dios por estar rodeada de gente maravillosa.

¿Y ahora? Ahora no era más que una Neutralizadora confundida a la que El Coleccionista

quería matar.

Mi móvil se iluminó de repente y vi en pantalla un número que conocía pero no registrado.

Lo cogí.

—Hola, bibliotecaria.

La voz de Gabriel hizo que se me erizara el cuerpo entero.

—No estoy de humor —comenté con la voz ahogada.

Me dispuse a colgar.

—¡¿Estás llorando?!

—No.

—Sí, bibliotecaria. Estás llorando. Y yo que quería meterme contigo un rato…

—En serio, Gabriel, ¿para qué llamas?

—Iba a decirte que tenemos la lectura del diario pendiente. Ahora no nos perseguirá nadie porque está hechizado. La bacanal es dentro de poco y… —Una pausa. Después:— ¿Sabes qué? Da igual. No puedo escucharte así. ¿Dónde estás?

—En casa. ¿Dónde quieres que esté?

—Genial. Voy a por ti.

—¡No! —chillé. Uno de mis perros dio un respingo a mi lado en el sofá—. No vengas. Odio mostrarme así.

—Bibliotecaria…

—No quiero.

—Me debato entre respetarte o ir a rescatarte en plan príncipe y princesa.

—No soy una princesa, así que ahórrate los cuentos. Hace semanas que dejé de creer en ellos.

Recordé la promesa de Sam: «Yo haré que vuelvas a creer». Necesitaba solucionar mi vida. Pasar por este proceso para estar bien con él. Matar a El Coleccionista.

—Entonces no iré a rescatarte: iré a llevarte helado de chocolate.

—Engordaré.

—Y estarás más contenta. Venga, bibliotecaria, dale una oportunidad a este corazoncito de oro.

—Corazoncito de piedra, diría yo.

—A ti te ofrezco el núcleo, que es de oro.

—Insistente… —Puse los ojos en blanco.

—Es mi segundo nombre.

Solté una risita. ¿Qué estaba pasando con los hombres en mi vida?

—Está bien, puedes venir.

Colgó sin despedirse. Supongo que fue la prisa, las ganas o una mezcla de ambas.

Me levanté dispuesta a ponerme presentable. Prácticamente volé hacia mi habitación y me

coloqué un vestido largo y negro, con un símbolo en el pecho (en teoría, un símbolo protector para ahuyentar demonios) y un cinturón de cuero precioso. El pelo rojo lo mojé, e intenté tapar mis ojeras con corrector. ¿A quién quería engañar? El blanco de mis ojos estaba enrojecido. De todos modos, utilicé sombra de ojos negra y lápiz del mismo color.

No me pinté los labios, por mucho que fuera adicta al rojo.

El timbre sonó y uno de mis peludos ladró.

Abrí.

Gabriel estaba apoyado en la cancela con actitud relajada. Al verme, su sonrisa se estiró.

—Pasa.

—Eso, eso… Ábreme tus puertas.

—¿Tienes que darle ese sentido guarro a todo lo que dices?

—Me gusta hacerlo —comentó, subiendo las escaleras.

Una vez en mi pasillo, con la puerta cerrada, me tendió una bolsa. Dentro, un helado de chocolate con trozos de brownie.

—¿Nadie te ha dicho que soy alérgica a la nuez?

Lo pregunté espantada para darle más credibilidad.

—¡¿En serio?!

Me eché a reír.

—¡No! Muchísimas gracias por el helado. ¡Me encantan los brownies!

De nuevo sus labios se estiraron. Ese día Gabriel estaba muy guapo. Ahí, con su camiseta negra, parecía un chico normal. Guapísimo hasta la locura, pero normal. Llevaba el pelo negro un poco revuelto, lo cual le daba un aire a «Adonis malote» impresionante.

—Me alegro de haber acertado.

—Por cierto: tienes que devolver el libro a la biblioteca.

—Aguafiestas.

—¡Ese es mi segundo nombre! —Le guiñé un ojo.

Su energía estuvo relajada hasta ese momento. ¡Supongo que mi guiño impactó de algún modo en su corazón!

—El insistente y la aguafiestas. Buenos nos hemos juntado…

Levanté una ceja.

—Juntarnos es decir demasiado.

—¿Quieres que te recuerde lo que pasó el otro día?

Recuerdos de él tocándome en el callejón, de mi orgasmo y de su expresión de deleite, me asaltaron y me vi obligada a apretar los muslos.

—No hace falta, te lo aseguro.

—Ya veo, ya… Tu energía está al rojo vivo. ¿Pero no estabas triste?

—Cállate. —Le golpeé el brazo con cariño.

Eché a andar hacia la cocina. Allí, agarré dos cucharas, saqué el helado de la bolsa y me dirigí al salón, donde Gabriel hacía carantoñas a mis perros.

—El Diario de Abraham está en ese cajón. —Señalé al mueble de la televisión.

—¿Te lo doy?

—Ajá.

Me hizo gracia observar cómo abría el cajón con respeto y agarraba el libro. Lo cerró y se colocó junto a mí en el sofá. Al girarse, levantó una ceja. Su dedo se quedó cerca de mi escote.

—¿Crees que esto hace daño a los demonios?

—¿El símbolo de mi vestido?

—Sí.

Algo me dijo que le divertía muchísimo.

—A veces eres tan ingenua.

—Ingenua, aguafiestas, ¿qué será lo próximo hoy?

Me carcajeé.

—Guapa. Estás muy guapa a pesar de los ojos hinchados.

Me quedé muda. Odiaba mostrar mi debilidad.

—Estoy bien.

—Hannah, algún día aprenderás que hay veces que podemos estar mal.

Abrí el helado haciendo caso omiso de su consejo, y comencé a comer. De inmediato noté el sabor del chocolate mezclado con los trozos de brownie y nuez.

—Hmmmmm, ¡buenísimo!

—Yo también lo quiero probar.

Clavó su cuchara al lado de la mía, y se la llevó a la boca, ya cargada.

—Lo bien que te quedaría el helado encima de la tripa… Me lo comería a lametazos, y luego seguiría bajando, bajando…

—Gabriel —advertí.

—¡Vale, ya paro! —se rio, travieso.

Abrimos el libro y buscamos la página por la que nos quedamos.

«21 *de marzo de 1652.*

Querido diario:

El Coleccionista ha matado a Mirabelle.

Sabía que estaba planeando algo en contra de mi familia, tenía un mal presentimiento, y no

me equivocaba.

Dios mío, ¡no puedo evitar pensar que todo ha sido mi culpa! Si nunca me hubiese metido en esa bacanal, si él no me hubiese tocado, todo seguiría su curso.

Pero no fue así. Me dejé engañar por el hijo de Baco, me dejé seducir, atrapar, y me ha arrebatado una de las cosas más importantes de mi vida.

Ella, que fue siempre buena y fuerte, ahora yace sin vida en una tumba. Una cáscara llena de gusanos que poco a poco se descompondrá.

Apenas puedo escribir una frase sin derramar lágrimas sobre las páginas. Perdona por las manchas, diario, pero estoy destrozado. Lo único que me consuela es que El Coleccionista no tiene ni idea de que tengo un hijo. Mirabelle lo escondió cuando entré a la casa corriendo pidiéndole que huyera.

Fue terrible. Ella…, ella me observó con sus enormes ojos azules, me preguntó qué había hecho, diario. Me preguntó qué estaba pasando, y yo no pude contestarle con precisión.

Murió sin saber quién fue su asesino, creyendo que era un loco que se coló en la casa en plena noche. Quizás así sea mejor, porque falleció pensando que cada faceta de mí le perteneció a ella hasta el final.

El Coleccionista me paralizó cuando intenté detenerlo. Me obligó a mirar cómo devoraba su energía hasta la muerte. Después, dijo:

—Eres mío, Abraham. Siempre serás mío. Te enseñaré a alimentarte y dormirás a mi lado por la eternidad, o te mataré.

Necesita tenerme controlado porque soy peligroso. Sabe que en algún momento aprenderé a utilizar mis poderes y le devolveré lo que me ha hecho.

¡Pues no me importa! Tengo un hijo que alimentar, una vida, una casa. Sin mí, mi pequeño Ismael crecerá solo.

No le pude decir que mis razones para volver a rechazarlo no son más que mi hijo, porque lo asesinaría, como a su madre, así que he embestido con toda mi rabia. He demostrado que quería a Mirabelle y honrado su memoria: he intentado apuñalar a El Coleccionista.

Él se ha reído, se ha dado media vuelta y me ha prometido volver.

Esto no quedará así, diario.

Me vengaré.»

—El Coleccionista es cruel.

—Normal —comentó Gabriel, pasando de página—. Es el hijo de Baco. Lleva vivo años. No creo siquiera que le quede corazón para sentir. De hecho, no sé cómo no ha venido a buscarte personalmente, si sabe de tu existencia.

—¡No lo digas en voz alta! —Le tapé los labios—. ¡No llames a la mala suerte!

—Inocente y crédula criatura…, la suerte no existe.

—Yo creo en ella, así que, *shhhhhhh*.

Volví a leer.

«*27 de febrero de 1653.*

Querido diario:

Ha pasado casi un año desde la muerte de mi esposa.

La vida de viudo no me sienta bien. Yo era un hombre de estar en pareja, de entregarme a mi familia, así que eso de asistir a fiestas para buscar esposa, lo odio.

El Coleccionista no volvió a aparecer hasta ayer mismo, en la fiesta anual de los Spencer.

Al igual que hizo en otra ocasión, esperó a que saliera a la terraza para pillarme a solas. Se acercó desde las sombras, como sólo él sabe acercarse, y me acarició la cara a modo de saludo.

Durante un momento mi corazón botó y volvió a ser el mismo que hace un par de años: débil, sangrante en su presencia. Pero fue sólo un segundo, porque en cuanto me di cuenta de que intentaba manipular mi energía sexual, lo bloqueé.

¡He estado meses practicándolo! Y qué satisfacción sentí al comprobar los resultados, al ver cómo él abría los ojos, sorprendido, y se le formaban arrugas en la frente.

—Déjame acceder a ti, Abraham, soy tu amo. Tu cuerpo y tu energía son mías.

—No lo son. Tú me diste poderes, me transformaste en un humano excepcional, pero sigo siendo un individuo independiente. Desde que mataste a Mirabelle he estado… explorando mis posibilidades, y desde ya te digo que jamás te perteneceré. —Le dediqué una sonrisa cruel. ¡Incluso yo me sorprendí de ser capaz de hacerlo!—. ¿De verdad pensabas que matar a mi esposa no tendría consecuencias?

Apretó los puños y apartó sus dedos de mi mejilla.

—Estás cometiendo un error, Abraham. ¡Si no me obedeces, tendré que asesinarte!

—¡Pues hazlo! ¡Inténtalo! ¡Vamos!

Se quedó ahí parado. Igual que se había acercado, se alejó hasta fundirse con las sombras.»

—De verdad, ¡qué dramático es El Coleccionista!

—Sé lo que siente.

Me sorprendió cómo habló. Levanté la mirada en su dirección para cazarlo con la vista fija en las sinuosas letras. En apariencia estaba tranquilo, pero su energía sexual había adquirido un tono morado oscuro. Era la primera vez que lo veía. Supe que estaba relacionado con los recuerdos de un pasado sufrido.

—Gabriel, siento que estés reviviendo lo que le pasó a tu madre por mi culpa.

—¿Por tu culpa?

—Sí. Me conociste justo cuando el libro me encontró. Te viste involucrado en esto sin querer.

Su manaza envolvió la mía. Solté el libro para facilitárselo.

Sus manos…, me gustaban. Las mías encajaban en las suyas de un modo perfecto.

—No te conocí sin querer, bibliotecaria. Iba persiguiendo el libro por las bibliotecas de la zona, así que era cuestión de tiempo.

—Lo buscabas a posta…

—Para informarme sobre cómo matar a El Coleccionista. Sabía que existía el Diario de Abraham porque ya se le había aparecido a mi madre antes, pero ella jamás me contó cómo matarlo porque no quería involucrarme: quería protegerme, mantenerme alejado del peligro, otra de las razones por las que no pude protegerla. No tenía ni idea de que Abraham era un Neutralizador.

—Sabías que aquí estaban las respuestas, pero no lo leíste.

—Ajá. —Asintió, solemne—.Y buscando, te encontré. Fuiste toda una sorpresa. Una muy agradable.

Recorrió mi cuerpo de arriba abajo. Me desnudó con la mirada. Me folló con la mirada. Pero supe que era un modo de protegerse, de cambiar de tema, porque su energía mantenía el color morado oscuro.

Apreté su mano.

—No hagas eso, Gabriel. No te encierres en los recuerdos y en ti mismo.

—Dijo la chica que odia que la vean llorar.

Me quedé callada porque él tenía razón. Yo acababa de hacerle lo mismo.

—Es cierto. Supongo que nos parecemos más de lo que creemos.

—Quizás deberíamos abrirnos el uno al otro —convino.

Me puse rígida en el asiento. ¿Estaba preparada? ¿Era capaz de verbalizar todo lo que había dentro de mi cabeza, o tardaría años en conseguirlo? Sólo me había abierto a Sam. ¿Abrirme a Gabriel me confundiría más? No lo sabía, pero debía valorar sus intenciones. Él quería ser transparente conmigo, ¿y quién era yo para prohibírselo? ¿Quién era yo si no me abría, igual que él a mí?

Una cobarde.

—No lo sé… Me cuesta —reconocí.

—Dime, ¿por qué llorabas?

Acaricié el pelaje de mi perro, tumbado a mi lado en el suelo.

—Vi el vídeo de mi boda para despedirme de la Hannah que fui antes de descubrirlo todo. Antes de que mi vida cambiara.

—Así que has decidido empezar de cero.

Asentí.

—Si quiero evolucionar, debo hacerlo. Si quiero tener una relación sana con Sam, debo hacerlo —añadí.

—Sam… Toda tu casa huele a él, bibliotecaria.

¿Eran celos lo que notaba en su voz y en su energía sexual? ¿Era un resplandor territorial lo que veían mis ojos?

—¿Estás celoso?

—Yo no me pongo celoso, Hannah, me pongo territorial. Me dan ganas de follarte encima de tu mesa para marcarte como mía.

—Tus genes de demonio son terribles.

—Lo sé. Se me pone dura sólo de pensarlo.

—¡Gabriel!

—Mírala, sonrojada.

Me sonrojé más. ¡No me extrañaría que me explotara la cabeza por la acumulación de la sangre!

—No estoy de humor hoy… ¿Sabes lo que vi el otro día en *Instagram*?

Lo hice sin pensar, para cambiar de tema. Cuando me di cuenta, me dieron ganas de pegarme un bofetón.

—¿Una *fotopolla*?

—No. Esto.

Le enseñé la conversación entre Diana y Sebastián. Cuando terminó, inquirió.

—¿Esta es tu mejor amiga y tu exmarido?

—Sí.

—Abre vuestro chat privado en *Whatshapp*.

—¡¿Qué?!

—Que abras su conversación privada.

No pregunté: obedecí.

Su energía sexual había adquirido un tono bermellón mezclado con negro.

En cuanto le tendí el móvil, él echó un vistazo. Vio mi mensaje pidiendo ser amigas aparte, agarrándome a lo que un día fuimos como a un clavo ardiendo. Conforme leía, su energía se oscurecía más. Un gruñido subió por su garganta.

—Toma. —Me puso el móvil en la mano—. Una parte de mí me dice que no me meta donde no me llaman, otra me ruega que te ayude a redactar un mensaje en condiciones para mandarla a la mierda.

—En realidad, estaba pensando en escribir uno —reconocí.

—¿Y a qué esperas? Hace una semana que ella te dijo que tenía que pensarlo haciéndose la digna, como si fueses un demonio hecho carne.

—Sí. Si me quisiera un mínimo todavía, habría respondido. No creo que haga falta tanto tiempo para saber a quién quieres, por mucho que mi ex y Carlota le estén metiendo mierda en la cabeza.

—Pues venga, bibliotecaria, ¿a qué esperas?

Sí, ¿a qué esperaba? Sam me había repetido lo mucho que valía mil veces, y gracias a él entendí que merecía lo que era capaz de dar. Él fue, en cierto sentido, un guía espiritual. Sin él estaría hundida en la mierda, refocilándome en ella mientras me repetía que quizás era tan mala como ellos pensaban, que quizás era el demonio y no tenía ni idea, que a lo mejor no valía nada como persona y no merecía más que este tremendo vacío.

Los dedos me temblaban cuando empecé a escribir. En realidad, estaban tan atorada que no recuerdo qué fue exactamente lo que escribí, pero supongo que fue del estilo:

Diana, estos días he estado pensando en que no merezco lo que me estáis haciendo. Que tardes tanto en decidirte sólo demuestra lo que soy para ti y lo que he sido siempre para ti: nada. Me has hecho lo mismo que le hiciste a tu anterior mejor amiga. No quiero seguir sufriendo. Quiero alejarme de todo esto, empezar desde cero, no ser la tercera en discordia en un grupo de tres, ni la mala de la película. Sólo quiero ser feliz.

Tu silencio era la respuesta que necesitaba. Espero que seas feliz.

Adiós.

Abrí la aplicación de *Instagram* y de *Facebook*, y la eliminé. La eliminé de mi vida. Cuando ella se dio cuenta de que había cortado toda forma de comunicación, me bloqueó de *Instagram*, rabiosa porque hubiese sido yo la que puso punto y final a nuestra relación.

«Qué curioso», pensé al darme cuenta, «¿no decía Sebastián que me matarías si me eliminabas de redes? Pues mira cómo demuestro que no es importante para mí en absoluto. Son números. Las redes son simples números. No obstante, parece que a ti sí que te importa.»

Por muy triste que me sentí al dar portazo a mi pasado, noté que comenzaba una nueva vida.



CAPÍTULO 16. ASÍ MURIÓ

Coloqué un libro en la sección correspondiente. *AUTOAYUDA*, rezaba el letrero. De ahí, pasé al de romántica para adultos. Llevaba los brazos cargados de libros y olía a papel viejo.

Cerré los ojos: me encantaba la sensación. Ser bibliotecaria era lo mejor que me había pasado en la vida.

—Buenos días, preciosa.

Di un respingo.

—¡Gabriel! ¿Cuántas veces te he pedido que hagas ruido al llegar?

—Lo siento —se disculpó—. Pensaba que había hecho el suficiente.

—No es el caso. —Me toqué la frente—. Casi tiro los libros al suelo.

—¿Te ayudo?

Estuve a punto de rechazar su ayuda, pero recordé que habíamos quedado en ser más abiertos el uno con el otro.

—Sí. Muchas gracias.

Durante unos minutos, le di indicaciones sobre dónde colocar esta novela o la otra. Él palpaba las portadas antes de colocarlas, las ojeaba y olisqueaba las páginas.

Sin querer, sonreí.

Gabriel era muy mono cuando pensaba que nadie lo estaba mirando. Era fuego, pasión, oscuridad, pero también luz y comprensión. Puede que lo estuviese infravalorando por culpa de esa fachada sexual que lo rodeaba.

—Ya hemos terminado.

Sentencié. Crucé los brazos sobre el pecho tras estirarlos.

—Hoy estás radiante, ¿sabes?

Di media vuelta hacia él. Se había colocado muy cerca de mi cuerpo.

—Muchas gracias. He tenido una pesadilla con Sebastián esta noche, pero cuando me he despertado me he sentido un pelín más fuerte que ayer.

—A veces hay que dar carpetazo a los problemas, bibliotecaria. Dime, ¿cuántas veces te has hecho valer en la vida?

La última frase me dolió por la verdad que había en ella. En pocas ocasiones me había hecho valer como estaba aprendiendo a hacer ahora. Sam me había enseñado a poner límites

haciéndome comprender mi valía.

Pestañeé, confusa.

—Por la cara que has puesto, diré que no muchas —continuó.

—Me duele decir que no. Qué triste.

Gabriel negó con la cabeza.

—Míralo por el lado bueno: estás aprendiendo. Estás teniendo un despertar espiritual o algo por el estilo.

—Será eso. En fin, Gabriel, ¿has venido a…?

Eché a andar entre las estanterías.

—A terminar de leer el Diario de Abraham. Vayamos al grano. Dejémonos de interrupciones. La bacanal de El Coleccionista es en tres días.

Me tropecé. ¡Estuve a punto de caer de bruces al suelo!

—¡¿Tres días?! ¡¿Tres?!

—Sí, tres. Tenemos que estar preparados.

—¿Y cómo se supone que vamos a prepararnos para no dejarnos llevar ahí dentro?

—Con autocontrol.

—¡Qué fácil es decirlo cuando te has criado viendo las energías sexuales!

De repente, Gabriel se paró y se colocó delante de mí cortándome el paso. Me agarró de los hombros con decisión y puso sus ojos negros a mi altura. ¡Casi me quitó el aliento! Qué bien lo hicieron sus padres, ¡por la Virgen del Pompillo!

—Basta, bibliotecaria, no te agobies. Cerraremos la biblioteca, leeremos la última página y te llevaré al local para tentarte de todas las formas habidas y por haber. Tú tendrás que bloquear el ambiente con tu propia energía.

—¿Me llevarás al local de nuevo? ¡No! Siempre que voy, acabo…

—¿Encharcada? ¿Masturbándote en la ducha? ¿Teniendo sueños húmedos donde decenas de manos te tocan en un cuarto oscuro?

—Pues… ¡sí!

—Eso es bueno: te gusta.

—¡Pero quiero volver a mi normalidad! Quiero matar a El Coleccionista y poder aclarar las cosas con Sam.

—Y para ello tenemos que hacer todo lo anterior. ¡Vamos!

Echó a andar dejándome allí plantada en mitad del pasillo. A los pocos segundos, escuché cómo la puerta de entrada se cerraba. ¡Y yo aquí, helada! Hoy me había levantado tranquila, con ganas de superarme, había metido el Diario de Abraham en el bolso (por si las moscas) y me había entregado al trabajo. No tenía ni idea de que acabaría yendo al local.

—Al menos llevo ropa interior negra —me consolé.

Aparté las palabras al instante. ¡Iba al local para ponerme a prueba, no para caer en la tentación a la primera de cambio! Por mucho que me hubiera gustado estar encerrada en esa habitación oscura, con el aliento de Gabriel en la nuca.

Revisé la biblioteca de arriba abajo, comprobé que los programas del ordenador estaban cerrados, activé la alarma, apagué las luces y salí de allí nerviosa, temblando como un flan.

—Sí que has tardado —replicó Gabriel.

—No quiero que mi jefa me regañe —aclaré.

Ambos emprendimos el camino entre los callejones de mi querido Gijón. Pasear a mediados de octubre por las calles de mi ciudad era una delicia. Por mucho que odiaba la humedad (mi pelo y yo lo hacíamos), me encantaba la montaña verde y el bosque. El aire era más puro porque había naturaleza por doquier.

Una vez llegamos al local, Gabriel me abrió la puerta, con una mirada traviesa, y me instó a entrar con un movimiento de cabeza.

—Pero, ¿no vamos a leer antes el diario? —Agité el libro delante de él.

—Sí que lo haremos, pero hoy tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?

¡ME ENCANTABAN las sorpresas! Me daba un poco de vergüenza recibirlas, pero adoraba que un hombre fuera capaz de sorprenderme.

—Sí. Vengaaa, ¡pasa!

Le hice caso. Al otro lado, sonaba algo a medio camino entre el pop y el rock. El cantante tenía un tono precioso, rasgado, que me erizó el pelo de la nuca. Era temprano, así que aún no se escuchaban muchos gemidos, ni había varios grupos de mestizos y humanos. De hecho, me sorprendió comprobar que el local estaba un pelín vacío, a excepción de los típicos clientes que parecían vivir allí.

—¡Hola, Gabriel! —El camarero saludó a mi compañero.

—¡Hola! —Nos dirigimos a la barra—. ¿Qué tal estás?

—Ahora mismo, tranquilo. Veo que vienes con la chica de estas últimas semanas. Dime, ¿ya te ha engañado para que estés con él? —preguntó en mi dirección.

Ambos soltaron una carcajada. Al ver que estaban de broma, también sonreí. Pese a mis habilidades sociales nulas, intenté decir algo gracioso:

—¡Pues sí, mírame! Un par de copas de vino y piensa que soy suya.

El camarero golpeó el brazo de Gabriel a través de la barra.

—Así es él, ¡pero por dentro es buen tío! ¿Os pongo una copa de vino de esas que te gustan? —Centró su atención en Gabriel.

—Sí. La iré rellenando, así que cóbrame un completo.

El camarero agarró el billete de Gabriel y se dirigió a los vinos. Escogió uno y llenó dos

copas con él.

—Que aproveche y…, ¡ah! Toma, ¡las llaves! No hagáis mucho ruido, ¿eh?

Sonreí, aunque en realidad no tenía ni idea de para qué eran esas llaves.

—¿Y esas…? —empecé a preguntar.

Él me interrumpió.

—Hoy tenemos un reservado.

—¿Hay reservados? —Las cejas escalaron por mi frente.

—¡Claro! —Gabriel echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. A algunos les gusta disfrutar o alimentarse en privado. Más allá de la puerta de la habitación oscura, están las escaleras. Arriba hay otra planta como esta, pero con pequeñas habitaciones.

—Gabriel, venimos aquí para que me enseñes a controlarme.

—Y lo haré cuando estés borracha. Te obligaré a evadir la influencia de mi energía una y otra vez. Cuando estés que no puedas más, iremos a la habitación oscura.

Me quedé quieta.

—¡¿Me vas a encerrar en una habitación para ponerme cachonda?!

Mi voz salió más parecida a un chillido.

—Joder, ¡dicho así suena fatal! Te lo quiero poner difícil, bibliotecaria. Sólo eso. No haré nada que tú no quieras, ¿vale?

Tragué.

Mi cuerpo entero deseó que lo hiciera. Se independizó de mi puta mente y fue a su aire. Mi energía sexual, por supuesto, hizo lo mismo.

—Sí. Sin duda debemos controlar eso —concluyó.

Me agarró de la muñeca y medio me arrastró por las escaleras hacia una puerta con el número cuatro. El pasillo en sí era sencillo, elegante, con luces de neón por doquier. Las puertas estaban engalanadas con decorados dorados. La nuestra no chirrió al abrir.

Entré con respeto, como entra en una casa un perro recién adoptado. Extrañándolo todo pero con ganas de descubrir, de saber.

—Bienvenida —dijo Gabriel cómicamente.

Paseé mi vista por el sofá, que iba de pared a pared. En el centro, una mesa para colocar las bebidas. Las paredes estaban repletas de cuadros bonitos, con formas y colores blancos y negros. Me fijé en un mandito que había al lado del sofá.

—¿Y ese mando?

Gabriel lo cogió y pulsó uno de sus botones. De pronto, la luz cambió de blanca a roja. Pulsó otro botón para hacerla más tenue.

—La luz es graduable. Y aquí —abrió ¡la pared de la izquierda!— está el televisor. Podemos seleccionar la canción que queramos y se reproducirá por los altavoces integrados por las

paredes.

—Esto me intimida, Gabriel.

—¿La habitación?

—No la habitación en sí, sino estar aquí contigo. Y la luz roja no ayuda nada. ¡Parece un puticlub!

Las carcajadas de Gabriel revotaron por las paredes.

—¡Hannah, esto no es un puticlub!

—No me niegues que lo parece.

—Quizás esta luz no ayude…

—No. Ponla más clara, por favor.

Asintió, pulsó en el mando y la luz pasó a ser amarilla clara.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Ahora, vino.

Estiré la mano y él colocó la copa entre mis dedos. Sin esperar, me senté haciendo que el líquido se removiera dentro del recipiente.

—¿Brindamos? —preguntó.

—Sí… ¡Por no…!

—¡No se te ocurra decir «por nosotros»! No me seas aburrida.

—Pues ¡por mi nueva vida!

Entrechocamos las copas y me bebí el contenido del tirón con los ojos cerrados. Cuando los abrí, ¡Gabriel estaba alucinando!

—Más —pedí.

Él chasqueó los dedos y mi copa se llenó del mismo vino.

—Con más cuidado, preciosa.

—Lo necesito.

—Y lo entiendo, pero queda mucho día por delante.

—Es verdad. No quiero que las letras del Diario de Abraham me bailen. Venga, ¡leamos!

Saqué el libro de mi bolso. Lo noté latir, como siempre. Era tan desagradable…

—Si vieras la cara de horror que pones cada vez que lo tocas…

—Es que es raro.

Lo abrí y me salté las inútiles páginas que hablaban sobre los sentimientos de Abraham.

«25 *de marzo de 1653.*

Querido diario:

Ahora sé cómo matarlo.

No hay información sobre ello, porque es él el que me ha creado, pero he conseguido descubrir cómo hacerlo. El Coleccionista dejó claro desde el primer momento que yo soy su debilidad, que si alguien en el mundo puede matarlo, soy yo. No necesitaré hechizos, no necesitaré hacerlo en Luna Llena.

No.

Me he entrenado durante estas semanas en las energías. Yo mismo he buscado a mestizos malvados y he aprendido a alimentarme de ellos con mi propia energía sexual. Por un lado me siento asqueroso cuando lo hago, por otro, no puedo negar que sienta bien.

Ahí está la clave, diario: en mi energía. Soy el único que puede alimentarse de El Coleccionista. Su energía es maleable para mí, apetitosa. Quizás por eso siempre me resultó irresistible todo lo que lo rodea.

Ahora que mi hijo está a salvo lejos de aquí, voy a vengarme. Si lo conseguiré, no lo sé. Tengo que tener en cuenta que él lleva vivo miles de años, y que yo acabo de empezar a aprender lo que soy capaz de hacer.

Espero que la próxima vez que escriba, sea para contar cómo lo he matado. Cómo he vengado a mi querida Mirabelle.

En caso contrario, me reuniré con ella en el Paraíso.

Le he pedido a un brujo de mi ciudad que embruje este libro para que, en caso de morir, encuentre por mí al próximo verdugo de El Coleccionista. Pese a ello, teniendo en cuenta que parte de mi energía ha quedado enganchada a estas páginas, es probable que El Coleccionista sienta al diario cada vez que este actúe.

Si he muerto, si me estás leyendo, es porque tienes la fuerza suficiente para acabar lo que un día comencé.

El Coleccionista es malo y cruel. A sus espaldas lleva tantas muertes encubiertas que ni siquiera yo soy capaz de contarlas. No te dejes engañar por sus encantos. No te dejes dominar por sus bacanales.

Yo lo hice, y mira cómo he terminado.

Mañana me jugaré la vida.

Adiós.

Adiós.»

La página siguiente estaba en blanco. Lo cerré de golpe, con fuerza. De haber estado el Diario de Abraham abandonado en mitad de la biblioteca, habría despedido polvo, pero hace semanas que lo encontré y le quité el polvo de las páginas y el lomo.

—El Coleccionista mató a Abraham.

—Se te da bien eso de resaltar la evidentica, bibliotecaria.

De pronto me giré hacia él, asustada. ¿Había leído él lo mismo que yo? Abraham se había estado entrenando para matar a El Coleccionista y había fracasado. ¿Quién me diría a mí que no me ocurriría lo mismo? ¡¿En qué cojones me estaba metiendo?! Mejor dicho: ¿en qué cojones me había metido?

—No quiero ser la siguiente, Gabriel. Yo también moriré. ¡Esa bestia lleva viva miles de años!

—No dejaré que te haga nada. Abraham estaba solo, tú estás conmigo.

—¡¿Y qué?! Sólo he utilizado mi energía en peleas dos veces… ¡dos!

—Las suficientes como para saber alimentarte de otras energías.

—¡Me da igual! ¿Eres consciente del control que tendrá El Coleccionista sobre su energía? Quizás sea dura como una piedra, quizás no pueda ni «hincarle el diente». —Hice gestos de comillas con las manos.

Sin darme tiempo a reaccionar, Gabriel me agarró entre sus brazos y me abrazó. Me pegó contra él con tanta fuerza que tuve la impresión de que no podía respirar. Sus dedos juguetearon con mi cabello. Intentaba tranquilizarme, y eso me enterneció. A pesar de todo, continué parloteando de modo ahogado:

—No lo entiendo, ¿por qué el Diario de Abraham escogió a tu madre si era una mujer normal?

Nos quedamos un rato callados. Increíblemente, la pausa, unida a sus dedos acariciando mi pelo, me tranquilizó. Casi me hicieron pensar que todo estaría bien con él a mi lado.

—Llevo mucho tiempo pensando que mi madre no era una mujer normal. Quizás era una Neutralizadora y jamás me lo dijo —susurró.

Lo miré: la luz amarilla se derramaba por su delicioso cutis, por esa barba de una semana que tan familiar empezaba a parecerme.

—¿Tú crees?

—Sí. Nunca me daba abrazos. Me expresaba su amor de otros modos. A lo mejor era por eso.

—Tendría sentido. Si era una Neutralizadora que había aprendido a usar la magia, sería muy valiosa. Por eso El Coleccionista la asesinó.

—Y ahora nosotros dos juntos podemos hacer lo que hacía ella: yo, magia, tú, neutralizar su energía, devorarla o a saber qué más.

—Unidos somos tan poderosos como tu madre —concluí.

Y por primera vez, mirándonos, tuve ganas de besarlo, de entregarme a él en cuerpo y alma y de hacer el amor en ese sofá, con sus manos agarrando mis caderas, ambos guiados por la sensación de unión que se respiraba.

Sam me vino a la cabeza como en flashes, así que me alejé. Intenté recuperar el control de mí

misma, de mi energía sexual. Lo conseguí muy rápido.

—Eso ha estado genial, bibliotecaria. El control que tienes sobre ti misma es envidiable.

—Es fácil controlarse cuando tienes la cabeza puesta en lo que pasará de aquí a tres días. Entonces, ¿qué debo hacer?

—Iremos allí y devorarás su energía, es así de fácil.

—¿Y si no funciona?

Lo vi apretar los puños. Por muy bien que escondía sus emociones, había pequeños detalles que lo delataban.

—Si no funciona, me sacrificaré para que puedas escapar. Yo te he metido en esto y yo te sacaré de esto.

—¡No! Gabriel, jamás dejaría que te sacrificaras por mí.

—No lo hice por mi madre, así que lo haré por ti.

—¡No podría vivir con ello!

Me removí incómoda en el sofá.

—Hannah —me cortó. Su expresión, dura—, existe un hechizo en el que se da la vida por la de otra persona. Es decir, si el que hace el hechizo entrega su vida, puede robar la de otro.

—Tu vida por la de El Coleccionista.

—Mi vida por la de El Coleccionista.

—No quiero que hagas eso.

—Si no hay más remedio, lo haré, al menos habré agotado todas mis posibilidades y tú seguirás viva. —Me acarició las mejillas con sus dedos. Los noté más fríos de lo normal. ¿Él también tendría miedo?—. Te dije una vez que conmigo no te pasará nada, y lo cumpliré. Soy un hombre de palabra, bibliotecaria.

Avanzó unos centímetros y pegó sus labios a los míos. Un beso casto que me derritió entera. Se alejó muy rápido. Supuse que había sido un gesto para sellar su promesa.

—Bibliotecaria, estos labios son una delicia.

Pasó la yema de su dedo anular por mi labio inferior. Yo lo dejé hacer, hechizada por sus ojos negros, por su rostro precioso y su pelo corto, despeinado y azabache.

—Pónmelo difícil —pidió—. Tienes que ponerte a prueba. Dime, ¿sigues pensando que te utilizo? ¿Sigues pensando que no vales nada para mí?

No me aparté. Sabía que estábamos allí para ponerme a prueba, porque debía aprender a evadir la influencia de otras energías sexuales sobre la mía. No me alejé porque estaba asustada y lo veía como a un protector.

—Lo pensé durante mucho tiempo. Luego entendí que, me guste o no, soy una Neutralizadora. El libro me ha encontrado, lo habría hecho estuvieras tú o no… Y estaría sola. El seguidor de El Coleccionista me habría matado el primer día.

—Me alegra que lo hayas visto, bibliotecaria.

Avanzó más. Colocó su nariz junto a mi oreja, encima de mi cuello. Su respiración me hizo cosquillas. Mi energía amenazó de nuevo con salirse de control. Tuve que tirar de ella, como si fuese un niño pequeño al que regañar. Continuó como si nada, consciente de lo que provocaba en mí:

—Desde que te conocí, me hice adicto a tu olor, a tus ojos, a tu cuerpo, a cómo se ven tus pechos debajo de la camiseta. Desde que te conocí, entendí que existe gente que merece la pena en este mundo, que todavía tengo alguien por quien luchar, por quien seguir. Tú, bibliotecaria, con tu sentido del humor, tus rechazos, tus penas, tus comentarios bordes, tus alegrías, tu sonrisa…, me has hecho salir de un pozo oscuro.

Me lamió. ¡ME LAMIÓ! Pasó su lengua por mi cuello y subió hasta el lóbulo de la oreja.

—Hmmmmm. Te mordería aquí —presionó con sus dientes sobre mi piel.

Mi energía sexual salió disparada en todas las direcciones. Llenó la habitación y se volvió loca. Fue como si explotara, como si escapara de las cadenas que había construido a su alrededor.

Gabriel se alejó con la mirada repleta de diversión. Su sonrisa, torcida, traviesa.

—¿Soy demasiado irresistible para ti?

Soltó una risita rasgada. ¡Seduciría incluso a una monja de clausura!

—Yo puedo resistirme a quien quiera —me hice la digna—, pero me lo estás poniendo difícil.

—¿Crees que El Coleccionista no lo hará? Él es capaz de hacerte perder la cordura. Con su energía sería capaz de meterse en tus bragas y tocarte. Podría hacerte sentir un orgasmo en la propia piel, obligarte a imaginar lo que él quisiera hasta que lo desearas con tu alma.

—¿Todo eso?

—Y más.

Subió la mano por mi muslo. Yo, que todavía estaba esforzándome por controlar mi energía descontrolada, tuve que hacer un esfuerzo titánico.

—Muy bien —me felicitó—. Así lo haces muy bien.

—Sería más sencillo si dejaras de hablarme con esa voz de follador nato.

—¿Esta voz? —repitió con tono grave.

—Esa misma. Tu voz derrite-bragas PLUS.

Se tragó una carcajada.

—Bibliotecaria, tienes nombres para todo. Podrías ponerle nombre también a esto.

Agarró mi mano y la guio a su miembro. Me hizo saber que estaba duro, ávido de mí. Mi energía sexual aporreó mis cadenas imaginarias, se enfadó, me golpeó la entrepierna y yo no paré de mojarme, de palpitar entera.

—Me estás matando —me quejé.

Y sí, sonó a quejido.

—Es la intención. Vamos, tócame.

Aparté la mano.

—No lo haré.

Su sonrisa se estiró en mi cuello.

—Muy bien, Hannah. No me toques, pero déjame seguir tocándote a ti.

Su mano se acercó a mi ingle peligrosamente, por debajo de mi vestido. Tocó el borde de mis braguitas negras y rozó mi humedad.

—Estás tan mojada… Quiero hundirme ahí, ponerte los ojos en blanco, hacerte gritar.

Fui consciente de mi sudor bajando por la columna vertebral. Resistir me estaba costando tanto que me sentí mareada. Quise desintegrar mis barreras y dejar a mi energía fundirse con la de Gabriel. NECESITABA hacerlo.

Pero no lo hice.

El dedo de Gabriel se coló por mi ropa interior y lo metió dentro de mí. Eché la cabeza hacia atrás mientras me agarraba a sus hombros.

—Para, para…, no puedo controlarla más.

—Sí puedes, preciosa. Lo puedes todo, ¡créetelo!

Imaginé que las cadenas eran de hierro. No, ¡de adamantio, igual que las garras de *Wolverine*! La até en corto, apreté y, de pronto, como si se hubiese rendido, se quedó quieta. A pesar de los envites de la energía sexual de Gabriel contra la mía, siguió ahí, parada, obediente.

Cerré las piernas, agarré la mano de mi compañero y lo alejé de mí.

—Te he ganado, Gabriel. Lo siento por ti.

Su sonrisa de orgullo me llenó entera.

—Entonces ya estamos preparados para salir de aquí. Hoy nos meteremos en los distintos grupos del local para que sepas cómo se vive una bacanal… Aunque este sitio no tiene nada que ver con las que organiza El Coleccionista.

Me sonrojé. Era impresionante cómo, al controlar mi energía sexual, había aclarado mi cabeza y sentido sólo lo que yo deseaba.

—Me da vergüenza, pero es inevitable.

—¿Vergüenza por qué?

—Porque siempre me he reservado para mi pareja. Porque no me gusta que me vean desnuda.

—¿Eres consciente de que tienes un cuerpo de escándalo?

—No me veo así.

Metí el libro dentro del bolso, me bebí lo que quedaba en mi segunda copa de vino, y me levanté.

—Pues lo tienes. ¡Y qué tetas! Créeme, bibliotecaria, serás la perdición de todos los de ahí

abajo. ¡Ah!, y hay una última cosa que debes hacer: cuando tengas tu energía bajo control, intenta liberarla y utilizarla a tu antojo sin que se vuelva loca.

—¡Recibido!

Así que bajamos, Gabriel a mis espaldas.

—¿Protegerás mi cuello?

—Siempre.

—¿Empezarás las conversaciones?

—¿Te da miedo la gente, o qué?

—No, pero socializar se me da fatal. ¿Qué se supone que debes decir cuando quieres meterte en un trío, por ejemplo? «Hola, me llamo Hannah. ¿Aceptáis a una cuarta?».

Gabriel echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó. Acababa de llenar su copa de vino y tenía los labios manchados de rojo.

—Mejor déjame hablar a mí.

Diría que presté atención a lo que Gabriel hablaba con los demás mestizos, pero estaría mintiendo. Estaba nerviosa. ¡Qué digo, nerviosa! ¡Estaba nerviosísima! El corazón tronaba dentro de mi pecho, tan fuerte que lo escuchaba en mi cabeza. La respiración, acelerada. De nuevo tuve la sensación de no ser yo la que estaba viviendo esto. Sin duda, mi mente pedía a gritos volver a la normalidad. Al menos a una mínima normalidad.

—Entonces esta es tu compañera, ¿no? Hannah. —Estaba diciendo un chico rubio, con un halo blanco a su alrededor. ¿Ese no era el que provocaba orgasmos con el contacto?—. Es bella, magnética. Dime, Hannah, ¿qué le has hecho a este chico para engancharlo?

Pestañeé.

—Nada.

—¡Pues enhorabuena! Eres la primera mujer que lo doma.

—¡¿Domarme?! No te ilusiones, Iván, ¡sigo siendo un alma libre!

—¡Eso es lo que dices! Pero te conozco muy bien, Gabriel, y esta chica te tiene en sus garras.

Gabriel me agarró de los hombros y me colocó delante de su cuerpo, enfrente del tal Iván.

—¿Te gusta lo que ves?

El hombretón me desnudó con la mirada. Hizo un recorrido por mi cuerpo de arriba abajo, de abajo arriba. Se detuvo en mis ojos.

—Me pregunto a quién no le gustaría.

Me ruboricé. El tal Iván se acercó con mirada depredadora. Me di cuenta de lo alto que era, ¡casi tanto como Gabriel! Su pelo era más claro, más largo. Con la luz tenue no sabría decir el color exacto de sus ojos. Y su energía sexual… ¡Era de las más intensas que había visto!

Sin previo aviso, levantó la mano y fue a tocarme el cuello. Gabriel agarró su muñeca antes de rozar mi piel.

—Su cuello es mío, Iván.

El hombretón sonrió. ¡Parecía a punto de echarse a reír!

—¿Y luego dices que no te tiene entre sus garras, amigo? ¡Si hasta reclamas su cuello! Al menos puedo tocar su cara, ¿verdad?

—Puedes tocar lo que ella te permita.

Iván me observó pidiendo mi aprobación. Asentí, y su dedo índice rozó mi mejilla. De inmediato, un placer insoportable se acumuló en mi entrepierna y noté cómo me acercaba al clímax. Mi cuerpo no estaba preparado para ello. Mi corazón se aceleró tanto como mi respiración.

—¿Sientes eso, bonita?

Asentí. ¡Apenas era capaz de hablar! Me había dejado cerca del clímax a posta.

—Puedo hacer que sientas esto en cada parte de tu cuerpo. Puedo…

De repente, alguien me agarró del brazo y tiró de mí con demasiada fuerza hacia la izquierda.

Me tambaleé. ¡Estuve a punto de perder el equilibrio! Gabriel, que estaba detrás de mí, se lanzó a por la persona que acababa de zarandearme y se interpuso entre ella y yo. Sin embargo, no tuve que verla para saber quién era. Su voz fue más que suficiente. Me llenó de terror:

—Hannah, ¡¿qué demonios te estás haciendo?! ¡Qué cojones es esto!

Sam.



CAPÍTULO 17. ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

—Gabriel, no le hagas nada. Él es Sam.

Coloqué la mano en su hombro en un intento de… ¡yo que sé! De tranquilizarlo, supongo.

—Qué coño es esto —seguía repitiendo mi amigo.

Gabriel se apartó y al fin pude verlo. Iba con una camiseta graciosa en la que aparecía un queso enfadado enfrente de un rallador, y decía *«¡No me rayes!»,* un juego de palabras ingenioso que en otro momento me habría hecho reír. Llevaba el pelo revuelto, como si llevase horas en la calle. Su energía sexual estaba negra como el tizón. Los hilos naranjas y rojos que la cruzaban dejaban más que claro que estaba enfadado. Me sorprendió que fuera tan bueno en controlar sus impulsos sexuales, pero se dejase dominar por la ira de ese modo.

—Salgamos fuera. Te lo explicaré.

—¡Cómo cojones se explica esto!

Extendió sus manos, dando a entender que se refería al ambiente. Como dije antes, el local parecía un puticlub. En parte, me alivió comprobar que seguía siendo temprano y aún no había empezado lo bueno. No había orgías, ni tríos, ni gente follando por los rincones. Liándose y tocándose sí, pero no follando.

—Salgamos…

Me interrumpió:

—¡Estás muerta para mí, ¿me oyes?! ¡Muerta!

De pronto, Gabriel lo agarró de los hombros y susurró con la voz fría como el hielo:

—Relájate, maldito niñato gilipollas. Deja que Hannah se explique.

Las hondas que salieron de su energía al hacer eso fueron tan sutiles que creí haberlo imaginado. Funcionó, pues Sam se sacudió y dijo:

—Vamos.

A pesar de todo, su energía sexual seguía oscura, dislocada, fuera de control.

Gabriel me dedicó un gesto de ánimo y me colocó la mano en la parte baja de la espalda antes de salir. Por mi parte, ¡yo apenas podía respirar!

¡Por la Virgen del Pompillo! Sam estaba ahí. El hombre con el que quería hacer las cosas bien, por el que quería volver a la normalidad, estaba metido hasta el cuello en la faceta más terrorífica de mi vida. Tragué. Noté cómo las lágrimas se acumulaban al otro lado de mis ojos.

¿Y si me mandaba a la mierda? Estaba claro que tendría que contarle qué estaba pasando. ¿Y si no me creía? ¿Y si pensaba que yo era… que era… una puta cualquiera? ¿Y si dejaba de valorarme, de verme como realmente era?

Hice un puchero. Una lágrima escapó de mi ojo derecho y rodó por mi mejilla.

Fuera, el cielo estaba oscuro, el ambiente húmedo y las farolas iluminaban los estrechos callejones trémulamente.

No me perdonaría perder a Sam. Él era lo único bueno en la vida. Rectifico: lo mejor que me había pasado en la vida.

Se giró hacia mí con el odio bullendo de él. Me golpeó con tanta fuerza que mi energía se estremeció, se quejó.

—¡ESPERO QUE TENGAS UNA BUENA EXPLICACIÓN PARA ESTO!

Y yo temblé, como una niña pequeña que no ha hecho nada grave y es regañada en la calle por un desconocido. Temblé como un perrito abandonado en la calle en una tarde de lluvias torrenciales.

Nunca lo había visto enfadado. Nunca lo había visto gritar.

—Sí que la tengo. La tengo. —Sollocé.

Él se giró. A lo mejor no quería ver mis lágrimas.

—Eh, tío, relájate. Estás regañando a una chica por ser lo que es.

—¡Ah, sí! ¿Y qué es? ¿Y tú quién pollas eres?

Sam y Gabriel se encararon, a cada cuál más alto, más grande. Sam era algo más delgado, pero se había criado en un ambiente difícil y no dudaba de que, por muy humano que fuera, se lo pondría difícil a Gabriel.

—Mi nombre es Gabriel, y soy el que protege a tu chica de los que quieren matarla.

—¿Mi chica? ¡¿Mi chica?! Ella no es mi chica.

Su mirada de desprecio me rompió por dentro. Fue como si algo en mi corazón crujiera y me hundiera en el suelo. Me noté cayendo en un pozo oscuro.

—Te lo diré por última vez: relájate. —Lo amenazó Gabriel—. Entiendo que estés así porque crees que ella no es quien creías, pero te aseguro que sí lo es. Ella es la Hannah que conoces, pero debes oír su historia.

Sam comenzó a caminar de un lado a otro como haría un león enjaulado. Me dio la sensación de que intentaba controlarse a sí mismo sin conseguirlo.

Las lágrimas comenzaron a nublarme la vista, la capacidad para razonar. Las ideas se atropellaban las unas a las otras dentro de mi cabeza.

—¡Está bien! —tronó—. Vamos a tu casa, Hannah. Tú y yo.

Dejó claro que no quería tener a Gabriel pululando cerca. ¿Pensaría que tenía algo con él? De hecho, ¿tenía ya algo con él, pero no me había dado cuenta? Preguntas que resolvería con el paso

de los días.

—Sí —cedí.

—No voy a dejaros solos —gruñó Gabriel, muy territorial de pronto—. Hannah, este hombre está fuera de sí.

—No me hará nada —aseguré.

—No sé yo…

Coloqué una mano tranquilizadora en su brazo.

—En serio, déjame solucionar esto.

Gabriel asintió no muy conforme, se dio media vuelta y, tras lanzarle una última mirada a Sam, desapareció por la puerta del local.

Al instante, Sam se cruzó de brazos y echó a andar a grandes zancadas sin mirarme siquiera. Tuve que correr para seguirlo. Su pelo rubio se zarandeaba por detrás de su cabeza y su exquisito perfume nos acompañaba, ignorante a lo que estaba ocurriendo.

Al llegar a mi casa (hicimos el recorrido en silencio), los perros me saludaron ignorando nuestro estado de ánimo. Sam entró directo al salón y se apoyó en una mesa. No sé si fue un intento por tranquilizarse, o si trataba de contener las venenosas palabras que tenía en la lengua.

—Explícate.

Fue más siseo que orden.

—No sé por dónde empezar. Yo… Yo…

—O te explicas, o me largo para siempre.

Entre la espada y la pared. Me ponía entre la espada y la pared y no podía culparlo. Desde su punto de vista, yo era una chica dolida que estaba destrozando su vida. Era una mujer con la cabeza hecha pedazos que había ido a un local parecido a un puticlub, y estaba encajada entre dos hombres atractivos cuando él entró.

Era una cualquiera.

Si yo fuera él, pensaría lo mismo, porque, ¿quién iba a creerse que estaba entrenando para controlar mi energía sexual y en tres días me jugaría la vida en la bacanal del hijo de Baco?

Nadie.

¡Era una puta locura! Era mi vida en estado puro.

—Todo empezó cuando descubrí las conversaciones de Sebastián. —La voz me temblaba por el llanto. Me vi obligada a respirar hondo para continuar—. Por la mañana, me desperté con un tatuaje en el omóplato.

Me giré, me levanté la camiseta y le mostré la marca. Él la observó, todavía con la ira cruzando su expresión. Los puños, cerrados a ambos lados del cuerpo.

Se me volvió a encoger el corazón. Ya de paso, se me revolvió el estómago y tuve una arcada.

—Qué pollas tiene que ver ese tatuaje con que te estés haciendo esto a ti misma. En serio,

Hannah, ¿voy a recogerte a la biblioteca y me encuentro con que hay otro chico allí? ¿Me encuentro con que tienes una doble vida o a saber qué? ¡¿Que eres peor que tu puto exmarido?!

Di un paso atrás, dolidísima.

Que me comparara con Sebastián era lo peor que podía hacer. Sin embargo, continué con mi historia.

Le conté todo lo que me ocurrió de principio a fin, pasando por cómo conocí a Gabriel, por cómo me encontró el libro, y terminando por el día de hoy, que había estado preparándome para una batalla que probablemente acabaría conmigo muerta. Él me escuchó en todo momento, y con cada palabra que decía, más parecía enfadarse.

Me dio igual. No paré. Seguí, seguí y seguí. Al sacar el libro del bolso y dárselo, hubo un pequeño cambio, porque se relajó (no mucho, ¡pero algo era algo!).

—Sé que es difícil de creer, pero es verdad.

—¿Me tomas por tonto? Estas páginas están en blanco.

—En realidad, no. Yo puedo leerlas porque soy una Neutralizadora. Tú jamás las verás.

Silencio. Soltó el libro con fuerza sobre la mesa. Su modo de actuar me resultó un pelín inmaduro, si queréis que os diga la verdad.

—¿Tú eres consciente de lo que me estás contando?

—Sí. Te estoy diciendo la verdad. Y lo único que deseo ahora mismo es matar a El Coleccionista para volver a la normalidad. Para poder hacerlo bien contigo, porque entre nosotros hay algo especial.

—¿Por eso me pediste espacio? ¿Por eso me dijiste que teníamos que ir lento?

—Sí —asentí—. Era totalmente sincera cuando te comenté que esto es tan especial que no quiero estropearlo. Quiero ser una mujer estable antes de embarcarme en una relación contigo, porque mereces la pena. Juntos merecemos la pena.

Se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa. Sus ojos marrones contemplaban el Diario de Abraham tirado en el suelo.

—¿Cómo sé que no es mentira? ¿Cómo sé que esto no es una mentira como una casa?

—Puedo demostrártelo.

—Cómo —gruñó.

Sam era algo similar a un animal.

—Puedo utilizar mi energía para influir en la tuya. No lo he hecho nunca, me estoy conociendo, pero sé que mis poderes son casi ilimitados en ese sentido.

—Adelante, entonces. A ver qué logras.

Tragué. Me limpié las lágrimas con la manga de mi vestido y respiré hondo. Me concentré. ¡Y creedme cuando os digo que nunca he estado tan concentrada! De esto dependía que Sam me creyera o me mandara a la mierda. Si la cagaba, pensaría que me acababa de inventar una

historia, seguramente basada en uno de los libros de la biblioteca

Tanteé mi energía. Imaginé que la agarraba y la llevaba a la de Sam. Hice lo mismo que con los seguidores de El Coleccionista, pero transmitiéndole otras intenciones: no quería alimentarme, destrozar o matar. Quería tranquilizar.

Mi energía sexual parecía ser consciente del estado en el que estaba la energía de Sam, pues al tocarla se estremeció. No le gustó, pero yo la obligué a unirse a la suya y a llenarla de la calma que yo misma intentaba sentir. A los cinco segundos, mi energía y la suya estaban totalmente fundidas y la mía absorbió el negro, el rojo, y le trasmitió energía positiva. Una energía de un calmado color azul y blanco.

—Increíble.

Abrí los ojos.

Sam ya no tenía los brazos cruzados y no se apoyaba sobre la mesa. Se estaba mirando las manos. Su rostro, sorprendido.

—¿Estás mejor? —inquirí.

—Cómo has hecho eso.

—Te lo estoy diciendo: controlo las energías. Soy una Neutralizadora. El hijo de Baco creó al primero sin querer, este tuvo un hijo y…

—Sí, sé cómo funciona el tema de los genes. Pero me cuesta creer que esta locura es real.

Dejé caer los brazos, impotente.

—Esta locura es mi vida, Sam. Por eso me esfuerzo en volver a la normalidad cuanto antes. Aunque vea las energías sexuales y tenga poder sobre ellas, lo único que deseo es acabar con El Coleccionista y ser feliz como una persona normal. Se puede. Sé que se puede.

—Y por eso estabas entre esos dos armarios empotrados.

—Sé que te parecerá repugnante, pero me he visto obligada a entrenar en el control de mi propia energía. No es ninguna broma, Sam. Abraham murió intentando acabar con El Coleccionista.

—¿Y por qué no dejarlo en paz? ¿Por qué no quemar el libro y acabar con todo?

—Porque El Coleccionista se ha dedicado toda su vida a buscar a los Neutralizadores para asesinarlos. Él se cree el rey del mundo y no permitirá que una amenaza ande por ahí suelta.

—Yo… —Apretó sus sienes con los dedos—. Necesito asimilar esto, Hannah. Si es verdad, yo… Quiero una vida tranquila, ¿vale? Y sé que mereces la pena, pero no soportaría formar parte de ese mundo del que hablas. Yo quiero tener hijos, mi trabajo, mi casa, mi perro, jugar a videojuegos cuando me apetezca y tener mi rutina. Salir, entrar, viajar sin preocuparme porque alguien pueda matarte, ¿entiendes?

—Yo también. Acabaré con El Coleccionista y podré hacer todo eso. Al fin y al cabo, nadie puede saber que soy una Neutralizadora si no huele mi cuello.

Otra pausa.

Esta conversación estaba llena de pausas reflexivas, lo cual odiaba. No me gustaban los silencios incómodos. Puesto que él era un chico de sopesar los detalles, solía detenerse a pensar en mitad de las conversaciones. Me alivió comprobar que su energía volvía a ser sosegada aunque había retirado ya la mía.

—¿Ese Gabriel tampoco te seguirá? Parecía ser muy territorial contigo. Además, aseguró ser tu protector.

—Y lo es. Le recuerdo a su madre y no quiere repetir los mismos errores. Él, al igual que yo, buscamos asesinar a la misma persona. Pero él tiene claro que yo deseo volver a mi normalidad para estar contigo y ser felices, para construir una nueva vida.

—Entiendo.

Más silencio.

¡Joder, con las pausas de mierda! ¡Y en esta se estaba tomando su tiempo!

—Por favor, di algo —rogué.

Restregué mis ojos irritados.

—Esto es una locura, Hannah, necesito pensar. —Se acercó a mí para agarrar mi cara con sus manos con suavidad—. Ahora me voy a ir, pero no quiero que te lo tomes como un adiós. Me importas, ¿vale? Mis sentimientos bonitos siguen aquí.

Se miró el pecho.

—¿De verdad no es un adiós?

—No. Es un «necesito asimilarlo». Es un «respeto tu tiempo hasta que podamos estar juntos», ¿vale? Y no llores. El rojo te queda bien en el pelo, pero no en los ojos.

Me besó con suavidad, como si quisiese decir mil cosas pero no se atreviera a verbalizarlas. Como de costumbre, mi energía sexual quiso quedarse a vivir en la suya. Un gemidito de alivio escapó de mis labios mientras llevaba mis manos a las suyas, aún en mi rostro.

—¿Nos veremos pronto?

—Cuando te hayas desecho del hijo de Baco. Hasta entonces, ten cuidado. Prométeme que no harás ninguna locura. Si Gabriel quiere sacrificarse para acabar con el hombre que mató a su madre, que lo haga.

Apreté los párpados. Ni siquiera yo sabía si era capaz de permitir que hiciera tal cosa, pese a ello, asentí, porque de verdad creía que la vida me debía un pelín de felicidad.

Las cosas TENÍAN que salir bien.

Estuve dos días preocupada. Dos días de angustia en los que me obligaba a dormir y me atiborraba a tilas con leche. Simplemente no podía creer que todo se hubiera torcido tanto. No quería hacer daño a Sam, por eso decidí en su momento aclararme antes de formalizar nada, por

muy mágica que fuera nuestra conexión. Lo bueno es que él entendió que ahora mismo era esclava de mis circunstancias. Que con el tiempo podríamos hacer algo grande de nosotros dos.

Cerré los ojos con fuerza en la cama.

Tenía que esforzarme, tenía que darlo todo por mi felicidad. Por nuestra felicidad. Lo que pasaría con Gabriel después, no lo sabía. Siempre tuve claro que no podría tener una relación real con él, porque mi confianza estaba muy dañada por mis vivencias. Había logrado confiar en Sam porque él antes fue mi amigo, ¿pero en Gabriel, con toda la fama de mujeriego que llevaba detrás? No, jamás. Además, debía escuchar a mi energía sexual, y la mía siempre dejó claro que quería quedarse a vivir con la de Sam. Si tenía que rechazar a Gabriel antes de volver a la normalidad, lo haría aunque doliera. Él volvería a su vida de siempre, con su objetivo de vida cumplido, y yo lograría ser feliz una vez cerrada la herida causada por mi exmarido.

Sebastián, Diana… Con todo lo que llevaba encima apenas me había acordado de ellos estos días. Pese a todo, esperaba que les fuera bien en el futuro. El rencor no era mi mejor amigo. Quizás un poco por las cicatrices que me dejarían, pero no eternamente. Llegaría un día en que incluso agradecería que me hubieran ayudado a crecer.

Sí, habéis escuchado bien: me ayudarían a crecer. Porque las personas estamos hechas de nuestras experiencias, y sin ellos no habría aprendido a valorarme como Dios manda. Sin ellos quizás no habría aprendido a decir que no, a poner límites, a ser un pelín egoísta.

Di otra vuelta en la cama.

Mañana era el día. Gabriel no me había escrito más que para preguntarme si estaba bien. En cierto sentido, me gustó que respetara mi silencio. De todas formas, sabía que mañana me diría de ponernos manos a la obra.

Miré a mis perros, acurrucados en su cama. ¿Sería la última noche que los vería?



CAPÍTULO 18. BACANAL

—Deja de preocuparte: vas preciosa.

—No me preocupo sólo por la ropa. Créeme: la moda es la menor de mis preocupaciones ahora mismo.

Me había puesto una falda negra y una camiseta blanca que dejaba mis clavículas al descubierto. Me quedaba genial. Muy elegante, ¡sobre todo con la gargantilla plateada! Le había dedicado una hora a mi maquillaje. Se veía oscuro con detalles metalizados.

Gabriel lucía una camiseta también blanca (¡parecía que nos habíamos puesto de acuerdo!), unos pantalones vaqueros y unos zapatos de vestir, pero cómodos. Cuando lo vi ¡estuve a punto de desmayarme!

—Lo otro tampoco debería ser un problema. Te he dicho que te protegeré hasta las últimas consecuencias.

—No quiero que te sacrifiques, Gabriel.

—Y yo te he dicho que no podría seguir vivo si volviera a fracasar. Es decisión mía, bibliotecaria.

Delante teníamos un local enorme llamado *LA COLECCIÓN*. Muy apropiado, sí, señor… Las molduras eran de un elegante color crema con detalles dorados. Dos columnas gigantescas estilo griego adornaban la fachada, una a cada lado de la puerta de entrada.

—Las columnas son preciosas —apunté.

—¿En serio? ¿Estamos a punto de entrar en una bacanal y te pones a fijarte en las columnas?

—Las cosas, como son. Puedo estar nerviosa, cagada de miedo, y a la vez valorar lo que es bello.

Gabriel puso los ojos en blanco mientras sonreía.

—Anda, entremos, bibliotecaria. Prepara tus barreras.

Se refería a mis barreras mentales. Necesitaba estar lúcida para controlar mi energía.

Asentí y él empujó las dos puertas de madera, ambas enormes. Al abrirlas, vimos un pasillo largo con una alfombra roja en el centro. Al final, otra puerta, en esta ocasión de cristal.

Ambos anduvimos en silencio. Me rasqué la mejilla por el nerviosismo y di un respingo cuando sentí la mano de Gabriel sobre mi espalda.

—Tranquila, no te pasará nada.

El chico guapo me estaba sonriendo de un modo tranquilizador. En ese momento me pregunté cómo era capaz de hacerlo, cuando en realidad su vida corría más peligro que la mía. Sí, sabía que era a mí a quien El Coleccionista quería, pero también era consciente de que Gabriel tenía ya una historia con El Coleccionista, de que llevaba años persiguiendo al Diario de Abraham con la esperanza de matar al asesino de su madre.

Agarré su mano y lo obligué a colocarla junto a la mía, dedos entrelazados.

—No nos pasará nada —lo animé.

Mentirosa. Abraham había muerto y seguramente uno de nosotros acabaría igual.

Fui yo la que empujó las puertas de cristal. Esta vez sí, una música elegante nos recibió. No supe identificar qué canción era, y la voz del cantante no la había escuchado nunca. Sonaba a antigua.

Mis ojos se pasearon por la estancia antes de sentir la oleada de energía sexual: las paredes estaban repletas de cuadros de figuras desnudas, de personas disfrutando del sexo, de la comida.

Me pareció reconocer alguna obra, como: *Venus, recreándose con el amor y la música*, de *Tiziano Vecellio*; *Leda y el Cisne*, de *Leonardo Da Vinci*; o *La femme Damnée* de *Nicolas François*. A la derecha, dos grandes puertas de donde salían los camareros a toda prisa, trayendo comida, comida y más comida a una mesa alargada colocada en el centro de la habitación, con un mantel rojo precioso. Me recordó al Gran Comedor de *Hogwarts*. Sí, me crie con *Harry Potter*, ¡así que me era imposible no hacer ese tipo de comparaciones! ¿Fan de J. K. Rowling yo? ¡Un poco!

—¿Qué está sonando? —inquirí.

—Algo de Tchaikovsky.

Continué inspeccionando la zona.

Las luces rojas bañaban el local. Parecía una sala sacada del mismísimo infierno, y es que ahí no sólo había mestizos: había íncubos y súcubos también. No sé cómo los diferencié, pero lo hice, y no me dio miedo. Eran preciosos, con figuras humanas pero partes del cuerpo demoníacas. No podía parar de mirar a una mujer preciosa de ojos brillantes que tenía un rabo largo parecido al de un dragón. Se movía de un modo sinuoso entre la gente. Su desnudez era descarada. Los pechos eran los más bonitos y firmes que había visto en mi vida. Al igual que en el otro local, se escuchaban los gemidos, las risas y los gritos. A una distancia prudencial de la mesa principal, había sofás y camas al lado de mesas más pequeñas. La gente iba a la principal, agarraba lo que le apetecía y se lo llevaba a su zona. Todo el mundo parecía feliz, como drogado por el ambiente.

—¿Vas a quedarte aquí parada? —preguntó Gabriel ejerciendo presión sobre mi espalda para hacerme avanzar.

Pero una parte de mí se sentía hipnotizada por todo aquello.

En uno de los sofás más cercanos a nosotros, había dos hombres y dos mujeres. Las chicas estaban desnudas y les daban de comer uvas a ambos hombres. Estos reían entre uva y uva, bebían vino a manos llenas, y las muchachas reían y coqueteaban entre ellas. Un poco más allá, una chica vestida de griega estaba tirada en una cama recibiendo la atención de varios machos. Algunos estaban bebiendo vino de su ombligo. Ella parecía obnubilada por lo que le hacían sentir.

—Vamos —gruñó Gabriel una vez más.

Me empujó.

No entendí qué me estaba pasando. ¿Por qué no podía moverme? ¿Por qué no podía parar de observar aquello?

Mi vista continuó subiendo por la multitud hasta llegar al trono rojo, alto y poderoso. Hasta llegar a El Coleccionista. No fue necesario más que un vistazo para saber que aquél ser era el rey de todo aquello. Su presencia, su energía sexual, lo llenaba todo, lo hacía arder todo. Notaba su

roce insistente al otro lado de mis barreras, destruyéndolas, comiéndoselas. Era su propia energía la que me mantenía ahí parada, mirando, derritiéndome, deseando ser una pieza más de aquella locura.

El Coleccionista era muchísimo más atractivo que cualquier ser que hubiese visto nunca. No había súcubos o íncubos que valieran. Él era sexo en sí mismo, locura y descontrol. Estaba sentado sobre el trono con las piernas abiertas, las manos agarradas con fuerza a los reposabrazos y la vista clavada en una de las hembras que le susurraba cosas al oído mientras le daba de comer. Tenía los hombros anchos, el pelo plateado y…, joder, su rostro era espectacular.

Mi corazón se aceleró nada más verlo y la sangre de mis venas pareció golpear con fuerza en cada rincón de mi anatomía.

—Muévete, joder, Hannah.

Abrí la boca para decir algo, pero no pude.

Gabriel me arrastró. Di un paso. En ese momento, como si El Coleccionista hubiese sentido mi presencia, me miró. Las dos chicas que estaban lamiendo su miembro movieron la lengua con más fuerza sobre su glande cuando él gruñó y empezó a correrse sin apartar la vista de mis ojos. Me miraba mientras se corría. Casi pude sentir su semilla en mi propia boca, las palpitaciones de su carne entre mis dedos. Todavía se estaba corriendo en los labios de las dos chicas cuando sacó la lengua y se relamió sin dejar de observarme. Tenía la frente perlada de sudor por el sexo, por el orgasmo.

Gabriel se puso delante de mí y me agarró la cara, obligándome a cortar el contacto visual con El Coleccionista.

—¡¿Te has vuelto loca?!

Di un traspié.

—¿Qué…, qué ha pasado?

—Es el efecto de la bacanal. Te ha atrapado.

Busqué esas barreras que con tanto cuidado había trabajado estos últimos días para encontrarlas destruidas en el suelo, hechas añicos.

—Mierda.

—¿Estás bien?

—Sí. Sólo necesito un momento.

Cerré los ojos, concentrada para volver a armar mis escudos, para volver a ser yo de nuevo.

—Ya está —sentencié—. Siento ser tan débil.

—No eres débil. —Me tranquilizó. Sus manos aún sobre mi rostro—. El efecto inicial es así. Una vez sabes lo que es y cómo se siente, es más fácil mantenerlo al margen.

Era cierto. Mis barreras seguían firmes en su sitio por mucha energía sexual que notaba tentándome.

—Me ha visto. El Coleccionista me ha mirado.

—Lo sé.

—¿Crees que me habrá reconocido?

—No creo que te haya reconocido, pero le has gustado.

—¿Cómo lo sabes?

—Por cómo te miraba mientras se corría.

—Yo no… Yo… —titubeé.

De repente, una mujer preciosa y un hombre grande como un armario, se acercaron a nosotros. Iban vestidos con trajes que dejaban poco a la imaginación, con plumas por aquí y por allí. Pestañeaban con coquetería todo el rato.

—Bienvenidos —dijo el hombretón—, somos Arthur y Ovidia. Nos envía El Coleccionista en persona.

Ambos se hicieron a un lado para dejar ver el trono desde el cual El Coleccionista continuaba mirándome. Un retortijón de advertencia cruzó por mis intestinos.

El tal Arthur siguió hablando:

—No os ha visto nunca por aquí y le encantaría conoceros, en especial a ti.

Me tendió una mano.

Yo me quedé helada. Pasé mi vista de su mano a Gabriel. Mi compañero asintió y yo me obligué a sonreír, a parecer encantada de estar ahí.

—Por supuesto.

La mano del muchacho estaba muy cálida y olía a especias. En realidad, el olor del local entero me trasportaba a Roma.

Nos abrimos paso entre la gente. Con cada metro que avanzaba, el pánico se enroscaba más y más en la boca de mi estómago. El trono estaba cada vez más cerca, y El Coleccionista seguía escudriñándome con curiosidad, de un modo oscuro y lascivo.

—Mi señor.

El tal Arthur se arrodilló mientras me soltaba la mano. Yo me quedé ahí parada sin saber muy bien qué hacer. Todas mis energías estaban puestas en aguantar la presión de la energía sexual del hijo de Baco. Ahora de cerca, pude ver que tenía los ojos grises con motas doradas. Eran los ojos más bellos que había visto en mi vida. Eran oro y plata juntos. Y su pelo…, ¡vaya pelo! Una cascada de color platino que suavizaba sus facciones. Su cutis pálido, suave y elegante. Movió las manos de su lugar y no pude evitar fijarme en lo grandes y fuertes que parecían. Las dos chicas que tenía arrodilladas delante continuaban lamiéndolo. Lo estaban limpiando con la lengua, preparándolo para un nuevo asalto. Los ropajes parecían los de un dios romano, pero con hombreras de guerrero y pantalones sueltos. Una mezcla extraña aunque tremendamente masculina.

No se levantó del trono para hablarme. Al contrario, dejó que las chicas continuaran con su trabajo.

—Belleza, nunca te había visto por aquí, ¿cómo te llamas?

Una sensación extraña tiró de mi garganta y contesté:

—Hannah.

Abrí mucho los ojos, sorprendida. ¿Por qué le había dicho mi nombre real?

—Hannah.

Me temblaron las piernas al escuchar su voz pronunciando mi nombre, y es que tenía vida, tenía PODER.

—Sí —solté.

¿Me había dado un ictus, o qué?

—¿Con quién vienes, Hannah?

Tosí.

—Con mi compañero.

El Coleccionista levantó las cejas, divertido, mientras observaba a Gabriel.

—Con tu compañero, ¿eh? No creo que sea sólo un compañero, vuestras energías se reconocen. Dime, Hannah —de nuevo algo distinto en su voz al nombrarme—, ¿te gustaría disfrutar de la bacanal con tu compañero?

Las palabras quemaron antes de salir por mi boca:

—Sí, me gustaría.

Centré mi atención en Gabriel, aterrada. Él me miraba con una mezcla de preocupación y pasión que se desbordaba por sus ojos negros.

—A él también le gustaría. Su energía me lo dice, ¿sabes? Pero tenemos un problema, y es que yo también quiero disfrutar de la bacanal contigo, chica. Tu energía me resulta curiosa, y hueles muy bien.

Su pene estaba erecto de nuevo y las dos hembras le dedicaban mimos con manos y boca. Ambas se besaban con el miembro de él en medio.

—Ella es mía —rugió Gabriel.

Me sorprendió que fuera capaz de sonar tan territorial delante del mismísimo hijo de Baco.

El cabello de El Coleccionista se sacudió al torcer la cabeza hacia él.

—¿Eres capaz de reclamarla delante del más grande?

—La reclamaré donde haga falta, delante de quien haga falta.

Su respuesta divirtió al hijo de Baco, que sonrió.

—Así que para ella eres un simple compañero, pero te sientes con el poder de reclamarla. Curioso, muy curioso… ¿Por qué no la haces disfrutar entonces? Vamos, chico, tócala.

—La tocaré cuando ella me lo pida. Cuando me lo permita.

El hombretón chistó. Acarició las cabezas de las hembras arrodilladas delante.

—¿Sabes qué? Tu olor me suena. Una vez, maté a una Neutralizadora con tu mismo olor.

La mandíbula de Gabriel se tensó. Mis dedos viajaron hacia su mano y la rozaron. No sabía si él buscaba ánimo o no, pero lo hice igualmente.

—Tengo un olor muy común.

—O quizás eres su hijo, y ya sabes lo que pienso de los Neutralizadores, chico.

De pronto, sus piernas cedieron y cayó al suelo de rodillas. Yo me giré para ayudarlo a levantarse, pero el tal Arthur, que tan amable parecía, me agarró de la muñeca y me retuvo en mi sitio.

—No sabes el placer que me provoca tener delante de mí al descendiente de esa Neutralizadora y bruja que intentó matarme. Ah… —gimió.

Su rostro se contrajo mientras volvía a correrse en las lenguas de las dos hembras. Su semen de deslizó a borbotones por su miembro brillante. Su energía sexual se sacudió, embistió contra mis barreras, contra mi propia energía, pero aguanté.

—Él no es un Neutralizador —hablé.

—¡Oh, adorable muchacha, sí que lo es! El Neutralizador más poderoso de todos los que he conocido hasta ahora, junto a su madre, porque también es hijo de un íncubo. Un íncubo y una Neutralizadora teniendo un pequeño macho tocacojones. ¡Qué bonito!

Gabriel levantó la cabeza, orgulloso.

—Mi madre era Neutralizadora, pero yo no heredé esa faceta. Al llevar sangre de íncubo en mis venas, se anuló. Soy un mestizo normal.

Al fin, El Coleccionista se quitó de encima a las dos muchachas y se levantó. Se recolocó el miembro dentro de los pantalones y se estiró.

—Tu madre era bruja y utilizó su magia para anular tu parte de Neutralizador, pero lo eres. Está ahí, dormido.

Las palabras que una vez dijo Gabriel acudieron a mi cabeza: «tú ya eras una Neutralizadora. Los Neutralizadores lo sois desde el nacimiento, igual que les ocurre a las brujas. La única diferencia es que tu naturaleza estaba reprimida o protegida por un hechizo. Algo te pasó, y el hechizo se rompió».

Gabriel era como yo, pero no lo había desbloqueado. Él llevaba años vivo pensando que era un mestizo normal, cuando en realidad era un mestizo que además podía neutralizar, lo cual lo convertía en un arma de destrucción masiva. Mucho más peligroso que yo misma, quizás más peligroso que El Coleccionista. Si le tenía miedo a Abraham, ¿cómo no tenérselo a Gabriel?

—No puede ser. No.

Me dieron ganas de abrazarlo, de sacarlo de ahí y de decirle que no pasaba nada, que todo estaría bien, pero no sería cierto. Se le veía consternado. Él, con tantas capas como tenía

alrededor de su corazón, estaba sintiendo tan fuerte que le era imposible ocultarlo. Su energía sexual vibrara, cambiaba de color a toda velocidad: rojo, negro, gris, negro, rojo. Ira, decepción, tristeza, miedo.

—Sí puede ser, y lo sabes. —El hijo de Baco anduvo a su alrededor, como acechándolo—. Como comprenderás, no puedo dejarte salir vivo de aquí. Ni a ti, ni a ella. Dos Neutralizadores en una misma sala —puso los ojos en blanco mientras respiraba—, ¡qué delicia!

Entonces Gabriel se movió.

Lo hizo a una velocidad tal que no pude seguir su recorrido con la mirada. En un momento estaba a mi lado y ya… no estaba. El Coleccionista levantó una mano y Gabriel se quedó paralizado a un milímetro de su cuello. Manos extendidas y los dedos agarrando un cuchillo. Este rozaba el cuello de la garganta del malvado y un hilillo de sangre resbalaba hacia su clavícula.

—Eres rápido, pero no lo suficiente.

Lanzó una sonrisa escalofriante.

—No la tocarás. A ella no.

—¿No? ¿Tienes una idea siquiera de lo que podríais crear si tuvierais un hijo? Un mestizo Neutralizador y una Neutralizadora… —negó con la cabeza—, no lo puedo permitir. Vuestro hijo sería capaz de acabar con la raza mestiza si lo deseara, sería capaz de todo.

Apretó la mano que había levantado y la energía sexual de Gabriel se contrajo. Fue extraño, como si un puño invisible la apretara y esta cediera, se empequeñeciera. Un grito de dolor surgió de la garganta de Gabriel.

—¡Para! ¡Para!

Chillé.

No fui consciente siquiera de que el mundo a nuestro alrededor se había congelado. El tiempo se había parado, pero al mismo tiempo no se había parado. Seguían sucediendo cosas, sin embargo, la gente no se movía. Se había quedado en la misma posición que hacía unos minutos, igual que ocurrió en el pub. Fue como si El Coleccionista hubiese decidido a quién congelar y a quién no.

Mi corazón latía con fuerza. Lo escuchaba en mis oídos, lo notaba en mi cuello. No podía permitir que el hijo de Baco hiciera daño a Gabriel. Si lo hacía nuestro plan fracasaría. Nada le impediría matarme.

—¿Quieres que pare, Hannah? Es sólo un compañero, ¿por qué te importa tanto?

—Porque es mi amigo. ¡Es mi amigo!

—¿Y lo quieres?

Alcé una ceja. ¿Dónde quería llegar?

—Sí, lo quiero. ¡Claro que lo quiero!

Abrió la mano y Gabriel cayó al suelo. De inmediato, se incorporó y se lanzó a por el tal Arthur, que me retenía. El hombretón saltó a un lado, sorprendido, pero Gabriel lo interceptó por el camino y clavó su mano desnuda en el cuerpo del muchacho. Sonó un crujido, después, Gabriel arrancó el corazón de cuajo y lo tiró al suelo.

Me dio una arcada al ver que el corazón seguía latiendo unos segundos después.

Gabriel quiso limpiarse la sangre de las mejillas, pero lo único que consiguió fue mancharse más. Ahí, de pie, a mi lado, se asemejaba a un guerrero preparado para la guerra.

—Gabriel —susurré.

Me agarré a su brazo. Me olvidé de mantener las barreras en alto, lo cual provocó que la energía sexual envenenada de El Coleccionista pudiese tocar la mía. Di un respingo al notarla tan cerca, al notar la mía tan débil y pequeña delante de la suya milenaria.

—Bibliotecaria, te dije que no te pasaría nada mientras estás conmigo.

El hijo de Baco aplaudió.

—Muy bonito, ¡me encanta cómo intentáis protegeros! Pero ¿sabéis qué me gusta más? Jugar con las emociones. Dime, Hannah, ¿a quién quieres más? ¿A tu amigo, o a este muchacho?

Me giré a tiempo de ver cómo la tal Ovidia traía, apresado por unas cadenas, a la última persona que me gustaría ver allí: a Sam.



CAPÍTULO 19. UN ANIMAL

—¡Sam! —chillé.

Sólo pude dar un paso antes de notar cómo la energía de El Coleccionista me dejaba anclada al suelo. ¿Cómo lo hacía? Su energía se comportaba como si fuesen manos, pegamento, como si tuviese vida propia.

—Hannah, lo siento —se disculpó.

Intentó librarse de la presa de la mestiza, pero, claro, él era mortal.

—¡Suéltalo! —chillé.

Las lágrimas burbujearon al otro lado de mis ojos. En esta ocasión, el pánico me dominó de tal forma que lo pude incluso oler. Sam, que me había cuidado, querido y entendido. Él, que era mi mejor amigo y mi esperanza, el hombre que (empezaba a pensar) sería el hombre de mi vida y que me había ayudado a superar la peor etapa de mi existencia. Él me había enseñado a valorarme de verdad, a ver las cosas buenas que podíamos ofrecernos. No me imaginaba un mundo donde Sam no estuviera, donde no viera sus ojos castaños, su pelo largo rubio y su sonrisa perfecta. Un mundo donde no escuchara su voz, no sería un mundo donde podría vivir.

La risa del hijo de Baco se metió en mis oídos, me llegó a la sangre. Fue una risa grave y sexi, pero también cruel.

—Hablo en serio cuando digo que me parece muy divertido esto de jugar con las personas. Vivo para ello, ¿sabías? Y tengo planeado algo para ti, Hannah. Arrodíllate.

Una presión tremenda hizo que mis piernas cedieran.

Lágrimas de impotencia rodaron por mi rostro.

Él continuó:

—Si tanto quieres al cachorro de la bruja, supongo que no te importará dejarte llevar con él. —Me retorcí, porque su energía sexual intentaba encender y manipular la mía.

Fue desagradable. Hasta entonces había sentido cómo otra energía podía afectar a la mía, pero nunca modificarla. No lo había sentido porque era yo la que las modificaba o se alimentaba de ellas. Sólo un Neutralizador y el mismísimo Coleccionista podíamos hacerlo.

—Venga, doblégate. ¡Cede!

Me resistí. Apreté los dientes mientras trataba de mantener mi energía estoica. No podría soportar que Sam me viera desquiciada por el sexo. Me avergonzaría. Él no podría olvidarlo

nunca, si es que salía de allí vivo. Sería algo así como un trauma.

—¡No!

—¡Obedece!

—¡No!

—¡Déjala! —Gabriel.

De nuevo se lanzó a por el hijo de Baco. Este levantó la mano, su energía se dividió en dos, se pegó a la de él y lo arrodilló a mi lado. Gabriel levantó la cabeza, furioso.

—¿De verdad pensabais que no sabría que vendríais esta noche? No hay que ser muy listo para adivinarlo. Habéis estado toqueteando el libro estas últimas semanas, lo he notado. El libro escogió a Hannah, y tú, Gabriel —al pronunciar su nombre dejó claro que sabía quién era desde el principio—, la has estado ayudando. No había que ser un genio para saber que vendríais. Además, hace tiempo que Ovidia os seguía. Ella es mi seguidora más sigilosa, mi espía más valiosa.

La chica que agarraba a Sam, sacudió el pelo, orgullosa. Un perrito disfrutando de los halagos de su amo.

—¿Nos ha estado siguiendo? —pregunté.

—En especial a ti.

El dorado y plateado de sus ojos se fundía bajo la luz roja del local.

Continuó:

—Cada vez que salías de la biblioteca, Ovidia se fusionaba con las sombras para encontrarte. Cuando mataste por primera vez, dejaste un rastro en el cadáver de Ramsi… O más bien en el polvo en que se transformó. Ovidia lo analizó y descubrió dónde vivías. Lo sabe todo sobre ti, ¿verdad? Conoce a tu exmarido, a tus perros, a tus padres, incluso a Sam. Sam…, me pareció la opción más acertada para darle un toque especial a este día tan aburrido. —Se retrepó sobre el trono. Estaba claro que todo iba según lo había planeado—. Ovidia también es una experta en sentimientos. Por el comportamiento de tu energía sexual, sabe que amas a Sam y que sientes atracción por Gabriel, así que se nos ocurrió reuniros aquí a los tres. Después de lo mal que lo has pasado por la infidelidad de tu ex, estoy seguro de que lo pasarás fatal perdiendo el juicio con Gabriel, follándotelo mientras Sam mira y le rompes el corazón.

Las lágrimas seguían cayendo por mi rostro. Sus palabras envenenadas me hacían añicos por dentro, y es que no había mayor castigo que el que él estaba verbalizando. Después de lo que había vivido, de encontrar en Sam un hogar, iba a destrozarlo. En contra de mi voluntad, sí, pero las imágenes no se borran de la mente por mucho que uno quiera.

—¿Por qué haces esto?

El Coleccionista se rio.

—¿No es obvio? Quieres matarme. Tú, Gabriel, queréis matarme, así que pensé en el mejor

castigo para cada uno de vosotros. El tuyo, Hannah, es hacerle daño al humano. El tuyo, Gabriel, es ver cómo mato a tu querida bibliotecaria delante de ti. Volverás a fracasar igual que el día que maté a tu madre.

Gabriel se sacudió, desesperado. Un grito varonil, que fácilmente podría haber espantado a los pájaros de un bosque entero, salió por su garganta y reverberó en las paredes del local.

—¿Y qué harás con él después? ¿Qué harás con Sam? Él no ha hecho nada. Él…

Apenas me salía la voz. No podía parar de mirar a Sam apresado por la tal Ovidia, enrabietado, serio, sin decir una sola palabra. ¿Qué estaría pensando?

—Él será nuestra comida de celebración. ¿De qué te extrañas? Nosotros vemos a los humanos como lo que son: comida.

—Tu padre no estaría de acuerdo con esto —dijo Gabriel. Se había quedado parado y observaba al hijo de Baco como si quisiera fundirlo con la mirada—. Él era un dios bueno. El rey del desenfreno. Adoraba que los humanos se divirtieran en su nombre y se olvidaran de sus problemas.

El malvado soltó un bufido. Se cruzó de piernas y apoyó la mandíbula en su puño.

—Él no merecía ser dios. Él no merecía nada.

—¿Por qué? ¿Qué tienes en su contra?

—Mi padre no me entiende, Gabriel. Mi padre y yo siempre hemos sido… distintos. Pero no hablemos más. —Bostezó—. ¡Me estoy aburriendo!

La energía sexual de El Coleccionista rompió mis defensas y se fundió con mi energía. Escuché un crujido en mis oídos que me hizo agarrarme la cabeza. De inmediato, un calor tremendo se adueñó de mi cuerpo y perdí el control sobre mí misma. Tuve HAMBRE. Pero no hambre de otras energías, sino hambre de Gabriel. Durante unos segundos de lucidez antes de que todo se desencadenara, observé a Gabriel rogándole que parara aquello, que hiciera algo. Él me estaba mirando con culpa. Al igual que yo, se sentía culpable de lo que iba a ocurrir en contra de nuestra voluntad.

Chocamos a la vez. Una necesidad de su cuerpo me inundó de un modo tan febril que sentí que dolía. ¡Por la Virgen del Pompillo! La entrepierna me dolía, me latía. Había perdido al completo el control sobre mi voluntad.

Las manos de Gabriel rozaron mis brazos, y mi piel quiso comérselo. De fondo, escuché las carcajadas del hijo de Baco, pero no me importó. Ya nada importaba, sólo el sexo, la pasión, la saliva y el calor. Liberarme, eso era lo único que necesitaba.

Había nacido para este momento.

—Esperad, mis tesoros, no quiero que vayáis tan rápido. Ábrela de piernas para mí, Gabriel. Quiero que la lamas. Quiero que la hagas explotar para mí.

Mi amigo no tardó en quitarme toda la ropa y en dejarme desnuda delante de El

Coleccionista, de Ovidia y de Sam. Sabía que estaba ahí, pero en realidad no me importaba, porque algo me había dominado. Yo ya no era del todo yo. El aire, la respiración del propio Gabriel, ponía mis pezones de punta. Mi piel entera suplicaba por su contacto.

Un gruñido morboso salió por la garganta del hijo de Baco.

—Delicioso, sí, señor. Túmbala y lámela por todos lados.

Los colmillos de Gabriel rozaron el lóbulo de mi oreja. Apenas notaba su energía sexual contra la mía, porque era la energía de El Coleccionista la que nos controlaba como marionetas. Pese a ello, lo escuché decir muy bajito a mi oído:

—Bibliotecaria, vuelve. Vuelve, es el momento.

¿El momento? ¿El momento para qué? Sabía que la frase era relevante, que debía hacer algo para lo que había entrenado, pero… ¿qué? ¿Cómo recordar a qué se refería cuando mi cabeza estaba ocupada por el sexo?

Su lengua saboreó mi clavícula, mi cuello, bajó hacia mis pechos. Se arrodilló delante de mí y los lamió. Yo eché la cabeza hacia atrás y un sonido primitivo salió de mí. Algo lleno de necesidad que me dio miedo. Apreté las piernas. Me sentía mojada, tanto que casi goteaba por los muslos.

—Así. Muy bien, Gabriel. Pero no me hagas esperar demasiado.

Comprobé que El Coleccionista había vuelto a sacar su miembro de los pantalones y se masturbaba delante de mí. Un calambre de placer me cruzó de arriba abajo al ver su pene erecto. Mi yo más animal me dominó y me quité a Gabriel de encima. Quería cabalgar al hijo de Baco. Quería tenerlo dentro, gimiendo en mis labios. Quería…

—Todavía no, tesoro. —Me detuvo, adivinando mis intenciones—. Córrete primero con Gabriel.

Proferí un sonido de indignación. Lo veía bello. Tan bello que sentía que me quedaría ciega si lo miraba demasiado.

Gabriel me tumbó y yo clavé mis uñas en su cuero cabelludo. Él me rozó el botón del placer con un colmillo y yo eché la cabeza hacia atrás, extasiada.

—Lámela —ordenó el malvado.

Gabriel obedeció. Lo hizo con paciencia, con la lengua plana, flácida, y yo no dejé de observar cómo El Coleccionista se masturbaba mirándome.

—Quiero que estés dentro de mí, por favor. —Le rogué desde mi posición.

Sonrió sin dejar se masturbarse.

—Y lo haré cuando tu querido Gabriel te haga correrte. Después estarás muy mojada para mí.

—No me hagas esperar. No…

¿Estaba hablando con la lengua fuera? Sí. En este momento era tan adicta al sexo, a la energía de El Coleccionista y a lo que me hacía sentir, que era más bestia que humana. Mis piernas

comenzaron a temblar mientras el malvado echaba la cabeza hacia atrás y movía su mano sin parar arriba y abajo.

Me corrí fuerte, de un modo tan dulce que quise seguir haciéndolo así una hora más.

El hijo de Baco se abrió más de piernas y comentó:

—Trámela. Colócala en mi regazo.

Su voz, más oscura que antes.

Mi corazón brincó por el deseo y la anticipación. Iba a cabalgarlo. Iba a tenerlo dentro y a sentirlo en cada parte de mi ser. Iba a ser su perra, su puta. Iba a ser suya al completo y dejaría que me hiciera lo que quisiera.

Gabriel me aupó en sus brazos y volvió a susurrar con urgencia.

—Es la hora, bibliotecaria. Vamos, Hannah…, reacciona. Tú no eres esta. Tú eres una chica fuerte, que ama con todo su ser y es leal a los que le importan. Encuentra fuerzas en lo que eres, encuentra fuerzas en Sam.

Sam… Ese nombre me sonaba, pero, ¿de qué?

—Míralo, bibliotecaria. Mira a Sam. Mírame a mí.

Mis ojos se encontraron con los torturados ojos negros de Gabriel. Me llevaba ya en volandas y estábamos a apenas un metro de El Coleccionista, que esperaba erecto sentado en su trono. Más allá, un Sam hecho trizas que no quería mirarme.

Estaba arrodillado, con la cabeza agachada y el pelo cayendo por delante de su rostro.

Algo en mi interior gritó, se sacudió, intentó despertarme del trance al que estaba sometida. Cerré los ojos: los recuerdos de Diana, de Sebastián y del dolor vinieron a mí. Después apareció una luz, en el centro: Sam. Mi salvador. El chico que me había sacado del pozo y que ahora intentaba no ver, no oír y no opinar sobre lo que estaba ocurriendo. No lo merecía. Él…

Algo me penetró llenándome de un placer divino. El Coleccionista mordió mi cuello desde la espalda y colocó las manos bajo mis muslos. Yo estaba sentada en su regazo, llena de él, y comenzó a moverme arriba y abajo sin dejar de morderme. Noté cómo la fricción me devolvía de nuevo a ese abismo del que había estado a punto de salir. Noté también que se estaba alimentando de mí: de mi sangre, de mi energía.

Eché la cabeza hacia atrás y gemí, fuera de mí. Mientras me penetraba con su enorme miembro, tan sólo atiné a poner los ojos en blanco antes de correrme. Al hacerlo, mi deseo disminuyó, un pelín satisfecho, y supe que no tendría mucho más tiempo antes de que la energía de El Coleccionista volviera a dominarme.

Miré a Gabriel a los ojos y dijo:

—¡Ahora!

Con toda la fuerza que me quedaba, recompuse mis murallas y salté del regazo del hijo de Baco. Antes de que este pudiera reaccionar, lancé a mi energía hacia la suya y lo sometí,

ayudándome de la rabia, de la vergüenza y de la venganza.

—¡Muérete! —rugí.

Su energía se resistió, intentó escapar de las garras de la mía, volver a sobreponerse, pero no lo logró.

Se levantó y se giró hacia Ovidia.

—¡Mátalo!

Mis ojos volaron hacia Sam, que me miraba con una aceptación triste que me partió el corazón. Lancé mi energía hacia la tal Ovidia, pero no lo suficientemente rápido.

El cuello de Sam se torció en un ángulo imposible y cayó al suelo, inerte.

—¡NOOOOOOOOO! —grité.

Entonces me volví loca.



CAPÍTULO 20. IRA

La mesa sobre la cual descansaba la comida se partió en dos por la fuerza de mi energía, las cortinas rojas se rajaron de arriba abajo y un viento agresivo se levantó dentro del local, movió mi cabello, el de Gabriel, el de esa tal Ovidia y el de El Coleccionista. La comida salió volando por la habitación, se estampó contra las paredes y el techo. Los allí presentes, congelados todavía, chocaron contra las paredes como si fuesen figuras de piedra. El hijo de Baco se protegió los ojos sin parar de reír.

—¡Impresionante, tesoro, pero no es suficiente!

Me dio igual. La ira bulló de mi interior con tal intensidad que me pregunté hasta dónde sería capaz de llegar con ella. Mi primer objetivo fue la tal Ovidia: la atrapé entre mi energía descontrolada y la devoré en cuestión de segundos. Literalmente, en un momento era una chica bella y morena, y al siguiente se había convertido en polvo.

Ni siquiera pudo gritar.

Su energía se fundió con la mía y la alimentó.

—¡¿Que no es suficiente, dices?!

—¡No lo es, porque soy inmortal! ¡Soy el hijo de Baco!

Como respuesta, su energía llenó la habitación compitiendo con la mía. Ambas chocaron. El mismo choque provocó una onda expansiva que nos lanzó a todos a distintos puntos de la habitación. No necesité ayuda para levantarme pese al dolor que acababa de instalarse en mi brazo izquierdo.

—¡Hannah!

Giré la cabeza a la derecha. Gabriel también se protegía el rostro a causa del huracán que estábamos formando ahí dentro.

—¡Entretenlo!

—No lo voy a entretener: lo voy a matar.

Eché a correr hacia el hijo de Baco, que también estaba ya de pie, cerca de su trono. Levantó los brazos y su energía cayó sobre la mía con toda su fuerza. Era de un color más grisáceo. Tenía un aire de prepotencia y superioridad que me molestó. Para mi desgracia, noté a la mía ceder unos metros.

Grité.

—¡AHHHHHHH!

Y con mi grito el suelo entero se resquebrajó hacia el trono y este se partió por la mitad.

—Oh, mierda. —Se quejó el malvado. Su pelo dando latigazos en sus mejillas pálidas—. Voy a tener que comprarme un trono nuevo.

—Vas a tener que comprarte un trono nuevo, una cara nueva, una energía nueva, ¡porque voy a acabar contigo!

Más risas.

Se lo estaba poniendo difícil, ¿verdad? Entonces, ¿por qué se reía?

Me daba igual. Todo ahora me daba igual excepto Sam, que seguía tirado en el suelo con el cuello partido y los ojos opacos y abiertos.

Sentí como si una estaca se clavara en mi corazón y rajara de ahí a la garganta.

Sam…, mi querido Sam. No se había merecido más que cosas buenas, pero había acabado aquí muerto por mi culpa. Si no me hubiera acercado a él, si no le hubiese contado nada de esto…

Dos lágrimas se derramaron por mis mejillas y aproveché una nueva oleada de ira para darle fuerzas a mi energía. La obligué a morder la de El Coleccionista, pero la suya seguía dura e impenetrable. Me ganaba terreno. Por mucha fuerza que estaba utilizando, me seguía ganando terreno.

«Por Sam, por Gabriel, por mí, no dejaré que se salga con la suya».

Expandí mis fuerzas en oleadas hacia él.

—¿Cuándo aprenderás que no eres más que una pulga para mí? —inquirió.

La plata de sus ojos revolviéndose junto al dorado.

Entonces, de un plumazo, su energía envolvió a la mía y la apagó.

La neutralizó igual que yo podía neutralizar la suya.

Tuvo más fuerza.

Fue un breve instante en el que supe que había sido una tontería ir hasta allí. Supe que, si Abraham no había podido con él, yo tampoco lo haría, porque era una Neutralizadora cualquiera de veintiséis años, cuando él tenía miles.

—Eh, tú, psicópata de mierda —lo llamó Gabriel.

Me había olvidado de él.

Lo vi lanzar algo redondo por el aire que chocó contra el tobillo de El Coleccionista. Él agachó su mirada. Por primera vez, vi el miedo en sus ojos.

—No —dijo antes de que a sus pies se dibujara un círculo que lanzaba destellos brillantes.

Rayos dorados y plateados que se unían y se enredaban entre ellos.

El hijo de Baco intentó dar un paso fuera de la trampa, pero no pudo. Yo tampoco era capaz de entender qué estaba pasando, hasta que recordé que Gabriel había prometido dar su vida por

la del malvado.

—¡No, Gabriel! ¡No quiero perderte también a ti!

Prefería morir.

Sin Sam, sin Gabriel, ya no me quedaba nada en esta vida.

Emprendí una carrera desesperada hacia él mientras el hechizo que estaba pronunciando resonaba en cada rincón de mi anatomía. Palabras antiguas y poderosas repletas de algo que no supe identificar.

Mi corazón, al borde del colapso. Mi respiración agitada.

Obligué a mi energía a detener a Gabriel, pero este continuó con su cántico cada vez más alto.

—¡Para!

De pronto todo pareció quedarse en silencio, y los rayos dorados y plateados se unieron alrededor de El Coleccionista con forma de jaula.

Gabriel habló:

—Baco, te ofrezco el cuerpo de este humano en sacrificio para encerrar a tu hijo lejos de nuestro mundo. Que su muerte no sea en vano. Que sea el verdadero héroe de esta historia.

El Coleccionista comenzó a gritar, a insultar, desesperado. Su energía revotaba dentro de la jaula sin llegar a romperla. Del suelo se abrió un agujero del mismo color que los barrotes de la jaula, y este mismo agujero se comenzó a tragar al malvado.

—¡Regresaré a por ti, Gabriel! ¡Volveré a por ti y te arrancaré la piel a tiras, ¿me has oído?! ¡Volveré y….!

El agujero se tragó la jaula y las voces de El Coleccionista con ella, pero no del todo. Por la apertura que quedaba vi escalar a alguien. Alguien que brillaba con luz propia, con el mismo color de pelo que el hijo de Baco.

Me dio igual. Dejé a Gabriel haciéndole frente a su hechizo y me arrodillé junto al cadáver de Sam.

—No, no, no, no, no, no, no…

Pasé mis manos rápidamente por su piel pálida y fría. No supe si buscando ese calor que una vez me había consolado, o un indicio de vida.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. No merecías esto. Tú no.

Enterré mi nariz en su pelo y comencé a llorar. Por Dios…, aún olía a él.

Olía al mismo chico que había hecho un hueco en su ropero para mí, al mismo que prometió cocinar para mí, al mismo que me entendía, que me hizo sentir importante y me hizo entender mi verdadero valor. Al que me abrió los ojos. Olía a un buen chico con un pasado difícil, que luchó siempre para salir adelante solo. Salió adelante para tener un futuro, y por mi culpa estaba en esta sala, tirado sobre la losa blanca bañada en luz roja.

—Despierta, por favor. No puede ser. Esto no puede estar pasando.

Mi corazón sangraba. Notaba que el mundo entero se acababa de terminar para mí. Después de este golpe, no levantaría cabeza.

No me quedaba nada.

—¿Esto lo ha hecho mi hijo?

Una voz de ultratumba me hizo alzar la mirada. Era profunda, como ahumada. Mi mirada se cruzó con la figura de un dios. ¿Que por qué digo que era un dios? Porque cuando la mirabas no había lugar a dudas. No. No tenía alas, ni aureola alrededor de la cabeza, pero transmitía una sensación superior y extraña que ponía los pelos de punta. La piel pálida le brillaba levemente, los ojos, plateados y dorados semejantes a los de El Coleccionista. El pelo largo y rubio y las orejas alargadas, como lo serían las de los elfos de los cuentos. Los labios los tenía rosados, la nariz, alargada y recta, los pómulos altos, marcados. Llevaba la barba algo larga, pese a ello, parecía joven.

—¡Aléjate de mí! —le grité.

Mi cabeza estaba demasiado ocupada pensando en la sonrisa de Sam, en que no volvería a tocarme ni a sentir su calor. Un agujero negro amenazaba con tragarse mi corazón, lo que me quedaba de esperanza.

No obstante, el hombre se agachó. Algo en él me tranquilizó, aunque no lo suficiente.

—¿Cómo te llamas?

—¡Déjame!

Las lágrimas rodaban como locas por mis mejillas.

—Se llama Hannah. —Era la voz de Gabriel. Lo escuchaba de pie a mi lado—. Una tal Ovidia mató a Sam y yo aproveché su sacrificio para encerrar a El Coleccionista. No sé…, me pareció que de ese modo el chico moría con más dignidad.

Lancé una mirada envenenada a Gabriel. Era cierto que acababa de usar a mi Sam para encerrar a El Coleccionista en una jaula brillante, pero nadie le había dado permiso para hacerlo. Lo había hecho para salvarse…, para salvarnos. En realidad, pensándolo fríamente, Gabriel tenía razón: Sam había muerto como un héroe. Gracias a él, no había habido más muertes. De todos modos, eso no hacía que doliera menos.

—¿Tu hechizo ha sido el que ha encerrado a mi hijo?

Vi a Gabriel ponerse recto. A mí me dio igual, ya que me encontraba sumida en mi pena.

—Sí, pero no podría haberlo logrado sin su ayuda.

Nos señaló.

Si ese hombre había llamado a El Coleccionista «mi hijo», significaba que él era el mismísimo Baco. ¡Estábamos delante de Baco! Por eso noté que era algo así como una deidad.

—Llevo años intentando devolverlo a nuestro hogar. Este hijo mío ¡no hace más que causar el caos! Tiene miles de años, pero la mentalidad de un adolescente. Se siente superior, y eso lo hace

pensar que puede jugar con los humanos y con los mestizos a su antojo. Lo siento muchísimo. —Había un timbre de decepción en su voz—. Estuve a punto de atraparlo cuando ese tal Abraham le plantó cara, pero todo se torció. Se hizo demasiado poderoso alimentándose de otras energías.

Lo observé andar, por el rabillo del ojo. Apreté contra mi pecho la cabeza sin vida de Sam. Su olor rondaba a mi alrededor. Su energía, inexistente. ¿Qué fue de cuando mi energía quería quedarse a vivir con la suya?

—Lo sabemos.

Gabriel también anduvo en mi dirección. Se arrodilló cerca de mí. Yo me aparté. Igualmente, él estrechó mis hombros entre sus brazos. Le habló a Baco:

—¿Vienes para algo útil, o sólo quieres darnos las gracias? Porque si es así, creo que es hora de que te vayas.

De estar en mis cabales, estaría sorprendida por la valentía de Gabriel. ¿Hablarle así a un dios? ¡Desde cuándo!

Pero a Baco no le importó. Soltó una risita amable y también se arrodilló junto a nosotros. Cuando su mano rozó mi brazo, todo mi cuerpo se estremeció y me sentí más tranquila. Triste, pero tranquila.

—No te preocupes, Hannah. Creo que es justo que os dé algo en agradecimiento, ¿no?

—A qué te refieres —solté de mala gana, entre los hipidos del llanto.

—Habéis utilizado a este chico como sacrificio, por tanto, tengo su alma en mi poder. Puedo hacer con ella lo que quiera.

Abrí muchísimo los ojos. Ahora sí, lo observé esperanzada. La luz de su piel era más fuerte que antes. Su presencia me llenaba de paz.

—¿Qué quieres decir?

—Resucitaré a vuestro amigo.

—Me parece un trato justo —dije con tanto ahínco que las palabras se atropellaron las unas a las otras.

Me costó la vida separarme del cadáver de Sam para darle espacio a Baco. Este se movió, alargó las manos, extendió los dedos sobre la piel de Sam, y su luz lo bañó todo. Al igual que había ocurrido cuando mi energía sacudió la habitación, el viento levantó cortinas (lo que quedaba de ellas), manteles, comida, y el cuerpo de Sam, todavía con el cuello partido, se elevó en el aire.

Me sentí maravillada cuando vi cómo su columna se recolocaba, cuando noté cómo el calor y la sangre en movimiento le devolvía el color y un leve rubor a su cara. Seguía flotando junto al dios cuando abrió los ojos y la boca para respirar. Una bocanada de aire activó de nuevo su corazón, puso en marcha su cerebro.

Y entonces sus pies tocaron el suelo, y me encontré a Sam de pie delante de mí.

—Sam…

Mi voz apenas un susurro.

Me levanté y me lancé a su torso. Palpé su pecho, sus hombros, su pelo. Noté su piel cálida a través de la ropa y su respiración sobre mi frente. No me lo podía creer… Durante unos minutos pensé que no volvería a tener otro momento con él, que el tiempo se nos había terminado antes de empezar, antes de poder llevar a cabo nuestros sueños juntos: viajes, primeras veces, besos, caricias.

—Estás vivo. ¡Estás vivo!

Él no supo reaccionar al principio. Estaba… ¡qué sé yo! Quizás en shock. Quizás asimilando que había estado muerto unos minutos.

—De nuevo, gracias. —Baco.

—Gracias a ti, de verdad —Gabriel—. No lo sabes, pero acabas de salvar a Hannah de caer en un pozo sin fondo.

—Oh, chico, lo sé. Lo sé todo. Cuídala mucho, porque te va a necesitar.

No supe a qué se refirió.

Con calma, Baco avanzó hacia ese pequeño agujero que había abierto en el suelo, por el que se había colado El Coleccionista. Chasqueó los dedos, y no miró atrás cuando saltó y desapareció. Su pelo platino fue lo último que vi antes de que la vida se pusiese en marcha de nuevo.



CAPÍTULO 21. PUNTO Y FINAL

—¿Qué ha pasado, Hannah?

Sam pestañeó una vez, dos, tres. Recorrió con su vista el local bañado de luz roja. Los mestizos, humanos y demonios se levantaban con dificultad, descolocados. No sabían lo que había ocurrido. No sabían por qué estaban doloridos.

—Salgamos de aquí cuanto antes —ordenó Gabriel.

Gabriel… ¡No podía estarle más agradecida! Él había utilizado la muerte de Sam para ofrecerlo como sacrificio a Baco, y gracias a ello el dios pudo devolver a Sam a la vida. Gracias a ello nos habíamos quitado a El Coleccionista de en medio.

Se lo debía todo, porque sin él no podría tener la vida normal con la que siempre soñé. Sin él, sería probable que Sam estuviera muerto.

Agarré a Sam de la mano y avanzamos hacia la salida intentando pasar desapercibidos. Escuché exclamaciones, expresiones de sorpresa. Algún que otro mestizo preguntó «¿dónde está nuestro señor?».

«Encerrado lejos, muy lejos, con su padre», quise decir.

El aire fresco de Gijón nunca me supo tanto a esperanza.

Sam, vivo a mi lado, desconcertado, con una expresión taciturna que esperaba hacer desaparecer.

—Parad —ordenó.

Gabriel y yo nos detuvimos. Sam se soltó de mi mano.

—Qué cojones acaba de pasar —siguió—. Me secuestraron dos locos, me trajeron aquí y… y… —negó con la cabeza. Se alejó de mí. Por su cara, cruzando a toda velocidad, asco y compasión—. Te vi perder el juicio con él. —Señaló a Gabriel—. Noté cómo me mataban.

—No perdí el juicio por voluntad propia. Lo sabes, ¿no? Escuchaste todo lo que dijo ese loco.

El corazón empezó a partírseme en mil pedazos.

—Lo escuché. ¡Claro que lo escuché! Te aseguro que no me perdí ni un puto detalle, ¿y sabes qué pensaba todo el rato?

—¿Qué?

Mi voz tembló. Sam estaba furioso y no podía culparlo. Lo que acababa de vivir era demasiado fuerte, y él era un chico normal. No era un Neutralizador. No era un mestizo. Era un

hombre hecho y derecho que lo único que quería era tranquilidad y conseguir el trabajo de sus sueños. Yo también lo quería, pero no era humana del todo.

—Que si salía de ahí me alejaría de esto. —Se le quebró la voz al final, no sé si por la furia o por la tristeza. No pude leer bien su energía sexual—. Sé que no tuviste la culpa de perder el control, por eso decidí no mirar, pero lo que ocurrió después… todo eso de El Coleccionista, las peleas de energía y temer por mi vida… Es demasiado, Hannah. Te quiero muchísimo, pero me quiero más a mí mismo.

La desesperación se abrió pasos a zarpazos desde mi pecho, subió por el cuello y destruyó cada parte de mi ser. Cuando me quise dar cuenta, estaba abrazándolo mientras lloraba como una loca. Lloraba porque nuestra historia estuviera acabando así, porque no quería que se terminara, porque teníamos delante algo bonito, precioso, pero era consciente de que no podía obligarlo a estar conmigo. Lloraba por mí, porque mi vida se había venido abajo y, cuando veía luz al final del túnel, volvía a explotar delante de mí. Por mucho que me esforzaba o intentaba hacer las cosas bien, no era suficiente. Yo nunca sería suficiente para nadie. Sam no quería luchar por mí, pero tampoco podía culparlo.

Cualquiera echaría a correr en sentido contrario después de morir y resucitar.

—No me abandones, por favor. Tú no. Mereces la pena. Merecemos la pena.

Para mi sorpresa, me abrazó. Dijo a mi oído:

—Sé que habríamos merecido la pena, Hannah, pero no puedo aguantar esto. Lo siento. De verdad que lo siento. Mereces a alguien que esté a tu altura, pero también que encaje con tu nueva realidad.

—Mi realidad eres tú. Me he esforzado por encontrar a El Coleccionista para acabar con él y poder estar contigo, ¿no lo entiendes? Todo lo que he hecho, ha sido para volver a la normalidad y tener mi vida tranquila contigo.

Lágrimas, lágrimas, lágrimas…

Me agarró de los brazos y me separó de él. Sus ojos castaños estaban llenos de angustia.

—No puedes darle la espalda a lo que eres, Hannah. Por mucho que quieras una vida tranquila, tu realidad ya es otra, y vendrán problemas en los que no me quiero ver envuelto.

—¿Acaso no merezco la pena?

Me sequé las lágrimas, pero salieron más.

—Claro que la mereces, pero cada cual decide lo que quiere en su vida. Por mucho que te quiera, no deseo las circunstancias que te rodean. ¿Lo entiendes?

—Lo… Lo entiendo.

Posó sus labios en mi frente con suavidad. Aspiré su olor, dejé la sensación de cosquilleo de ese beso sobre mi frente grabada en lo más profundo de mí para recordarla. Para recordarlo. Mi alma y la suya se juntaron, se aferraron la una a la otra, desesperadas. No querían despedirse.

Sabían mejor que nosotros mismos que habríamos sido perfectos para el otro. Juntos habríamos tenido la vida que deseábamos.

—Sé feliz, ¿vale? ¿Me lo prometes?

Asentí, aunque era mentira. Pero yo mejor que nadie sabía que no podía retener a la pareja en contra de su voluntad. Tenía que permitir que tomara sus propias decisiones, de lo contrario, empezarían las mentiras. No hay mayor muestra de amor que dejar que el de al lado vuele.

—Adiós, Hannah.

Nos abrazamos. Sabía que este sería el abrazo del punto y final, así que lo interioricé. Lo disfruté como se deben disfrutar los abrazos de nuestro día a día: con intensidad, porque nunca sabremos cuál será el último, y un abrazo es magia pura. Un abrazo puede hacernos sentir protegidos, consolados. Puede hacernos sentir en casa.

Cuando se separó me pareció escuchar a mi alma y a la suya chillar. Me pareció que los edificios se torcían a mi alrededor y amenazaban con sepultarme. Él no se giró ni una sola vez para mirarme. Era un hombre fuerte, seguro de sí mismo y controlado. Un hombre sincero que las decisiones que tomaba las llevaba hasta el final sin importar las consecuencias.

Me quedé fría en mi sitio. Me daba la sensación de que la que acababa de morir ese día era yo. Apenas sentí las manos de Gabriel en mis brazos. Pegó su pecho a mi espalda y me abrazó con todo él.

—Yo sigo aquí, bibliotecaria. No estás sola. Conmigo nunca estarás sola. Seguiré protegiéndote hasta el final de mis días.

El sollozo me sacudió y me tapé la cara con las manos. Toda yo me desangraba poco a poco mientras la figura de Sam se alejaba llevándose a su olor con él.

Dentro de mí había una nueva Hannah esperando para salir cuando la vieja estuviera curada. Una Hannah más madura, más fuerte, que comprendería la decisión de Sam incluso mejor que entonces, y que entendería, también, que no me quiso lo suficiente como para intentarlo.

Mientras tanto, Gabriel cumpliría con su promesa.



CAPÍTULO 22. DOS AÑOS DESPUÉS.

—Prométeme que, pase lo que pase, siempre seremos como hermanas.

Diana me miraba con esos tremendos ojos azules, tan parecidos a los míos. Su naricita siempre me resultó lo más adorable de su cara. En aquellos entonces ella llevaba el pelo tintado de un color gris azulado que reflejaba la luz del Sol. Yo no llevaba tinte ninguno. Pese a ello, mirarla a ella era casi como mirarme en un espejo. ¿Cuántas veces nos habían confundido con hermanas de verdad?

Éramos tan diferentes y a la vez tan parecidas… No nos gustaba la misma música, estando separadas no salíamos de fiesta a los mismos lugares, pero nuestro carácter era prácticamente igual, y también teníamos aficiones en común. ¿A quién no le gusta salir a tomar un café e ir de compras? Y le gustaba leer casi tanto como a mí.

No me agarró la mano, pero ambas nos miramos fijamente. Estábamos sentadas una al lado de la otra, mirando a la enorme fuente que cambiaba de color en el centro de la plaza. De rosa a azul, de azul a verde.

—Siempre seremos como hermanas. Yo… ya no me imagino una vida donde no seas mi mejor amiga. Una vida donde no estés ahí.

Me dieron ganas de llorar. Mi corazón se partió en mil pedazos mientras lo decía, porque me sentía afortunada de tenerla conmigo. Al igual que ocurre con las relaciones de amor, es difícil encontrar a una amiga por la que darías todo, sabiendo que ella te correspondería de igual manera.

—Da igual lo que pase, da igual los problemas que tengamos, siempre nos perdonaremos. Siempre.

—Aunque estemos muy, muy enfadadas, tú siempre estarás por encima —confirmé.

Nos dimos un abrazo cariñoso.

A esas alturas yo ya estaba llorando desconsolada. Lloraba por el recuerdo de lo que fuimos, porque esas palabras quedarían flotando allí, entre nosotras, y porque no cumpliríamos nuestra promesa. Lloraba por el recuerdo de haber sentido que podía acudir a ella en cualquier momento, aunque con el tiempo las cosas se torcerían. Me faltaba el aire cuando nos alejamos y nos sonreímos, como si las lágrimas en mi rostro no importaran.

Siempre me costó muchísimo comunicarme, mostrar mis sentimientos y, sobre todo,

SENTIRLO con mayúsculas. Mi corazón había sido un bloque de hielo hasta que llegó ella. No había abrazado con el corazón rebosando de amor a ninguna amiga, hasta que llegó ella.

De pronto, las palabras «pase lo que pase, siempre seremos hermanas» y «no importa lo que ocurra, nos perdonaremos», comenzaron a sonar en mi cabeza, haciendo eco. Se repitieron una vez, dos, tres, siete. Diana desapareció de entre mis brazos y el agua de la fuente explotó. Comenzó a inundar la plaza, pero yo pasé a verlo todo de lejos, como si volara. El agua ahogó al suelo, a los árboles, y yo no podía parar de llorar. Me sacudía, el aire no llegaba a mis pulmones, me estaba muriendo de la pena, de la añoranza…

Me desperté con el rostro repleto de lágrimas.

Un sueño. Había sido un puto sueño, todo provocado por los recuerdos, por los sentimientos que una vez tuve por esa chica y por lo bien que se sentía pensar que Diana era… como en realidad resultó no ser.

Parpadeé. En realidad, nunca sabría si ella me había demostrado su cara mala porque era así, o porque mi querido exmarido la tenía manipulada, bloqueada y nublada. Entre él y Carlota, ¿distorsionaron la visión que tenía de mí? ¿La envenenaron?

Me estiré.

No. Nadie es responsable de nuestros propios actos. Lo que hizo, lo hizo porque quería, y ya había dado esa historia por cerrada.

Intenté serenarme, así que mi palma acarició el pelaje de mi nuevo perro: Nachito. Mi salvavidas. La bestiecilla de cuatro patas que me había salvado de caer en la oscuridad cuando Sam decidió alejarse de mi mundo. El perro me miró con sus ojos castaños y restregó su hocico contra mi pecho, casi como si fuese un gato. Ese gesto cariñoso me hizo sonreír.

Al otro lado, a mis espaldas, noté un peso sobre la cama.

—¡Joder! —exclamé.

Gabriel me dedicó una mirada traviesa. Estaba a mi lado, con el torso desnudo y el pelo revuelto.

—¿Cómo has entrado? Mira…, no sé ni por qué pregunto.

—Te he escuchado llorar en sueños, bibliotecaria.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y eso te da permiso para entrar en mi casa en plena noche y tumbarte a mi lado?

—Lo haré las veces que hagan falta hasta que me permitas ayudarte, Hannah. Te dije que te esperaría, te dije que te protegería… y eso hago.

—Esperar, proteger. Aunque, en realidad, ya no me tienes que proteger de nada.

—¿Estás segura? —Levantó las cejas.

Me incorporé, aunque no encendí la luz. Se filtraba el tenue resplandor de la Luna y las estrellas a través de la ventana.

—El Coleccionista no va a volver, y sus secuaces ya no me buscan. Llevo dos años estando tranquila, llevo dos años siendo normal.

Normal. Había luchado tanto para serlo y poder estar con Sam…

—Te protejo de ti misma, Hannah, y lo sabes. No te dejaré sola nunca.

—Si dices esto para acostarte conmigo por fin…

—No. —Negó. Su mirada se oscureció como si lo hubiese ofendido enormemente—. Te he dicho que no es lo que quiero de ti. Después de estos dos años, deberías saberlo. Eres especial, bibliotecaria. Para mí, eres especial.

Me quedé callada con el corazón en un puño. El sueño y la voz de Diana aún resonaban en mi cabeza. El llanto parecía a la espera en el centro de mi garganta, dispuesto a saltar de nuevo. Él lo notó, así que me abrazó.

Sus brazos me rodearon los hombros. Yo noté su exquisito olor, su calor. Su energía sexual me rodeó, pero no lo hizo para encender la mía, sino para hacerme sentir su tranquilidad, su paz.

Funcionó.

Dejé escapar todo el aire de mis pulmones y noté cómo mis músculos se destensaban.

—Estoy aquí, Hannah. Siempre podrás acudir a mí, y el pasado, pasado es.

Con su respiración en mi oreja, logré quedarme dormida.

—¿Estás segura de esto?

Gabriel estaba a mi lado vestido con un precioso traje negro. Maldito mestizo. Maldito Neutralizador con sus poderes bloqueados por propia voluntad, por el hechizo de su madre. ¿Cómo podía ser tan guapo?

—Segurísima.

Me agarró con su mano masculina y me la apretó. Mis ojos azules se encontraron con los suyos y noté esa conexión que habíamos forjado estos últimos años. No sé en qué momento comencé a relajarme con él. A valorar todo el esfuerzo que hizo a mi lado…, por mí. Cuando Sam se fue, él siguió ahí. Y ni un día, ni un solo día en estos dos últimos años, me tocó un pelo sin mi consentimiento. Un hombre que utilizaba los comentarios sexuales y el propio sexo como escudo, aguantó meses y meses a mi lado, sin tocar a otra. Gabriel me había dado mi lugar. Incluso sin tener nada serio, siempre me demostró que yo era lo más importante en su vida.

Así que por fin iba a recompensar ese esfuerzo. Por fin no pude negar más lo que empezaba a sentir (o lo que llevaba ya un tiempo sintiendo).

No. No había olvidado a Sam, pero su ausencia ya no dolía. Supongo que es normal, ¿no? Cuando una persona se nos mete en la piel, nos cuesta sacarla. Y por mucho que la superemos, nunca se va del todo. Sam dejó en mí enseñanzas buenas, pero también la fría aceptación de que

no me quiso lo suficiente como para intentarlo de verdad. Sebastián, mi exmarido, también formó parte de mis experiencias. Incluso Diana lo hizo. Así que no les guardaba rencor. Ya no. Gracias a ellos ahora era fuerte, más madura, más YO que nunca… Puedo decir que incluso estaba feliz. Tenía mi propia casa, mis perros, mi vida, mi historia y a Gabriel. Tenía todo lo que una persona puede desear. Así que, aunque en ocasiones el pasado llegaba, me aplastaba, y no podía evitar sangrar un pelín, a la hora de la verdad estaba satisfecha con mi vida y la Hannah que era en ese momento.

Sonreí. Con Gabriel, siempre sonreía. Mi energía y la suya se fundieron.

Durante muchos meses no fuimos más que fuegos artificiales, hasta que los fuegos dieron lugar a algo más.

—Podemos hacer que nuestra primera vez sea más íntima, Hannah. No tiene que ser a lo grande.

Negué.

—No. Ahora esta es mi vida también. Nadie de nuestro círculo sabe que somos neutralizadores y yo disfruto cuando me llevas al local. Es hora de disfrutarlo al cien por cien contigo. Te tengo demasiadas ganas.

Sonreí. Una sonrisa pícara que se había convertido en costumbre entre nosotros. Él me respondió con una sonrisa más sexy aún.

—Si tú me tienes ganas, imagina las ganas que te tengo yo a ti… —Me atrajo hacia él con un sólo brazo. Me derretí pegada a su cuerpo—. He dormido contigo todos los días desde hace meses. No sé cómo lo has hecho, Hannah, pero te has convertido en algo así como el centro de mi mundo.

—Me dices cosas demasiado bonitas.

—Y son ciertas. Desde el primer día que te vi supe que pasaría. Me atraías como si tuvieras tu propia gravedad. Era inevitable, lo sé. Y lo único que quiero es protegerte de todo el daño que te han hecho, que ha sido mucho.

Sus palabras se clavaron en mi corazón. ¿Qué había sido de eso de no creer en el amor? Era historia. Con él, ya era historia, porque lo amaba con ferocidad y con calma al mismo tiempo. Con él no había dudas ni sorpresas y, aunque aún tuviese miedo de que un día me hiciera algo malo, de que mi pesadilla se repitiera, no me imaginaba dándole lo que yo era a otro hombre.

Le apreté más la mano. Sentía cómo mi corazón se desbordaba de amor, de emoción, también de nervios.

—No sabes lo que significan para mí esas palabras.

—Sí lo sé, y no las diría si fuesen mentira. Sobre todo después de haber organizado esto. —Levantó las cejas repetidamente. Supe que iba a decir algo poco apropiado—. Tienes un alma ardiente, bibliotecaria. Organizar una bacanal temática en el local para acostarte conmigo sólo se

te ocurre a ti.

El calor subió por mi cuerpo hasta mis mejillas, y me sonrojé. Le pegué un buen puñetazo en el bíceps provocando su risa.

—¡Cállate! Disfrútalo y punto.

—Y tanto que voy a disfrutarlo…

No aguanté más: tiré de su mano y bajamos por las escaleras hasta el pequeño escenario que había junto a la barra. Lo habían añadido en la última reforma para que subiese a lucirse quien quisiera. Y ya sabéis a qué me refiero con lo de lucirse, ejem…

En el centro del escenario había un sofá precioso, de una tela parecida al terciopelo. Cláramente, era de color granate con detalles en dorado. También había colgados varios juguetes sexuales a vista de todos, y una zona de desinfección, ya que, aunque los mestizos no podían contraer enfermedades de transmisión sexual, los humanos sí que podían, y había que tener cuidado con todo lo relacionado con la higiene.

Al vernos subir al escenario, los allí presentes se giraron hacia nosotros y vitorearon. Al menos, lo hicieron los que todavía no estaban metidos en faena. Eran las una de la madrugada, por tanto, ya había parejas y grupos follando en sus rincones. Hoy había más comida, más bebida. Así lo había querido yo al organizar la fiesta. Además, quise que la temática se basara en el pecado capital de la lujuria. Las camareras y los camareros llevaban todos disfraces de diablo, tentadores, y la luz era roja como la sangre. Como mi pelo.

Era perfecto.

La música no se detuvo en ningún momento y yo me senté en el sofá junto a Gabriel.

—Mira, no paran de mirarte —me dijo al oído—. Con ese conjuntito que llevas, hechizas a cualquiera.

—No es para tanto.

Él abrió mucho los ojos, escéptico.

—¿Tú te has visto? Tacones de infarto, un vestido pegado de cuero negro, y esos cuernos que te has puesto en la cabeza, estos labios rojos… —Me tocó los labios con lentitud. Yo saqué la lengua y lamí ahí donde presionó su dedo—. Eres demasiado para el corazón de cualquier mortal.

—Podría decir lo mismo de ti, Gabriel.

—Digamos que somos una bonita pareja.

Me carcajeé.

Sí que éramos una bonita pareja, sobre todo cuando nos levantábamos y desayunábamos juntos en el comedor, o cuando le dedicábamos una horita a leer abrazados en el sofá.

—Observa a los que nos miran. ¿Los ves?

Pasé mi vista por la multitud, por los grupos follando y otros contemplándonos con el reflejo

del hambre en los ojos.

—Los veo.

—Están deseando unirse a nosotros, bibliotecaria —susurró con la voz grave y húmeda en mi oreja. Se me puso el vello de punta—. Quieren que empecemos para que los dejemos entrar. Están deseando ver cómo me meto dentro de ti. Cómo me deslizo mientras subes y bajas encima de mí, abriéndote para que no pierdan detalle.

—Sí…, sí. Quiero sentirte en mí.

Apenas reconocí mi voz grave por el deseo. Se me estaba quedando la boca seca. Él pareció darse cuenta y agarró una copa de vino que había sobre una mesita junto al sofá. Le preguntaría de dónde habían salido las bebidas, pero era consciente de que los mestizos tenían la capacidad de chasquear los dedos y llenar las copas de vino tinto a demanda.

—Toma, bebe.

Lo hice. El líquido bajó por mi garganta calentándome el estómago. Nos mantuvimos la mirada mientras tragábamos. Ambos nos sentíamos depredadores.

—¿Lo sientes? —inquirió.

—¿El alcohol? —Asintió. Yo dije:— Sí, lo siento.

—Y esto, ¿lo sientes?

Pasó la yema de sus dedos por mi pierna desnuda, hacia arriba. Su boca todavía en mi cuello.

—Sí.

Me mordió. Eché la cabeza hacia atrás soltando un gemido. El dulce dolor me impidió darme cuenta de cómo su mano se coló bajo mi falda. Cuando el ardor se calmó en mi cuello, sus dedos ya estaban jugueteando bajo mi ropa interior. Restregando con cuidado en esa exquisita zona de mi anatomía.

—Oh, ¡por la Virgen del Pompillo!

Su risa consiguió que se me contrajeran los músculos de la entrepierna.

—Estás tan mojada, Hannah. Eres un manjar.

Se separó de mí de golpe, dejando frío con su ausencia. Se posicionó delante de mí, de rodillas, y me colocó la palma de la mano contra el pecho. Ahí empujó pegando mi espalda al sofá. A continuación, deslizó los dedos hasta mi trasero y me abrió de piernas para él. Me regaló un pequeño mordisco en el monte de Venus.

—Gabriel…

—Uhumm…

—Quiero que me lamas. Necesito sentir tu lengua ya.

—Bibliotecaria, eres una criatura curiosa e impaciente.

Meneé las caderas desvergonzadamente delante de su rostro.

—Lo soy. Lo soy.

—Pero a mí me gusta que me pidan las cosas por favor.

Puse los ojos en blanco.

—Oh, mi señor, lámame usted la pepitilla hasta que me corra.

Mi tono, sarcástico. Él me castigó arrancándome el tanga de un tirón y sonreí, porque había comprado esa ropa específicamente para romperla.

—Te crees muy graciosa, así que voy a castigarte. ¿Qué te parece si te dejo a punto, hasta que me pidas de verdad que te permita correrte conmigo?

—Eso sería propio de ti.

Su aliento se estrelló contra mi pubis ahora desnudo. Toda yo me estremecí.

Gabriel no habló más. Enterró su cara entre mis piernas y comenzó a lamer y a chupar. Yo me arqueé enfebrecida por lo que me hacía. Un placer tan dulce que recordé ese día frente a El Coleccionista. Él utilizó su energía sexual para hacerme perder el control y descubrí a una Hannah adicta a la lengua y las manos de Gabriel. En aquellos entonces, cuando no era más que una marioneta adicta al sexo, lo disfruté. Sé que fue en contra de mi voluntad y que cada segundo estuvo plagado de sufrimiento, de terror. Cada segundo menos aquellos en los que Gabriel trabajó en mi entrepierna.

Me arqueé notando cómo el placer se acumulaba en la parte baja de mi vientre. Me sentí arder, renacer, morir, todo al mismo tiempo, y lo mejor era que la sensación crecía y crecía. Él me devoraba con ganas, como si nunca antes hubiese probado nada mejor. Como si yo fuese su desayuno, almuerzo, merienda y cena. Su lengua no se detenía sobre mi clítoris.

Lo agarré del pelo.

—No puedo más.

Entreabrí los ojos y vi cómo frente al escenario, muchos de los mestizos se masturbaban mirándonos, cómo algunos de los que ya estaban follando en grupo, nos contemplaban mientras lo hacían y se corrían con mis gestos cercanos al clímax.

«Mirad. Mirad todos lo que él me está provocando».

No aguanté. Me corrí con un grito desgarrador mientras tiraba de su pelo y él hacía sus lametones más pausados y blandos.

Cuando terminé de mover la cadera en sus labios, él se levantó con una sonrisilla de suficiencia y los ojos envueltos en llamas de lujuria.

—Muy mal, Hannah, no te había dado permiso para que te corrieras. Pero mejor: ahora me toca a mí.

Y casi me volví a correr con cómo sonaba su voz. Las ganas que tenía de mí después de meses y meses de abstinencia, serían capaces de quemar Gijón entero.

Me levantó del sofá y me pegó contra su cuerpo. Noté a sus manos grandes agarrar la parte trasera de mi vestido de cuero negro. Lo desabrochó y lo dejó caer en el suelo. Mis pechos se

irguieron orgullosos entonces apuntando en su dirección. Él aguantó su respiración y me acarició de un vistazo pausado. Todos en el local parecieron hacer una pequeña pausa, de hecho.

—Esto no es justo. Yo estoy aquí, desnuda, y tú tienes demasiadas capas encima.

—Quítamelas —ordenó.

Me descubrí a mí misma adorando esa faceta de marimandón sexual. Obedecí. Me deshice de su chaqueta del traje, de su camisa, de sus pantalones, hasta que él estuvo igual que yo. Un dios hecho carne y hueso. Un puto Adonis en la vida real.

Sus pectorales se marcaban bajo su piel, y los abdominales, terminando en un triangulito que bajaba directo a…

Me mordí el labio. De nuevo estaba ardiendo, como si no me hubiese corrido hacía unos minutos en sus labios.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta lo que ves?

Tragué.

—Me encanta.

Mi energía sexual acariciaba la suya. No, no la acariciaba: se la follaba. Sí, ¡podría decir que nuestras energías estaban follando entre ellas! Ambas dislocadas por el deseo, ambas entrelazadas con un salvajismo sobrenatural.

—A mí también me encanta lo que veo.

Bajo la luz roja, sus ojos se intuían incluso más negros que a la luz del Sol. Eran dos putos pozos sin fondo, misteriosos, peligrosos.

Gabriel me agarró de los hombros y me giró. Yo tropecé con el sofá y caí de rodillas robre él. Me agarré al respaldo y él me cerró las piernas. Apretó su erección sobre mis glúteos. No: entre mis glúteos.

Sus dedos se clavaron en mi trasero y apretaron. Se movió, masturbándose con mi culo.

—¿Te gusta mi culo?

—ME ENCANTA tu culo. Si quisiera, me correría sobre él ahora mismo.

—Pues venga, ¡córrete! —le reté.

Su risa llegó a mis oídos.

—Ni hablar. Mi plan es disfrutarte antes.

Me azotó. ¡Me azotó! Yo dí un pequeño chillido y me sacudí hacia delante, no sólo sorprendida por el azote, también por la contracción de mi vagina.

—Malvado —rugí.

De pronto me penetró. Así, ¡sin previo aviso! Fue una penetración desesperada, y dura. Sentí en ese mismo instante que él acababa de perder ese control del que hacía gala delante de mí. Ahora Gabriel no era Gabriel: era un animal que lo único que deseaba era restregarse conmigo, sentir la fricción de mi coño con su polla hasta explotar de placer.

Me agarró del pelo (no lo suficiente como para herirme) y volvió a sacarla y a meterla. Me sentí completamente llena de él. Así, con las piernas cerradas y de espaldas, la penetración era tan profunda que estuve a punto de correrme una vez más.

Las piernas me temblaron, pero él no se detuvo. No importaron mis gemidos ni mis gruñidos. No paró. No tuvo piedad. Yo no quería que la tuviera tampoco. Continuó entrando y saliendo, embistiéndome delante de todo el mundo. No sé en qué momento, me soltó el pelo y me clavó los dedos en las caderas.

Joder…, el muy cabrón gemía como un animal salvaje.

Mis pechos se bambolearon hacia delante y hacia atrás. Me dio la sensación de que me faltaba el aire, de que iba a desmayarme de placer en unos minutos.

—Me corro, bibliotecaria. Joder, qué coño, qué cuerpo. Tus tetas…

Alargó la mano y agarró una de ellas. Pegó su cuerpo a mi espalda sin dejar de embestirme. Una vez, dos, tres…, veinte. Cada vez más rápido, hasta que se quedó quieto gruñendo, con la mandíbula apretada, los labios un pelín abiertos y los ojos clavados en mí.

Se corrió con fuerza. Y digo que lo hizo con fuerza porque noté cómo su semen me golpeaba por dentro, cómo sus contracciones me llevaban casi al borde de un segundo orgasmo. Me restregué contra él buscándolo, pero él no me dejó. Me separó de su cuerpo. Me enderezó. En mi oído, dijo:

—Esta vez no. Dejemos que se una alguien más, y entonces podrás correrte. Creo que mi amigo Ivan quería probarte desde hace tiempo. ¿Estás de acuerdo?

Se me secó la boca.

—S… sí —titubeé.

—Vas a volverlo loco con este cuerpo.

Se giró y yo lo hice con él. Al ver lo que ocurría a mis espaldas, me quedé de piedra: en el local, la gente bebía y comía mientras hacían todo tipo de guarradas. Y sí, a veces la comida participaba en las guarradas.

Y todos nos miraban. Éramos como porno para ellos. Me hizo sentir intimidada, pero también importante.

Me gustó.

Hacía tiempo que había dejado de regañarme por sentir estas cosas.

Iván, el mestizo rubio que provocaba orgasmos con su contacto, subió al escenario y me miró desde su altura. Un metro noventa de puro músculo, pelo rubio y ojos claros. Su energía sexual, envuelta por ese halo blanco tan extraño.

—Hannah, parece ser que al fin has decidido darle una oportunidad a mi buen amigo Gabriel, ¿me equivoco?

Negué con la cabeza.

—Para nada. Ahora él y yo sí somos pareja.

Iván sonrió con satisfacción.

—Uhmmmm…, me alegra oírlo. Pero más me alegra oír que ha decidido compartirte conmigo.

Se acercó a mi cuello, pero Gabriel lo detuvo. Le enseñó los dientes, amenazante, mientras dejaba claro:

—Su cuello es mío, ya lo sabes.

El provocador de orgasmos sonrió, divertido. Para él, todo aquello era un juego de niños.

—Perdona, amigo. Es que es difícil resistirse a esa carita y esos ojitos de muñeca.

Me guiñó un ojo.

Por mi parte, le dediqué una mirada divertida a Gabriel, y este se encogió de hombros, como diciendo que Iván no tenía remedio. Era un ser sobrenatural coqueto con un toque malvado. Le gustaba jugar con sus ligues y con sus víctimas.

—Deja de coquetear conmigo y enséñame ese poder que te hace tan famoso por aquí, Iván —repliqué.

—Oh, la bibliotecaria saca las garras…

—Veo que te gusta hablar.

—Hay una cosa que me gusta más que hablar, ¿sabes qué es?

—Follar.

—No, jugar. Que es justamente lo que voy a hacer contigo mientras Gabriel te penetra otra vez. Dime —me agarró de la barbilla y me inclinó el rostro hacia el suyo. Estaba muy cerca—, ¿cuántos orgasmos eres capaz de aguantar?

—Ponme a prueba.

Alzó las cejas. ¡Se lo estaba pasando pipa!

—¿Tres? ¿Cuatro, quizás?

—Nunca he tenido más de dos, pero para todo hay una primera vez.

—Iremos probando, entonces.

Me acarició la cara y un orgasmo estalló en mi interior. ¡Así, sin preliminares ni nada! Pasó del cero al cien en cuestión de segundos, así que las piernas dejaron de sostenerme y estuve a punto de caer al suelo.

Gabriel me sujetó, ya que estaba a mi espalda. Me acunó entre sus brazos y me sentó sobre él, agarrándome por detrás. Abrió mis piernas sobre las suyas y colocó su pene en mi hendidura. Me sorprendió notarlo tan dispuesto, cuando hacía apenas unos minutos que se había corrido en mi interior.

Se había corrido en mi interior… Su semen todavía bajaba por mis muslos mezclado con mi propia humedad.

Mi energía sexual pareció rebotar entre la de Iván y Gabriel, encerrada pero por voluntad propia. Parecía pasárselo bien, libre, sin cadenas.

Feliz.

—Voy a follarte otra vez, bibliotecaria, e Iván se encargará de lamerte mientras te penetro.

La promesa me hizo latir. Mi sangre, hirviendo ya por el deseo.

No se hizo esperar: me penetró desde abajo mientras pasaba sus dedos por mis brazos con una ternura que me emocionó. A la vez, Iván se arodilló y posó su lengua sobre mi clítoris. La sentí extraña, pero también placentera, y diferente, porque con su poder podía graduar el nivel de placer que quería transmitirme.

—Mira a Iván. Míralo —susurró Gabriel ya gimiendo.

A través de mis pestañas vi al mestizo de ojos azules sin quitarme la vista de encima. Cuando nuestras miradas se cruzaron, metió un dedo en mi interior, junto al pene de Gabriel, y tuve otro orgasmo inesperado.

—¡Por Dios! ¡Por Dios!

Me derretí. Me dejé manejar por esos dos machos, débil pero satisfecha.

Tres orgasmos. Ya había tenido tres orgasmos delante de todo el local.

Y quería más.

Con ellos siempre quería más.

Gabriel no paró de reírse de un modo bajo y siniestro.

—Así me gusta, Hannah. Así me gusta. Dime, ¿disfrutas lo que te hace Iván?

—Sí, joder, ¿quién no lo haría?

—¿Quieres que lo repita?

—Quiero.

Tiró un poco de mi pezón haciéndome soltar un chillido.

—Y tú, Ivan, ¿disfrutas de su sabor?

El macho se alejó y contestó:

—Sabe a fresas y a rosas, amigo.

Volvió a enterrarse en mí.

Aunque parecía imposible, mi energía se inflamó, renovada, y se estiró hacia la energía de Gabriel y de Iván. Las rozó, traviesa, y las de ambos respondieron y se fundieron… Las tres lo hicieron, como si fuésemos una sola energía brillando en medio del local.

Notaba cómo la polla de Gabriel entraba y salía, y cómo él respiraba más fuerte cada vez.

—No pares, bibliotecaria. Ah…, no pares. ¿Notas cómo mi polla te abre? ¿Notas el placer que me das?

Me corrí de nuevo con él dentro y la presión de la lengua de Iván en mi clítoris, pero no dejé de subir y bajar. Aunque se me contraía la vagina, aunque me temblaban las piernas y mis flujos

resbalaban por mi trasero y el pene de Gabriel, no me detuve. Dejé que Iván me saboreara más, que Gabriel se precipitara al clímax, antes de volver a derretirme en manos de los dos.

Feliz, plena, sin mirar al pasado. Manteniéndome anclada en el presente.

M. J. Massey (nacida en 1991), maestra, tiktoker y escritora desde que tenía trece años. En 2016 escribió el primer libro de su trilogía más vendida «*Entre Tierras*». Esta trilogía consta de los siguientes títulos: *Volverse a enamorar*; *Volverse a encontrar*; *Volver a nacer*. Todos ellos de fantasía urbana y erótica. Además, este mismo año, publicó el primer libro de la saga «*Fantástica locura*», de fantasía juvenil. El segundo libro de esta saga lo publicó en 2019.

En 2020 reescribió su primer libro de género erótico y paranormal «*Almas rebeldes*», y concluyó el primer libro de la bilogía «*Nuestra realidad*», una de las preferidas de la propia autora. En 2020 le dio fin a esta bilogía con el libro «*Yo soy el Yin y el Yang*» y publicó su título «*Súcubo*», de fantasía urbana para adultos con toques eróticos. Es su libro autoconclusivo más vendido y con muy buenas valoraciones en Amazon.

Las seis pruebas de Tributo es el primer libro de una emocionante bilogía de distopía erótica que seduce hasta a los más duros.

En 2022 publica también la tercera parte de *Fantástica locura,* y el libro autoconclusivo *Damnatu,* finalista del III Premio Literario Vanir Academy.

En mayo de 2023 saca su primer libro de *Escamas y Garras* y en julio salió a la luz *Las seis pruebas de lealtad*. En octubre, *Bacanal,* una obra altamente inapropiada.

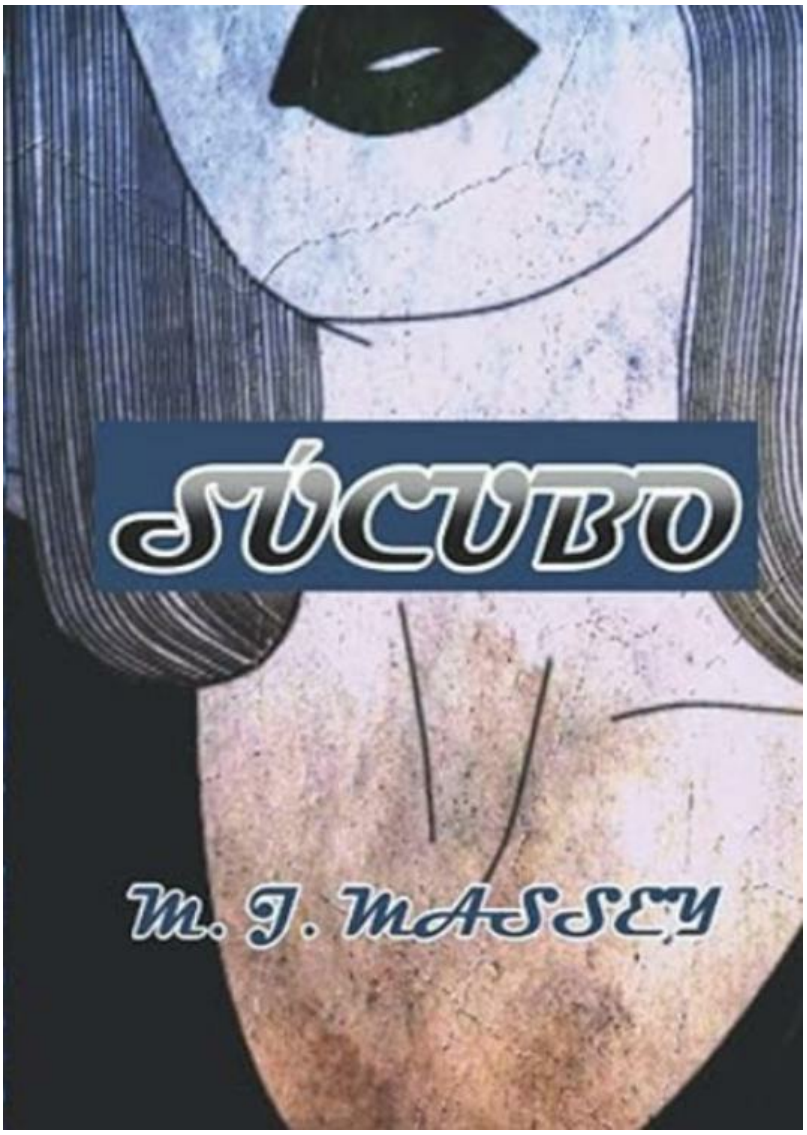
Sus redes:

Tiktok principal: MariajeMassey.
Tiktok secundario: Danalasabia.
YouTube: Mariaje Massey.
Instagram: Mariaje_Massey.
Pinterest: Mariaje Massey.



Te recomendamos…

Una distopía donde las mujeres luchan por su vida. Un mundo donde se compra la libertad con dinero, y retransmiten por televisión las pruebas sexuales a las que se somete a las participantes.



Un libro narrado desde el punto de vista de una demonia del sexo, lleno de acción. Sumérgete en un Nueva York repleto de demonios descontrolados.